



Diana Fuentes
Massimo Modonesi
coordinadores

Gramsci en México



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



los coordinadores...

Diana Fuentes

Filósofa por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Profesora-investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, en el Departamento de Política y Cultura. Es profesora de asignatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Forma parte del comité directivo de la *Asociación Gramsci México* y es integrante del comité editorial de la *Revista Común*. Desde 2009 es miembro del Seminario de la Modernidad: Versiones y Dimensiones de la UNAM. Es autora de diversos artículos y ensayos sobre pensamiento crítico y marxismo.

Massimo Modonesi

Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM desde el año 2000. Es miembro del SNI (nivel II). Ha sido director de las revistas *OSAL* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, *Memoria del CEMOS* y *Acta Sociológica* de la UNAM. Actualmente es coordinador de la *Asociación Gramsci México*, integrante del Comité directivo de la *International Gramsci Society*, miembro del Consejo Asesor de la revista *Jacobin América Latina* y colaborador regular de la revista *Nueva Sociedad*. Ha publicado quince libros sobre teoría política y sobre procesos políticos y movimientos sociales en América Latina. Sitio web: massimomodonesi.net



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, Eduardo Abel Peñalosa Castro

Secretario general, José Antonio de los Reyes Heredia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

Rector de Unidad, Fernando De León González

Secretaria de Unidad, Claudia Mónica Salazar Villava

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Directora, María Dolly Espínola Frausto

Secretaria académica, Silvia Pomar Fernández

Jefa del Departamento de Política y Cultura, Esthela Irene Sotelo Núñez

Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

José Alberto Sánchez Martínez (presidente)

Aleida Azamar Alonso / Alejandro Cerda García

Gabriela Dutrénit Bielous / Álvaro Fernando López Lara

Jerónimo Luis Repoll / Gerardo G. Zamora Fernández de Lara

Asesores del Consejo Editorial: Miguel Ángel Hinojosa Carranza /
Rafael Reygadas Robles Gil

COMITÉ EDITORIAL DEPARTAMENTAL

Harim Benjamín Gutiérrez Márquez (presidente)

Clara Martha Adalid Diez de Urdanivia / Fabiola Nicté Escárzaga

Anna María Fernández Poncela / Marco Antonio Molina Zamora

Ana Lau Jaiven / Hugo Pichardo Hernández / Eduardo Tzili Apango

Luis Miguel Valdivia Santamaría

Asistencia editorial: Varinia Cortés Rodríguez

GRAMSCI EN MÉXICO



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector, Enrique Luis Graue Wiechers

Secretario General, Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario Administrativo, Leopoldo Silva Gutiérrez

Abogada General, Mónica González Contró

Director General de Publicaciones

y Fomento Editorial, Joaquín Díez-Canedo Flores

GRAMSCI EN MÉXICO

Diana Fuentes
Massimo Modonesi
(coordinadores)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



Esta publicación contó con el apoyo del Departamento de Política y Cultura de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco y Editorial Itaca, así como con el apoyo del programa UNAM PAPIIT IN301619 Fundamentos de una teoría gramsciana de la subjetivación política, a cargo de Massimo Modonesi.

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud
Alcaldía Coyoacán, C.P. 04960, Ciudad de México,
Sección de Publicaciones de la División
de Ciencias Sociales y Humanidades
Edificio A, 3er piso. Teléfono 55 54 83 70 60
pubcsh@gmail.com / pubcsh@correo.xoc.uam.mx
<http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig>
<http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/index.php/libroelectronico>
ISBN UAM: 978-607-28-2008-1

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C.P. 04510,
Ciudad de México.
Avenida Universidad 3000 s/n, Delegación Coyoacán,
C.P. 04510, Ciudad de México.
ISBN UNAM: 978-607-30-3919-2

D.R. © David Moreno Soto
Editorial Itaca
Piraña 16, Colonia del Mar,
C.P. 13270, Ciudad de México.
Tel. 55 58 40 54 52
editorialitaca.com.mx
ISBN Itaca: 978-607-8651-52-8

Diseño de portada: Iraís Hernández Güereca

Primera edición: 2020

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Introducción <i>Diana Fuentes</i>	9
Cómo, cuándo y quién ha traducido y editado a Gramsci en México <i>Diana Fuentes</i>	13
Gramsci en la órbita del Partido Comunista Mexicano <i>Víctor Pacheco</i> <i>Aldo Guevara</i>	37
Gramsci en la Ciudad Universitaria <i>Massimo Modonesi</i> <i>Jaime Ortega</i>	63
Gramsci y la teoría política del marxismo. El “grupo” <i>Pasado y Presente</i> en México (1976-1983) <i>Martín Cortés</i>	87
La centralidad de la política: Carlos Pereyra, lector de Gramsci <i>Jaime Ortega</i>	115
Una llave de lectura: las intervenciones gramscianas de Dora Kanoussi <i>Diana Méndez</i>	137
Gramsci en la filosofía de la praxis de Adolfo Sánchez Vázquez <i>César de Rosas</i>	159

Democracia y hegemonía. Gramsci en la sociología histórica de Pablo González Casanova <i>Mario Arellano</i>	175
Gramsci y los estudios culturales en México <i>Dante Aragón</i>	193
Una etnografía educativa gramsciana para develar la trama escolar <i>Sebastián Gómez</i>	221
Estudios gramscianos sobre hegemonía, Estado y subalternidad (2000-2018) <i>Joel Ortega</i>	249
Gramsci y nosotros <i>Massimo Modonesi</i>	271
Semblanzas	279

INTRODUCCIÓN

Son muchos los ángulos por considerar al tratar de esbozar un índice de lectura de la recepción de la obra de Antonio Gramsci en México, entre ellos se mezclan factores de índole estrictamente local con otros que suponen la evaluación del lugar que ocupan los debates de la izquierda mexicana en el concierto de la discusión internacional, así como la lectura sobre los modos en los que se utilizaron las coordenadas gramscianas para orientar y problematizar los sentidos, las funciones y los objetivos del quehacer de la política y la teoría en el complejo engranaje del capitalismo contemporáneo.

Tal como afirmaría el propio Gramsci, la traducción de una serie de conceptos o categorías de una forma del discurso a otra implica un elemento inherentemente crítico para el pensamiento marxista, pues supone que, a pesar de las diferencias de orden nacional, local o temporal, hay un registro común que permite trasladar una idea, una práctica o una experiencia a un contexto diferente, y así resituarse su actualidad al entrar en la escena de la vida práctica y de las preguntas que ésta formula a la teoría. Ese elemento común sería, sin duda, lo que permite dar cuenta del viaje de Gramsci a lo largo del continente americano y su aterrizaje en México. No se trata sólo de pensar en la vigencia de su obra en un sentido general y abstracto, sino de la forma en que su recepción se instala en las disputas que se libraron en distintos momentos de la historia del siglo XX al interior del marxismo, en relación a la orientación interpretativa y programática del discurso y de la praxis de la izquierda, pero, en este caso, bajo el signo de la especificidad latinoamericana y mexicana. De modo que presentar el archipiélago de lecturas, interpretaciones, actores e iniciativas que pusieron a circular a Gramsci en México y que lo han mantenido como un pensamiento vivo que ha permeado en los campos de la ciencia social, las humanidades, la narrativa histórica o la teoría política implica una lectura comprometida que asume el riesgo de la parcialidad de toda reconstrucción. No obstante, este sesgo se puede solventar de mejor manera cuando se construye como un coro a varias voces.

Por ello, el objetivo de este libro es presentar una primera aproximación colectiva a algunos campos de estudio sobre la presencia de Gramsci en el ámbito nacional. El proyecto se enmarca en el contexto de la recientemente creada Asociación Gramsci México (AGM) y de su primer coloquio internacional “Gramsci en México”, efectuado en noviembre de 2018 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Au-

tónoma de México. La AGM, que se articula con la International Gramsci Society y sus otras filiales en el mundo, busca producir un espacio que paulatinamente logre convocar a distintos especialistas, académicos e interesados en el pensamiento gramsciano y sus modos de aplicación para producir encuentros e instrumentos de interlocución entre sus integrantes, así como para reunir información y documentación sobre la producción sobre y desde Gramsci.

Los textos que se presentan en este volumen producen una triangulación que en una perspectiva general esclarece cómo la temprana llegada de Gramsci al Cono Sur, así como la rápida asimilación y aplicación de su pensamiento, pusieron a la orden del día la labor de traducción y edición de sus obras en el contexto de una creciente necesidad en la izquierda revolucionaria de reorientar o simplemente ampliar el marco conceptual del debate político y práctico en una línea distinta a la que dictaba la tendencia esquematizante y economicista del marxismo. Habida cuenta de que México funcionó como un polo de recepción de distintos exilios de orden político durante el siglo precedente, con la llegada de muchos de esos militantes de una vasta formación teórica se robusteció la circulación de ideas, los debates y la formación de nuevas generaciones en una fructífera interlocución con algunos actores y espacios de las organizaciones políticas mexicanas, discusiones que de modos diferenciados irradiaron en el pensamiento de las décadas de los años sesenta y setenta en toda la región. La expansión de Gramsci, tal como lo muestran algunos de los trabajos que aquí se presentan, para el caso mexicano, no sólo coincidió con el momento en que sobrevinieron las controversias europeas en torno a una teoría de la transformación en los países occidentales, sino con el preciso momento en que se discutía con profusión y enorme interés programático la caracterización de la especificidad del Estado y la nación mexicanos, por ello no es casual que entre quienes leen, interpretan y ponen en circulación al sardo en ese momento se manifieste una creciente atracción por la capacidad analítica y descriptiva de sus categorías.

Otro aspecto retratado en los distintos textos que conforman este libro, corresponde a la especialización y la profundización de los estudios gramscianos, como efecto del interés por ir más allá de la utilización dislocada de sus categorías y avanzar así hacia una interpretación de carácter más unitario, teniendo en consideración la genealogía y la mutua correspondencia entre los distintos tópicos tratados sobre todo en los *Cuadernos de la cárcel*; se trata del estudio que corresponde a su publicación y difusión en español. Paralelo a ello, se observa también su uso y aplicación en el campo de la teoría política y de las ciencias sociales, en particular en la

sociología, la antropología, la pedagogía y alguna forma de la lingüística así como en la lectura filosófica del marxismo. Además, en distintos pasajes se recupera la relevancia que han tenido figuras como Dora Kanoussi, para la organización de eventos de carácter internacional en México y en la producción de libros especializados en los que se ha discutido y se han marcado directrices de interpretación de enorme impacto ulterior.

Por todo esto, el acomodo temático de los trabajos compilados se presenta al lector a modo de que se observe en primer lugar la recepción, esto es, la historia de las primeras alusiones y las subsecuentes ediciones y publicaciones de los textos gramscianos; después, su inscripción en la órbita del Partido Comunista Mexicano y su recuperación teórica, la inserción en las aulas de Ciudad Universitaria y la influencia de los académicos que lo enseñaron a las que se convertirían en las siguientes generaciones de teóricos, así como la determinante presencia del grupo argentino de Pasado y Presente para su difusión e interpretación. En segundo orden, la lectura, aplicación, adecuación y crítica hechas por algunos autores fundamentales como Carlos Pereyra, Dora Kanoussi, Adolfo Sánchez Vázquez y Pablo González Casanova. Y una tercera parte en la que se destaca la influencia de Gramsci en los estudios culturales mexicanos, la etnografía educativa y en los estudios que se aproximan a los fenómenos políticos y sociales a partir de su aparataje conceptual. Tener en consideración estos tres momentos responde a la necesidad de mostrar los múltiples anclajes que se pueden y deben observar para tratar de crear un mapa lo más acabado posible; son de cualquier forma algunas indicaciones que apuntalan una importante tarea venidera.

En el mundo, actualmente los estudios gramscianos se han diversificado y han adquirido un enorme grado de especialización, al tiempo en que la aplicación de su pensamiento se ha disparado en muchas direcciones, en algunos casos en disonancia con su espíritu; se trata de un movimiento doble e incluso contradictorio al que también habrá que poner atención en el futuro. La intención de este libro es en todo caso contribuir a una necesaria recuperación, interpretación y sistematización de las maneras en las que Antonio Gramsci ha sido propagado y actualizado en México como una forma de construir nuestra propia historia intelectual y política. En este aspecto en particular creemos que yace la originalidad y novedad de este trabajo que esperamos sea motivo de futuras exploraciones e interpretaciones.

Diana Fuentes

CÓMO, CUÁNDO Y QUIÉN HA TRADUCIDO Y EDITADO A GRAMSCI EN MÉXICO

Diana Fuentes

Medir el pulso de la entrada de Gramsci en México supone algo más que la relatoría cronológica de la entrada, la traducción o las ediciones de su obra, pues, como lo señaló José Aricó, ha sido tal el impacto del italiano en América Latina que, al observar cómo se integraron sus categorías en las ciencias sociales, la historia, la filosofía y la ciencia política, y en el discurso de los intelectuales y de los militantes, se traza al mismo tiempo la historia de las tensiones, los cambios y los quiebres que se han operado en la izquierda revolucionaria en nuestro país.¹ De modo que, para dar especificidad y lograr mostrar el ritmo de la huella de Gramsci en México, se tendrían que contemplar de modo ineludible las contingencias políticas desde las cuales se configuró su recepción. Sin pretender que lo aquí presentado agote el tema, se demarcan algunos de los actores, las convergencias y los proyectos detrás de la divulgación, la recepción y la interpretación de Gramsci en nuestro país, teniendo como eje central las publicaciones de su obra en México y, con ello, su difusión y recepción; desde una perspectiva que recupera la idea gramsciana de que la traducción de un sistema de pensamiento o una experiencia política a un contexto distinto del que emanó originalmente –como en el caso de la traducción de una lengua a otra– supone siempre una pérdida, pero implica también una enorme capacidad creativa en la que se juega la capacidad de adaptación al nuevo horizonte de comprensión, tanto como el conocimiento sobre el contexto de quien es el agente de la traducción. De modo que seguir la trayectoria de la tinta y la letra gramsciana en el papel mexicano supone este complejo juego que, al ser evaluado, muestra también los espacios vacíos o blancos a los que no se prestó atención, pero que pueden ser leídos bajo el ritmo de las interrogantes contemporáneas.

¹ José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, p. 20.

Gramsci: las publicaciones italianas y los Quaderni

El fascismo aún no había sido derrotado en Italia cuando aparecieron los primeros anuncios de la publicación de los trabajos inéditos de Antonio Gramsci: muerto el 27 de abril de 1937, después de casi once años de encarcelamiento.² El 30 de abril de 1944 se publicó un artículo en la edición local de *L'Unità* de Nápoles –periódico inicialmente fundado por Gramsci en diciembre de 1923 como órgano oficial del Partido Comunista Italiano (PCI)–,³ en el que se hizo una primera descripción de los *Quaderni del carcere*, y se afirmaba que debería iniciarse su publicación inmediatamente. Meses después, el 7 de junio del mismo año –a unos días de la liberación de Roma del fascismo–, salió a circulación el catálogo de una nueva casa editorial, La Nuova Biblioteca; en él se anunciaba la publicación de la totalidad de los escritos de Gramsci bajo el cuidado editorial de Palmiro Togliatti.⁴ No obstante el entusiasmo por la publicación, ésta aún tendría que esperar a que llegaran los tiempos de la liberación, del fin de la guerra y del resurgimiento de la vida social; pero, más importante, tendría que esperar la línea política seguida por el PCI, con lo que se postergaron a un futuro nada preciso aquellas novísimas pretensiones de publicar la obra del periodo carcelario de Gramsci.

Años antes, cuando la historia del fascismo italiano parecía estar lejos de su ocaso, Tania, cuñada de Gramsci⁵ –siguiendo el consejo de Piero Sraffa–, envió a Moscú el 6 de julio de 1937 los 33 *Cuadernos de la cárcel* que le fueron confiados personalmente por Gramsci. El conjunto de ma-

² Gramsci murió en la clínica Quisisana de Roma, a la que había sido trasladado después de obtener la libertad condicional en 1934. Los años del encierro llevaron a terribles crisis su degradada salud física. El 25 de abril, después de obtener en ese mismo mes la libertad absoluta, sufre una hemorragia cerebral, su cuñada lo acompaña hasta el final. Sus cenizas son enterradas en el cementerio protestante de los ingleses en Porta San Paolo, en la tumba de la familia Schucht.

³ Francesco Scalabrino, *Un uomo sotto la mole. Biografia di Antonio Gramsci*, p. 144.

⁴ Valentino Gerratana, “Prefazione”, en *Quaderni del carcere*, vol. I, p. XXXII.

⁵ Gramsci expresaba a Giulia –su mujer–, en una carta fechada el 9 de febrero de 1929, su percepción sobre Tatiana: “Ahora debería hacerte grandes elogios de Tatiana y de su gran bondad. Pero no lo hago porque algunas veces exagera y me termina por actuar como si me juzgara completamente desprovisto de sentido práctico, absolutamente incapaz de vivir sin un preceptor o una niñera. Alguna vez incluso me ha hecho enojar, aunque con mucha frecuencia me ha hecho reír... En definitiva, concluyo que Tatiana es el mejor ejemplar de la familia Schucht” (Antonio Gramsci, *Lettere dal carcere*, p. 97). La relación con Tatiana, con el paso de los años, no sólo profundizaría en confianza, sino que se volvería el vínculo central de Gramsci con el exterior.

nuscritos redactados en cuadernos había sido escrito durante los años del confinamiento y contenía las reflexiones, las críticas y los proyectos teóricos que Gramsci planeaba completar una vez que recobrarla la libertad. A pesar de que los textos no llegaron a su destino sino hasta un año después del envío de Tania (1938), el camino que siguieron en las décadas posteriores fue tan accidentado como la historia de la Italia de posguerra.

Durante los cuarenta años de distancia que median entre la redacción de los últimos párrafos de 1935 hasta el trabajo de la edición cronológica de 1975, la obra de Gramsci fue publicada parcialmente en una edición en la que los apuntes del periodo carcelario se seleccionaron y agruparon por argumentos o temas homogéneos sin respetar la secuencia cronológica de su redacción.⁶ El primer ejemplar de esta selección comenzó con el *Materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* y continuó hasta completar seis volúmenes. En la actualidad, los títulos de estos textos – publicados entre 1948 y 1951 en italiano– resuenan entre los textos más populares de Gramsci: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*; *Los intelectuales y la organización de la cultura*; *El Risorgimento*; *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno*; *Literatura y vida nacional*; *Pasado y presente*. Fueron estos volúmenes los que se conocieron a lo largo y ancho del mundo y, en buena medida, el lugar del que abrevaron las lecturas e interpretaciones sobre el legado de Gramsci que proliferaron en las décadas subsecuentes.

Palmiro Togliatti, quien fuera el primer responsable de la herencia teórica de Gramsci, trabajó en los seis volúmenes de los cuadernos por más de diez años, y después confió la tarea a Felice Platone. Cuando Platone, en abril de 1946, comenzó a difundir los *Cuadernos de la cárcel* para *Rinascita*⁷ a través de un informe llamado “Para una historia de los intelectuales italianos”, la influencia ejercida por los *Cuadernos de la cárcel* en la política del PCI comenzaba a manifestarse.⁸ Y Togliatti, como responsable de la

⁶ “En verdad, la primera publicación póstuma fueron *Cartas desde la cárcel*, que aparecieron en 1947” (Francesco Scalabrino, *Un uomo sotto la mole. Biografía di Antonio Gramsci*, p. 215).

⁷ Giuseppe Vacca, *Vida y pensamiento de Antonio Gramsci*, p. 14.

⁸ Giuseppe Vacca destaca el diseño del “partido nuevo” y la “vía italiana”, además de enfatizar que los *Cuadernos de la cárcel* aparecieron en pleno zhdanovismo, que desde 1951 Togliatti los utilizó para atacarlo: “recientemente fue documentado cómo Togliatti más que favorecerlo lo sufría, no sin oponer resistencia. A los *Cuadernos de la cárcel*, desde el año 1951 los usó para contraatacarlo. Pero ello fue limitado (hasta 1956) por las obligaciones del Partido Comunista Italiano (PCI) en cuanto miembro de la Cominform” (*ibid.*, p. 16).

primera acogida de su pensamiento, fue quien decidió lo que era políticamente conveniente del pensamiento gramsciano para los fines del partido.⁹

Teniendo estos elementos en consideración, se debe recordar que los *Cuadernos de la cárcel* concentran las aportaciones teóricas más destacadas de Gramsci –escritos desde principios de 1929 hasta mediados de 1935–. Sin embargo, su estudio directo y completo no fue posible sino hasta 1975, fecha en la que Valentino Gerratana publicó con la editorial Einaudi –bajo el título *Cuadernos de la cárcel. Edición crítica del Instituto Gramsci. A cargo de Valentino Gerratana*– la primera versión completa de los manuscritos del periodo carcelario acompañada de un vasto aparato crítico. Ésta, desde entonces, es conocida como la “edición crítica” y es la referencia de buena parte de las traducciones del italiano a otras lenguas, así como de los estudios gramscianos en las últimas décadas.

Uno de los rasgos característicos de la edición crítica es que recupera la totalidad de los manuscritos;¹⁰ la numeración de los *Cuadernos de la cárcel* corresponde a la secuencia en la que aparecen en las libretas en las que fueron escritos, así se reconocen veintinueve cuadernos y cuatro cuadernos más que contienen ejercicios de traducción: A (XIX), B (XV), C (XXVI), D (XXXI).¹¹ Se debe tener en cuenta que Gramsci, incluso contra las restricciones carcelarias, escribía en más de uno de ellos en la misma temporada, lo que dificulta saber con precisión el momento en que escribió determinados pasajes. La mayoría de los cuadernos se conocen como generales o mixtos, y, además, hay algunos que Gramsci consideró como “especiales”, pues con ellos pretendía formar una serie de textos monográficos independientes, para lo que reescribió y organizó muchas notas previamente elaboradas, por lo que tachó las hojas en las que hizo la primera versión.¹² Frente a estos problemas, Gerratana optó por recuperar la totalidad de los manuscritos, incluso los fragmentos que Gramsci habría cancelado para reescribirlos, por lo que para distinguir entre la primera y la segunda redacción

⁹ De acuerdo con la carta de Togliatti a Dimitrov (25 de abril de 1941): “Los Cuadernos de Gramsci, que ya estudié cuidadosamente casi todos, contienen material que puede ser usado sólo después de una cuidadosa elaboración. Sin este tratamiento el material no puede ser usado y algunas de sus partes si se usan como están podrían no ser útiles al partido” (*ibid.*, p. 19).

¹⁰ Con excepción de las traducciones, de las cuales en un primer momento se había pensado una publicación independiente.

¹¹ Los números romanos corresponden a la numeración que Tania Schucht había dado a los manuscritos para mantener un orden entre ellos; esta vieja numeración suele ponerse entre paréntesis después de la primera referencia. Por convención, éstos se citan utilizando la primera grafía de la palabra *quaderni*: Q 8, Q 11, Q 22, etcétera.

¹² Derek Boothman, *Traducibilità e processi traduttivi. Un caso: A. Gramsci linguista*, p. 8.

los primeros se conocen como textos A y los reelaborados como C, en tanto que los textos o párrafos de elaboración única se conocen como textos B. Otros elementos característicos de la edición de Gerratana son el vasto aparato crítico que privilegia las indicaciones de cientos de referencias directas o indirectas de las notas, la descripción de las características de cada uno de los cuadernos y los índices que se incluyen en el volumen cuatro.

Por todos estos rasgos, la edición crítica de Gerratana permitió que los estudios gramscianos dieran un salto cualitativo, pues no sólo posibilitó el acceso a la totalidad de los manuscritos del periodo carcelario, sino que abrió una enorme gama de estudios, desde aquellos que se concentran en observar la génesis conceptual del pensamiento gramsciano hasta aquellos otros que atienden a la compleja interrelación entre los distintos planos de análisis con los que trabaja. A esto contribuyó también la posterior publicación de buena parte de los textos prearcelarios, publicados en el siguiente orden: *Cronache torinesi (1913-1917)*, Einaudi, 1980; *La città futura, 1917-1918*, Einaudi, 1982; *Il nostro Marx, 1918-1919*, Einaudi, 1984; *L'Ordine Nuovo, 1919-1920*, Einaudi, 1987.¹³

El último gran momento de las ediciones de los textos gramscianos en Italia ha sido consecuencia del trabajo de Gianni Francioni, quien desde su ya clásico trabajo *L'officina gramsciana. Ipotesi sulla struttura dei "Quaderni del carcere"*, de 1984, planteó la necesidad de seguir el curso lógico y diacrónico de la historia interna de los cuadernos,¹⁴ de modo que una posible organización debía aplicar los criterios de datación de la edición crítica, pero corrigiendo algunos errores, pues en muchos casos el orden propuesto por Gerratana no coincide con el momento al que atribuye su elaboración. Y, a partir de 1990, se proyectó una nueva edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel* en el contexto de la edición nacional¹⁵ de los escritos de Gramsci para la que Francioni propuso un ordenamiento que debía incluir los

¹³ Hubo dos publicaciones previas a la de los *Quaderni* que pertenecen al periodo prearcelario: *Socialismo e fascismo. L'Ordine Nuovo 1921-1922*, Einaudi, 1971; *La Costruzione del Partito Comunista, 1923-1926*, Einaudi, 1971.

¹⁴ Gianni Francioni, *L'officina gramsciana. Ipotesi sulla struttura dei "Quaderni del carcere"*, p. 22.

¹⁵ La edición nacional se proyectó en 1996 con el objetivo de incluir los *Escritos (1913-1926)*, *Cuadernos de la cárcel* y el *Epistolario*. La comisión crítica a cargo del trabajo del Istituto Gramsci estuvo integrada por especialistas como Eric J. Hobsbawm, Chiara Daniele, Giuseppe Vacca, Valentino Gerratana, Leonardo Paggi, Joseph Buttigieg, Norberto Bobbio, Fabio Frosini y Giuseppe Cospito. Véase Fondazione Gramsci Onlus, "Edizione nazionale scritti Antonio Gramsci", recuperado el 11 de marzo de 2019, de <<https://www.fondazione-gramsci.org/edizione-nazionale-scritti-antonio-gramsci/>>.

trabajos de traducción, en el orden cronológico de la edición crítica. Así, desde 2007 y hasta 2017 se ha publicado prácticamente la totalidad del proyecto de la edición nacional con el nuevo criterio para los cuadernos.¹⁶

En América Latina

Como es bien sabido, fue en torno al grupo que editó la revista *Pasado y Presente* (1963-1965 y 1973),¹⁷ en Argentina, como se tradujeron y se editaron por vez primera en América Latina algunos de los volúmenes de la selección de Togliatti, es decir, de la edición temática. Ha sido precisamente José Aricó, inspirador central del grupo y de su esfuerzo por abrir un debate sobre la capacidad de transformación del marxismo al interior del Partido Comunista Argentino (PCA) en los años previos al golpe de 1976 y en el periodo subsecuente,¹⁸ quien en su libro *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, al reconstruir el paso del sardo por nuestro continente, relata cómo es que Héctor P. Agosti, la figura más importante del PCA, estimuló el estudio y la difusión de la obra del italiano en Argentina.¹⁹ Así, como se hizo en Italia,²⁰ se publicaron en primer lugar las *Cartas de la cárcel* en 1959 a cargo de la editorial Lautaro, que mantenía relación con el PCA.

¹⁶ El orden de publicación de la edición nacional ha sido el siguiente: *Quaderni del carcere 1. Quaderni di traduzioni (1929-1932)* en 2007; *Epistolario 1. Gennaio 1906-dicembre 1922*, en 2009; *Epistolario 2. Gennaio-novembre 1923*, en 2011; *Scritti (1910-1926) 2. 1917*, en 2015; *Documenti 1 Appunti di Glottologia 1912-1913*, en 2016; *Quaderni del carcere 2. Quaderni miscellanei (1929-1935)*, en 2017. Todos a cargo del Istituto della Enciclopedia Italiana.

¹⁷ Horacio Crespo indica que “La editorial Siglo Veintiuno editó en el primer semestre de 1981 un catálogo en el que se detalla la descripción bibliográfica de los Cuadernos de Pasado y Presente hasta el número 92 (faltan del 93 al 98, planeados y editados después de 1981) y un conjunto de 46 títulos de las series Los Clásicos y Ensayos Críticos de la colección Biblioteca del Pensamiento Socialista. [...] Debe consultarse también un segundo catálogo de Siglo Veintiuno Editores, de 1986, en el que figura la colección definitiva de los 98 títulos de Cuadernos y 50 de la Biblioteca del Pensamiento Socialista en sus dos series (Catálogo, 1986: 57-77; 143-172)” (Horacio Crespo, “En torno a los *Cuadernos de Pasado y Presente*, 1968-1983”, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<https://shial.colmex.mx/textos/crespo.pdf>>).

¹⁸ “Percibiendo la profunda y productiva relación entre cultura y política, *Pasado y Presente* estableció una estrategia de intervención cultural de largo alcance, en la tentativa de transformar la cultura política de la izquierda” (Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, p. 380).

¹⁹ José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, p. 32.

²⁰ La primera publicación póstuma fueron las *Cartas de la cárcel*, que aparecieron en 1947 (Scalambrino, *Un uomo sotto la mole*, p. 215).

Cabe hacer un ligero paréntesis para referir lo que Aricó documenta como la primera referencia en español dedicada a recuperar el epistolario gramsciano en 1947, hecha por Ernesto Sabato en la revista *Realidad*; según Aricó, no resulta extraño que Sabato se hubiera interesado por Gramsci, pues *Cartas de la cárcel* había obtenido un enorme prestigio tras haber obtenido el máximo premio literario en Italia, el Premio Viareggio,²¹ lo que explicaría cómo es que el escritor tuvo noticia de ellas. Otro ejemplo notable de estas primerísimas referencias a Gramsci en el mundo hispanohablante fue la reedición en 1956 del libro *El materialismo histórico en Federico Engels*, del marxista de origen italiano y de gran presencia en Argentina Rodolfo Mondolfo, editado en Buenos Aires por la editorial Raigal, en el que se incluía el ensayo “En torno a Gramsci y la filosofía de la praxis”. Esto hace posible suponer que, por la vía de Mondolfo, algunos marxistas mexicanos o asentados en México se hubieran aproximado por primera vez a Gramsci.²²

Con todo, no se puede hablar a cabalidad de la primera recepción de Gramsci en Latinoamérica sino hasta que, bajo el impulso de Agosti, se publicaron, también con la editorial Lautaro, en Buenos Aires, cuatro de los cuadernos que había formado Togliatti. En primer lugar, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, traducido por Isodoro Flaumbaum en 1958; *Los intelectuales y la organización de la cultura*, traducido por Raúl Sciarretta, en 1960; *Literatura y vida nacional*, traducido por José Aricó, en 1961, y, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y el Estado moderno*, en traducción también de Aricó, en 1962.

A partir de 1968, la revista *Pasado y Presente* se integró a la filial en Buenos Aires de la editorial Siglo XXI,²³ dirigida por José Aricó, lo que dio un amplísimo margen para la difusión del pensamiento gramsciano y del marxismo. De modo que una vez que el golpe militar de 1976 forzó al grupo al exilio que los trajo a México continuaron publicando en la colección Biblioteca del Pensamiento Socialista de Siglo XXI, textos que ya habían dado a conocer en Argentina o, incluso, algunos absolutamente inéditos.²⁴ Y, en alianza con la editorial Juan Pablos –fundada en 1971 y dirigida

²¹ José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, p. 191.

²² *Ibid.*, p. 196.

²³ Más adelante se hablará de Siglo XXI, pero es importante destacar que desde 1971 José Aricó anunciaba a Enrico Ferri la fusión de la editorial Signos de Buenos Aires con la sucursal de la editorial mexicana en Argentina (Fiamma Lussana, “L’edizione critica, le traduzioni e la diffusione di Gramsci nel mondo”, en *Studi Storici*, año 38, núm. 4, 1997, p. 1080, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<http://www.jstor.org/stable/20566865>>).

²⁴ En esa colección se publicó *Gramsci y la revolución de Occidente* de Maria Antonietta Macciocchi.

por Alfredo Juan Álvarez y Blanca Sánchez–, se inició la reproducción de ediciones facsimilares de los cuatro volúmenes previamente publicados,²⁵ y se publicaron los dos volúmenes faltantes, siguiendo la edición italiana de Einaudi. Así, se presentaron: *Pasado y presente* en 1977, en traducción de Gabriel Ojeda Padilla, y *El Risorgimento* en 1980, en traducción y con notas de Stella Mastrangelo.²⁶ De modo que el trabajo de traducción y edición de los cuadernos temáticos en esos primeros años estuvo inscrito en el espíritu y la intención política del grupo de *Pasado y Presente*; con esta afirmación por supuesto no pretendo obviar los estudios que se han dedicado a hacer una revisión crítica en la historia del grupo en términos de la unidad, la continuidad, los virajes teóricos y políticos, o la preeminencia de uno u otro de sus actores; asumo, sin embargo, la afirmación de Horacio Crespo sobre que “la experiencia de Pasado y Presente como forma destacada de la ‘nueva izquierda’ revolucionaria surgida en la década de 1960 se cierra en cuanto tal” en 1984,²⁷ es decir, en el momento del regreso del grupo a Argentina.

Otra vía de introducción a Gramsci en América Latina que no debe ser pasada por alto es la que se dio en Brasil. Según narra Carlos Nelson Coutinho, quien fuera el agente más importante de la presentación de Gramsci en aquella nación –pues fue quien lo tradujo, editó, interpretó y aplicó incesantemente–, entre 1966 y 1968²⁸ se publicaron por vez primera en portugués cinco textos fundamentales: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* y las *Cartas de la cárcel*, en 1966; *Literatura y vida nacional*, *Los intelectuales y la organización de la cultura* y *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, en 1968; a cargo de la editorial Civilização Brasileira. A estas primeras ediciones siguieron muchas más, entre las que vale la pena destacar la publicación de *Obras escogidas* en 1978, texto que previamente había sido traducido y publicado en Portugal, a partir de la edición francesa *Oeuvres choisies* de Éditions Sociales de 1959.²⁹ Pero, sobre todo, se debe reconocer la gran labor encabe-

²⁵ En 1975 *El materialismo..., Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno, Los intelectuales y la organización de la cultura* y en 1976 *Literatura y vida nacional* (José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* pp. 138-139).

²⁶ Raúl Burgos, “Los avatares de una herencia incómoda: el complicado diálogo entre Gramsci y la izquierda en América Latina”, en *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, año 3, núm. 5, Asociación Latinoamericana de Sociología, 2012, p. 241.

²⁷ Horacio Crespo, “En torno a los *Cuadernos de Pasado y Presente, 1968-1983*”.

²⁸ “[...] en el periodo en que las contradicciones internas del régimen dictatorial brasileño, instaurado en 1964, todavía permitían un margen relativo de libertad en el terreno cultural” (Carlos Nelson Coutinho, “Gramsci en Brasil” en *Cuadernos Políticos*, núm. 46, 1986, p. 24).

²⁹ La edición portuguesa fue *Obras Escolhidas*, 2 vols., 1974.

zada por el mismo Coutinho y la editorial Civilização en torno a los seis volúmenes de *Cadernos do cárcere* (1999-2002), en una edición que recupera los criterios tanto de la edición temática como aquellos de la edición crítica de Gerratana, lo que la hace una edición inédita que pretende aproximar al lector tanto al estudio riguroso de la obra como a una lectura comprensiva que permita tender puentes conceptuales de manera más sencilla.³⁰

La introducción en México

Previo a la llegada del exilio argentino en México, en 1959, ya había aparecido un texto de Gramsci en la *Revista de la Universidad de México*, titulado “Maquiavelo y el nuevo príncipe”, traducido por Víctor Flores Olea, quien en ese mismo número hace una presentación sobre el sardo, a quien describe como el hombre que más “que ningún otro en Italia [...] constituye la síntesis exacta de la teoría y la práctica”.³¹ El texto refleja el conocimiento que tenía el sociólogo mexicano de las *Cartas de la cárcel* y de la edición temática. De modo que es éste el primer arribo de Gramsci a México.³²

En 1967, en la célebre Colección 70 de la editorial Grijalbo, se publica *La formación de los intelectuales*. Esta editorial sintetiza quizá mejor que ninguna otra la sinergia de elementos que trajo el exilio español a México en el periodo posterior a la derrota de la República española después de la guerra civil (1936-1939) y la enorme influencia de los exiliados españoles en el marxismo y el pensamiento crítico de este país. Sobre Grijalbo es necesario recordar que ese grupo editorial, cuyo antecedente fue la editorial Atlante, fue fundado por el exiliado español Juan Grijalbo³³ en 1962.

³⁰ Uno de los rasgos fundamentales de esta edición es que opta por mantener los “cuadernos especiales” tal como se encuentran en la edición de Gerratana, pero a diferencia de esa edición los “cuadernos misceláneos” no se presentan en el orden material legado por Gramsci, sino que tienen sus notas desagregadas y asignadas temáticamente después de cada “cuaderno especial”; por lo que los “cuadernos especiales” van siempre seguidos de una sección llamada “De los cuadernos misceláneos”, en la que se incluyen las notas de tipo B, relacionadas con el tema del “cuaderno especial” en cuestión (Carlos Nelson Coutinho, “Introdução”, en Antonio Gramsci, *Cadernos do cárcere*, vol. 1, p. 40).

³¹ Víctor Flores Olea, “Presentación de un político: Antonio Gramsci”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 6, 1959, pp. 18-19.

³² El conocimiento de este dato lo debo al texto de Elvira Concheiro, y Aldo Guevara, “Gramsci en los debates de las izquierdas mexicanas”, en Lucio Oliver (coord.), *Debatendo Gramsci. La sociedad como teoría, historia y poder*, p. 88.

³³ Grijalbo trabajaba entonces en el recientemente fundado (1940) Colegio de México, que había tenido como antecesora, la Casa de España, espacio que había sido ideado por el

Bajo su guía y asesoramiento, así como con la colaboración de muchos de los exiliados, la editorial reprodujo textos clásicos del pensamiento revolucionario e introdujo autores hasta entonces desconocidos, convirtiéndose así en una de las más influyentes de su época. Tal es el caso de *Historia y conciencia de clase* de Georg Lukács y *Dialéctica de lo concreto* de Karel Kosík, sólo por poner algunos ejemplos de textos originales.

Gracias a la traducción de Ángel González Vega, el número dos de la Colección 70³⁴ fue el texto gramsciano cuyo título original es *Antologia degli scritti*, publicado en Italia en 1963 por la editorial Riuniti. La antología es una selección de textos de los *Cuadernos de la cárcel*; el prólogo y el aparato crítico se tradujeron de la edición italiana, y se compone de tres partes; la primera recupera párrafos dedicados a los intelectuales, el Partido Comunista y el funcionarismo; la segunda se concentra en cuestiones de filosofía, sentido común, religión, lenguaje e historia; en tanto que la tercera trata asuntos relacionados con el arte y la cultura. De modo que este primer Gramsci presentado a México por Grijalbo fue ante todo un teórico crítico de la cultura.

Después de esta antología, se publicó en 1970 otro texto fundamental para la introducción, el conocimiento y estudio de Gramsci en México y el mundo de habla hispana: la antología de textos gramscianos seleccionada, traducida y comentada por el filósofo español Manuel Sacristán³⁵ en Siglo XXI. Esta editorial, fundada por el argentino Arnaldo Orfila³⁶ en 1966³⁷ —quien previamente había dirigido el Fondo de Cultura Económica (FCE) en México (1948-1965)—, desde sus orígenes estuvo relacionada con el trabajo de los gramscianos argentinos, pues dentro de su quipo de editores estuvieron, entre otros, Juan Carlos Portantiero y José Aricó. Orfila había

presidente Lázaro Cárdenas para acoger a los científicos, académicos y artistas que habían llegado con el exilio.

³⁴ El número cero de la colección fue León Dion, *Los grupos y el poder político en los Estados Unidos* (1967), traducción de Ana Domenech.

³⁵ Sacristán fue una figura central para la traducción y la inserción del marxismo en el mundo de habla hispana. Tradujo a Marx, Engels, Korsch, Lukács, Marcuse, Adorno, etcétera.

³⁶ A recomendación de Pedro Henríquez Ureña y de Alfonso Reyes, Orfila recibió en 1943 la invitación de Daniel Cosío Villegas para crear y ser gerente de una sucursal del FCE en Argentina. En 1948, Cosío Villegas deja la dirección del FCE y llama a Orfila para que lo suceda. En 1965, a consecuencia de la publicación de *Los hijos de Sánchez. Una muerte en la familia Sánchez* de Oscar Lewis, tuvo que dejar la dirección, lo que lo llevó a Siglo XXI (Víctor Díaz Arciniega, “La huella indeleble: entrevista con Arnaldo Orfila Reynal”, en *La Jornada Semanal*, núm. 278, 1994, pp. 19-26).

³⁷ A petición de un grupo importante de intelectuales, entre quienes se encontraban Elena Poniatowska y Enrique González Pedrero, se creó la editorial Siglo XXI con Orfila al frente.

estado en contacto con Manuel Sacristán desde que impulsó la creación de una filial del FCE en Madrid (1963) y, posteriormente, una más en Barcelona (1964), dado que desde esos años ya había solicitado al filósofo textos para publicarlos bajo el sello del FCE.³⁸

Habría que precisar que la relación entre el marxismo español y el mexicano prosperó en los años sesenta no sólo por los lazos que se produjeron en torno a los exiliados, sino también porque en España se vivía un ambiente distinto al de la década anterior, pues aunque aún privaba la censura se generaron espacios de discusión que fortalecieron y produjeron importantes debates en el interior del Partido Comunista Español (PCE). Así, en torno al Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), brazo del PCE, se comenzó a discutir a Gramsci en espacios clandestinos y al margen de las líneas oficiales del partido desde 1956, en particular gracias a la hispanista Giulia Adinolfi, compañera de Sacristán, que había militado en el PCI.³⁹ En estos espacios quienes más estudiaron al sardo desde la edición temática de Togliatti fueron Jordi Solé Tura, Manuel Sacristán, Josep Fontana, Manuel Vázquez Montalbán, Francesc Vallverdú o Juan Ramón Capella.⁴⁰ Aún así, no fue sino hasta que se operó una abierta orientación hacia las posiciones eurocomunistas que el PCE abre las puertas a Gramsci.⁴¹ El giro gramsciano en España acontece con toda claridad después de la muerte de Franco en 1975 y con la celebración de las primeras elecciones administrativas.

Sobre las ediciones del pensamiento gramsciano en España, previo a la edición de la antología de Sacristán destaca que en 1966 se publicó otra antología a cargo de Jordi Solé Tura, *Cultura y literatura*, en el marco del debate sobre literatura y realismo; en 1968, la traducción a cargo de Jordi Solé Tura de *El príncipe modern*, y, en 1970, la *Introducción a la filosofía de la praxis*, selección y traducción también de Solé Tura.⁴² De modo que la antología de Sacristán no fue la primera pero sí la más significativa e influyente.

De esta última, en la edición de 2013 se recupera una introducción que fue eliminada de la primera versión y que se publicó 1998 en el libro *El or-*

³⁸ Jordi Gracia, “Introducción. El mejor oficio del mundo”, en Jordi Gracia (ed.), *Javier Pradera. Diario de un editor*, pp. 11-13.

³⁹ El PSUC era la rama catalana del Partido Comunista de España (Giaime Pala, “La recepción del pensamiento de Antonio Gramsci en España (1956-1980)”, en Giaime Pala, Antonio Firenze y Jordi Mir García (eds.), *Gramsci y la sociedad intercultural*, pp. 186-187).

⁴⁰ *Ibid.*, p. 191.

⁴¹ *Ibid.*, p. 187.

⁴² *Ibid.*, p. 192.

den y el tiempo. Introducción a la obra de Antonio Gramsci, de la editorial Trotta. En ese breve texto, Sacristán esclarece los criterios que ha seguido en la *Antología*. El primero de ellos fue no separar los textos personales de los textos públicos pues, afirma, se debe considerar la cronología como factor de homogeneidad; el segundo, acentuar el “género” que más puede dar unidad temática a la obra, es decir, la literatura política, eje desde el cual se puede observar al Gramsci filósofo, periodista, historiador, político, crítico literario y crítico de la cultura.⁴³ Y, advierte el filósofo:

El criterio en que se basa esta antología es la intención de presentar al lector una imagen concreta –puesto que no puede ser completa– de la obra de Antonio Gramsci, entendiendo por “obra” lo producido y lo actuado, el fruto del *poieîn* [producir] y el de *práttein* [conducir, hacerse]. Esa intención no se inspira principalmente en el deseo de reconstruir la individualidad de Antonio Gramsci, sino en la necesidad de pasar por encima de las clasificaciones académicas tradicionales cuando se quiere entender el pensamiento revolucionario.⁴⁴

Así, bajo el criterio cronológico se agrupan textos de los años precarcelarios publicados en *L'Ordine nuovo*, *Cartas desde la cárcel* y algunos textos de los *Cuadernos de la cárcel*, de modo que se presenta un abanico muy amplio de la obra de Gramsci; la selección, además, va acompañada de las notas que Sacristán introdujo a modo de aparato crítico para facilitar la comprensión y las referencias de los textos. La antología fue, entonces, el primer intento en habla hispana de mostrar de modo integral, aunque no exhaustivo, por supuesto, las distintas facetas del legado gramsciano, y se presentó primero en México para después reimprimirse en la sede madrileña de Siglo XXI en 1974.⁴⁵

⁴³ Manuel Sacristán, “Advertencia”, en Antonio Gramsci, *Antología*, p. 6.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 5. “Los comentaristas de Aristóteles dividieron el saber en ‘teórico’, ‘práctico’ y ‘poético’ (empleamos esta última palabra como transcripción del griego *poietikón*). El verbo *poieîn* significa ‘hacer’ en el sentido de ‘producir’ (aproximadamente como el latino *facere*), mientras que *práttein* significa ‘hacer’ en el sentido de ‘conducir(se)’ (aproximadamente como el latino *agere*). El ‘saber hacer’ en el sentido de *poieîn* es la *tékhne* (la técnica) de la que hemos hablado más arriba [...], palabra de la que admitimos que puede traducirse por ‘arte’; el *práttein* es la conducta, las ‘costumbres’, lo ‘moral’” (Felipe Martínez Marzoa, *Iniciación a la filosofía*, 1974, p. 255).

⁴⁵ La edición produjo el extrañamiento del Instituto Gramsci, pues no se habían negociado previamente ningún tipo de derechos. Siglo XXI se escudó para la edición mexicana en una ley nacional que permite editar a un autor después de treinta años de su muerte. El Instituto no insistió en ningún conflicto en la perspectiva de establecer buenos acuerdos para el futuro

Ahora bien, en los años que median entre la publicación de los volúmenes de la selección de Togliatti por la editorial Juan Pablos y la publicación de la edición crítica en México (1981-2000) hubo distintos esfuerzos por publicar la obra de Gramsci. Así, por ejemplo, en 1972 la editorial Diógenes, fundada inicialmente por Rafael Giménez Siles y Emmanuel Carballo en 1966,⁴⁶ publicó la selección de textos *Maquiavelo y Lenin*, que había sido la primera aparición de Gramsci en Chile, impreso por la editorial Nascimento en 1971, cuya selección fue hecha por Osvaldo Fernández Díaz, quien también propuso el título. En Chile, tal como lo relata el propio Fernández Díaz, a Gramsci se le conoció de forma muy temprana gracias a las ediciones argentinas, así es que esta publicación fue el resultado de un tiempo previo de estudio y lectura de su pensamiento.⁴⁷ La publicación mexicana hecha por Diógenes, como solía pasar en la época, no implicó ningún acuerdo ni con Fernández Díaz ni con la editorial, así, aunque la edición sí consigna su nombre, no se trató de un texto original, a pesar de ello es uno de los primeros libros que mostraron a Gramsci en México.

También en 1972, Ediciones de Cultura Popular publicó *La concepción del partido proletario y Partido y revolución*.⁴⁸ La historia de esta editorial, bajo el nombre Fondo de Cultura Popular (FCP), está ligada a su relación orgánica con el Partido Comunista Mexicano (PCM), fundado en 1919. Hay un vacío sobre el año exacto de su fundación, pero parece que fue a principios de los años cuarenta que Alejandro Martínez Camberos y el venezolano Salvador de la Plaza fundaron el Fondo de Cultura Popular,⁴⁹ cuyo antecedente fue la Editorial Popular de 1936,⁵⁰ que fue la empresa edito-

(Fiamma Lussana, “L’edizione critica, le traduzioni e la diffusione di Gramsci nel mondo”, *op. cit.*, p. 1075).

⁴⁶ En 1967, debido a una diferencia entre ambos motivada por la novela *Pasto verde* de Parménides García Saldaña, que a ojos de Giménez no podían publicar, Carballo lo convenció de que le vendiera su parte de la editorial (Armando Pereira, *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*, p. 154).

⁴⁷ Claudio Berrios y Sebastián Farfán, “Entrevista a Osvaldo Fernández”, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<https://www.saberessujetos.cl/entrevista-a-osvaldo-fernandez/>>.

⁴⁸ En 1975, Ediciones de Cultura Popular publicó también *Gramsci, teórico de las superestructuras. Acerca del concepto de sociedad civil* de Jacques Taxier; y en 1978 *El concepto de hegemonía en Gramsci* de Luciano Gruppi.

⁴⁹ Humberto Musacchio, “Los libros sagrados”, en *Nexos*, núm. 54, 1982, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<https://www.nexos.com.mx/?p=4069>>.

⁵⁰ En 1935, el Comité Central del PCM había determinado: “Debe ampliarse la labor editorial, organizando la distribución de literatura en gran escala entre los trabajadores sin partido. Junto a las obras clásicas de Marx, Engels, Lenin y Stalin hay que editar materiales sobre la Revolución China, trabajos de los dirigentes del Partido sobre los problemas del

rial oficial del PCM y que en su haber publicó, por ejemplo, el *Manifiesto Comunista*.⁵¹ En el contexto mexicano se debe tener en consideración que desde los años veinte, impulsada por el PCM, a través de su publicación *El Machete* (1924),⁵² la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (1933)⁵³ y, después, mediante la Editorial Popular, se promovió una educación marxista⁵⁴ que buscaba poner al alcance de los trabajadores las lecturas necesarias para su formación revolucionaria. A estos primeros esfuerzos, los acompañó la línea general de difusión del marxismo-leninismo que se propagó desde Moscú a través de Ediciones Cooperativas de los Obreros Extranjeros, fundada en 1931, mediante traducciones al español y otras lenguas de textos considerados fundamentales para el marxismo-leninismo; así, por ejemplo, el asturiano Wenceslao Roces participó en el proyecto entre 1934 y 1936. Justo en ese último año, 1936, la editorial cambió de nombre a Editorial Progreso.⁵⁵

El impulso de estas publicaciones se dio en un periodo de importante auge del socialismo en nuestro país, pues corresponde al momento en el que se levantó la censura al PCM y en el que a nivel nacional se articularon objetivos políticos, culturales y económicos del proyecto nacional del periodo cardenista. Así, por ejemplo, se instaló la educación socialista —con toda

país, las tareas del Partido y del Frente Popular, etcétera.” (Citado en Sebastián Rivera Mir, “Los primeros años de Ediciones Frente Cultural. De la teoría revolucionaria al éxito de ventas (1934-1939)”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 51, 2016, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0185262016000037>>.

⁵¹ Carlos Illades, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, p. 61. Editorial Popular dejó de operar a principios de 1940 en el momento en que se expulsó a Hernán Laborde y Valentín Campa, acusados de subordinar el partido al gobierno cardenista (Sebastián Rivera Mir, “Editorial Popular y la unidad a bajo costo: libros y folletos comunistas en el México cardenista”, en Carlos Illades (coord.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, p. 195).

⁵² Engracia Loyo, “La difusión del marxismo y la educación socialista”, en Alicia Hernández y Manuel Miño (coords.), *Cincuenta años de historia en México*, vol. 2, p. 167.

⁵³ La Liga, impulsada por el PCM, en su primer momento estuvo integrada por personalidades como Luis Arenal Bastar, Juan de la Cabada, Pablo O’Higgins, etcétera.

⁵⁴ “... en 1927, cuando la revista *El Machete* se convirtió en semanal y aumentó su tiraje a 10 mil ejemplares, aparecía con frecuencia la sección dedicada a ‘educación marxista’ que en artículos seriadados explicaba los diferentes modos de producción: el comunismo primitivo, el feudalismo, el capitalismo...” (Engracia Loyo, “La difusión del marxismo y la educación socialista”, *op. cit.*, p. 167).

⁵⁵ Nayelli Castro, “Traducción e historiografía en México: nuestro ‘ser histórico’ a través de la cortina de hierro”, en *Mutatis Mutandis. Revista Latinoamericana de Traducción*, vol. 11, núm. 1, “Los estudios de traducción e interpretación en América Latina II”, 2018, pp. 55- 57.

la ambigüedad que esto tuvo— como método de preparación para el nuevo orden social, y fue a través de la impresión de muchísimos libros de texto como también se difundió el marxismo⁵⁶ gracias a la Secretaría de Educación Pública, que en 1935 lanzó la Biblioteca del Obrero y Campesino⁵⁷ y algunas publicaciones periódicas. De modo que el FCP surgió y se concretó como un proyecto que publicaba y traducía textos traducidos u originales en amplios tirajes durante la treintena de años en los que publicó obras que tenían como fin fortalecer tanto la línea ideológica del PCM como su presencia editorial, así como diversificarse en alianza con Ediciones Frente Cultural⁵⁸ y Editorial América.⁵⁹ Esto lo convirtió en uno de los agentes más influyentes en la formación del discurso marxista de la época.⁶⁰

Sin embargo, para la década de los setenta, es decir, en el periodo posterior al aniquilamiento de la Revolución húngara de 1956, a la Revolución cubana de 1959, a la represión en Checoslovaquia y Polonia en 1968, al movimiento estudiantil y a la represión en la Ciudad de México de 1971, y, en el momento en que se valoraban las categorías gramscianas para el debate político internacional, el PCM, que siempre se mantuvo próximo a sus iguales en España (el PCE), y en Italia (el PCI), y que nuevamente devendría legal en 1977, publica a Gramsci a través de Ediciones de Cultura Popular, evidenciando —como indica Dora Kanoussi— que perseguía ya una tendencia que se puede identificar con el eurocomunismo; así lo muestra el propio Arnaldo Martínez Verdugo, quien fuera promotor de una democratización del sistema político.⁶¹

Otro proyecto editorial que vira hacia Gramsci en los setenta fue la editorial Martínez Roca, fundada en 1965 por los hermanos Manuel y Francisco Martínez Roca, editores españoles exiliados en México desde 1940,⁶² que

⁵⁶ Engracia Loyo, *op. cit.*, pp. 176-177.

⁵⁷ Sebastián Rivera Mir, “Editorial Popular y la unidad a bajo costo: libros y folletos comunistas en el México cardenista”, *op. cit.*, p. 177.

⁵⁸ Enrique Navarro Orejel, que desde 1924 dirigía la Librería Navarro, en 1934 fundó Ediciones Frente Cultural.

⁵⁹ Nayelli Castro, *op. cit.*, p. 58. “[...] varias editoriales publicaban temas socialistas: Aguilar, Zeuz, Cultura, Cénit, Lux, Frente Cultural, América, Editora Popular, Ediciones de la Liga de Escritores Revolucionarios. La Editorial Espasa-Calpe anunciaba su colección de ‘libros revolucionarios’, entre los que incluía Colección Popular Lenin y A la Luz del Marxismo”, *ibid.*, p. 170).

⁶⁰ *Ibid.*, p. 59.

⁶¹ Dora Kanoussi, “Gramsci in Messico”, en Dora Kanoussi, Giancarlo Schirru y Giuseppe Vacca (eds.), *Studi gramsciani nel mondo. Gramsci in America Latina*, pp. 315-316.

⁶² Manuel trabajó durante más de veinte años en la editorial Grijalbo como ayudante y gerente. Véase Pares. Portal de Archivos Españoles, Ministerio de Cultura y Depor-

en 1973 publicaron varios textos de Gramsci: *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*, *Materialismo histórico y sociología* y *Contra el pesimismo, previsión y perspectiva*. En el primero de ellos se consigna con claridad que la versión al español es de Guillermo Gayá Nicolau, tomado de la revista *L'Ordine Nuovo* (1919-1920), y en la nota editorial se señala que los textos de este periodo fueron fundamentales pues en ellos Gramsci asimila la doctrina leninista y la experiencia de la Revolución rusa.⁶³ Estos volúmenes coinciden con un cierto espíritu de recuperación del sardo en la perspectiva de una necesaria revaloración del marxismo, y en una vía distinta a la del dominante discurso del althusserianismo de corte maoísta, tan influyente en la época. En 1974, publican también *Revolución Rusa y Unión Soviética*, y, en 1977, *Pensamiento político (el partido)*. Todos son fragmentos extraídos y reordenados de la edición temática o de escritos precarcelarios.

Hay algunos libros fundamentales en estos años que, aunque no son reproducción o traducción de los textos gramscianos, también muestran el modo en el que se conoció a Gramsci, así como el giro y el enorme debate abierto en torno a su obra. Uno de gran relevancia para su difusión es la emblemática biografía de Giuseppe Fiori *Vida de Antonio Gramsci*, publicada por Ediciones Península en Barcelona en 1968, en traducción de Jordi Solé Tura, de quien ya hemos dicho que fue responsable de otras traducciones en España. En otro registro, otro ejemplo es el libro *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, coordinado por el también español Francisco Fernández Buey, publicado en 1977 por Grijalbo, y en el que se reúnen ensayos de Althusser, Badaloni, Bobbio, Sacristán, Togliatti, etcétera.

En ese mismo año, Siglo XXI retoma la edición de la colección Cuadernos de Pasado y Presente y, con el número 54, se publican textos del periodo precarcelario de Gramsci bajo el título *Escritos políticos (1917-1933)* de Gramsci, con un texto introductorio de Juan Carlos Portantiero titulado “Los usos de Gramsci”, escrito en 1975, y que después sería compilado en el célebre libro que lleva el mismo nombre.⁶⁴ De modo que el conocimiento y la interpretación tanto de la vida como de la obra del sardo se ampliaron tanto como los estudios sobre la producción de su pensamiento.

te del Gobierno de España, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/autoridad/123559>>.

⁶³ Nota editorial en *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*, p. 7.

⁶⁴ Como parte de ese mismo proyecto se republica *Gramsci y las ciencias sociales*. En 1978, Siglo XXI publicó otro libro fundamental para la comprensión de la obra del sardo, *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*, de Christine Buci-Glucksmann.

Unos años después, en 1979, la editorial Era publicó el texto *Sobre el fascismo*, traducido por la española Ana María Palos de Foronda, que fuera publicado originalmente en Italia por Editori Riuniti en 1974, con un prólogo de Enzo Santarelli, quien también hizo la selección de los textos que se compilan y que pertenecen al periodo precarcelario.

La editorial Era ha sido otra de las fuentes fundamentales del pensamiento crítico en México, particularmente de la segunda mitad del siglo XX. Fundada en 1960 por Vicente Rojo, José Azorín y los hermanos Neus, Jordi y Quico Espresate, debe su nombre a las iniciales de los apellidos de éstos, todos ellos hijos de exiliados españoles en México. Fue impulsada desde sus orígenes como un proyecto que debía ser dirigido por jóvenes intelectuales y artistas. Además, contó con el soporte de la imprenta Madero, propiedad de Enrique Naval y Tomás Espresate, padre de Neus, Jordi y Quico, y con la red de apoyo que les dio Arnaldo Orfila, que para entonces ya dirigía Siglo XXI.⁶⁵ El giro generacional de la editorial es evidente; en ella se publicaron textos que no hallaron cabida en el discurso de las otras editoriales en circulación, y en torno a sus editores se congregaron algunas de las figuras más destacadas del pensamiento marxista de la época en México. Así, además de sus colecciones, a través de las cuales publicaron textos de literatura, sociología e historia, fundaron también la histórica revista *Cuadernos Políticos* en 1974, que publicó sesenta números hasta 1990, y en cuyo consejo editorial participaron figuras como Bolívar Echeverría, Carlos Pereyra, Adolfo Sánchez Rebolledo, Rolando Cordera, Arnaldo Córdova y Ruy Mauro Marini.

Los Quaderni en español

En la década de los ochenta, Era comenzó la publicación de una buena parte de la edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel* de 1975, traducidos también por Ana María Palos de Foronda y revisados por el escritor puertorriqueño José Luis González.⁶⁶ Los intentos previos por publicar los *Cuadernos de la cárcel* en español fracasaron por distintas razones; así, por ejemplo, Juan Grijalbo se puso en contacto con el Istituto Gramsci desde 1972 con la intención de publicar la edición crítica que se preparaba

⁶⁵ Paloma Villegas y Marcelo Uribe, “Entrevista con Neus Espresate y Vicente Rojo”, en *Ediciones Era, 35 años*, pp. 61-83.

⁶⁶ José Luis González llegó a México en 1943, donde murió en 1996. Su ensayo “El país de los cuatro pisos” es un texto fundamental en la vida intelectual del Puerto Rico contemporáneo.

en italiano pero, ante la respuesta de que había ya muchos acuerdos con otras editoriales para publicar distintas obras, el intento fracasó. También la editorial Laia, de Barcelona, trató de establecer un pacto para su publicación en 1975, pero fue precisamente el intento previo y el posible acuerdo con Grijalbo lo que impidió que se concretara.⁶⁷

A diferencia de la edición italiana, organizada en cuatro volúmenes, la edición mexicana se proyectó en seis tomos,⁶⁸ y aunque pasaron casi veinte años para que el proyecto se completara, pues entre 1981 y 1986 se publicaron los primeros cuatro tomos y entre 1999 y 2000 los dos restantes, uno de los grandes méritos de esta edición no sólo yace en haber logrado la publicación de la totalidad de los *Quaderni*, sino también haber mantenido un mismo criterio de traducción y de edición. En esta versión, además, se incluyen en cada uno de los tomos, en la parte final, las descripciones de los cuadernos hechas por Gerratana, que en la edición italiana corresponden al cuarto volumen. A pesar de que tardó catorce años que se completara la edición, la publicación de los primeros cuatro tomos —que comprenden los primeros doce cuadernos de Gramsci, según la edición de Gerrattana—, marcó un parteaguas para la lectura de Gramsci en Hispanoamérica, pues no sólo presentó la posibilidad de hacer una lectura cronológica y lo que se convirtió, particularmente en Italia, en la lectura filológica, sino porque fue la primera traducción de la edición crítica en una lengua distinta a la italiana y, por tanto, uno de los primeros esfuerzos por mostrar a Gramsci de forma sistemática.⁶⁹

Por supuesto, al evaluar la relevancia de este esfuerzo, es necesario recuperar la atinada observación de Dora Kanoussi, quien indica que, aunque esta edición de los *Cuadernos de la cárcel* en español dio una enorme difusión a la obra gramsciana y permitió integrarla de forma activa en los

⁶⁷ Fiamma Lussana, “L’edizione critica, le traduzioni e la diffusione di Gramsci nel mondo”, *op. cit.*, pp. 1075-1077.

⁶⁸ El orden es el siguiente: t. I (cuadernos 1 y 2, y un apéndice), 1981; t. II (cuadernos 3, 4 y 5, y un apéndice), 1981; t. III (cuadernos 6, 7 y 8), 1984; t. IV (cuadernos 9, 10, 11 y 12), 1986; t. V (cuadernos 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19), 1999; t. VI (cuadernos 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29), 2000.

⁶⁹ La edición crítica al francés fue publicada por Gallimard, en la colección Bibliothèque de Philosophie en 1983, sin embargo, no contiene los textos de redacción A. En 1971, apareció *Selections from the Prison Notebooks*, una traducción y edición de Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith, después se publicó en tres volúmenes (1992-2007) *Prison Notebooks*, una edición crítica a cargo de Joseph A. Buttigieg, modelada a semejanza de la de Gerratana. En alemán, la edición crítica se publicó entre 1991 y 2002 bajo el cuidado editorial de Klaus Bochmann y Wolfgang Fritz Haug.

debates de los intelectuales de izquierda y en la lectura directa en las aulas universitarias, “el italiano no es una lengua extranjera a la cultura”⁷⁰ de muchas naciones latinoamericanas –como es el caso de Argentina y Chile–, por lo que muchos estudiosos de nuestra región leyeron a Gramsci directamente de la edición crítica en italiano desde 1975. Tal es el caso, en México, de muchos intelectuales de izquierda relacionados con la vida universitaria como Pablo González Casanova, Víctor Flores Olea, Adolfo Sánchez Vázquez, Francisco Piñón, Javier Mena, Carlos Pereyra, Héctor Díaz-Polanco, Néstor García Canclini y la propia Dora Kanoussi.⁷¹

Los dos últimos tomos se publicaron en coedición con la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) bajo la coordinación de Kanoussi.⁷² Estos volúmenes contienen textos fundamentales para la comprensión de la obra de Gramsci pues permiten construir una imagen más certera de algunos de los problemas y de los desarrollos conceptuales más creativos y profundos de su pensamiento. Así, los cuadernos del 13 al 29 corresponden al segundo periodo de trabajo de Gramsci (1931-1933), el más prolífico, aunque muchos de ellos son de segunda redacción, y al último periodo (1934-1935), en el que dejó inconclusos muchos párrafos. Como en el caso de los cuatro primeros, se agregan las descripciones en la parte final. En el tomo VI se agregaron los índices que Gerratana incluyó en el cuarto volumen de la edición italiana, y son de una enorme importancia para el estudio de los cuadernos. Posteriormente a la publicación de los dos últimos tomos de los *Cuadernos de la cárcel*, en 2003 Era y la Fondazione Istituto Gramsci, en coedición con la BUAP, publicaron las *Cartas desde la cárcel*, editadas por Dora Kanoussi y traducidas por Cristina Ortega Kanoussi.

La relevancia de esta empresa está emparentada con el gran esfuerzo y trabajo constante de Dora Kanoussi, quien no sólo ha sido la figura central para la traducción, edición e interpretación de Gramsci en México, sino que ha sido también de una enorme importancia para la formación de muchas generaciones de lectores de la obra del sardo, en una clave que

⁷⁰ Dora Kanoussi, “Gramsci in Messico”, *op. cit.*, p. 319.

⁷¹ Véase, por ejemplo, en este libro “Gramsci y los estudios culturales en México” de Dante Ariel Aragón Moreno.

⁷² Kanoussi introduce una pequeña nota en el t. VI relacionada con los índices en la que agradece a la entonces Universidad Autónoma de Puebla (UAP) y al equipo integrado por José Carlos Jiménez y Karina Castillo, y asegura que “una vez que esta edición empiece a ser difundida y estudiada en el área de habla hispana, se conocerá el verdadero pensamiento maduro de un autor universal que ya es un clásico del pensamiento moderno” (Dora Kanoussi, “Índices”, en Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, t. VI, p. 299).

se caracteriza por reconocer la centralidad de la filosofía de la praxis para la comprensión de las categorías gramscianas. Kanoussi, de origen griego, investigadora de la BUAP desde la década de los años ochenta, en un primer momento con Javier Mena y después en trabajos autónomos, no sólo ha impulsado el estudio riguroso de la obra de Gramsci, sino que también ha sido enlace y representante en la International Gramsci Society y ha sido una de las organizadoras de los encuentros más destacados que se han dado en México en torno al pensamiento gramsciano y a sus aplicaciones.⁷³

Para evaluar

Como en todo el mundo, en la década de los años setenta el pensamiento gramsciano adquiere centralidad y otorga categorías que nutrieron el debate del eurocomunismo, sin embargo, deberá ser motivo de otra reflexión pensar por qué, con todo y la temprana y amplia presencia de su obra en nuestra nación, no ha tenido la fortuna que tuvo en otras naciones. Quizá tuvo razón Arnaldo Córdova cuando afirmó que esto se debe al profundo abismo que se da en México entre sociedad civil y sociedad política. Sin duda tiene razón en que la introducción de Gramsci en México corrió con la mala suerte de coincidir con el amplio despliegue del althusserianismo, por lo que de entrada el “teoricísimo” lo tachó de humanista o historicista, de modo que no fue sino hasta que el pensamiento del filósofo francés entró en crisis, que Gramsci se pudo estudiar con mayor autonomía.⁷⁴

La edición completa de los *Cuadernos de la cárcel* y las *Cartas desde la cárcel* se sitúa en un momento que la pone en coordenadas semejantes a las de la edición brasileña de Carlos Nelson Coutinho, pero en México da cuenta, además, de un giro muy importante en el proceso editorial del pensamiento marxista respecto de aquel que corresponde a la historia del siglo XX, esto es, el desplazamiento de las publicaciones hacia las universidades.

⁷³ En 1981, con Javier Mena publica un artículo en la revista *Dialéctica* de la UAP, sobre la revolución pasiva, que después en 1985 se convertiría en el libro *La revolución pasiva. Una lectura de los cuadernos de la cárcel*. Como compiladora: *Los estudios gramscianos hoy*, 1998; *Gramsci en América. II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*, 2000; *Una introducción a los cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*, 2000; *Poder y hegemonía hoy. Gramsci en la era global*, 2004; *Gramsci en Río de Janeiro*, 2004; *Los cuadernos filosóficos de Antonio Gramsci. De Bujarin a Maquiavelo*, 2007; *Notas sobre el maquiavelismo contemporáneo*, 2012; *Estudios sobre Gramsci. Una pequeña puesta al día*, 2017.

⁷⁴ Arnaldo Córdova, “Gramsci y la izquierda mexicana” en *Nueva Sociedad*, núm. 115, 1991, pp. 160-163.

Si bien se debe destacar que en México el lugar que ocupan las universidades públicas en el debate público, en la producción de conocimiento y su transmisión, ha perdido parte de la gran centralidad que tuvo durante el siglo XX para la conducción de la vida nacional, es innegable, por otra parte, que, particularmente en el periodo neoliberal, fueron las universidades públicas, e incluso algunas privadas, las que han cobijado y permitido la reproducción del pensamiento crítico, con todo y la sujeción a la que se las ha sometido bajo el modelo del productivismo académico anglosajón que en muchos espacios se trata de emular. Así, editoriales emblemáticas como Grijalbo, al ser conducidas por nuevas generaciones que poco o nada tienen que ver con sus fundadores, dieron un giro comercial que supuso el abandono de su perfil editorial. En casos como Siglo XXI o Era, si bien han mantenido un perfil que les ha permitido seguir abasteciendo a sus lectores de obras clásicas y originales, han perdido la audacia y la capacidad de mostrar las nuevas directrices del debate crítico contemporáneo. En tanto que las más pequeñas o aquellas que estuvieron vinculadas orgánicamente a los partidos de la izquierda revolucionaria colapsaron con la crisis de la izquierda que se propagó durante la década de los noventa. De modo que fue gracias al soporte de algunas universidades que se han logrado producir debates y mecanismos de difusión del pensamiento crítico en todas sus versiones. Esto por supuesto manifiesta enormes límites, entre ellos un deslizamiento academicista o el enclaustramiento de sus debates, pero ello no puede ser explicado exclusivamente como un déficit de la vida académica sino como un efecto del estado efectivo de la praxis social, que abrió una enorme brecha entre la acción colectiva y la teoría en el momento preciso en el que el capitalismo se ha impuesto a sí mismo como la única vía “racional” de organización de la vida material.

La evaluación de los distintos momentos de la recepción en México es necesariamente una labor colectiva; lo que hasta aquí se muestra sólo son algunas coordenadas que rastrean algunos de los vínculos que permitieron que la obra de Gramsci tuviera una presencia tan poderosa en nuestro país; claves que, además, posibilitan leer los ritmos de la recepción de la obra del político sardo a partir de la dinámica dispuesta por los intereses de la izquierda mexicana.⁷⁵

⁷⁵ *Idem.*

Bibliografía

- Aricó, José, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Puntosur, Buenos Aires, 1988.
- Berrios, Claudio, y Sebastián Farfán, “Entrevista a Osvaldo Fernández”, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<https://www.saberessujetos.cl/entrevista-a-osvaldo-fernandez/>>.
- Boothman, Derek, *Traducibilità e processi traduttivi. Un caso: A. Gramsci linguista*, Guerra, Perugia, 2004.
- Burgos, Raúl, “La *interferencia gramsciana* en la producción teórica y política de la izquierda latinoamericana”, ponencia presentada en el encuentro de Latin American Studies Association, Guadalajara, México, del 17 al 19 de abril de 1997, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&src=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwiUxp-nPk8bqAhXTX80KHX72BkIQFjAAegQIBxAB&url=http%3A%2F%2Fbibliotecavirtual.clacso.org.ar%2Ffar%2Flibros%2Flasa97%2Fburgos.pdf&usg=AOvVaw0F_0hqqs3mmU8PH6rYzTj7>.
- , “Los avatares de una herencia incómoda: el complicado diálogo entre Gramsci y la izquierda en América Latina”, en *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, año 3, núm. 5, mayo, Asociación Latinoamericana de Sociología, 2012, pp. 237-262.
- , *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.
- Castro, Nayelli, “Traducción e historiografía en México. Nuestro ‘ser histórico’ a través de la cortina de hierro”, en *Mutatis Mutandis. Revista Latinoamericana de Traducción*, vol. 11, núm. 1, “Los estudios de traducción e interpretación en América Latina II”, 2018, pp. 52-74.
- Concheiro, Elvira, y Aldo Guevara, “Gramsci en los debates de las izquierdas mexicanas”, en Lucio Oliver (coord.), *Debatiendo Gramsci. La sociedad como teoría, historia y poder*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 2016, pp. 87-98.
- Córdova, Arnaldo, “Gramsci y la izquierda mexicana”, en *Nueva Sociedad*, núm. 115, 1991, pp. 160-163.
- Coutinho, Carlos Nelson, “Gramsci en Brasil”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 46, Era, México, 1986, pp. 24-35.
- , “Introdução”, en Antonio Gramsci, *Cadernos do cárcere. Volume 1. Introdução ao estudo da filosofia. A filosofia de Benedetto Croce*, Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1999, pp. 7-45.

- Crespo, Horacio, “En torno a los *Cuadernos de Pasado y Presente*, 1968-1983”, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<https://shial.colmex.mx/textos/crespo.pdf>>.
- Díaz Arciniega, Víctor, “La huella indeleble: entrevista con Arnaldo Orfila Reynal”, en *La Jornada Semanal*, núm. 278, 9 de octubre de 1994, pp. 18-27.
- Flores Olea, Víctor, “Presentación de un político: Antonio Gramsci”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 6, febrero, 1959, pp. 18-19.
- Francioni, Gianni, *L'officina gramsciana. Ipotesi sulla struttura dei “Quaderni del carcere”*, Bibliopolis, Nápoles, 1984.
- Gerratana, Valentino, “Prefazione”, en Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, vol. I, Einaudi, Turín, pp. XI-XLII.
- Gracia, Jordi, “Introducción. El mejor oficio del mundo”, en Jordi Gracia (ed.), *Javier Pradera. Diario de un editor*, Trama, Madrid, 2017, pp. 9-22.
- Gramsci, Antonio, *Lettere dal carcere*, edición de Paolo Spriano, Einaudi, Turín, 1971.
- , *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*, Roca, México, 1973.
- , *Cuadernos de la cárcel*, t. VI, Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2000.
- , *Quaderni del carcere*, vol. I, Einaudi, Turín, 2007.
- , *Antología*, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, Akal, Madrid, 2013.
- Hernández Chávez, Alicia, y Manuel Miño (coords.), *Cincuenta años de historia en México*, vol. 2, El Colegio de México, México, 1991.
- Illades, Carlos, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, Taurus, México, 2018.
- (coord.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, Fondo de Cultura Económica (FCE) / Secretaría de Cultura, México, 2017.
- Kanoussi, Dora, “Gramsci in Messico”, en Dora Kanoussi, Giancarlo Schirru y Giuseppe Vacca (eds.), *Studi gramsciani nel mondo. Gramsci in America Latina*, Il Mulino, Bolonia, 2011.
- Loyo, Engracia, “La difusión del marxismo y la educación socialista”, en Alicia Hernández y Manuel Miño (coords.), *Cincuenta años de historia de en México*, vol. 2, 1991.
- Lussana, Fiamma, “L’edizione critica, le traduzioni e la diffusione di Gramsci nel mondo”, en *Studi Storici*, año 38, núm. 4, 1997, pp. 1051-1086, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<http://www.jstor.org/stable/20566865>>.

- Martínez Marzoa, Felipe, *Iniciación a la filosofía*, Ediciones Istmo, Madrid, 1974.
- Musacchio, Humberto, “Los libros sagrados”, en *Nexos*, 1º de junio de 1982, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<https://www.nexos.com.mx/?p=4069>>.
- Pala, Giaime, “La recepción del pensamiento de Antonio Gramsci en España (1956-1980)”, en Giaime Pala, Antonio Firenze y Jordi Mir García (eds.), *Gramsci y la sociedad intercultural*, Montesinos, Barcelona, 2014, pp. 185-200.
- Pala, Giaime, Antonio Firenze, y Jordi Mir (eds.), *Gramsci y la sociedad intercultural*, Montesinos, Barcelona, 2014.
- Pares (Portal de Archivos Españoles), Ministerio de Cultura y Deporte del Gobierno de España, recuperado el 15 de marzo de 2019, de <<http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/autoridad/123559>>.
- Pereira, Armando, *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*, Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM, México, 2004.
- Rivera Mir, Sebastián, “Los primeros años de Ediciones Frente Cultural. De la teoría revolucionaria al éxito de ventas (1934-1939)”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 51, 2016, recuperado el 15 de marzo de 2019, <<https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0185262016000037>>.
- , “Editorial Popular y la unidad a bajo costo: libros y folletos comunistas en el México cardenista”, en Carlos Illades (coord.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, FCE / Secretaría de Cultura, México, 2017, pp. 171-202.
- Scalabrino, Francesco, *Un uomo sotto la mole. Biografia di Antonio Gramsci*, Il Punto, Turín, 1998.
- Vacca, Giuseppe, *Vida y pensamiento de Antonio Gramsci. 1926-1937*, Plaza y Valdés, México, 1995.
- Villegas, Paloma, y Marcelo Uribe, “Entrevista con Neus Espresate y Vicente Rojo”, en *Ediciones Era, 35 años*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1995.

GRAMSCI EN LA ÓRBITA DEL PARTIDO COMUNISTA MEXICANO

Víctor Pacheco
Aldo Guevara

La ciencia social fundada en Marx y Engels, y desarrollada por Lenin, Rosa Luxemburgo, Gramsci –y en América Latina por militantes como José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella y por todos los movimientos revolucionarios de la clase obrera de las últimas décadas–, es la guía para el estudio de la realidad concreta y su transformación necesaria.

Arnoldo Martínez Verdugo,
Crisis política y alternativa comunista

Instantáneas de Gramsci en el PCM, 1920-1960

La figura de Antonio Gramsci no fue desconocida para los cuadros militantes del Partido Comunista Mexicano (PCM) de las décadas de 1920 a 1960. Desde tempranas fechas hay noticias, aunque escasas, de su periplo político y, lentamente, se convierte en un referente dentro del imaginario comunista mexicano. Un conjunto de instantáneas permite valorar la manera en que la figura política del marxista italiano fue incorporada en la cultura política de la posrevolución mexicana.

El impacto de la gran marcha sobre Roma que impulsó Benito Mussolini no pasó desapercibido para el internacionalismo comunista, que advirtió sobre la manera autoritaria de gobernar del nuevo dictador. Desde inicios de los años veinte del siglo pasado, ya se hablaba del riesgo que significaba el fascismo. Por ello, no sorprende que, desde sus primeros números, y durante toda la década de los veinte, *El Machete*, órgano de difusión y propaganda del PCM, advirtiera sobre el peligro que significaba este movimiento. En el primer año de publicación de *El Machete*, aparecerán artícu-

los firmados por Aldo Spinelli,¹ donde se habla de los orígenes del fascismo y las políticas represivas que estaba implementando en especial contra los grupos comunistas y socialistas. Estos artículos se acompañarán y cobrarán mayor fuerza de denuncia cuando, a partir del segundo semestre de ese mismo año, se conoce del viaje a México de la nave comercial Italia,² la cual tenía como misión establecer políticas de amistad y comercio con los países latinoamericanos. Tanto en México como en Cuba dos personajes fundamentales del activismo internacionalista emprendieron una fuerte campaña contra esta nave comercial y contra el régimen fascista: Tina Modotti y Julio Antonio Mella.³

La actividad antifascista de Modotti y Mella no cesará con el regreso de la nave Italia a su país, sino que permanecerá de una manera fundamental en los círculos del Socorro Rojo Internacional (SRI), que en México funcionaban bajo el membrete de Liga Pro Luchadores Perseguidos. Ya para el año de 1927 se anuncia en *El Machete* la creación de la Liga Antifascista Internacional (LAI) y, con ello, se da un giro en las noticias sobre el fascismo italiano, pues se inicia una fuerte actividad de propaganda y denuncia sobre los comunistas presos y su difícil situación de vida en las cárceles de Mussolini. Tina Modotti fue la primera presidenta de la LAI,⁴ por lo cual su nombre aparecerá en los comunicados de esta organización y fue una de las oradoras principales de los actos que realiza la organización. Dentro de *El Machete*, la LAI publicará una sección llamada “Ayuda roja”; esta agrupación, ligada al PCM⁵ y al SRI,⁶ difundirá la vejación de que fueron objeto al-

¹ Aldo Spinelli, “El fascismo italiano. Cómo y por qué nació y ha conquistado el poder; sus consecuencias”, en *El Machete*, núm. 3, 1924; Aldo Spinelli, “El fascismo, el proletariado y la democracia burguesa”, *El Machete*, núm. 5, 1924; Aldo Spinelli, “El fascismo italiano. Cómo y por qué nació y ha conquistado el poder; sus consecuencias”, *El Machete*, núm. 11, 1924.

² En los números 8 y 10 de *El Machete* se anuncia la llegada de la nave y se llama a su boicot.

³ Un estudio detallado de estas manifestaciones en Cuba y México y la participación de Tina Modotti y Julio Antonio Mella, se puede consultar en Adys Cupull y Froilán González, *Julio Antonio Mella y Tina Modotti contra el fascismo*, 2005.

⁴ Es de tener en consideración que otro de los personajes interesantes que vinculan al comunismo mexicano con el italiano será Vittorio Vidali, quien justo en 1927 llega a México a impulsar el trabajo del SRI y se integra a la LAI, de la cual será presidente, en ese momento actúa en la LAI como Enea Sormenti. Véase, Christiane Barckhausen-Canale, *Tina Modotti*, 1998.

⁵ Es de notar también que entre 1927 y 1929 el hermano de Tina Modotti, quien también participaba en SRI, llegó a México y colaboró con la imprenta del PCM y se integró también a las filas de la LAI (*ibid*).

⁶ La liga tenía una pretensión de agrupamiento que excedía el ámbito comunista, por lo cual desde su fundación hicieron un llamado a toda la comunidad italiana que se opusiera al fascismo (*El Machete*, año 3, núm. 76, 1927).

gunos personajes del comunismo italiano. En 1928 aparecieron dos anuncios en la sección “Ayuda roja” donde se mencionaba, primero, el aumento de la condena carcelaria a varios comunistas italianos, incluido Antonio Gramsci, y otro en el que se hacía un balance de los 6 años de gobierno de Mussolini y se incluían dos fotografías de los presos Gramsci y Terracini, y en el pie de foto se denunciaba que no se les había permitido el traslado de la cárcel a un hospital haciendo peligrar con ello su vida.⁷ El año de 1929 es un momento difícil para las agrupaciones antifascistas en México, pues con el asesinato de Mella, a inicios de año, la actividad de SRI y de las agrupaciones vinculadas a esta organización se vuelcan a la denuncia y a la solicitud de esclarecimiento del crimen cometido al comunista cubano.

Ya para la década de los treinta la denuncia antifascista dentro de las páginas de *El Machete* cambiará de tono y de coordenadas. Por una parte, se advierte correctamente el peligro de aumento de la influencia de Adolf Hitler en Alemania y, por otra, una coyuntura que nos excede en este texto y que sólo mencionaremos, pero que ocupa gran parte de la prensa: la pugna que lleva a denunciar a Trotsky como agente alemán.

Aunque a partir de este momento se vuelven escasas las noticias del fascismo italiano, en el año de 1937 *El Machete* anuncia la muerte del comunista italiano. Diecinueve días después del fallecimiento, el 16 de mayo de 1937, Rafael Carrillo escribió un texto en el que, además de lamentar la muerte de Gramsci, lo reconoce como “una de las mejores cabezas, uno de los dirigentes geniales del proletariado italiano”. En dicho texto, Carrillo menciona algunos datos biográficos de Gramsci a quien, dice, conoció en persona, destacando su labor de “combatiente” como dirigente y periodista siempre a la cabeza del Partido Comunista Italiano (PCI).

Una segunda instantánea la encontramos con el movimiento antifascista en México, en la década de los cuarenta del siglo XX. Desde 1936-1937, México será uno de los refugios obligados de muchos de los militantes comunistas y de los perseguidos políticos del fascismo de la Segunda Guerra Mundial. La retórica de la posrevolución mexicana y la apertura al socialismo del régimen cardenista va a dar pie a un amplio apoyo de solidaridad, quizá de estas experiencias la más conocida es la de los exiliados españoles, pero también acontece de manera paralela, un fuerte exilio alemán y judío que llegará por esos años al país. Ya con el sexenio de Ávila Camacho, el apoyo institucional del Estado mexicano continuará con la ayuda a los militantes antifascistas, aunque en la política interna

⁷ *El Machete*, números 132 y 137, de 1928, respectivamente.

comienza un periodo de persecución hacia el movimiento comunista. Pero es justo en este ambiente antifascista internacionalista que la figura de Gramsci quedará inmortalizada en el imaginario colectivo con el grabado⁸ que realizó en 1942 Leopoldo Méndez, integrante fundamental del Taller de Gráfica Popular (TGP). Dicho grabado se dio a conocer un año después en *El libro negro del terror nazi en Europa*, ilustrando el artículo del periodista antifascista Mario Montagnana⁹ titulado “La herencia de Garibaldi”. Conviene señalar lo interesante de esa publicación, pues compila textos de intelectuales y artistas europeos sobre la catástrofe ocurrida por el nazismo y se encuentra ilustrado por completo con las imágenes producidas por el TGP; agrupación comprometida desde la década de los veinte con la lucha antifascista que, tanto en su obra como en su militancia política, estaba vinculada fuertemente al PCM. El libro como tal fue producto de la actividad de los exiliados antifascistas alemanes en México, y fue resultado del Primer Congreso Antifascista en México de 1942, impulsado por la agrupación Alemania Libre que publicaba una revista homónima.¹⁰

Una tercera instantánea la podemos observar en un plano más militante; hay que recordar la Célula Antonio Gramsci que existió dentro de las filas del PCM, entre 1960 y 1964 (*circa*). Esta célula surgió a partir de que algunos integrantes de las células Karl Marx, Federico Engels y Julio Curie salieron del PCM para integrarse al Partido Obrero Campesino Mexicano y, posteriormente, formaron la Liga Leninista Espartaco. Uno de los personajes principales de esta célula fue Guillermo Rousset Banda, quien antes había formado parte de la Célula Federico Engels. Algunos de los integrantes de la Célula Antonio Gramsci, además de Rousset, fueron Armando Cámara, Vicente González Salazar, Ester Kuri Santoyo, Carlos

⁸ Muchos años después este grabado será usado en la publicación de la edición crítica de Valentino Gerratana de los *Cuadernos de la cárcel* publicados en México por Ediciones Era y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y apareció en la página de presentación de la Asociación Gramsci México, fundada en 2018 –como parte de la International Gramsci Society– por un grupo de académicos mexicanos, véase <<https://gramscimexico.org/>>.

⁹ Mario Montagnana, “La herencia de Garibaldi”, en *El libro negro del terror nazi en Europa. Testimonio de escritores y artistas de 16 naciones*, p. 221.

¹⁰ Para un estudio a fondo de los grupos y las actividades de los antifascistas alemanes y austriacos, véase Judit Bokser, Daniela Gleizer y Yael Siman, “Claves conceptuales y metodológicas para comprender las conexiones entre México y el Holocausto. ¿Historias independientes o interconectadas?”, en *Revista de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 61, núm. 228, 2016. Quienes, abordando un tema más amplio como lo son las interpretaciones del Holocausto en México, revisando todo el ambiente antifascista alemán y judío que coexistió en México entre la década de los treinta y cuarenta.

Federico Suárez Gálvez y Alejandro Pérez Aguilar. La breve historia de la Célula Antonio Gramsci, sin duda, queda pendiente de una investigación más a fondo.

Estas tres instantáneas permiten entender que Gramsci es, ante todo, un referente político, un mártir de la causa comunista y un luchador anti-fascista. No podía ser de otra manera, en la medida en que la centralidad del personaje en el PCI rebasó las fronteras. Como otros dirigentes de la época –Jorge Dimitrov, por ejemplo–, fue conocido a partir de la perspectiva militante, abnegada, sacrificial. Gramsci, a diferencia de la figura de Dimitrov, no fue encumbrado en la URSS como un “teórico”, lo que explica en gran medida que después de las instantáneas que presentamos se realice una traducción de Gramsci en otro terreno: el de la política y la teoría.

La recuperación teórico-política de Gramsci en el PCM

Podríamos comenzar periodizando esta segunda presencia de Gramsci en México de 1960 a 1980, momento en el cual se trazaron las principales claves de lectura de su obra. Ubicamos a partir de este periodo cuatro tipos de uso o lectura: 1) la *togliattiana* del PCM, que no deja de estar relacionada en sus últimos años de existencia con la influencia eurocomunista; 2) la relacionada a las discusiones sobre la filosofía de la praxis, con Adolfo Sánchez Vázquez;¹¹ 3) la *althusseriana*, relacionada con el grupo de exiliados argentinos ligados al proyecto editorial de *Pasado y Presente y Siglo XXI*,¹² y 4) la de Dora Kanoussi en Puebla,¹³ que deriva desde esos años en una lectura filológica de Gramsci. A partir de la década de los ochenta, las lecturas de Gramsci eclosionan y comienzan a surgir algunas interpretacio-

¹¹ La relación entre Adolfo Sánchez Vázquez y Gramsci no deja de ser conflictiva pues más que una influencia directa lo que se puede ver es una constante interpelación crítica por parte del marxista español a la obra del italiano. Véase Gabriel Vargas Lozano, “La filosofía de la praxis. Dos concepciones: Antonio Gramsci y Adolfo Sánchez Vázquez”, en *Revista Dialectus*, año 5, núm. 13, agosto-diciembre de 2018.

¹² Carlos Illades, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, p. 211.

¹³ La BUAP merece una atención que hasta el momento creemos que no se le ha dado como un espacio de socialidad política y lugar de recepción de la obra de Gramsci, una universidad que en las décadas de los sesenta y ochenta tuvo una fuerte influencia comunista, al grado de tener un rector de esa filiación política. Y también fue el espacio en el cual varios de los estudiosos de Gramsci impulsaron un trabajo serio sobre su obra, mucha de esa discusión la recogió la revista *Dialéctica*, que dirigió Gabriel Vargas Lozano, pero también la editorial de la universidad publicó varios estudios sobre Gramsci, al igual que su obra. Sin embargo, no se puede hablar de un grupo homogéneo.

nes originales,¹⁴ pero eso excede el presente trabajo, pues nos centraremos sobre todo en la parte directamente vinculada al PCM.

Como se ha señalado, el Gramsci que llega a México y, en general, que se difunde en América Latina a partir de la década de los sesenta, es el que se lee en la clave privilegiada por Palmiro Togliatti. Es un Gramsci que los partidos comunistas van a traducir como un equivalente modernizador del leninismo, pero al mismo tiempo es un marxismo que se confronta y guarda cierta distancia con la ideología soviética. En términos del contexto mundial, el año de 1958 va a significar un hito en la discusión mundial sobre Gramsci por dos cuestiones, la primera es que en ese año se lleva a cabo en Italia el primer gran coloquio sobre la obra del marxista italiano, que lo posiciona como el referente teórico principal del PCI. La segunda, y que está relacionada con la anterior cuestión, es la lectura geopolítica que Togliatti logrará posicionar a partir de este periodo y que será fundamental para la elaboración de las “vías nacionales” de tránsito, tema colocado por el dirigente italiano. Así, Gramsci servirá no sólo en Italia, sino en varios países para mostrar que la vía al socialismo no pasaba necesariamente por lo dictados del PCUS o de alguna forma particular de lucha.

Bajo estas coordenadas es que en Argentina y en México los primeros textos que se conocerán serán las versiones de los *Cuadernos de la cárcel* preparadas por Togliatti, una versión de las *Cartas desde la cárcel* y algunas compilaciones de artículos de Gramsci publicados en la prensa comunista italiana. En 1950 la editorial Lautaro, ligada al Partido Comunista Argentino impulsará la publicación de las *Cartas desde la cárcel*, y entre 1958 y 1962, publicará cuatro de los seis títulos editados por Togliatti.¹⁵

en 1958 *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, con prólogo de Héctor Agosti; en 1960, *Los intelectuales y la organización de la cultura*; en 1961, *Literatura y vida nacional*, traducido por José Aricó y con prólogo de

¹⁴ Mencionamos sólo dos que nos parece están un tanto relacionadas con la temporalidad de nuestro trabajo: la de René Zavaleta Mercado y la de Carlos Pereyra. Véase Jaime Ortega Reyna, “Sujeto, política y Estado: la problemática de las mediaciones en René Zavaleta Mercado”, tesis de maestría, Posgrado en Estudios Latinoamericanos, 2010; Jaime Ortega Reyna, “El cerebro de la pasión: Althusser en tres revistas mexicanas”, en *Revista Izquierdas*, núm. 25, 2015.

¹⁵ Los dos libros que faltaron y se publicaron después fueron *El resurgimiento y Pasado y presente: cuadernos de la cárcel*.

Agosti; y en 1962 las *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, con traducción y prólogo de José Aricó.¹⁶

En el texto escrito por Elvira Concheiro y Aldo Guevara¹⁷ sobre la recepción y difusión de Gramsci en México se señala lo siguiente: “Es en el año de 1959 cuando la *Revista de la Universidad de México* publica escritos de Gramsci, bajo el título ‘Maquiavelo y el nuevo príncipe’,¹⁸ traducidos por Víctor Flores Olea, quien acompaña los escritos gramscianos con una breve introducción titulada ‘Presentación de un político: Antonio Gramsci’”.¹⁹

Lo que queremos destacar es que hasta ese momento todas las traducciones al español son realizadas a partir de las ediciones preparadas por Togliatti, como mencionamos más arriba, un Gramsci a modo, leído e interpretado desde cierta postura del marxismo-leninismo.

En la introducción que realiza Héctor P. Agosti al libro de Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, marca fuertemente la imbricación de Gramsci con el marxismo-leninismo:

Con ello Gramsci subraya enérgicamente un rasgo del marxismo frecuentemente olvidado por sus pretensiones exégetas de antigua y reciente hornada; esto es, la imposibilidad de ser marxista sin traducir esa actitud hasta las consecuencias últimas que implica la formación del partido revolucionario de la clase obrera. Y en esto, entonces, el pensamiento de Gramsci entronca con el leninismo. Entronca naturalmente, porque Gramsci opera en las condiciones del desarrollo imperialista del capitalismo, y si bien el de su país es un imperialismo de segundo grado, torpemente parasitario, ello no atenúa sus contradicciones sino que, por el contrario, las exacerba. De esta manera, pues, el rasgo distintivo del marxismo gramsciano es su giro leninista, lo cual equivale a denunciar su autenticidad y a confirmar su fecundidad respaldada por la experiencia de su propio país. Justamente por estas circunstancias, las meditaciones de Gramsci, tal como

¹⁶ Raúl Burgos, “*La interferencia gramsciana* en la producción teórica y política de la izquierda latinoamericana”, ponencia presentada en el encuentro de Latin American Studies Association, en Guadalajara, México, del 17 al 19 de abril de 1997, p. 1. Estos libros comenzaron a ser publicados en México por la editorial Juan Pablos a inicios de la década de los setenta.

¹⁷ Elvira Concheiro y Aldo Guevara, “Gramsci en los debates de las izquierdas mexicanas”, en Lucio Oliver (coord.), *Debatiendo Gramsci. La sociedad como teoría, historia y poder*, p. 88.

¹⁸ Antonio Gramsci, “Maquiavelo y el nuevo príncipe”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 6, 1959, pp. 19-20.

¹⁹ Víctor Flores Olea, “Presentación de un político: Antonio Gramsci”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 6, 1959, pp. 18-19.

surgen de sus *Cuadernos de la cárcel*, tienden a realizar la función nacional de la clase obrera y de su partido revolucionario. La suya es, en este sentido, una investigación metódica, exasperada casi; pero el marxismo-leninismo, utilizado como método de análisis de la sociedad y como una nueva concepción total del mundo, provee al “nuevo Príncipe” de estas armas indispensables para convertirlo –necesariamente y no por ardid polémico– en el dirigente de la nación.²⁰

Aunque la publicación de los textos de Gramsci en México tardará casi una década más en realizarse de manera constante, no hay que perder de vista que en la década de los sesenta se hace presente en la línea teórico-política que se puede apreciar en la revista *Nueva Época* del PCM, y que seguirá en la década siguiente con la publicación de *Socialismo*.

La recuperación política de Gramsci en el PCM 1950-1981

La recuperación teórica de Gramsci, aunque lenta y dificultosa, se debe de poner en relación con la vida del PCM y la forma en que se posicionó frente a determinadas coyunturas. El punto de inflexión son los años de 1956 y 1957 en donde el movimiento comunista internacional entró en una serie de procesos que repercutieron en la política y en la orientación del propio partido. Uno de los primeros puntos que hay que anotar es la cuestión de la discusión sobre la democratización del comunismo a nivel internacional. En este sentido, se pueden leer los acontecimientos que cimbraron el ambiente comunista internacional con el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) que comenzó un proceso de desestalinización que rápidamente tuvo consecuencias en la práctica de los partidos comunistas. Como afirma Antonio Rousset: “La apertura soviética abrió la posibilidad de transformar ciertos puntos programáticos del PCM, como el de la política de alianzas o la caracterización del país, al mismo tiempo que le permitió conservar sus principales objetivos de paz, democracia e independencia nacional”.²¹

De esta manera, el PCM comenzó a criticar los posicionamientos que había adoptado siguiendo la línea soviética de la colaboración de clases a partir de la lucha internacional contra el fascismo, y que en México ha-

²⁰ Héctor Agosti, “Prólogo”, en Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, p. 10.

²¹ Antonio Rousset, *La izquierda cercada. El Partido Comunista y el poder durante las coyunturas de 1955 a 1960*, p. 67.

bía significado una alianza que sostenía el apoyo a la burguesía nacional. Arnoldo Martínez Verdugo va a establecer de la siguiente manera dicha política:

La táctica del Partido ante el gobierno, consecuentemente con las concepciones anteriores, se expresaba en la fórmula de “apoyar los actos positivos del gobierno y criticar los negativos”. Esta línea la expuso con toda claridad el camarada Encina en sus respuestas a *La Voz de México* el 11 de marzo de 1955: “El Partido Comunista Mexicano es un partido independiente que mantiene una actitud crítica a las disposiciones y actos del gobierno que no concuerdan, a su juicio, con los intereses y necesidades de las masas. Sin embargo, *nuestro Partido no es una organización política de oposición sistemática al gobierno*”²² (cursivas del original).

La discusión sobre estos dos puntos se desarrollará a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta en los diversos debates internos y externos que el PCM tuvo. La discusión será también punto de partida con la posición de José Revueltas, en 1957, que lo llevará postular su provocadora tesis de la “inexistencia histórica” del partido en términos de la vinculación de éste con el movimiento de masas, y la posterior ruptura con el partido. Sin embargo, también será el inicio de la reaparición de Gramsci en el PCM, dicha recuperación será fundamental pues dotará de las herramientas conceptuales y teóricas que permitieron clarificar una línea política particular y centrada en la disputa política por el Estado y la transformación del régimen político. Esta clarificación y ruptura con la ideología de la revolución ya se encuentra plasmada en los sesenta en las páginas de la revista *Nueva Época*. El primer número de *Nueva Época* se publicó en febrero de 1961 y su conclusión se dio en 1969; el director de la revista en un inicio fue Arnoldo Martínez Verdugo, con Manuel González Salazar como jefe de redacción, después el director fue J. Encarnación Pérez.

Vale la pena señalar la importancia que adquirió en todo este periodo la discusión sobre las luchas de liberación nacional en México. Es preciso recordar la presencia activa del PCM en la fundación del Movimiento de Liberación Nacional, donde encontrará cabida un conjunto heterogéneo de perspectivas. Es en relación a esta problemática que se va a discutir profusamente el tema de la caracterización de la ideología de la Revolución mexicana. Esta densidad de lo histórico, plantea Jaime Ortega, está en

²² Arnoldo Martínez Verdugo, “Algunos rasgos de la experiencia histórica del PCM”, en *Partido Comunista Mexicano. Trayectorias y perspectivas*, pp. 49-50.

correspondencia con “la teoría marxista de la época, según la formulación de Palmiro Togliatti, la ‘historia [es] la substancia de la política’”.²³ Esta relación teoría-historia, será fundamental en los distintos números de la revista y

es quizá este elemento el más productivo en la época: el de volver el debate histórico, también teórico, en donde las coordenadas disciplinares no aparecen claramente definidas y es posible operar con los materiales entregados de distintas formas. La historia no es, entonces, una disposición clara de agentes establecidos, sino la disputa de sujetos sociales a través de coordenadas variadas, sin privilegio de algún sujeto sobre otro.²⁴

Así, en un artículo aparecido en *Nueva Época*, firmado por Alejandro Villanueva, seudónimo de Enrique Semo, se encara la figura de la Revolución mexicana como un mito que unifica indistintamente el pasado, el presente y el futuro, es decir, como algo que, si bien está indefinido, une en tanto idea una dimensión imaginaria de la burguesía encargada de fomentar el mito revolucionario.²⁵

La discusión sobre el carácter de la Revolución mexicana se reflejará a mediados de los setenta también en las páginas de la revista *Socialismo*, una publicación periódica del PCM. Ésta fue una revista totalmente relacionada con la dirigencia comunista.²⁶ De periodicidad trimestral y de corta duración, contó con apenas siete números. El primer número se publicó en el primer trimestre de 1975 y el último número salió en el tercer trimestre de 1976. Su Consejo de redacción estuvo integrado por Gerardo Unzueta, Miguel Prieto, Juan Meléndez, Jorge Maksabedian, Gilberto Rincón Gallardo, Alejo Méndez, Iván García, Agustín Santa Cruz y Eduardo Montes. Su principal director fue Gerardo Unzueta, pero en el número seis aparece

²³ Jaime Ortega Reyna, “¿Una ‘Nueva Época’ del Partido Comunista Mexicano? Rupturas y continuidades en el comienzo de la década de los sesenta”, en *Claves. Revista de Historia*, vol. 3, núm. 5, 2017, p. 78.

²⁴ *Ibid.*, p. 77.

²⁵ Alejandro Villanueva, “La revolución mexicana. Realidad y mito”, en *Nueva Época. Revista del Comité Central de Partido Comunista Mexicano*, año 2, núm. 9, 1963, p. 48.

²⁶ Así lo expresa el editorial del primer número: “Con la publicación de *Socialismo*, el Comité Central del Partido Comunista Mexicano reincia una actividad editorial destinada a exponer el punto de vista de los comunistas sobre cuestiones de la vida social y política de la revolución en México; participar desde nuestras posiciones, en el debate de las cuestiones a discusión en el seno del movimiento revolucionario; aportar ideas para que las masas explotadas de México, en primer lugar la clase obrera, adquiera conciencia de la transformación revolucionaria” (“Editorial”, en *Socialismo*, año 1, núm. 1, 1975, p. 4).

como director Gilberto Rincón Gallardo y en el último número Eduardo Montes. La revista *Socialismo* continuará con la discusión sobre la relación entre la ideología, la política y la caracterización de la Revolución mexicana. Este debate provenía de tres influencias fundamentales: Marx, Lenin y Gramsci.²⁷

Ya en la década de los setenta, el PCM romperá no sólo con la caracterización burguesa de la Revolución mexicana, sino con aquellas otras que miren la continuidad del futuro momento revolucionario. En 1975, dentro de las primeras páginas de *Socialismo*, se decía que

“revolución interrumpida”, “nacionalismo revolucionario”, “alianza popular”, “régimen de propiedad mixta”, “cambio de las estructuras mentales”, “desarrollo compartido”, etcétera, son viejos y nuevos conceptos de la pragmática “ideología de la Revolución Mexicana”. Encubren la verdadera imagen de la burguesía y sus instituciones; con ellos se pretende velar el régimen de propiedad privada, la acumulación fabulosa de capitales, la concentración de la riqueza y el poder fundamentalmente en manos de la oligarquía financiera, la perspectiva del dominio de los monopolios sobre la vida económica y social con todas sus consecuencias nefastas para el pueblo. Y más: se intenta superar sólo semánticamente, el dilema de capitalismo o socialismo. Pero también aspira a renovar las ilusiones de las masas en el régimen nacido de la revolución de principios de siglo.²⁸

La sujeción a la ideología de la Revolución mexicana fue una de las características de la modernización del PCM en los años sesenta. Romper con la premisa de que al socialismo se arribaba por la vía de la “Revolución mexicana” (por su radicalización o su concreción) sería uno de los puntos cruciales de aquellas décadas de superación de la crisis y de lenta renovación. Gramsci jugará, sin duda, un papel fundamental.

El Partido como el intelectual colectivo

El tema del carácter de la nueva revolución, que fue la conclusión a la que llegaron los comunistas tras su ruptura definitiva con la “ideología de la Revolución mexicana”, tenía como trasfondo no sólo cuestionar el papel de los intelectuales, sino el vínculo fundamental entre éstos y las masas.

²⁷ Luciano Concheiro y Ana Sofía Rodríguez, “Las revistas del comunismo”, en Carlos Illades (coord.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, p. 253.

²⁸ “Editorial”, en *Socialismo*, año 1, núm. 1, 1975, p. 5.

En el número 11 de 1965 la revista *Nueva Época* incluirá dos textos que pueden ser sintomáticos en relación con esta propuesta. El primero es de J. Encarnación Pérez, titulado “Hacia la construcción de un Partido de masas”, donde señala:

De la naturaleza del Partido como destacamento de vanguardia de la clase obrera, se deriva el significado de la justa dirección de las masas. El Partido, sin ejercer la dirección concreta de la clase obrera y de todas las masas trabajadoras, sin impartir la más acertada dirección al movimiento obrero, democrático y antiimperialista, no puede cumplir su misión histórica. Por eso, al tratar la cuestión del Partido es ineludible plantear, en primer lugar, las tareas para mejorar su dirección.²⁹

Mientras que, por su parte, “Alejandro Villanueva” publicó en ese mismo número de la revista el artículo titulado “Las tareas de los intelectuales comunistas”. En dicho texto se discute el lugar de los intelectuales en la sociedad capitalista. Ciñendo el auge de los intelectuales al despliegue del desarrollo económico, Villanueva comienza señalando que, en un incipiente desarrollo económico, los intelectuales se dividían en conservadores y jacobinos. Sin embargo, señala que el desarrollo de la economía mexicana implicaba un fenómeno inusitado: la creación de una intelectualidad proletaria, que provenía de lo más avanzado de la clase obrera y de los elementos progresistas de la burguesía. Consideramos que Villanueva basa, de manera aún más directa que Pérez, su reflexión en la obra gramsciana, entendiendo a los intelectuales desde una perspectiva amplia:

El intelectual se caracteriza, no por su pensamiento, sino por el papel que juega en la sociedad, por las funciones que desempeña y que lo diferencian de los demás, sin transformarlo en la célula de una nueva clase social. El intelectual –para Gramsci– es aquella persona, cuya actividad es más cerebral que manual y que ocupa un puesto en el aparato administrativo de la sociedad, en la colaboración y sostenimiento de su superestructura, ya sea ésta política, cultural, científica o administrativa.³⁰

Esta preocupación de la relación entre los intelectuales y el partido con respecto a las masas será constante a partir de este momento y se puede

²⁹ José Encarnación Pérez, “Hacia la construcción de un Partido de masas”, en *Nueva Época*, año III, núm. 11, 1965, p. 9.

³⁰ Alejandro Villanueva, “Las tareas de los intelectuales comunistas”, en *Nueva Época*, año III, núm. 11, 1965, p. 29.

notar, tanto en la visión de Arnoldo Martínez Verdugo, como en la línea de la revista *Socialismo* que continuó la labor de la revista *Nueva Época*. En el texto “Criterios sobre la dirección política”, resumen elaborado por Martínez Verdugo para el pleno del Comité Central del PCM con respecto al XVI Congreso, se establece la preocupación de ver al partido como un intelectual colectivo:

Nuestra tarea consiste en desarrollar un partido apto para la lucha revolucionaria de la clase obrera, y no nos dejaremos apartar del camino que hemos emprendido. Que cada militante y cada organización aplique las decisiones del Congreso con el máximo de iniciativa y creatividad, y que nadie suponga que en nuestro partido hay alguien que piensa por todos, que lo sabe todo y puede prevenirlo todo. Es el Partido como colectivo actuante y pensante el que resuelve los problemas fundamentales de la lucha revolucionaria en que intervienen los comunistas.³¹

Esta manera de concebir al partido, como dirigente moral y como una fuerza política compacta y homogénea que esté relacionada y expresada en las masas, se construye citando a Gramsci.³² Hay que recordar que este papel tan preponderante del partido como el dirigente y el intelectual colectivo es un punto esencial en el cual Togliatti miraba el leninismo de Gramsci, así lo señalan Dora Kanoussi y Javier Mena en un texto de la década de los ochenta:

Volviendo a la idea inicial, pensamos que más allá del intento de Togliatti de establecer una línea directa de derivación entre Lenin y el pensamiento de Gramsci –o de considerar a éste un “capítulo del leninismo”– y, también, más allá de la idea de Garín de que Gramsci traduce el marxismo al italiano, lo importante es la manera como Togliatti lo plantea: el leninismo, el hilo conductor que guía el pensamiento y la acción de Gramsci. Éste habría desarrollado el leninismo como doctrina de la transición al socialismo. Tanto Lenin como Gramsci tendrían como punto de partida y de arribo a la teoría del partido, concebido como intelectual colectivo e inserto en la teoría de la hegemonía: “El partido es un ‘intelectual colectivo’, porque una clase subalterna que quiere afirmar la propia

³¹ Arnoldo Martínez Verdugo, *Partido Comunista Mexicano. Trayectoria y perspectivas*, p. 22.

³² *Ibid.*, p. 23.

hegemonía y llegar a la conquista del poder no llega a él espontáneamente, sin una dirección”.³³

La condensación de esta postura se puede encontrar en el documento que el PCM publicó del PCI en 1977: *El PCI. Teoría, política, organización*. Un texto programático y de estudio del PCI que reflexiona sobre la función de dicho partido desde su fundación hasta la década de los setenta, ya en plena adopción de los postulados “eurocomunistas”. Este documento, publicado por la editorial del PCM en Ediciones de Cultura Popular, se anuncia en su contraportada como una obra de “importancia especial para todos aquellos que con su pensamiento o con su militancia activa contribuyen a la construcción y crecimiento de los instrumentos políticos que impulsan la transformación de la sociedad dividida en clases antagónicas”.³⁴

La discusión de las vías nacionales y la nueva revolución

Desde muy temprano, el PCM adoptó el discurso y la táctica de las distintas vías nacionales, teorización que provenía tanto de la apertura que había propiciado el XX Congreso del PCUS como de la caracterización del nuevo contexto mundial que Togliatti realizó sobre la situación internacional a partir de 1956, y que entraba en concordancia con lo que venía teorizando sobre la “vía italiana al socialismo”. Esta discusión partía de la situación y del enfrentamiento chino-soviético, que, a partir de 1956, dividió a varios de los comunistas con respecto a la manera en la cual ambas potencias planteaban el asunto del socialismo. No sólo se rechazaba con ello la apuesta por una vía armada y un internacionalismo de centro único, sino que se apostaba porque la discusión sobre la transición al socialismo debía debatirse en concordancia con las condiciones históricas de cada espacio nacional.³⁵

El rompimiento con la “ideología de la Revolución mexicana”, que veía el proceso de 1910 como el eje del movimiento revolucionario, implicó una lucha también por la independencia política de los trabajadores, o de las masas.³⁶ Para Arnoldo Martínez Verdugo, este proceso de redefinición comenzó en 1957 y se expresó de manera inmediata en el XIII Congreso, y no

³³ Dora Kanoussi y Javier Mena (comps.), *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, p. 17.

³⁴ *El PCI. Teoría, política y organización*, 1977.

³⁵ José María Laso, “Palmiro Togliatti y los antecedentes teóricos del eurocomunismo”, en *El Basilisco*, núm. 4, 1978, p. 63.

³⁶ Montes, 1979, p. 10.

fue del todo corregida en el XIV Congreso, sino que es hasta el XV Congreso de 1967 que se delimita.³⁷ En este último Congreso se definió a la nueva revolución como “democrática-popular y antiimperialista”. Sin embargo, el XVI Congreso significó un avance en esta caracterización para centrar su orientación en el aspecto de la relación entre democracia y socialismo.

Así, hasta la década de los setenta, resuenan dentro del PCM y de la izquierda mundial, las acepciones de la búsqueda de las vías nacionales. Recordemos que por esos años varias discusiones se entablaron en este sentido: en 1968, se publicaba en España el libro de Alexander Dubček *La vía checoslovaca al socialismo*; el 21 de mayo 1971, Salvador Allende daba su célebre discurso conocido como “La vía chilena al socialismo”;³⁸ la editorial Roca publicó en México el libro de Togliatti, *La vía italiana al socialismo* en 1972; Ignacio Delogu, *La vía europea al socialismo* en 1977; y, un poco fuera de los límites de este trabajo, *Gramsci y la vía nacional al socialismo* de Cesáreo Rodríguez-Aguilera, de 1984. Esto por mencionar sólo unos títulos que dan cuenta de que esta concepción permeaba en las discusiones de los sesenta y los setenta, algunas quizá ya alejadas del postulado de Togliatti, pero inspiradas en las búsquedas de los procesos nacionales y democráticos. Así, en la revista *Socialismo*, podemos leer la necesidad del énfasis en el concepto de “vías” y la orientación del caso mexicano:

Al continuar con la orientación de extraer de la estructura económica social las causas que de manera natural conducen al país a la solución del conjunto de antagonismos que les son propios, y al recoger, asimismo, los mejores frutos de elaboraciones anteriores, así como las experiencias de nuestro movimiento a escala internacional, el XVI Congreso Nacional, formuló el “modelo” mexicano de las vías y formas de acceso de la sociedad socialista. Entendemos como “modelo” no algo que por su perfección deba ser imitado o repetido, sino la forma particular como se expresan las leyes generales de la revolución socialista.³⁹

Es interesante anotar que en esta discusión la noción de “vía” se diferencia de la cuestión de los métodos de lucha, por lo cual, se vincula más con la idea de una orientación política, pero que en la década de los setenta esta discusión no está desligada tanto de la discusión de los proyectos

³⁷ Arnoldo Martínez Verdugo, *Crisis política y alternativa comunista*, p. 55.

³⁸ Este discurso desprendió una amplia discusión de las cuales salieron varias publicaciones, destacamos sólo el libro *La vía chilena al socialismo*, de un evento realizado en Santiago en abril de 1972 y publicado en México en 1973, donde se discutió el asunto de la planificación económica.

³⁹ “Editorial”, en *Socialismo*, año 1, núm. 1, 1975, p. 7.

armados como de su derrota y declive a partir de mediados de esa misma década. Así, un personaje como Gerardo Unzueta tratará de poner énfasis en que la vía no es necesariamente el método o el medio en que se pueda expresar la lucha:

El problema de la vía forma parte de las cuestiones más globales de la revolución y por ello sólo debe enunciarse en los términos más generales, junto a los problemas de la imagen del país, de nuestro proyecto de transformación, de la creación del nuevo Estado, problemas todos generales. No tiene por qué estudiarse entonces con las cuestiones de la táctica concreta, pues ésta requiere cambios en su formulación de acuerdo a los medios de la lucha que deben ponerse en práctica en cada momento.⁴⁰

Si bien la tendencia global de las discusiones sobre las vías al socialismo ponía un fuerte énfasis en la cuestión democrática, hay que tener cuidado en hacerla equivalente. En todo caso, es pertinente colocar algunos matices cuando se trata de emparentar esta opción de los comunistas mexicanos como deudores de la socialdemocracia italiana. Es cierto que desde años tempranos cuando Enrico Berlinguer aún no asumía la dirección del PCI, ya se estaban difundiendo algunos de sus discursos en las publicaciones del PCM, como lo es el texto “Intervención del compañero E. Berlinguer”, jefe de la Delegación del PCI, publicado en la segunda época de la revista *Nueva Época*, núm. 11-12. Sin embargo, nos parece que un punto medular de diferenciación respecto a una perspectiva democrática a la europea es el hecho de que el PCM nunca asumió el “compromiso histórico” que pugnara por la estabilidad democrática,⁴¹ como era el caso italiano. Recordemos que

⁴⁰ Gerardo Unzueta, *Nuevo Programa para la nueva revolución. Documentos del XVI Congreso del Partido Comunista Mexicano*, p. 73.

⁴¹ Desde épocas tempranas ha existido un marcado interés por ceñir la trayectoria política del Partido Comunista Mexicano (PCM) a la lógica del eurocomunismo sin poner ningún matiz de por medio. En esta línea podemos citar Barry Carr, “El Partido Comunista Mexicano. ¿Eurocomunismo en las Américas?”, en *El Buscón*, núm. 13, 1984, y Olivia Gómez Lezama, “El Partido Comunista Mexicano y la vía democrática al socialismo (1968-1978)”, tesis de licenciatura, México, 2015. Desde nuestro punto de vista, incluso en la discusión internacional sobre la relación entre democracia y socialismo hay otros lugares y otras fuentes de las que abrevó el PCM desde inicios de los sesenta, por una parte se encuentra la gran influencia de la Revolución cubana, en la cual, además de ver ahí un gesto antieurocéntrico que permitía pensar la actualidad de la revolución en el espacio latinoamericano sin ceñirlo a la suerte de los países europeos, veían en ese proceso el ejemplo de vinculación de la democracia con el socialismo, en la manera en la cual los revolucionarios cubanos, para radicalizar el proyecto, tuvieron que pactar con la pequeña burguesía nacionalista y con las demás fuerzas socialistas. Tampoco se debe olvidar que, si bien en *Nueva Época* se publicaron discursos de

es hasta 1977 que el PCM deja de actuar de manera semiclandestina para participar plenamente como un partido legal. La lucha por la democracia no significaba un pacto con el régimen político, sino que manifestaba una necesidad de agrupación de las distintas izquierdas socialistas con los elementos progresistas, pero tratando de mantener la independencia política y el carácter de oposición al régimen.⁴²

Sin embargo, existe un elemento que será central y que debe ser comprendido en la coyuntura de los setenta, es decir, el de la crisis (tanto económica como de la “Revolución mexicana”) emparentada con los procesos de radicalización de segmentos significativos de la sociedad. Como hemos mencionado, a partir del XVI Congreso se pone mayor énfasis a la relación entre democracia y socialismo, lo cual no está exento de una orientación de lucha por la hegemonía. Así, en un texto de 1975, “Los caminos de México al socialismo”, Gerardo Unzueta señala: “Este nuevo Estado, por su naturaleza, por las fuerzas que están llamadas a integrarlo como un nuevo bloque dirigente de la sociedad, *será el Estado democrático y socialista, que surge del triunfo de la revolución democrática y socialista*”⁴³ (cursivas del original).

En esta tarea, la democracia más que un medio es un fin, no hay proyecto socialista revolucionario que no sea a la vez un proyecto democrático. Aunque también marca las fases de la lucha que se quiere orientar. En este sentido, Unzueta señalará que

la primera fase, predominantemente democrática, presupone la orientación socialista de todo el proceso. La segunda, predominantemente socialista, es la culminación de las medidas democráticas, ya en avanzada fusión con el socialismo. En esta fase, como la anterior, es característica la participación amplia, decisiva de las masas: el Estado descansa en ellas, es la superestructura de un régimen en el que las masas deciden en todos sus aspectos. Sin embargo, una y otra fase tienen particularidades que les son propias. En la primera fase será respetada la propiedad de los capitalistas medianos y pequeños; para ellos el movimiento revolucionario elaborará medidas de regulación de la producción y la propiedad, a fin de que se adapten al proceso revolucionario general. Pero en

Berlinguer, también se publicó el “Programa” del Partido Comunista Checoslovaco, vía Unzueta, quien se había entrevistado directamente con Dubček, además de que con la condena a la invasión en Checoslovaquia se desprendía el reclamo de una relación entre iguales en el movimiento comunista.

⁴² Arnoldo Martínez Verdugo, *Partido Comunista Mexicano. Trayectoria y perspectivas*, p. 118.

⁴³ Gerardo, Unzueta, “Los caminos de México al socialismo”, en *Socialismo*, año 1, núm. 1, 1975, p. 31.

la segunda fase el tipo de propiedad es incompatible con el desarrollo socialista; el movimiento revolucionario buscará los medios para incorporarla a la producción socialista mediante rescate y otros procedimientos.⁴⁴

Crisis ideológica y del bloque dominante: la lucha por la hegemonía

Ya para la década de los setenta la utilización de las categorías gramscianas sirvió no sólo para hablar de una crisis de la ideología de la Revolución mexicana, sino para poder conceptualizar el periodo de la década de los sesenta como de crisis de un bloque histórico, así en el editorial del número 1 de la revista *Socialismo* se señala que

sin embargo, como decía Antonio Gramsci en *L'Ordine Nuovo*: “Todo bloque histórico, todo orden constituido tiene sus puntos de fuerza no sólo en la violencia de la clase dominante, en la capacidad coercitiva del aparato estatal, sino también en la adhesión de los gobernados a la concepción del mundo propia de la clase dominante. La filosofía de la clase dominante a través de una serie de vulgarizaciones sucesivas, se ha convertido en sentido común, es decir se ha convertido en la filosofía de las masas, las cuales aceptan la moral, las costumbres, las reglas de conducta institucionalizadas en la sociedad en que viven”.

Los teóricos de la burguesía presentan esa concepción del mundo, “propia de la clase dominante”, como “ideología de la Revolución Mexicana”.⁴⁵

La crisis de un bloque histórico abría a la vez la posibilidad de enfrentar un proceso de consolidación de un nuevo bloque que luchara por la hegemonía y la conducción moral de las masas. Ésta es una discusión que los comunistas tuvieron desde finales de los sesenta. En el balance que realiza Arnoldo Martínez Verdugo, en 1971, sobre la trayectoria y las perspectivas del PCM, señala esa relación entre partido y hegemonía y la construcción de un bloque contrahegemónico que, tal como lo señalan los documentos del XV Congreso, fue denominado bloque de fuerzas no capitalistas:

La capacidad del partido para acercar las condiciones de la derrota del bloque burgués gobernante tiene que expresarse en la definición y aplicación de una cartera política de alianzas. Partimos en esto de la concepción de que no es un partido, no es una sola clase, sino un nuevo bloque de fuerzas, el que puede

⁴⁴ *Ibid.*, p. 36.

⁴⁵ “Editorial”, en *Socialismo*, año 1, núm. 1, 1975, p. 4.

sustituir al que actualmente gobierna. Igualmente, simplista es pensar que el poder actual se sustenta únicamente en las fuerzas de la gran burguesía, como lo es creer que las fuerzas solas del Partido Comunista o de cualquier otro agrupamiento, puedan conquistar el poder sin un sistema de alianzas.⁴⁶

Más adelante dirá:

Durante los últimos años, la política de nuestro partido ha estado orientada a la agrupación de las capas y clases no-capitalistas de la sociedad y en especial a tratar de formular una conducta hacia las nuevas fuerzas políticas que intervienen cada vez más vigorizantemente contra el bloque dominante: las masas de la juventud y de la intelectualidad, y los sectores democráticos y socialistas del clero católico, cuyo influjo político sigue una línea de ascenso.⁴⁷

Así, la política que desplegó el PCM durante los sesenta y setenta se encaminó a la consolidación de un bloque hegemónico que implicaba la alianza con los partidos socialistas fundamentalmente y con los sectores de intelectuales progresistas y los católicos de izquierda, la teología de la liberación.

En las páginas de la revista *Socialismo* se publicó un texto muy sugerente firmado por Jorge Maksabedian, “Los intelectuales de vanguardia”, el cual, aparte de utilizar a Gramsci, muestra un conocimiento del debate italiano sobre los intelectuales publicado en *Rinascita*, órgano del PCI. En dicho texto, Maksabedian reflexiona y propone que la tarea de los intelectuales comunistas en México se encuentra en la creación de una nueva política cultural, y la responsabilidad y las tareas de los intelectuales deben servir para guiar de manera intelectual y moral a las masas. Así, Maksabedian nos dice que

el advenimiento de un bloque de fuerzas sociales y políticas en la dirección de la sociedad mexicana, y de la gradual afirmación de la clase obrera como fuerza hegemónica; lo pensamos como un proceso cuyas características son en primer lugar un desarrollo democrático consecuente, que sólo puede avanzar a través de fatigosas búsquedas de puntos de encuentro entre diversas posiciones políticas democráticas, de puntos de encuentro en el terreno de nuevos valores humanos, morales y sociales, hacia los cuales se debe orientar la vida de la colectividad. Para propagar estos valores, en forma de mensajes culturales, el gran estrato de los intelectuales está llamado a convertirse en protagonista. Con ese objetivo es decisiva la función de los intelectuales de vanguardia en las

⁴⁶ Arnaldo Martínez Verdugo, *Crisis política y alternativa comunista*, p. 89.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 90.

instituciones, la primera de entre ellas la escuela —en cuyo ámbito se desarrolla el trabajo infantil.⁴⁸

Respecto a la caracterización del Estado, la principal categoría gramsciana que salta a la vista es la de hegemonía. Si bien es cierto es usada comúnmente en la ciencia política y en el debate político, las características que adquirió para el análisis de la construcción del Estado mexicano que realizó el PCM, le dan un carácter bastante cercano a las propuestas teóricas del comunista italiano, es decir, el uso analítico de categorías gramscianas, en particular el desarrollo de la hegemonía desplegada en la sociedad mexicana en el siglo XX; hegemonía que impidió al PCM ser un partido de masas; hegemonía que desplegó elementos corporativos y clientelares en las masas y sectores populares que incorporó el partido en el poder.

Si tenemos en cuenta a Gramsci, cuando un proyecto político tiene la capacidad y la potencia para imponer su dirección política al resto de la sociedad, podemos hablar de existencia de hegemonía, cuando una clase dominante es también dirigente, pero la hegemonía, desde un punto de vista gramsciano, también implica la presencia de la lucha. Es decir, hay relaciones de fuerzas contrarias que están en constante lucha, y que en el caso mexicano se aprecian desde la diversidad de actores que resultaron ganadores en la Revolución mexicana, a partir de ahí existió un proyecto con la fuerza suficiente para plantear la dirección política, hablamos del “momento de la lucha, del momento en el que se elaboran y agrupan y alinean las fuerzas en contraste, del momento en que un sistema ético-político se disuelve y otro se elabora en el fuego y con el hierro, en el que un sistema de relaciones se desintegra y decae y otro sistema surge y se afirma”.⁴⁹

El Estado mexicano resultó tan complejo, su dominio hegemónico, pues pudo desarrollar y conformar elementos políticos, culturales e ideológicos que agruparon y enmarcaron a diversos y amplios sectores de la sociedad, los integraron, pero a un lugar de subalternidad. El grupo llamado de la “familia revolucionaria” y las instituciones que construyó aseguró así su dominio y su hegemonía sobre la sociedad. Lo anterior se ve reflejado en los documentos donde el PCM habla de la presencia de una crisis:

La actual es una crisis de los métodos de dirección política de la sociedad que utiliza la fracción gobernante de la burguesía. El sistema electoral, la hegemomo-

⁴⁸ Jorge Maksabedian, “Los intelectuales de vanguardia”, en *Socialismo*, año 1, núm. 2, 1975, p. 87.

⁴⁹ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, t. IV, pp. 128-129.

nía del PRI y los instrumentos de control sobre las masas —el charrismo sindical, la sujeción de los campesinos, otras formas de organización semicorporativa—, muestran profundo deterioro.⁵⁰

A modo de conclusión

Aunque hemos tratado de mostrar, en líneas generales y de acuerdo a los documentos oficiales del PCM, la manera en la cual la organización impulsó un esfuerzo de traducción política de Gramsci en la política mexicana, sin duda, falta un trabajo más puntual donde se aborde la labor de Arnoldo Martínez Verdugo como uno de los grandes impulsores de esta veta del comunismo mexicano. Aun así, hemos mostrado cómo el problema democrático, como pareja irrestricta del socialismo, es el elemento de mayor deuda con Gramsci en el caso mexicano, que no es una mala copia del eurocomunismo italiano, sino que tiene sus propias discusiones y derivas de la cultura y la política mexicanas. La apertura del PCM y su consiguiente renovación deben comprenderse en este contexto. Despejada la dicotomía “reforma o revolución” y asumida la consigna de que entre socialismo y democracia no había separación, es posible entender el énfasis democrático que los comunistas tuvieron desde los sesenta. Este problema debe ser ubicado en coordenadas específicas: la de un régimen que imposibilita la autonomía de las clases subalternas.

Otro de los temas que quedan pendientes y en el cual ha insistido Elvira Concheiro es aquel que, pensamos, puede verse como síntesis y bisagra de todas las discusiones acá vertidas y que queda para otra reflexión, nos referimos al tema de la cultura nacional. La construcción de la hegemonía y del sentido de la democracia como una parte vital de las relaciones políticas de los comunistas implicaban un cambio cultural no sólo dentro de la organización del partido y de la concepción del comunismo, sino también una lucha por la creación de una nueva cultura nacional. Éste es uno de los puntos medulares de las 32 resoluciones políticas del PCM, las cuales fueron producto de años de reflexión y experiencia militante sobre la construcción de la hegemonía política, expresadas en el XIX Congreso.⁵¹

⁵⁰ Elvira Concheiro, y Carlos Payán (comps.), “Documento 48. Resolución política acerca del primer punto del orden del día”, tomado del XVII Congreso del Partido Comunista Mexicano (9-14 de diciembre de 1975), en *Los Congresos Comunistas. México 1919-1981*, t. II, 2014, p. 323.

⁵¹ *Ibid.*, p. 446.

La conquista de la hegemonía y la creación de una nueva cultura ligada a la democracia socialista era una tarea que excedía el terreno político. Por ello, en todo momento, los comunistas mexicanos pensaron las maneras de fortalecer al partido, pero también en impulsar un movimiento de masas autónomo. Los comunistas mexicanos pensaron que la dirección moral e intelectual del partido no significaba volver a todos militantes del PCM, sino propiciar que las masas instauraran una nueva cultura, un nuevo sentido común, que saliera de sus propias fuerzas. Quizá éste fue también el límite para los comunistas, una tarea que a la vez excedía sus esfuerzos y su influencia tanto política como social en el conjunto de la sociedad mexicana.

Bibliografía

- Agosti, Héctor, “Prólogo”, en Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Juan Pablos, México, 1975, pp. 7-10.
- Allende, Salvador, “La vía chilena al socialismo”, en *La vía chilena al socialismo. Mesa redonda organizada por la Oficina de Planificación Nacional y el Instituto de Desarrollo de la Universidad de Sussex, que se llevó a cabo en Santiago de Chile del 23 de marzo al 1 de abril de 1972*, Siglo XXI, México, 1973, pp. 5-16.
- Barckhausen-Canale, Christiane, *Tina Modotti*, Txalaparta, Madrid, 1998.
- Bokser, Judit, Daniela Gleizer, y Yael Siman, “Claves conceptuales y metodológicas para comprender las conexiones entre México y el Holocausto. ¿Historias independientes o interconectadas?”, en *Revista de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 61, núm. 228, México, septiembre-diciembre de 2016, pp. 267-310, recuperado de <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcpys/article/view/56981>>.
- Burgos, Raúl, “La *interferencia gramsciana* en la producción teórica y política de la izquierda latinoamericana”, ponencia presentada en el encuentro de Latin American Studies Association, Guadalajara, México, del 17 al 19 de abril de 1997, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&ret=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwiUxp-nPk8bqAhXTX80KHX72BkIQFjAAegQIBxAB&url=http%3A%2F%2Fbibliotecavirtual.clacso.org.ar%2Ffar%2Flibros%2Fflasa97%2Fburgos.pdf&usg=AOvVaw0F_0hqS3mmU8PH6rYzTj7>.
- Concheiro, Elvira, “Gramsci en América Latina”, en Massimo Modonesi (coord.), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de*

- Antonio Gramsci, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 2013, pp. 261-276.
- Concheiro, Elvira, y Aldo Guevara, “Gramsci en los debates de las izquierdas mexicanas”, en Lucio Oliver (coord.), *Debatiendo Gramsci. La sociedad como teoría, historia y poder*, UNAM / La Biblioteca, México, 2016, pp. 87-98.
- Concheiro, Elvira, y Carlos Payán (comps.), “Documento 48. Resolución política acerca del primer punto del orden del día”, tomado del XVII Congreso del Partido Comunista Mexicano (9-14 de diciembre de 1975) en *Los Congresos Comunistas. México 1919-1981*, t. II, Secretaría de Cultura / Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, México, 2014.
- Concheiro, Luciano, y Ana Sofía Rodríguez, “Las revistas del comunismo”, en Carlos Illades (coord.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 2017, pp. 235-263.
- Delogu, Ignacio, *La vía europea al socialismo*, Península, Barcelona, 1977.
- Dubček, Alexander, *La vía checoslovaca al socialismo*, Ariel, Madrid, 1968.
- “Editorial”, en *Socialismo*, año 1, núm. 1, primer trimestre, México, 1975, pp. 3-8.
- El PCI. Teoría, política y organización*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977.
- Flores Olea, Víctor, “Presentación de un político: Antonio Gramsci”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 6, 1959, pp. 18-19.
- Gerratana, Valentino, “Prefacio”, en Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, t. I, Era, México, 1975, pp. 11-36.
- Gómez Lezama, Olivia, “El Partido Comunista Mexicano y la vía democrática al socialismo (1968-1978)”, tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 2015.
- González, Froilán, y Adys Cupull, *Julio Antonio Mella y Tina Modotti contra el fascismo*, Abril, La Habana, 2005.
- Gramsci, Antonio, “Maquiavelo y el nuevo príncipe”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 6, 1959, pp. 19-20.
- _____, *Cuadernos de la cárcel 3. El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, Juan Pablos, México, 1975.
- _____, *Partido y revolución*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1978.
- Illades, Carlos, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*, Océano, México, 2012.
- _____, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, Taurus, México, 2018.

- Kanoussi, Dora, y Javier Mena (comps.), *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, Cultura Popular, México, 1988.
- Laso, José María, “Palmiro Togliatti y los antecedentes teóricos del eurocomunismo”, en *El Basilisco*, núm. 4, Oviedo, septiembre-octubre, 1978, pp. 53-63, recuperado de <<https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjgwwXY08P-qAhURHqwkHe3wAfUQFjAAegQIARAB&url=https%3A%2F%2Fdialnet.unirioja.es%2Fdescarga%2Farticulo%2F2979210.pdf&usg=AOvVaw2eRHsmvX2RDfKxW4AqY-JJ>>.
- Maksabedian, Jorge, “Los intelectuales de vanguardia”, en *Socialismo*, año 1, núm. 2, segundo trimestre, México, 1975, pp. 80-97.
- Martínez Verdugo, Arnoldo, *Crisis política y alternativa comunista*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1971.
- , “Algunos rasgos de la experiencia histórica del PCM”, en *Partido Comunista Mexicano. Trayectoria y perspectivas*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977, pp. 15-73.
- , *El Partido Comunista Mexicano y la reforma política*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977.
- Montagnana, Mario, “La herencia de Garibaldi”, en *El libro negro del terror nazi en Europa. Testimonio de escritores y artistas de 16 naciones*, El Libro Libre, México, 1943, pp. 211-214.
- Montes, Eduardo, “Prólogo”, en Arnoldo Martínez Verdugo, *Crisis política y alternativa socialista*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1979, pp. 9-18.
- Ortega Reyna, Jaime, “Sujeto, política y Estado: la problemática de las mediaciones en René Zavaleta Mercado”, tesis de maestría, Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México, 2010.
- , “‘El cerebro de la pasión’: Althusser en tres revistas mexicanas”, en *Izquierdas*, núm. 25, octubre de 2015, pp. 143-164, recuperado de <<https://scielo.conicyt.cl/pdf/izquierdas/n25/art6.pdf>>.
- , “¿Una ‘Nueva Época’ del Partido Comunista Mexicano? Rupturas y continuidades en el comienzo de la década de los sesenta”, en *Claves. Revista de Historia*, vol. 3, núm. 5, julio-diciembre, Montevideo, 2017, recuperado de <<https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/claves/article/view/340>>.
- Ortega Reyna, Jaime, y Diana Alejandra Méndez, “Recepciones de Gramsci en México: una mirada panorámica”, en *Demarcaciones*, núm. 6, 2018, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwib-YP_mcbqAhUSA6wKHUWDDjA-QFjAAegQIARAB&url=http%3A%2F%2Frevistademarcaciones.cl%2F>.

- 2Fwp-content%2Fuploads%2F2018%2F05%2F05.-Ortega-y-Mendez.pdf&usg=AOvVaw3Mi9xnEWPCxVo-d6O6SJnk>.
- Pérez, José Encarnación, “Hacia la construcción de un partido de masas”, en *Nueva Época*, año III, núm. 11, mayo-junio de 1965, pp. 8-12.
- Rodríguez-Aguilera de Prat, Cesáreo, *Gramsci y la vía nacional al socialismo*, Akal, Madrid, 1984.
- Rousset, Antonio, *La izquierda cercada: el Partido Comunista y el poder durante las coyunturas de 1955 a 1960*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez / Instituto de Investigaciones José María Luis Mora / Centro de Estudios Universitarios Londres, México, 2000.
- Spinelli, Aldo, “El fascismo italiano. Cómo y por qué nació y ha conquistado el poder; sus consecuencias”, en *El Machete*, núm. 3, 1924, p. 6.
- _____, “El fascismo italiano. Cómo y por qué nació y ha conquistado el poder; sus consecuencias”, en *El Machete*, núm. 11, 1924, pp. 2-3.
- _____, “El fascismo, el proletariado y la democracia burguesa”, en *El Machete*, núm. 5, 1924, p. 8.
- Togliatti, Palmiro, *Lecciones sobre el fascismo*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1970.
- _____, *La vía italiana al socialismo*, Roca, México, 1972.
- _____, “Gramsci y el leninismo”, en Dora Kanoussi y Javier Mena (comps.), *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, Cultura Popular, México, 1988, pp. 51-77.
- Unzueta, Gerardo, *Nuevo Programa para la nueva revolución. Documentos del XVI Congreso del Partido Comunista Mexicano*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974.
- _____, “Los caminos de México al socialismo”, en *Socialismo*, año 1, núm. 1, primer trimestre, 1975, pp. 10-38.
- Vargas Lozano, Gabriel, “La filosofía de la praxis. Dos concepciones: Antonio Gramsci y Adolfo Sánchez Vázquez”, en *Revista Dialectus*, año 5, núm. 13, agosto-diciembre, 2018, pp. 116-131, recuperado de <<http://www.periodicos.ufc.br/dialectus/article/view/40082/95892>>.
- Villanueva, Alejandro, “La revolución mexicana Realidad y mito”, en *Nueva Época*, año 2, núm. 9, 1963, pp. 47-55.
- _____, “Las tareas de los intelectuales comunistas”, en *Nueva Época*, año 3, núm. 11, mayo-junio de 1965, pp. 28-33.

GRAMSCI EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Massimo Modonesi
Jaime Ortega

En los años setenta, el marxismo encontró en México un espacio privilegiado de debate entre corrientes y perspectivas distintas gracias también a la llegada de una gran cantidad de intelectuales militantes exiliados a raíz del giro militarista en el Cono Sur. El espacio universitario mexicano había sido y seguirá siendo en esta década el terreno principal de recepción, ampliación y problematización del marxismo ya que, en el contexto de la persistencia del régimen de la Revolución mexicana, el movimiento comunista local, aun diversificándose y expandiéndose después del 68, no lograba ampliar de forma significativa su limitada influencia entre las clases subalternas. En este contexto contradictorio, en medio de la disputa entre los marxismos de la época, el pensamiento de Gramsci se insertó, empezó a circular y a volver familiar en la Ciudad Universitaria, ya que ofrecía, de forma original, una opción de renovación político-ideológica, una alternativa al marxismo economicista y determinista y, al mismo tiempo, un camino de sofisticación y de perfilamiento hacia unas ciencias sociales todavía en proceso de asentamiento disciplinario: la sociología y la ciencia política en particular, pero también la antropología.

A continuación, presentaremos un sucinto recorrido por algunas experiencias gramscianas que, entre los años sesenta e inicio de los ochenta, marcaron el debate y la recepción de nuestro autor en la academia mexicana, en particular en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).¹

¹ En otras universidades del país se encuentran rastros de una recepción, entre las cuales destaca la Universidad de Puebla, donde era importante la influencia de intelectuales comunistas. Allí radicaron destacados gramscianos y, en particular, Dora Kanoussi, sobre cuya contribución a la difusión del pensamiento de Gramsci se abunda en el capítulo 10 de este libro.

En la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

La FCPyS fue uno de los nichos donde el pensamiento de Gramsci se convirtió en un punto de referencia y un eje del debate marxista desde los años sesenta y, con mayor intensidad, en los años setenta. Su presencia es manifiesta tanto en lo que refiere a un conjunto de autores como en los encuentros y coloquios, en los planes y programas de estudio.

En la FCPyS –cuyo antecedente surgió en 1951– el marxismo tuvo una presencia constante, así como formas diversas, que pasaban por el leninismo pero incluían a la valoración del “joven Marx” y fueron incorporando corrientes tan disímiles como la Escuela de Frankfurt o el althusserianismo.² De igual manera, la asimilación de estas expresiones se daba de una forma específica que desembocaba en perfiles políticos singulares, generalmente atravesados por una clave de lectura nacionalista o latinoamericanista, que es el caso de figuras como Víctor Flores Olea y Pablo González Casanova, quienes estuvieron entre los primeros en introducir y reproducir el pensamiento de Gramsci en México, desde sus cátedras en la FCPyS de la UNAM. El primero tiene una trayectoria política que se ancla a la emergencia de la Revolución cubana, a la fundación del Movimiento de Liberación Nacional y durante algunos años como columnista de la revista *Política*, colocándose en el centro de una forma particular de recibir el marxismo: desde la academia y a partir de una izquierda marxista no comunista. Su recepción del marxismo fue heterodoxa y plural. Flores Olea, después de una estancia en Italia, fue el primero que impulsó la introducción de la obra de Gramsci, desde el año 1959 a través de las páginas de la *Revista de la Universidad de México*, y en *Marxismo y democracia socialista* y *Política y dialéctica*, dos de sus libros de la década de los sesenta. Su incorporación de los planteamientos de Gramsci circula por motivos que serán después populares: el italiano como el teórico marxista de la pluralidad y de la democracia en oposición a la versión “leninista” del centralismo y el monopolio del poder. Flores Olea, además, en su calidad de director de la FCPyS, propició la llegada de los marxistas exiliados del Cono Sur, abrió las puertas para que algunos integrantes de la Escuela de

² Así, el liberal Francisco López Cámara (también fundador del Movimiento de Liberación Nacional) realizó una lectura del joven Marx. Enrique González Pedrero, después reconocido político, abrevó en los *Manuscritos de 1844* a su regreso a México de Italia. Raúl Olmedo, en los años setenta, fue parte de la irradiación de Althusser en México, a través del Seminario de Historia Social y del Seminario de *El capital*.

Frankfurt (como Herbert Marcuse) visitaran México y, posteriormente, se acercó al pensamiento de Ernest Mandel.

Paralelamente, una figura de gran importancia para la sociología mexicana y latinoamericana labró su propia recepción del pensador italiano. Se trata de Pablo González Casanova, quien además de director de la FCPYS fungió fugazmente como rector de la Universidad Nacional en los años posteriores a 1968. La expresión de su lectura y apropiación de Gramsci fue muy tardía y debe ser localizada tras un giro hacia la izquierda que opera al interior de su obra. Fue al calor de las revoluciones centroamericanas, particularmente de la triunfante experiencia nicaragüense, que González Casanova expresó su deuda con Gramsci a partir del concepto de hegemonía. En este caso, no estamos ante una exégesis, ni tampoco frente a un comentario, sino ante una apropiación de la noción de hegemonía en las condiciones de una gran alianza interclasista antiimperialista bajo el mote de “pueblo que desplazaría cualquier centralidad de una ‘clase obrera’”.³

Entre los eventos que se realizaron sobre la obra de Gramsci, destaca el Coloquio “Gramsci y la política” en 1978, organizado por Carlos Sirvent, ya que contó con la participación de destacados gramscianos como Giuseppe Vacca, Christine Buci-Glucksmann y Juan Carlos Portantiero.⁴ En su columna periodística, Raúl Olmedo escribió en dos ocasiones sobre él, en la primera marca lo que considera el contexto: “El Eurocomunismo y la reforma política mexicana son hijos de la misma época. Por eso, no es raro que el nombre de Antonio Gramsci aparezca en las preocupaciones de algunos hombres políticos de nuestro país [...] Ahí radica la importancia del ‘Coloquio sobre Gramsci y la política’”.⁵ En tanto que en la segunda: “Cuando más se hace visible esta transformación de la política en economía y de la economía en política es en los tiempos de crisis. En México es claro el proceso: la premisa de la reforma económica es la reforma política. De ahí que los artífices e inspiradores de la reforma política actual se interesen por Gramsci”.⁶

Un lugar de la FCPYS donde la obra de Gramsci fue objeto de un particular y prolongado uso y debate fue el Centro de Estudios Latinoamericanos (Cela), en el cual se concentró una parte importante del exilio izquierdista del Cono Sur. Allí la presencia de Gramsci pasaba por las reflexiones

³ Véase más adelante su participación en el Coloquio de Morelia de 1980, así como el capítulo 10 de este libro.

⁴ Carlos Sirvent (coord.), *Gramsci y la política*.

⁵ Raúl Olmedo, “Un coloquio sobre Gramsci”, en *Excélsior*, 4 de septiembre de 1978.

⁶ Raúl Olmedo, “Gramsci y la industrialización”, en *Excélsior*, 9 de septiembre de 1978.

de algunos intelectuales como el boliviano René Zavaleta, el ecuatoriano Agustín Cueva y el chileno Eduardo Ruiz Contardo, así como por algunos jóvenes estudiantes militantes del Partido Comunista Mexicano (PCM) que colaboraban con ellos y que muy tempranamente se integraron a la academia y tomaron el relevo generacional en el mismo Cela.⁷ Al mismo tiempo, junto a esta tendencia gramsciana, en este centro, la presencia de Ruy Mauro Marini asentó la influencia de la corriente dependientista, que tendía a ver críticamente a la corriente que denominaron “neogramscianismo”, así queda evidenciado en el esfuerzo de recopilación de los principales textos de la teoría social latinoamericana contemporánea, en cuyo tomo dedicado al marxismo, aparecen un texto de Juan Carlos Portantiero y otro de Carlos Pereyra.⁸ Esta perspectiva fue duramente criticada en el Seminario Interno Permanente del Cela, del cual surgió una compilación de ponencias, así se expresa en los comentarios a los textos donde Jaime Osorio, discípulo de Marini, cuestiona a Portantiero la tendencia a dejar de ver el Estado como lugar de concentración de poder de la clase dominante, mientras que Enrique Rajchenberg critica a Pereyra tres aspectos fundamentales de su perspectiva: una “vía *light* al socialismo”, el culturalismo y la escisión política-economía.⁹ El “neogramscianismo” era liquidado como una torsión socialdemócrata, tal y como lo señalaba Cueva, sobre quien volveremos más adelante, y como refrendaba el propio Ruy Mauro Marini.¹⁰

La cátedra Lenin-Gramsci

El estudio del pensamiento de Gramsci figuraba en la currícula de la licenciatura en Sociología de la FCPyS, donde se incluyó, en el quinto semestre

⁷ Como Lucio Oliver y Raquel Sosa Elízaga o, en otras dependencias de la UNAM, Elvira Concheiro.

⁸ Juan Carlos Portantiero, “¿Por qué Gramsci? O las luchas sociales en situación de dependencia”; Carlos Pereyra, “Estado y sociedad civil”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*.

⁹ Jaime Osorio, “El gramscianismo en América Latina”; Enrique Rajchenberg, “Gramsci en México: el caso Pereyra”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*. En este volumen, coeditado por El Caballito, se reúnen las ponencias presentadas en el seminario interno.

¹⁰ Véase Ruy Mauro Marini, “Presentación” e “Introducción: la década de 1970 revisitada”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*, donde Marini cuestiona la “hipervalorización” de la lucha en el marco de la legalidad vigente (pp. 38-39).

de la carrera, un curso obligatorio titulado Teoría Social Lenin-Gramsci. El curso fue propuesto en 1976 e impartido por un grupo de docentes de distintas generaciones y nacionalidades que buscaron sostener una cátedra colegiada, tal como lo era el Seminario de El Capital en la misma facultad y en otras. Allí participaron exiliados como Atilio Borón (comunista argentino) y Eduardo Ruiz Contardo (socialista chileno); los más jóvenes mexicanos Lucio Oliver, Elvira Concheiro y Margarita Favela; de forma esporádica, también se incorporaba el boliviano René Zavaleta Mercado.

El programa del curso proponía “analizar los planteamientos de dos de los pensadores más relevantes del siglo XX”, insistiendo en las condiciones histórico-políticas en las cuales se desenvolvían, en su papel de dirigentes y, sólo en un tercer momento, en el “análisis teórico, metodológico y práctico de algunas de sus obras más importantes”.¹¹ El temario, ordenado en dos partes correspondientes a cada autor, arrancaba con el “análisis histórico y biográfico” para desembocar, en el caso de Gramsci, en dos ulteriores puntos que vale la pena reproducir in extenso ya que dan cuenta de la selección temática y conceptual: “2. Democracia obrera, sindicatos y consejos de fábrica y la formación del Partido Comunista Italiano (1918-1926); 3. Los cuadernos de la cárcel: fascismo, hegemonía, bloque histórico, guerra de maniobra y guerra de posiciones, el intelectual colectivo”.¹²

Llama en particular la atención, más que la ausencia de algunos conceptos fundamentales, la referencia al “intelectual colectivo” que, como es sabido, no es de Gramsci, sino una formulación de Togliatti que aparece justamente en uno de los textos enlistados en la bibliografía.¹³ Por lo demás, las obras de Gramsci corresponden a aquellas reunidas en la antología de Manuel Sacristán y a la edición de Juan Pablos de los *Cuadernos de la cárcel*. Además de la clásica biografía de Giuseppe Fiori, destacaban

¹¹ Programa del curso Teoría Social Lenin-Gramsci, FCPyS, mimeo.

¹² *Idem*.

¹³ Véase Palmiro Togliatti, *Scritti su Gramsci*, p. 255. La bibliografía (actualizada en 1978), incluía dos libros de Togliatti: *Lecciones sobre el fascismo*, publicado por la editorial comunista Cultura Popular en 1977 y *Gramsci y el marxismo*, que figura como editado por la editorial mexicana Era en 1974. En realidad, siendo que no existe este libro se debe referir al volumen publicado con ese nombre por la editorial Proteo en Buenos Aires en 1965, un volumen que, en realidad, contiene ensayos de Palmiro Togliatti, Cesare Luporini y Galvano della Volpe. El texto de Togliatti es la relación “Gramsci y el leninismo”, presentada en un coloquio sobre Gramsci en 1958, en donde, en efecto, Togliatti desarrolla la idea de que el partido es, para Gramsci, un “intelectual colectivo” porque “una clase subalterna, la cual quiere afirmar su propia hegemonía y lograr la conquista del poder no lo alcanza espontáneamente, sin una dirección”.

tres textos de gran actualidad para la época: el de Juan Carlos Portantiero sobre *Los usos de Gramsci*, el volumen 19 de Cuadernos de Pasado y Presente, *Gramsci y las ciencias sociales*, que incluía textos de Norberto Bobbio, Alessandro Pizzorno, Luciano Gallino y Régis Debray) y el libro de Christine Buci-Glucksmann.¹⁴

Al mismo tiempo, se nota un desfase entre el temario y estos últimos textos, en los cuales aparecen cuestiones relacionadas con el Estado, la ideología y la revolución pasiva y, por otra parte, sorprende que no aparezca en la bibliografía el libro más didáctico de Luciano Gruppi.¹⁵

Este curso se siguió impartiendo hasta la reforma del Plan de Estudios en 1997, que lo sustituyó por un curso del área teórica titulado “La tradición marxista”, donde la obra de Gramsci sería abordada en un apartado de la Unidad II (“El problema de las superestructuras”), con referencias explícitas a los conceptos de bloque histórico, hegemonía y sociedad civil, mientras que la bibliografía se restringe a las obras de Gramsci, con la novedad de la edición Gerratana de los *Cuadernos de la cárcel* publicada por Era en 1981.¹⁶

Ya la sola enunciación del nombre de la “cátedra” da cuenta de una concepción de época: la de la unidad temática y teórica entre ambos autores. Si otros espacios (como Filosofía y Letras o la Facultad de Economía) eran los de desarrollo de lecturas pormenorizadas de Marx, la FCPyS se consolidó como el espacio de lectura privilegiado de Lenin y Gramsci, en gran medida sostenida y alentada tanto por los cuadros del PCM como por los exiliados latinoamericanos.

Morelia 80

Entre los seminarios gramscianos destaca y marca un hito histórico el que organizaron José “Pancho” Aricó y Julio Labastida, por parte del Instituto

¹⁴ En relación con la vida y la obra de Lenin (textos de área comunista y ediciones soviéticas o cubanas, libros de Garaudy, Arismendi, además de Lukács y la trilogía de E. H. Carr sobre la Revolución rusa).

¹⁵ Luciano Gruppi, *El concepto de hegemonía en Gramsci*.

¹⁶ Se nota en el nuevo programa, la reacción hacia la excesiva politización y marxistización de la sociología del plan 76. En efecto, además de la reducción de Gramsci a media unidad, que comparte con Lukács, a este programa se agregó, en la primera unidad, el estudio del debate Bernstein, por lo tanto, apareció Rosa Luxemburgo, sin referencias directas ni bibliográficas a Lenin. La tercera unidad está totalmente dedicada a la Escuela de Frankfurt y en la cuarta se aborda el marxismo analítico y el futuro del socialismo.

de Investigaciones Sociales de la UNAM, en la ciudad de Morelia en el año 1980, bajo el título “Hegemonía y alternativas políticas en América Latina”. La relevancia de este encuentro radica en el hecho de que, allí, Ernesto Laclau planteó una propuesta de ruptura teórica y epistémica respecto de la tradición marxista de los estudios gramscianos, en un evento al cual asistieron, además de algunos de los gramscianos latinoamericanos más connotados, destacados intelectuales de diversos países de la región.

La convocatoria al Coloquio de Morelia invitaba explícitamente a articular las dos vertientes de la recepción de la obra de Gramsci en México y América Latina, la teórica y la aplicada; a pensar en clave gramsciana, a través del prisma del concepto de hegemonía, los procesos políticos latinoamericanos marcados coyunturalmente por la tensión entre las dictaduras militares y la revolución centroamericana.

En este esfuerzo, Jaime Labastida, en la presentación del libro que reunió las ponencias del evento, invitaba a rebasar la “concepción clásica” de acumulación de fuerzas como “unificación instrumental y no como la expresión consciente de una hipótesis estratégica y de una teoría de la transición”, es decir, una estrategia hegemónica que permitiera evitar los fracasos y las soluciones autoritarias de los procesos revolucionarios del pasado.¹⁷

Aricó, el verdadero arquitecto del evento, señalaba que se invitó a pensar a la hegemonía no sólo como recurso de las clases dominantes, sino como construcción de una alternativa por parte de las clases populares.¹⁸ A nivel teórico, Aricó relevaba una idea que había marcado el debate en el Coloquio: el concepto de hegemonía como clave para sopesar y superar las limitaciones de la teoría marxista de la política y el Estado y, por lo tanto, como punto de tensión entre el pensamiento de Gramsci y la tradición leninista.¹⁹ Fiel a una de sus inquietudes más persistentes, Aricó sostenía que la teoría marxista debía cuestionarse y recomponerse en lugar de estancarse a la espera de la maduración de una realidad latinoamericana que se resistía a ser encuadrada.²⁰ Al mismo tiempo, Aricó señalaba, el

¹⁷ Julio Labastida, “Presentación”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, pp. 10-11.

¹⁸ José Aricó, “Prólogo”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, pp. 11-12.

¹⁹ *Ibid.*, p. 12.

²⁰ *Ibid.*, p. 16.

hecho –sobre lo cual ya había llamado la atención anteriormente–²¹ de que la hegemonía había sido pensada por Gramsci como cuestión de la construcción de un orden socialista, y se nutría de las preocupaciones respecto de las limitaciones y las trabas del experimento soviético.²² Esto remitía, recordaba Aricó, al Lenin del III Congreso de la Internacional Comunista, a la propuesta del Frente Único y de la búsqueda de formas y traducciones de la revolución en Occidente: “en el fondo Gramsci cuestiona la relación obrero-campesina en la URSS, la experiencia mutilada de una hegemonía revolucionaria”.²³ Al referirse a la intervención polémica de Ernesto Laclau en el Coloquio, quien había cuestionado el lugar y el papel del proletariado como sujeto político, Aricó reconocía que la noción de hegemonía implicaba la constitución de sujetos sociales y la existencia del “problema de la complejidad de los procesos a partir de los cuales el antagonismo instalado en el nivel de las relaciones de producción podía expresarse en la constitución de fuerzas sociales en permanente estado de recomposición”.²⁴ Pero, acotaba Aricó, si la noción gramsciana de hegemonía no era reducible al concepto leninista de alianzas de clase, sin embargo, lo suponía.²⁵

La contribución de Laclau al seminario fue, sin duda, la más disruptiva y la que marcó el compás de la polémica. El argentino, ya autor de un libro sobre el populismo, emprendía un camino que lo llevaría a publicar años más tarde un texto de ruptura.²⁶ En Morelia, elaborando su propia propuesta a partir de algunas intuiciones de Gramsci, sostenía que el de hegemonía era el concepto fundamental de la teoría política marxista porque permitía eliminar el reduccionismo de clase, introducir las nociones althusserianas de sobredeterminación y articulación, y formular una concepción más amplia de antagonismos sociales no reconducibles a un antagonismo de clase.²⁷ La noción de hegemonía, como alternativa a la de “alianzas de clase”, no era así la consecuencia, sino el principio y la cau-

²¹ En sus cursos en El Colegio de México de finales de los años setenta, publicados en 2011 como José Aricó, *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*.

²² José Aricó, “Prólogo”, en *op. cit.*, p. 13.

²³ *Ibid.*, p. 15.

²⁴ *Ibid.*, p. 14.

²⁵ *Idem.*

²⁶ Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, de 1977; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, que salió en inglés en 1985 y en castellano en 1987.

²⁷ Ernesto Laclau, “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, p. 11.

sa de la constitución de agentes sociales,²⁸ de la articulación y rearticulación de posicionalidades al interior del campo surcado por antagonismos que, según Laclau, correspondían a la guerra de posición planteaba por Gramsci.²⁹ Otra formulación provocadora de Laclau fue que el “terreno de constitución de la hegemonía es el discurso”,³⁰ es decir, que el “antagonismo es una contradicción creada al interior del discurso”; discurso de ruptura que puede volverse discurso de equivalencias, conformando sujetos democráticos o sujetos populares si la división es entre opresores y oprimidos.³¹ Este último pasaje es, para Laclau, un pasaje estratégico fundamental en América Latina, en tanto permite superar una concepción liberal de democracia e instalar una nacional-popular.³²

Contrapunteaba esta presentación la de Chantal Mouffe, quien argumentaba en la misma dirección, concibiendo la hegemonía como transformación de la subjetividad a partir de la centralidad de la cuestión democrática pero, a diferencia de Laclau, debatiendo desde el interior de los estudios gramscianos de la época y partiendo de la crítica al planteamiento althusseriano de los aparatos ideológicos de Estado, cuestionando el reduccionismo de clase y acudiendo al marxista sardo para sostener que la hegemonía era asunto de ideología, de dirección intelectual y moral.³³

También Carlos Pereyra orientaba su ponencia al cruce entre Althusser y Gramsci, adoptando la definición laclausiana de hegemonía, sin fundamento de clase, procesual, circunstancial, discursiva e ideológica.³⁴

En una de las intervenciones más profundamente ancladas en la obra de Gramsci, Liliana de Riz y Emilio de Ípola ensayaban sugerentes reflexiones en torno a una agenda de ejes que se desprendían de la noción de hegemonía, sosteniendo que esta noción de “hegemonía no completa la teoría del estado o lagunas marxistas sobre las superestructuras, sino que

²⁸ *Ibid.*, p. 21. “Hegemonía es constitución de nuevos sujetos, no la simple alianza entre sujetos preconstituidos” (*ibid.*, p. 30).

²⁹ Laclau sostiene que Lenin abre a una concepción antiparadigmática, antietapista y popular de la política, introduciendo el concepto de masas, pero que su límite es seguir pensando en términos de clase (*ibid.*, p. 29).

³⁰ *Ibid.*, p. 23.

³¹ *Ibid.*, p. 24.

³² *Ibid.*, p. 37.

³³ Chantal Mouffe, “Hegemonía, política e ideología”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*.

³⁴ Carlos Pereyra, “Hegemonía y aparatos ideológicos de Estado”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, p. 123. Véase el capítulo 5 de esta obra.

es nuevo principio de análisis de la sociedad y la política, refundación de la teoría marxista en su conjunto”.³⁵

Por su parte, Juan Carlos Portantiero trató de atender el desafío teórico-práctico que implicaba la convocatoria al evento. Sostenía Portantiero en su ponencia que, en el marxismo de Gramsci, la teoría de la hegemonía implicaba una teoría de la organización, de la constitución de las clases en voluntades políticas colectivas. En dos pasajes formulaba sugestivos y complementarios esbozos de definiciones del concepto:

“Acción hegemónica sería aquella constelación de prácticas políticas y culturales desplegada por una clase fundamental, que vincula bajo su dirección a otros grupos sociales mediante la construcción de una voluntad colectiva”.³⁶

La hegemonía es el proceso a través del cual una clase se produce a sí misma como sujeto histórico. Es una construcción social y como tal se expresa en multiplicidad de organizaciones y de prácticas por las que una clase fundamental al reconstruir su unidad como sujeto político es capaz de dirigir al pueblo-nación. Es el resultado de una tensión permanente entre movimientos políticos y movimientos sociales en el interior de una conflictualidad que jamás debiera clausurarse.³⁷

Este proceso se daba en el cruce entre el Estado y la sociedad civil, y en esta última se gestaba la presencia subordinada, pero “no silenciosa ni invisible” de las clases subalternas y sus “impulsos contrahegemónicos” para trasladarse al plano estatal, a un Estado como punto de equilibrio: “Que sintetiza la dominación al procesar simultáneamente la prevalencia de los intereses de las clases dominantes y el compromiso con intereses emergentes de las clases dominadas”.³⁸

Haciendo gala de una lectura clasista que contrastaba implícitamente con la propuesta laclausiana, Portantiero sostenía, gramscianamente, que el triunfo de lo nacional-popular sobre lo nacional-estatal, implicaba el

³⁵ Emilio de Ípola y Liliana de Riz, “Acerca de la hegemonía como producción histórica (Apuntes para un debate sobre las alternativas políticas en América Latina)”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, p. 61.

³⁶ Juan Carlos Portantiero, “Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, p. 282.

³⁷ *Ibid.*, p. 299.

³⁸ *Ibid.*, p. 283.

pasaje de la dimensión de clase a lo popular, inspirándose en la fórmula de Marx de “clase nacional”.³⁹

Según Portantiero, en los populismos latinoamericanos, las clases populares se constituyeron entrando al Estado de la mano de líderes externos y de movimientos nacional-populares, no de forma autónoma, sin expresar un impulso hegemónico.⁴⁰ Su principal instrumento político propio fue el sindicato de masas que, aun con variaciones según los países, siempre fue político, general y nacional. Enfocando la coyuntura de la crisis hegemónica del compromiso nacional-popular de los años setenta como crisis de las relaciones entre clases populares y Estado, Portantiero apuntaba al fin de un “capítulo de la historia de las masas” en América Latina, es decir, una etapa caracterizada por la emergencia de partidos y sindicatos, como modalidad de identidad sociopolítica de las clases populares, de su “autopercepción como sujetos de la acción colectiva”.⁴¹ Pero si en la crisis de la forma populista de participación obrera se habían disuelto los partidos socialistas, permanecía la resistencia en los sindicatos, que –según el gramsciano argentino– podrían repolitizarse siempre que se pudieran remontar la falta de democracia interna y de capacidad de agregar horizontalmente otros sectores sociales, evitando separar lo corporativo de lo hegemónico, las instancias del movimiento social del movimiento político.⁴²

Completaban el panorama de este importante coloquio una serie de intervenciones sobre procesos latinoamericanos,⁴³ entre las cuales destacaba

³⁹ *Ibid.*, p. 153.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 295.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 280-281.

⁴² *Ibid.*, p. 299.

⁴³ El sociólogo mexicano Sergio Zermeño, discípulo de Alain Touraine, por su parte, después de un largo rodeo argumentativo sobre procesos históricos latinoamericanos, terminaba cuestionando la falta de trasfondos históricos y sociológicos de los análisis gramscianos latinoamericanos y ponía en discusión la validez del concepto de hegemonía por ser ortodoxo: marcado por la idea de dirección y centralidad de la clase obrera, por contemplar la dictadura del proletariado. Sergio Zermeño, “Los referentes históricos y sociológicos de la hegemonía”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, p. 269. Entre las otras aportaciones, dos más tuvieron propósitos estrictamente teóricos: Norbert Lechner (“Aparato de Estado y forma de Estado”) y Rafael Loyola Díaz y Carlos Martínez Assad (“La hegemonía como ejercicio de la dominación”), centradas respectivamente en la obra de Marx y en la continuidad entre el pensamiento de Lenin y de Gramsci. Entre las demás, centradas en el análisis de procesos políticos, sólo algunas tuvieron explícitas referencias a Gramsci. Jordi Borja, sobre la “izquierda de Europa del sur”, no citaba a Gramsci, pero se nutría ampliamente de referencias eurocomunistas gramscianas y en particular de la obra de Pietro Ingrao; Ludolfo Paramio y Jorge M. Reverte, en su ponencia sobre las crisis de la burguesía española entre 1969-1979, recuperaban a Gramsci a partir de una crítica a

la de Pablo González Casanova, quien partía de un “resumen mínimo del concepto”, sosteniendo que no había que seguir un modelo sino analizar la realidad a partir de las intuiciones de Gramsci, problematizar la cuestión nacional y democrática –insertando la dimensión colonial–, planteando que, desde el “punto de partida” de la autonomía de clase, era necesario construir proyectos revolucionarios como los de Cuba y Nicaragua, basados en órganos de poder popular.⁴⁴

Así, podemos decir que en Morelia se expresaron puntos nodales del debate acumulado en la década anterior y se evidenciaron, aún sin polémicas explícitas, las líneas de fractura entre perspectivas gramscianas, neogramscianas y posgramscianas. Con la aparición de la propuesta “populista” de Laclau, se marca un punto de inflexión en el debate teórico-político no sólo mexicano sino latinoamericanos, y la disputa sobre el significado y el alcance de la noción gramsciana de hegemonía tomará un vuelo que sigue teniendo hasta nuestros días, en particular, desde la emergencia de los gobiernos progresistas en la primera década del siglo XXI.

Agustín Cueva y la crítica al neogramscianismo

Entre los intelectuales latinoamericanos que hicieron uso de Gramsci en los años setenta y ochenta, que no pertenecían al circuito del gramscianismo que se reunió en Morelia, hay que destacar a Agustín Cueva y René Zavaleta.

Agustín Cueva era un marxista ecuatoriano exiliado en México, cuya obra se abrió temáticamente desde los estudios de crítica literaria a ensayos de interpretación de historia de América Latina y Ecuador, pasando por intervenciones muy incisivas sobre debates latinoamericanos actuales como los del fascismo y las dictaduras militares, la teoría de la dependen-

Perry Anderson. No aparecen referencias a Gramsci ni tampoco una reflexión implícitamente gramsciana en los textos de Teodoro Petkoff, Julio Cotler, Juan Antonio Garretón, Fernando Henrique Cardoso, Edelberto Torres Rivas, Luis Maira, Fernando Fajnzylber, Rolando Cordera y Francisco Delich. Héctor Béjar no menciona a Gramsci, pero usa los conceptos de hegemonía y sociedad civil, mientras que René Antonio Mayorga (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México) hace amplio uso de las categorías gramscianas en su ensayo histórico sobre la coyuntura 1978-1979 en Bolivia.

⁴⁴ Pablo González Casanova, “Los trabajadores y la lucha por la hegemonía en América Latina”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, pp. 444, 446 y 451.

cia, el populismo y las transiciones a la democracia.⁴⁵ Su vena polémica y su prosa incisiva dejaron huellas profundas en varios debates. En general, Cueva defendía las que podemos definir posiciones ortodoxas para la época, es decir, leninistas: sostenía la teoría del imperialismo, una versión reductiva de la lucha de clase como confrontación exclusiva de dos clases, se oponía a cualquier versión de la teoría de la dependencia, en tanto que interpretaba a los gobiernos autoritarios a partir del concepto de fascismo en la acepción dada por Dimitrov, es decir, “la dictadura terrorista del capital financiero” sobre la clase obrera, finalmente, apuntalaba una idea de democracia con contenido en contra de la perspectiva procedimental de corte liberal que se volvió dominante en los años ochenta.

En particular, esta última lectura radicalmente crítica y en buena medida pionera de las tendencias al desdibujamiento del pensamiento crítico respecto del tema democrático lo llevaban a chocar con lo que denominó como neogramscianismo, para subrayar la discontinuidad respecto del pensamiento del marxista italiano. La democracia era el punto clave de aquel debate que ocupó gran parte de la producción intelectual a partir de la noción de “transición”.

En efecto, Cueva conocía y respetaba la obra de Gramsci pero se convirtió en un fiero adversario del gramscianismo emergente en su época,⁴⁶ al que veía como parte de la tendencia general a la socialdemocratización de la sociología y del pensamiento crítico latinoamericano, un reoccidentalización, que “pasaba por la desleninización del marxismo, preludio de la desmarxistización *tout court*”.⁴⁷ Es decir, en el ecuatoriano tenemos la insistencia en que un Gramsci opuesto a Lenin, no es sino una forma de reformismo.

En diversas oportunidades argumentó en contra del que llamaba “fetichismo de la hegemonía”, sosteniendo que Gramsci no dejaba de ser leninista, ya que no separaba la hegemonía de la conquista del poder político y no negaba la necesidad de un momento de enfrentamiento militar. Al mismo tiempo, consideraba que ciertas ambigüedades de Gramsci y un manejo insuficiente de su parte de la economía política, así como de una lectura del

⁴⁵ Andrés Tzeiman, *Agustín Cueva. El pensamiento irreverente*. Su obra de mayor impacto ha sido Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina. Ensayo de interpretación histórica*, 1990.

⁴⁶ Agustín Cueva, “El fetichismo de la ‘hegemonía’”, en Agustín Cueva, *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*, pp. 149-163.

⁴⁷ Agustín Cueva, “Reflexiones sobre la sociología latinoamericana”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*, p. 391.

“factor imperialista”, se prestaban a lecturas culturalistas.⁴⁸ Si bien reconocía al italiano haber percibido lúcidamente la solidez de la sociedad civil en los países avanzados, se desmarcaba del eurocomunismo y cuestionaba la tendencia liberal que permeaba el uso de este concepto, siempre más alejado de la crítica de Marx y de las preocupaciones marxistas del propio Gramsci, quien, según Cueva, entendía la sociedad civil como “orden burgués”.

Así, bajo el nombre de “sociedad civil”, volvemos a encontrar lo que Marx denunció como una “comunidad ilusoria”, o sea, una colectividad imaginaria en la que el pensamiento, como por arte de magia, ha hecho desaparecer todos los antagonismos y contradicciones. Y bajo el nombre de “Estado”, reencontramos una entidad ingrávida de sus determinaciones de clase y convertida, nadie sabe bien en razón de qué maleficio, en enemiga implacable de la “sociedad civil”.⁴⁹

Desde esta lógica, polemizaba con la idea de la democracia como valor universal y con una apuesta socialista hacia la sociedad civil, difundida por gramscianos como Coutinho o Pereyra.⁵⁰ En un texto de 1987 sobre la cuestión democrática en América Latina, reiteraba su preocupación de que la dupla Estado/sociedad civil fuera un sustituto analítico de contradicciones de clase en lugar de reflejarlas, como sugería Gramsci.⁵¹

Cueva, más allá de sus reservas en relación con las lecturas neogramscianas, se nutría de los conceptos y la perspectiva gramsciana, como se aprecia en algunos pasajes de su obra. Por ejemplo, en 1981, se refirió al concepto de revolución pasiva en relación con “el populismo como problema teórico-político”:

El populismo resulta ser, en síntesis, una especie de sucedáneo de la revolución democrático-burguesa y antiimperialista no realizada en América Latina (salvo en los casos de revoluciones populares que cumplieron parcial o totalmente di-

⁴⁸ Agustín Cueva, “El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 38, 1984; “El fetichismo de la ‘hegemonía’”, en *op. cit.*

⁴⁹ Agustín Cueva, “El análisis “posmarxista” del Estado latinoamericano”, en Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana*. Extraído de Agustín Cueva, *Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica*. Originalmente, “El análisis ‘posmarxista’ del Estado latinoamericano” fue presentado como ponencia en la mesa redonda sobre “Estado, sociedad y democracia” del VII Congreso Centroamericano de Sociología, Tegucigalpa, 2-7 de noviembre de 1986.

⁵⁰ Agustín Cueva, “La democracia latinoamericana: ¿forma vacía de todo contenido?”, en Agustín Cueva, *Ensayos sociológicos y políticos*, 2012.

⁵¹ Agustín Cueva, “Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos problemas”, en Agustín Cueva, *Ensayos sociológicos y políticos*, p. 209.

chas tareas). Si se quiere emplear una terminología gramsciana, incluso podría decirse que se trata de una de las modalidades políticas de realización de la “revolución burguesa *pasiva*”, a través de la cual se cumplen, aunque de manera vacilante, tortuosa e incompleta, algunas de las tareas indispensables para el tránsito de la sociedad oligárquica a la sociedad burguesa moderna [...].

Conjunto de reflexiones que nos permiten, a la vez, comprender las razones del agotamiento y crisis del populismo en cierto momento histórico. De una parte, tenemos razones muy objetivas: el populismo se agota una vez que se ha cumplido, de manera más o menos eficiente, la “revolución pasiva” de la burguesía nativa contra los principales obstáculos que a su desarrollo le oponía la matriz oligárquico-dependiente (poco importa que esta “revolución” se efectúe por la vía del propio populismo o por cualquier otra vía política). Incluso a nivel del proceso de acumulación de capital llega un momento en que ya no es posible apuntalarlo mediante transferencias de excedente como las señaladas, tornándose entonces necesario implantar otras modalidades de acumulación (se habla, por eso, del “agotamiento de cierto patrón de crecimiento”).⁵²

Sin embargo, Cueva no desarrolló este punto. Su uso de la obra y los conceptos de Gramsci quedaron relegados a su crítica al neogramscianismo y, simplemente, retroalimentó otros momentos de su elaboración intelectual y, en particular, su incursión en los debates latinoamericanos.

Gramsci en acción: los análisis de René Zavaleta

En 1983, ya bien instalado en México, su último exilio, escribe en la formulación de un proyecto para el doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco:

En la organización misma del curso es aconsejable asumir con una suerte de fundamento el principio que Goethe llamaba de la *perspectiva total*. Por mal ejemplo, el intento más bien estudiantil de estudiar a Gramsci y suprimir Weber se parece demasiado a la historia del Proletkult, que opinaba que el conocimiento empieza junto con el sujeto revolucionario. La perspectiva total supone

⁵² Agustín Cueva, “El populismo como problema teórico-político”, en Agustín Cueva, *Ensayos sociológicos y políticos*, pp. 232-233. Véase sobre esta cuestión, Blanca Fernández y Florencia Puente, “Lecturas marxistas de la experiencia nacional popular (o del populismo) en América Latina desde la obra de Agustín Cueva y René Zavaleta”, en *Cuestiones de Sociología*, núm. 14, 2016.

un margen considerable de contorno gratuito o no instrumental de la investigación y el estudio⁵³ (cursivas del original).

¿Cómo llegó Zavaleta a este comentario irónico sobre la necesidad de pensar a Gramsci en torno a un conjunto de autores cuya consideración era como obligatoria? El último exilio del boliviano, parte de un largo periplo que lo llevó de Bolivia a Chile e Inglaterra, es fundamental. Su labor propiamente de investigador en las instituciones educativas mexicanas coincide con la apropiación total de la obra de Gramsci.

Para el Zavaleta de la época del exilio mexicano, las preocupaciones en torno a esta temática se vuelven considerables. Estableceremos aquí las que consideramos dos de las principales: Gramsci como uno de los autores que permite pensar el ámbito no universal de la vida social (frente a Marx, que pensó la dimensión con mayor pretensión de universalidad) y el problema del Estado en América Latina.

Zavaleta comenzó a trabajar en el conjunto de sus textos sobre una tensión generada a partir de dos procesos. Por un lado, el de lo que denomina en repetidas ocasiones como el “modelo de regularidad”, es decir, los elementos que son captables a partir de su repetición, su carácter de necesidad y su tendencia hacia la universalización. Por el otro, la necesidad de pensar los espacios de no repetición, de no linealidad y de contingencia.

La tensión le obligó entonces a replantear el estatuto de las obras y conceptos con los que contaba. Marx le servía para pensar la linealidad del mundo, pero Lenin, Gramsci y Weber aparecieron como los referentes más importantes al momento de evaluar las situaciones contingentes o de coyuntura. Es por ello que la trama de la sociedad civil comenzó a ser pensada más en términos de Gramsci que en los de Marx. Así, unos años más tarde, cuando ya encontraba en plenitud su forma de pensar el Estado y la política en las páginas de *Lo nacional-popular en Bolivia* (trabajo póstumo), escribe: “Es por eso por lo que el cuadro generalizado del modelo de regularidad dirá muy poco acerca de la ecuación social o *differentia specifica* de esos países que se resume mejor en el concepto de formación económico- social”.⁵⁴

Es justamente en las páginas de este famoso trabajo póstumo donde se expresa ya con madurez la forma de operar de Gramsci.⁵⁵ Zavaleta deja de

⁵³ René Zavaleta, *Obra completa*. Tomo III. Vol. 2. *Otros escritos 1954–1984*, p. 283.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 312.

⁵⁵ Dice en algún párrafo de esta obra: “Se requeriría sin duda un *excursus* propio acerca de la relación del excedente y la disponibilidad, y de ambos con el Estado estructural, la am-

lado el concepto de formación económico-social que le había servido para construir el concepto de abigarramiento y traslada sus componentes hacia el de ecuación social, pues con éste aparece la noción de “mediación”, entendida ésta como “la transformación de la furia del oprimido en una parte del programa del opresor, lo cual es después de todo una relación hegemónica”.⁵⁶ Con este concepto, atiende las formas específicas de operar del Estado en la sociedad civil y permite comprender cómo se conjugan específicamente las relaciones a partir de los impulsos de autodeterminación de las masas y su recepción en el Estado, así como las posibilidades de generar autonomía de lo político: “ecuación social o sistema político, que es una de las acepciones que daba Gramsci al bloque histórico: el grado en que la sociedad existe hacia el Estado y lo inverso, pero también las formas de su separación o extrañamiento”.⁵⁷

El traslado de una concepción periférica de Gramsci en la obra de Zavaleta va ganando terreno. Junto a Weber, el italiano se convierte en la clave interpretativa. No es casual que el primer párrafo de *Lo nacional-popular* comience: “El problema que interesa estudiar en esta investigación es el que propone la formación de lo nacional-popular en Bolivia, es decir, la conexión entre lo que Weber llamó la democratización social y la forma estatal”.⁵⁸ ¿Qué es esta declaración sino una pregunta gramsciana sobre lo nacional-popular y las formas de la hegemonía? El boliviano había conquistado ya ambos pensamientos y los había integrado de tal manera que, junto a Marx y Lenin, sus otras dos grandes referencias, aparecían en estado práctico, es decir, operando en el análisis.

Así, es posible pensar la forma en que Zavaleta abordó una de sus grandes obsesiones en el estudio de América Latina: el Estado. El primer requisito para hablar de su concepción es que él consideraba que no existía algo así como una “teoría del Estado”, es decir, un cuerpo de conceptos que *a priori* sirvieran para cada momento o situación.

Entendiendo esta premisa, es posible pensar que, para Zavaleta, Gramsci no era aquel que le brindaba dicha “teoría general”, sino que permitía algo mucho más profundo: un conjunto de conceptos que podían ser aproximativos a situaciones de alta conflictividad social. Continúa el boliviano: “después de Gramsci no se puede imaginar dominación alguna que

pliación del Estado y la teoría de las mediaciones” (*ibid.*, p. 181). Se trata de un programa de investigación que de alguna forma su obra busca desarrollar implícitamente.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 177.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 620.

⁵⁸ René Zavaleta, *Lo nacional-popular en Bolivia*, p. 9.

sea estable, ni aun del modo más relativo al margen de tal razonamiento. En la política, el sueño de las victorias totales es tan absurdo como en la guerra”.⁵⁹

Vale la pena detenerse en su valoración sobre la situación de su país de exilio, pues en gran medida define su relación con Gramsci y la centralidad que éste gana en su perspectiva. En escasas dos páginas sobre México, concentra un poderoso argumento sobre todo lo que se ha definido atrás en términos exclusivamente teóricos.

Zavaleta señala en ese artículo: “Gramsci introduce un concepto capital para el estudio del Estado que es la cuestión de la ecuación u óptimo”.⁶⁰ A partir de esta noción analiza distintos momentos: los casos fracasados de formas estables de dominación (como en Argentina) que llevaron a la “nacionalización falaz” o situaciones donde el “Estado lo es todo”, como el caso de Chile. Se detiene además en el momento revolucionario cubano como el ejemplo de la capacidad de autodeterminación de las masas. Sin embargo, de entre estos ejemplos es el caso mexicano con el que cierra y sobre el cual articula un potente discurso en donde Gramsci ocupa un lugar central.

Con la obra del boliviano se coloca énfasis en la conformación de la ecuación social, así como los momentos de su transformación. México, es el caso más sugerente, para Zavaleta, de ubicar la ecuación siempre en relación con las coyunturas y los espacios de producción de la autonomía del Estado. Sigue Zavaleta señalando que, a pesar de los cambios, esta ecuación debe tener siempre un punto de anclaje, que debe ser ubicado en la formación de una “clase general” que formula estatutos de lealtad y normatividad de relación a partir de un pacto no escrito.

Zavaleta insiste en que la cuestión mexicana debe comprenderse tanto en su larga historia de momentos constitutivos (es decir, refundacionales de los pactos de dominación) en donde los movimientos de masas dejan establecido un conjunto de lineamientos que se vuelven programa. Es sólo con el advenimiento del periodo “revolucionario” en que ocurre algo novedoso: se descubre el poder de la sociedad, al tiempo que esto se diluirá de a poco en la atmósfera estatal. Así, dice el boliviano:

la sociedad civil demuestra una superioridad escondida pero brutal sobre el Estado político, en su forma oficial u obsoleta, da lugar sin embargo no a la transformación de la subversión revolucionaria en Estado, sino a su mediati-

⁵⁹ René Zavaleta, *Obra completa*. Tomo III. Vol. 2. *Otros escritos 1954-1984*, p. 616.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 631.

zación en el Estado, por medio de la aparición estructural de la clase general o clase política.⁶¹

A diferencia del ejemplo europeo, la construcción de la hegemonía pasa más bien por la formulación de esta “clase general” y no de un conjunto de instituciones autónomas o impersonales.

La argumentación sobre este punto se ancla en ese requisito del Estado moderno que es la burocracia (y aquí, Weber acompaña a Gramsci) para concentrarse en el Estado mexicano en cuanto tal:

La astucia del Estado se convierte a partir de entonces en una escuela o cultura y no hay duda de que las reglas estuvieron claras desde temprano en cuanto a que la legitimación es el fin principal del Estado y la supresión política su alternativa. En todo caso, tampoco la irresistibilidad se adquiere por la mera violencia; se necesita que conste que la violencia tiene una validez estatal o sea que es una irresistibilidad con relación a fines.⁶²

Esos fines estaban dados por la respuesta a un conjunto de demandas que surgían desde la sociedad, pero que no tenían ni espacio ni oportunidad de representarse por sí mismas. Zavaleta llega entonces quizá a uno de los balances más importantes que se han hecho sobre el México de la segunda mitad del siglo XX:

El Estado, con todo, obedeciendo a ese impulso, se reconstruyó con mucha más certeza y penetración y durante mucho tiempo parecía que aquí todos podían equivocarse menos el Estado. Adquirió entonces el Estado una nueva superioridad sobre la sociedad civil, que se funda en la desorganización sistemática de la autonomía de la sociedad civil y su reorganización corporativa en formas prebendales o distribucionistas que se subordinan siempre a la lógica central de legitimación, la despolitización de las masas, que es extensa pero común a los países con los llamados proletarios de primera generación, la predictibilidad social, que se hace un arte local y su consecuencia más importante que es la existencia de una avanzada clase política.⁶³

Finalicemos recapitulando. El paso de Zavaleta por México le permitió realizar varios giros en su proposición teórica. En primer lugar, la aparición de Gramsci ya no como un motivo aledaño, sino central y junto a él, la

⁶¹ *Ibid.*, p. 636.

⁶² *Idem.*

⁶³ *Idem.*

presencia de Weber, en tanto pensadores de la dominación. Con Gramsci, Zavaleta profundiza en su hipótesis de que *El Capital* daba luces sobre el proceso lineal y homogéneo de la historia, pero no sobre su diversidad, que debía ubicarse en las dinámicas de construcción estatal y de hegemonía: eran Lenin o Gramsci los que había captado de mejor forma el proceso de la autonomía de lo político.⁶⁴ A partir de ella prefiguró la diferencia entre Europa y América Latina, señalando que el problema de la “democratización social” y la autonomía de lo político se jugaba en la capacidad de construcción de mediaciones, ya sea por la vía del excedente (el dinero crea consenso) o de la disponibilidad (es decir, de la hegemonía, en tanto que era la sociedad la que transformaba sus hábitos y recursos y los cristalizaba en nuevas relaciones políticas). Atendiendo a esto, fijó el problema de la hegemonía en la construcción de mediaciones a partir de la noción de ecuación social. Este concepto se lo adjudica a Gramsci, en tanto que fue él quien formuló la posibilidad de entender que la política se jugaba en la lectura que hacía el Estado de los ánimos de la sociedad por vía de las mediaciones (burocráticas, institucionales, partidarias), que lograban convertir la “furia del oprimido en parte del programa del opresor”; en tanto que la sociedad civil expresaba su peso en la constitución de la ecuación a partir de su capacidad de autoorganización, de desestructuración o en su ánimo movilizador. El caso mexicano, motivo este último de nuestra reflexión, expresaba para Zavaleta esta situación aportada por Gramsci.

El Gramsci de Zavaleta en México se aleja de *El poder dual* –mucho más instrumentalista– y da los pasos para observar su presencia constante y definitoria de la construcción conceptual e histórica a partir de una renovada discusión sobre las formaciones económico-sociales, llevándolas al plano estrictamente político. Así, tanto *Lo nacional-popular en Bolivia*, como el estudio previo, *El Estado en América Latina*, son el eje para pensar la presencia de Gramsci en la obra del boliviano, atravesado por la experiencia mexicana y en debate con las formulaciones gramscianas que brotaban en la región, así como en polémica con quienes cancelaban cualquier posibilidad de intervención –las “teorías de la dependencia”– en nombre de grandes procesos de linealidad histórica.

⁶⁴ Reconoce Zavaleta en Marx una forma de pensar la autonomía de lo político, pero aún anclada en los términos del siglo XIX y de la primera filosofía política de juventud, es decir, el Estado como ente separado de la sociedad, como estamento diferenciado del conjunto de los individuos atomizados.

Conclusión

Tras el recorrido sugerido en estas páginas, además de rastrear algunas huellas significativas de pasos gramscianos en la Ciudad Universitaria, es posible subrayar formas específicas de la recepción y lectura académica de este autor.

La primera cuestión que debe ser resaltada es que en los años setenta su obra se instala en el debate y se convierte en un punto de referencia ineludible de toda reflexión que girara o se inspirara en el marxismo. Una presencia intelectual de corte eminentemente académico pero que jamás estuvo despegada de consideraciones altamente politizantes, ya que, en este periodo, leer a Gramsci era, inmediatamente, una cuestión política, una necesidad de repensar políticamente una realidad que se volvía adversa.

La segunda cuestión que debe ser señalada, que no resulta tan evidente como la anterior, es que se delineó una disputa central en torno a la continuidad o ruptura respecto del pensamiento de Lenin. Existen suficientes elementos para sugerir que en términos de la Ciudad Universitaria se privilegió la lectura en la que la dupla Lenin-Gramsci se formulaba como unidad por encima de la que subrayaba los elementos de ruptura. Unidad tensa, por supuesto y no con pocas fisuras. Quienes hicieron parte de la cátedra en la carrera de sociología, así como una parte sustancial del exilio, encabezados por Cueva y Zavaleta, sostuvieron esta perspectiva. En cambio, Flores Olea primero y después quienes se articularon en torno al encuentro de Michoacán –muchos de ellos poco relacionados con el debate intelectual mexicano, pero con mucha influencia latinoamericana– sostuvieron una lectura de distinción, cautelosa o más pronunciada, según los casos.

Pero, ¿qué significan en términos teóricos y políticos estos énfasis en la unidad o la distinción? Significaba, en primer lugar, la óptica desde la cual se leía a Gramsci como un “Lenin de Occidente”, es decir, como aquel que pensó claves estratégicas para establecer las condiciones de posibilidad de la revolución en un contexto de desarrollo del capitalismo y de la sociedad burguesa distinto al ruso y que ofrecía pistas para América Latina. Esta lectura venía a sostener la continuidad y profundización de los planteamientos entre uno y otro autor, de forma más mecánica o más creativa en clave latinoamericana. Quizá el que más complejizó esta perspectiva fue el boliviano René Zavaleta. Para quienes insistieron en la problemática democrática en vínculo con el socialismo en periodos tan distintos como los primeros años sesenta (con Flores Olea) o en los años ochenta (con

Portantiero), había una distancia más grande con respecto a la herencia de Lenin. Esta perspectiva estallaría de manera radical en el encuentro de Morelia, en donde se presentan ya las aproximaciones que llevan esta tensión a un punto de no retorno. Siendo la intervención de Laclau la clara expresión de esta nueva perspectiva que despeja a Gramsci de todo vestigio de marxismo.

A partir del sello de origen de los debates de estos años en Ciudad Universitaria, la apropiación del pensador italiano siguió siendo múltiple y diversa en las décadas sucesivas, con una tendencia siempre más marcada hacia la búsqueda de la renovación teórica, entre veredas posmarxistas y neomarxistas que siguen hasta nuestros días.

Bibliografía

- Aricó, José, “Prólogo”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, Siglo XXI, 1985, pp. 11-16.
- Cueva, Agustín, “El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 38, Era, enero-marzo de 1984, pp. 31-39.
- , “El fetichismo de la ‘hegemonía’”, en Agustín Cueva, *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*, Planeta, México, 1987.
- , *Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica*, Planeta / Letraviva, Quito, 1988.
- , *El desarrollo del capitalismo en América Latina. Ensayo de interpretación histórica*, Siglo XXI, México, 1990.
- , “Reflexiones sobre la sociología latinoamericana”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS)-Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1995, pp. 379-397.
- , “El análisis ‘posmarxista’ del Estado latinoamericano”, en Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana*, Siglo del Hombre / Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2008.
- , “La democracia latinoamericana: ¿forma vacía de todo contenido?”, en Agustín Cueva, *Ensayos sociológicos y políticos*, Ministerio de la Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, Quito, 2012.

- _____, “Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos problemas”, en Agustín Cueva, *Ensayos sociológicos y políticos*, Ministerio de la Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, Quito, 2012.
- _____, “El populismo como problema teórico-político”, en Agustín Cueva, *Ensayos sociológicos y políticos*, Ministerio de la Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, Quito, 2012.
- De Ípola, Emilio, y Liliana de Riz, “Acerca de la hegemonía como producción histórica. (Apuntes para un debate sobre las alternativas políticas en América Latina)” en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 45-70.
- Fernández, Blanca, y Florencia Puente, “Lecturas marxistas de la experiencia nacional popular (o del populismo) en América Latina desde la obra de Agustín Cueva y René Zavaleta”, en *Cuestiones de Sociología*, núm. 14, Universidad Nacional de La Plata, 2016, recuperado de <<https://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/article/view/CSn14a06/7365>>.
- González Casanova, Pablo, “Los trabajadores y la lucha por la hegemonía en América Latina”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 444-463.
- Gruppi, Luciano, *El concepto de hegemonía en Gramsci*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1978.
- Labastida, Julio, “Presentación”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 10-11.
- Laclau, Ernesto, *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI, México, 1977.
- _____, “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 19-44.
- Laclau, Ernesto, y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, 1987.
- Mouffe, Chantal, “Hegemonía, política e ideología”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 125-145.
- Olmedo, Raúl, “Un coloquio sobre Gramsci”, en *Excélsior*, 4 de septiembre de 1978.

- _____, “Gramsci y la industrialización”, en *Excélsior*, 9 de septiembre de 1978.
- Osorio, Jaime, “El gramscianismo en América Latina”, en Ruy Mauro Marini y Margara Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*, México, FCPyS-UNAM / Ediciones El Caballito, 1995, pp. 269-277.
- Pereyra, Carlos, “Hegemonía y aparatos ideológicos de Estado”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, Siglo XXI, 1985, pp. 112-124.
- _____, “Estado y sociedad civil”, en Ruy Mauro Marini y Margara Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*, México, FCPyS-UNAM, 1995, pp. 277-288.
- Portantiero, Juan Carlos, “Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, Siglo XXI, 1985, pp. 279-299.
- _____, “ıPor qué Gramsci? O las luchas sociales en situación de dependencia” en Ruy Mauro Marini y Margara Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*, México, FCPyS-UNAM, 1995, pp. 261-275.
- Rajchenberg, Enrique, “Gramsci en México: el caso Pereyra”, en Ruy Mauro Marini y Margara Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*, México, FCPyS-UNAM / Ediciones El Caballito, 1995, pp. 279-289.
- Sirvent, Carlos (coord.), *Gramsci y la política*, UNAM, México, 1980.
- Togliatti, Palmiro, *Lecciones sobre el fascismo*, Cultura Popular, México, 1977.
- _____, *Scritti su Gramsci*, Editori Riuniti, Roma, 2001.
- Togliatti, Palmiro, Cesare Luporini, y Galvano della Volpe, *Gramsci y el marxismo*, Proteo, Buenos Aires, 1965.
- Tzeiman, Andrés, *Agustín Cueva. El pensamiento irreverente*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, 2016.
- Zavaleta, René, *Lo nacional-popular en Bolivia*, Martín Soler (ed.), Siglo XXI, México, 1986.
- _____, *Obra completa*. Tomo III. Vol. 2. *Otros escritos 1954-1984*, Plural, La Paz, 2015.
- Zermeño, Sergio, “Los referentes históricos y sociológicos de la hegemonía”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, Siglo XXI, 1985, pp. 251-278.

GRAMSCI Y LA TEORÍA POLÍTICA DEL MARXISMO

EL “GRUPO” *PASADO Y PRESENTE* EN MÉXICO (1976-1983)

Martín Cortés

¿Fue *Pasado y Presente* (en adelante *PyP*) un “grupo”? ¿Fue una revista, una colección de libros, un conjunto de iniciativas? “Los gramscianos argentinos”: fórmula que parece resistir al tiempo, y que por alguna razón persiste como el modo más cómodo de describir al conjunto de intelectuales que se reunían alrededor de *PyP*, y que vivieron sus años de exilio (la dictadura argentina se extendió entre 1976 y 1983) en México. La fórmula dura más por la comodidad y el poder de síntesis que por ajustarse a la trayectoria de ese conjunto, y presupone al menos dos cuestiones: que se trata de un “grupo”, y que se trata de un grupo de “gramscianos”. Los dos elementos son aceptables sólo en un sentido muy general: sobre la pertinencia de llamar o no grupo a *PyP* han manifestado reservas dos de sus “integrantes”, Oscar del Barco y Héctor Schmucler, en sendas entrevistas dadas a Raúl Burgos para su libro sobre *PyP*.¹ Algunas investigaciones más recientes también ponen en entredicho la existencia del grupo como tal, o al menos complejizan las visiones uniformizantes que tienden a observar un grupo que se mantiene igual a sí mismo desde Córdoba en los cincuenta hasta Buenos Aires en los ochenta.² En lo que hace al nombre “Gramsci”, también encontramos revisititas a la experiencia pasadopresentista, realizadas en los últimos años, que señalan el carácter al menos parcial de la figura de los “gramscianos argentinos”. Omar Acha³ brega

¹ Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*.

² Adriana Petra, “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*; Diego García, “Signos. Notas sobre un momento editorial”, en *Políticas de la Memoria. Anuario de Investigación del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI)*, núms. 10-12, 2012.

³ Omar Acha, “Releer *Pasado y Presente*: ¿por qué, desde dónde y para qué?”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 18, Universidad Nacional de Quilmes, junio, 2014.

por sacar a la luz la opacada relevancia del filón guevarista en la publicación, desplazada por el peso del nombre del revolucionario sardo, mientras que Mariano Zarowsky⁴ muestra la “tradicción selectiva” que José Aricó construye bajo la figura señera de Gramsci, no dejando ver una cantidad no menor de complejidades que fueron parte del cuerpo de *PyP* como experiencia político-cultural.

Estos últimos dos textos trabajan con una hipótesis fuerte de fondo: el papel destacado de la figura de Gramsci emerge ante todo de la reconstrucción que Aricó hace, en los años ochenta, de la experiencia de *PyP*, consagrada en *La cola del diablo* de 1988, pero precedida por una presentación que realiza en el Coloquio que el Instituto Gramsci organizara en 1985 en Ferrara, Italia, acompañada además por varias entrevistas de aquellos tiempos, compiladas luego en el volumen preparado por Horacio Crespo.⁵ La hipótesis sostiene no solamente que la centralidad de Gramsci es una operación de la pluma de Aricó, sino que —esto es más importante aún— se trata de un tipo muy específico de Gramsci, cuyas características principales podrían colocarse en torno del pluralismo político y de la relativa autonomía del trabajo intelectual respecto de la política. En los dos casos, se trata de signos distintivos de la vida cultural de los años ochenta, de la cual Aricó participa y, al mismo tiempo, proyecta como marco interpretativo sobre su trayectoria anterior —y la de sus compañeros de ruta en *PyP*—. Según los artículos referidos, la operación de Aricó habría sido muy efectiva, continuada primero por Oscar Terán, en su ya clásico *Nuestros años sesentas*,⁶ luego por Crespo⁷ y Burgos,⁸ y todavía hoy funcionando como marco general de las nuevas investigaciones que van surgiendo sobre *PyP*.

En *La cola del diablo*, el propio Aricó admite, aunque veladamente, el carácter opaco del sintagma “gramscianos argentinos”: el primero en ponerlo en circulación fue un tal Ricardo Videla, desde el campo de la llamada “Izquierda Nacional”, en una publicación de 1963.⁹ Aricó manifiesta la sospecha de que el autor del texto habría sido Ernesto Laclau, entonces un joven militante del Partido Socialista de la Izquierda Nacional. Sin

⁴ Mariano Zarowsky, “La Operación Aricó, o la invención de ‘Los Gramscianos Argentinos’”, en *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, núm. 19, 2015.

⁵ Horacio Crespo (comp.), *José Aricó. Entrevistas 1974-1991*.

⁶ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*.

⁷ Horacio Crespo, *José Aricó*.

⁸ Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*.

⁹ Ricardo Videla, “Gramsci y los gramscianos”, en *Izquierda Nacional*, núm. 4, 1963.

embargo, el dato no solamente no está confirmado, sino que fue negado por el propio Laclau en un diálogo con Burgos. En cualquier caso, deliberadamente o no, “gramscianos argentinos” fija tanto la idea de la existencia de un grupo como de su carácter gramsciano. Sin embargo, el texto no utiliza el mentado sintagma, sino el de “jóvenes gramscianos”. Deliberadamente o no, el equívoco de Aricó refuerza el “gramscismo” de *PyP*, ya que coloca a dicha experiencia como exclusiva –o a lo sumo principal– embajadora del sardo en el clima político-intelectual argentino de los años sesenta.

De un lado entonces, la autorreconstrucción de Aricó: Siglo XXI fue una empresa fundamentalmente gramsciana desde sus inicios. Del otro lado, los matices: reducir *PyP* a Gramsci supone eludir una serie de abordajes temáticos y de posicionamientos políticos que fueron parte de esa experiencia, pero que acaso eran menos relevantes para la posición de Aricó en los años ochenta. No colocamos este contrapunto aquí con la intención de resolverlo, de hecho, lo más indicado pareciera ser sostener que ambas posiciones tienen sus razones de ser: es evidente que la narrativa que instituye Aricó en los ochenta está marcada por sus posiciones políticas y culturales de entonces, tanto como que es posible reconstruir los grandes trazos de *PyP* en torno de los modos de aparecer de Gramsci. Para ello, quizá sería necesario conducirse al interior del nombre “Gramsci” para constatar que allí caben muchas cosas, las que registra Aricó, pero también muchas otras.

Pero nuestro propósito aquí es otro: como se deduce de lo expuesto, las lecturas reseñadas confrontan los años ochenta con los años sesenta, es decir, la posición de Aricó en el contexto de la transición democrática con los años de surgimiento de *PyP*. Encontraremos también algunas referencias a los primeros setenta, en lo que fueron las aventuras más próximas al peronismo, en torno de la segunda época de la revista –en 1973–. Sin embargo, no aparecen los años mexicanos (entre 1976 y 1983), o solamente son mencionados como preludeo de la transición. El argumento es ya más o menos clásico, y sostiene que el giro “democrático” de las izquierdas intelectuales argentinas se da durante su exilio, lo cual incluso es incorporado en algunas periodizaciones como parte de la transición democrática, fundamentalmente a partir del trabajo de Cecilia Lesgart.¹⁰ Así, el camino “de la revolución a la democracia”, como lo llama Norbert Lechner,¹¹ se da-

¹⁰ Cecilia Lesgart, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*.

¹¹ Norbert Lechner, “De la revolución a la democracia”, en *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*.

ría fundamentalmente en aquellos años de exilio. Algo parecido dice Juan Carlos Portantiero en su presentación de *La hipótesis de Justo* de Aricó, y el propio Aricó también participa de esta argumentación, en más de una entrevista. El problema, como se ve, es nuevamente el del excesivo peso del testimonio. Dicho de modo más coloquial: ¿por qué no creerle a Aricó que *PyP* era un grupo gramsciano en los sesenta, pero sí creerle que en México “descubrieron” la democracia?

El peso de la cuestión democrática en México es ciertamente muy importante, pero si se lo asume como el único vector de la discusión de la época corremos el riesgo de perder de vista varias de las interesantes vetas que se exploraron en aquellos años. Además, en lo estrictamente referido a Gramsci, reduce su “uso” a aquel que justamente se consagra en los años ochenta, el del pluralismo político de cuño “bobbiano” –volveremos sobre esto hacia el final–. Pues bien, una de las cosas que podría probar un recorrido por el modo en que Gramsci aparece en las figuras de *PyP* en los tiempos mexicanos es la parcialidad de ese argumento. Son muchos otros los problemas en cuestión, que contienen pero exceden largamente la cuestión democrática. En este sentido, una de nuestras hipótesis para la revisión que sigue es que “los usos” de Gramsci en México, por parte de las figuras de *PyP*, no responden a un tipo particular de interpretación, sino que funcionan más bien como cantera a la cual se acude en busca de diferentes herramientas y recursos teóricos. Sin embargo, no se trata tampoco de elementos absolutamente heterogéneos, sino articulados por lo que podríamos pensar como el campo de la teoría marxista de la política. El contexto general de debate, tanto en México como en Europa (al menos en Italia y Francia), es el de la “crisis del marxismo”, discusión que emerge en Italia a mediados de la década en torno de los “vacíos” del marxismo en materia de teoría política y de los modos de producir, a la luz de la complejización de la dominación y las formas estatales, una ruptura con cualquier forma de determinismo que postergara la reflexión específicamente política.¹² Así, la urgencia de los tiempos obligaba a pensar varias cuestiones: Estado, sujetos políticos, ciertamente la democracia, la transición. Gramsci parecía, una vez más, un buen aliado para ello.

¹² La “crisis del marxismo” estalla con dos artículos que Norberto Bobbio publica en 1975 en la revista *Mondoperaio*: Norberto Bobbio, “Esiste una dottrina marxista dello Stato?”, en *Mondoperaio*, núms. 8-9, Roma, 1975; “Quali alternative alla democrazia rappresentativa?”, en *Mondoperaio*, núm. 10, Roma, 1975. Allí sugiere que el marxismo tiene una carencia en materia de una teoría de la transición, es decir, de la pregunta por las instituciones que sus-

Ahora bien, para indagar en este conjunto de problemas es preciso asumir que si en los sesenta es polémico aludir a *PyP* como grupo, para los tiempos de México ya es ciertamente imposible. Aun si había proyectos o espacios que reunían a algunas de sus figuras, sobre los que diremos algo a continuación, los intereses temáticos y las trayectorias son claramente diferenciables. Quienes, de diversos modos, permanecen más próximos a la figura de Gramsci son José Aricó y Juan Carlos Portantiero, y es por ello que dedicaremos las páginas que siguen a estas dos figuras.¹³ No lo haremos con un afán exhaustivo, sino mostrando algunos de los mojones más relevantes de sus exploraciones en torno de Gramsci, aquellas que, de diversos modos, dejaron marcas perdurables que todavía hoy reverberan en las indagaciones latinoamericanas que siguen acudiendo a la inagotable cantera gramsciana.

Aricó: el marxismo como operación cultural

El exilio de Aricó en México implicó la oportunidad de que su trabajo como editor diera un salto de calidad. En sus años previos en Argentina, además de editar los Cuadernos de Pasado y Presente, que venían publicándose

tituirían a las instituciones burguesas en un proceso de transformación. Elípticamente (y no tanto), la crítica de Bobbio se dirigía al Partido Comunista Italiano (PCI), que por entonces tenía un gran caudal electoral, y sugería que éste era incapaz de adaptarse a las instituciones democráticas. Más allá de la polémica política italiana, el debate se extendió rápidamente a Francia y a América Latina, y produjo muy interesantes reflexiones en torno al problema de la teoría política del marxismo. Hemos trabajado algunos elementos del debate, y su circulación internacional, en Martín Cortés, “Contactos y diferencias: la ‘crisis del marxismo’ en América Latina y en Europa”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 148, 2014.

¹³ Del núcleo inicial de la revista, que se remonta a la Córdoba de los años sesenta, estaban también exiliados en México Héctor Schmucler y Oscar del Barco, cuyos usos de Gramsci son menos frecuentes. Schmucler trabajaba en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), y estaba abocado a los estudios en comunicación, participando también de la experiencia de la revista *Controversia* –junto a Aricó y Portantiero– entre 1979 y 1981. Del Barco, por su parte, trabajaba en la Universidad Autónoma de Puebla, donde además de dar clases dirigía la Colección Filosófica de la editorial de esta universidad. Allí aparecen, entre varios títulos, algunas de las más importantes contribuciones de la época al debate en torno de la “crisis del marxismo” (entre ellas la compilación *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, en 1978, que incluía una traducción de los artículos de Bobbio arriba mencionados, y de parte del debate que suscitaron en Italia). Justamente sobre este tema, Del Barco participó en las páginas de *Controversia* –aun si no formaba parte del comité editorial– de un debate con los españoles Ludolfo Paramio y Jorge Reverte. También estaba exiliado en México Jorge Tula, quien participara de la segunda época de la revista *Pasado y Presente* y que trabajara junto a Aricó en Siglo XXI. Tula sería el director de *Controversia*.

desde 1968, Aricó trabajaba en la filial argentina de Siglo XXI, y ambos proyectos ya funcionaban en conjunto. Su mudanza a México es al mismo tiempo el tránsito a la casa central de la editorial, donde su mítico director, Arnaldo Orfila Reynal, lo cobija especialmente. Allí Aricó dirige la Biblioteca del Pensamiento Socialista, agregando otra centena a su ya abultada contribución de libros publicados del más amplio espectro marxista en castellano. Los temas son muy variados y ciertamente Gramsci como tal no ocupa el centro de las iniciativas editoriales de Aricó, aunque sí se percibe la evidente atención que Aricó presta al debate teórico-político italiano. Esto es visible tanto en los *Cuadernos de la cárcel* (con la publicación de algunos títulos en torno del problema de lo político en la teoría marxista, como son *Teoría marxista de la política* —que reúne en 1981 reflexiones de Giacomo Marramao, Biagio De Giovanni y Cesare Luporini, entre otros— y *Lo político y las transformaciones* —de Giacomo Marramao, publicado en 1982—) como en la Biblioteca de Siglo XXI, donde también aparece De Giovanni con su *La teoría política de las clases en El Capital*, o la compilación de Lucio Colletti en torno de *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*. En una dirección similar podría incorporarse la experiencia de la colección El Tiempo de la Política en la editorial Folios, a partir de 1981. Allí, Aricó publica un puñado de títulos, entre los que se incluyen *Los usos de Gramsci*, de Portantiero, en 1981; y el volumen colectivo *Discutir el Estado*, en 1982, que reúne el debate de marxistas italianos y franceses en torno de, precisamente, la cuestión de la política en el marxismo.

En este sentido, un primer modo de aparición de Gramsci tiene que ver con una forma de trabajo, que de diversos modos Aricó ya desplegaba en su etapa argentina, pero que se profundiza en México. No se trata tanto de las alusiones directas a Gramsci (que las hay, y en cantidad, como veremos), sino de una suerte de inspiración, vinculada con un modo de concebir la cultura marxista. En la lección sobre Gramsci que hace parte de las *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo* —curso que Aricó da en El Colegio de México en 1977—, Aricó celebra la entonces reciente publicación de los *Cuadernos de la cárcel* en su versión cronológica (aquella que edita Valentino Gerratana en Italia en 1975, y que poco después comenzaría a publicar la editorial Era en México). El motivo de beneplácito estaba en la posibilidad que esa edición daba a la reconstrucción de ciertos elementos de unidad del pensamiento de Gramsci, que se habían visto fragmentados en las clásicas ediciones temáticas que auspiciara Palmiro Togliatti en la posguerra (de cuya traducción en Argentina participara Aricó). Con tono de sentencia, afirma que en Gramsci había en realidad

un único problema: cómo una teoría política se convierte en conciencia nacional, en cultura nacional, en un elemento fundamental de lo que él llama la reforma intelectual y moral, la modificación de la conciencia de los hombres y la imposición a través del consenso de una nueva concepción del mundo que era la teoría marxista.¹⁴

Quizá habría que entender la presencia de Gramsci en Aricó en ese sentido, como una brújula que orienta un gran proyecto de producción de una cultura socialista, entendiendo por ello una radicación de las preocupaciones propias del marxismo en la realidad latinoamericana. Hemos sugerido que esta forma de trabajo puede leerse justamente bajo la inspiración del concepto gramsciano de traducción, entendiendo por ello el intento por articular la potencia crítica y universal del marxismo con la singularidad de la realidad latinoamericana,¹⁵ empresa que alcanza su apogeo precisamente en el contexto mexicano, donde la tarea editorial de Aricó se acelera, y donde produce sus más relevantes textos. No es para desarrollar aquí, pero se podría pensar en esta clave sus tiempos anteriores también, quizá más preocupado por Argentina que por América Latina, pero de todos modos orientado siempre a colocar al marxismo a la altura de los más diversos problemas, es decir, a producir una lectura situada, porque sólo de ese modo se dejaría ver su más aguda productividad.

Podríamos, entonces ubicar a Aricó en la dimensión intelectual de este trabajo de radicación del marxismo como cultura nacional. En un sentido estricto, es decir, como trabajo al que se dedican quienes son clásicamente designados como intelectuales, y también en un sentido gramsciano, como tarea de los intelectuales orgánicos. El mundo editorial —los libros— y las revistas son vías por las cuales el marxismo como concepción del mundo intenta hacerse cultura nacional o, dicho de otro modo, vehículos de autorreflexión del movimiento social. Es fundamentalmente en este sentido que Aricó es “gramsciano”, y que despliega en México una titánica tarea bajo inspiración traductora. Por ello, además de su escritura y su edición, habría que pensar también su rol central de “organizador cultural”, funcionando como uno de los ejes aglutinadores de las actividades intelectuales del exilio argentino. Ya desde los primeros contingentes de exiliados, que arriban en 1974, la articulación de los argentinos en México comenzó a dividirse en torno de posicionamientos políticos. Por un lado, el Comité de

¹⁴ José Aricó, *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo*, p. 250.

¹⁵ Martín Cortés, *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*.

Solidaridad con el Pueblo Argentino, fundado y dirigido por Rodolfo Puiggrós, ligado muy estrechamente con Montoneros. Por el otro, la Comisión Argentina de Solidaridad que nucleaba grupos socialistas, peronistas críticos de Montoneros y diversas expresiones intelectuales y culturales. Aricó era uno de los personajes centrales de los “socialistas”, y es en el marco de ese grupo que surge la mencionada editorial Folios, el Grupo de Discusión Socialista (que intervenía de manera pública en torno de la situación argentina) y la revista *Controversia*, sobre la que volveremos.¹⁶

Ahora bien, repasado este sentido profundo del gramscismo como modo de concebir al marxismo y su difusión, podemos pasar a evocar el uso más “clásico” del revolucionario sardo que hiciera Aricó en México, vinculando ahora sí de modo más directo con la reflexión teórica en torno de las vías de indagación que Gramsci abriera. Para no extendernos demasiado, mencionaremos dos vías, una directamente vinculada con los conceptos de Gramsci, y una segunda que, veremos, se presenta mediada por la figura, llamativamente afín, de José Carlos Mariátegui.

La primera tiene su centro en las mencionadas *Nueve Lecciones*, de 1977. Cabe subrayar la importancia de este texto, porque hasta que se

¹⁶ Existen varios estudios importantes sobre el exilio argentino en México, que indagan en los distintos ámbitos de socialización. Destacamos: Pablo Yankelevich, *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*; y Mempo Giardinelli y Jorge Bernetti, *México: el exilio que hemos vivido*. En lo específicamente ligado a los debates intelectuales que se desplegaron en esos espacios, se puede ver, entre otros: Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*; Cecilia Lesgart, *Usos de la transición a la democracia*; Diego Giller, “Crítica de la razón marxista: ‘crisis del marxismo’ en *Controversia* (1979-1981)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 79, núm. 3, 2016; Ariana Reano, “*Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate*”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 74, núm. 3, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2012; José María Casco, “El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina 1974-1983”, en *Apuntes de Investigación del CECYP*, núm. 13, 2008. En su mayoría, estos estudios se abocan a los espacios e intercambios al interior de los argentinos exiliados en México, aunque los trabajos de Yankelevich y Giller permiten indagar en la interacción entre los argentinos y el medio mexicano. El primero dando cuenta de los múltiples espacios de inserción de los exiliados (editoriales, universidades, revistas). El segundo permite ver un tema muy poco tratado: la importancia que las discusiones de la izquierda mexicana en torno de la cuestión de la democracia tuvieron para los argentinos, contribuyendo a sus revisiones sobre esa misma temática. México fue muy hospitalario con los intelectuales argentinos, y eso, junto al hecho de que los exiliados no pudieran, en virtud del artículo 33 de la Constitución mexicana, “inmiscuirse en los asuntos políticos del país”, pudo haber limitado su presencia en algunos de los debates públicos de la época. Sin embargo, el volumen de actividades llevado adelante por ellos, en materia de cursos, publicaciones, espacios de debate y ámbitos de vida universitaria, sugiere que sí tuvieron una importancia relativamente significativa en la agenda de discusiones intelectuales de la época.

conoció, en 2011, faltaba una pieza central de las reflexiones teóricas, en primera persona, de Aricó. Y allí Gramsci tiene un lugar especial. A él está dedicada la lección octava, que en la edición impresa contempla dos versiones. Una corresponde efectivamente a la lección del curso, la otra —que Aricó de todos modos dejó “integrada” al curso— es una conferencia pronunciada en la UAM-Azcapotzalco en noviembre de 1978. Más allá de algunas diferencias de posición que aparecen entre ambas,¹⁷ en su conjunto manifiestan una preocupación por colocar a Gramsci en el centro de la reconstrucción de una teoría política del marxismo.

En este sentido, para Aricó, en el pensamiento de Gramsci “aparece por primera vez, recortada con nítidos rasgos de autonomía, una teoría marxista de la política”.¹⁸ Es patrimonio de ésta desplegar un trabajo sobre temas como el Estado, el partido, la naturaleza del poder, el problema de la transición, etcétera. Uno de los conceptos clave que Aricó encuentra en Gramsci como eje de una teoría marxista de la política es el de hegemonía. A partir de allí, es posible dar cuenta de una serie de contribuciones del autor italiano que resultan fructíferas para sacar al marxismo del atolladero en que las diferentes formas del determinismo lo han dejado. Ésta es una virtud del concepto de hegemonía que interesa particularmente a Aricó, ya que se lo entiende no como un hecho automático —emanado de las

¹⁷ Las diferencias entre ambas no importan tanto para este texto, aunque sí adelantan un dilema que será cada vez mayor en los debates de la época, y que será una seña característica de los años ochenta: las diferencias entre Lenin y Gramsci. Las *Lecciones* son sumamente elogiosas de Lenin como teórico de la política. La entera lección quinta está dedicada a destacar la capacidad de Lenin de romper con toda forma de espontaneísmo, elogiando incluso la tan discutida tesis del *¿Qué hacer?* que asegura que la conciencia socialista es producida desde fuera de las luchas reivindicativas del movimiento obrero, ya que sólo desde una posición externa —“política”, podríamos decir, y en tal sentido, de partido— es posible dar cuenta del complejo entramado de contradicciones del sistema capitalista, no siempre visibles desde las luchas concretas. En la primera versión, la que es propia de las lecciones brindadas en el Colegio de México, Aricó señala algunas diferencias de Gramsci con la concepción leninista de partido, pero subraya también que Gramsci es fundamentalmente un leninista en cuanto considera fundamental el rol del partido. En la segunda versión, la de 1978, los matices ya son mayores, y Aricó se detiene especialmente en la diferencia que ambos manifestarían en su relación con los sectores subalternos, destacando una concepción de la cultura popular como espacio de lucha en Gramsci, contra una omisión de este problema en Lenin, más inclinado a referencias de la literatura culta rusa. Esto último podría funcionar perfectamente con la tesis de la lección quinta, del Lenin teórico antiespontaneísta, lo curioso es que lo que aparece allí como un decidido elogio, tiene en la segunda versión una clara marca crítica, incluso con una alusión directa al *¿Qué hacer?*, señalado como la “forma habitual” del marxismo de concebir la relación entre partido y clase, que Gramsci vendría a romper.

¹⁸ José Aricó, *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo*, p. 252.

posiciones en el proceso productivo—, sino como algo que se logra mediante la acción y la organización política consciente. Así, leemos: “para Gramsci el problema básico de la revolución es cómo lograr que una clase subalterna sea capaz de ejercer la hegemonía, convencida ella misma de ser una potencial clase dominante, y capaz de convencer al resto de las clases de esta potencialidad propia”.¹⁹

En este punto, el concepto de hegemonía se articula con el problema de la producción de sujetos políticos. En la medida en que los sectores subalternos en lucha no pueden ser derivados del proceso productivo, sino que son efectos de prácticas políticas, la hegemonía no supone solamente la capacidad del proletariado de convencer a otros segmentos de las clases populares, sino la transformación de todos los sectores involucrados en un sujeto político de nuevo tipo. Es imposible predecir de qué modo se daría esto, pues responde a determinaciones políticas, históricas y culturales específicas (vale decir: en última instancia la relación entre clase y partido —o entre clase y organización política— no tiene una resolución teórica), pero es preciso señalar que sólo teniendo en cuenta esto es posible eludir las tentaciones deterministas que asignan el carácter revolucionario a sujetos económicos que no lo han reclamado en el plano de la acción política: “Gramsci pensaba, ya se ha dicho, que el enemigo fundamental de la constitución de un movimiento proletario autónomo y con capacidad hegemónica era el economicismo, el determinismo histórico”.²⁰

En esta misma dirección puede leerse la segunda versión de esta lección, que se inscribe de modo explícito en la problemática de la “crisis del marxismo”, el “problema de la ausencia o no de una teoría sustantiva de la política y del Estado en Marx”.²¹ Frente a esta presunta debilidad o punto ciego, la cuestión de la hegemonía es fundamentalmente abordada alrededor del problema de la transición, enfatizando la necesidad de concebir de manera procesual el proceso de cambio, como una transformación política, económica y, fundamentalmente, de los sujetos involucrados en ella.

Mencionábamos otra vía por la cual Gramsci aparece en las preocupaciones de Aricó de la época, que sería, por llamarla de algún modo, oblicua. Pues no se trata de investigaciones directamente realizadas en la letra gramsciana, sino de búsquedas que tienen a Gramsci como una suerte de origen o fundamento. Nos referimos a las distintas aproximaciones que

¹⁹ *Ibid.*, p. 265.

²⁰ *Ibid.*, p. 269.

²¹ *Ibid.*, p. 278.

Aricó realiza en México a la figura de Mariátegui, todas ellas con notables reminiscencias gramscianas.

Si nos remontamos unas décadas más atrás, a 1959, encontramos una carta de Aricó a su maestro Héctor Agosti donde afirmaba:

Una última cosa antes de despedirme. Ha llegado a mis manos un librito de Mariátegui llamado “El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy”. Lo componen una serie de ensayos entre los que se cuentan los dedicados a Italia y sus personalidades culturales durante la época en que él estuvo (es decir de la tercera década). Y me encuentro con una evidencia clara: la similitud de formación, de interés intelectual, de sufrimientos entre Gramsci y Mariátegui que podría dar lugar a un interesante paralelo histórico. ¿Lo pensó alguna vez?²²

Enunciada esta curiosa afinidad, que luego sería un tema recurrente de la reflexión latinoamericana, los trabajos de Aricó continúan su camino alejados del influjo del peruano, que recién vuelve, al menos tomado con seriedad, precisamente en el escenario mexicano, con dos importantes iniciativas. La primera, el número 60 de los Cuadernos, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, compilación de importantes textos sobre el Amauta, con una no menos importante introducción de Aricó, que se sitúa desde el comienzo en el horizonte del paralelismo posible entre ambas figuras: por su formación en el idealismo italiano, por sus limitaciones físicas y sus muertes prematuras, pero por sobre todas las cosas, por su distancia del dogmatismo que dominaba buena parte de la escena marxista de la época y su esfuerzo por “establecer una relación inédita y original con la realidad”.²³

La segunda iniciativa, de vital importancia, fue el coloquio realizado en Sinaloa, en 1980, que llevaba por título “Mariátegui y la revolución latinoamericana”, organizado principalmente por Aricó, y que repetía en sus invitados a varios de los autores del libro editado dos años antes. Pero lo fundamental es que buena parte de los temas tratados en el coloquio para atender a la figura del peruano, tenían evidentes resonancias gramscianas: el problema de la nación, la cuestión del sujeto político, las lecturas heterodoxas del marxismo. Para no abundar en esto, quizá se pueda simplemente hacer énfasis en una de las ponencias que más interesó a Aricó,

²² Carta de José Aricó a Héctor P. Agosti, fechada en Córdoba el 28 de septiembre de 1959. Disponible en el Archivo del Partido Comunista Argentino (PCA).

²³ José Aricó, “Introducción”, en *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, p. XIII.

la del estudioso francés Robert Paris, que atendía justamente la afinidad entre Gramsci y Mariátegui como ensayos de “traducción” del marxismo, que reunían una preocupación por la reflexión situada con una original concepción del marxismo, alejada de toda huella positivista y enlazada más bien con las fuentes del idealismo italiano.²⁴

Si Gramsci es el centro de la vida intelectual de Aricó, lo es porque brinda la posibilidad de pensar al marxismo desde una perspectiva situada, esto es, como una empresa crítica que comienza cuando se entronca con los impulsos más profundos y progresivos de una cultura nacional determinada. Gramsci permitía no separarse nunca de la necesidad de pensar las condiciones históricas concretas de la Argentina como el suelo donde apoyar la potencia crítica del marxismo. En tal sentido el reencuentro con Mariátegui en el exilio mexicano, puede pensarse como una suerte de latinoamericanización de esa preocupación gramsciana antes dirigida a la realidad argentina: Aricó encontró en el Amauta a nuestro Gramsci, y en ambos la posibilidad de pensar el desciframiento de un sujeto político y sus posibilidades hegemónicas como un procedimiento singular y anclado, que enlaza una realidad específica con las pretensiones universales del marxismo. Por lo demás, la paradoja de que el encuentro con Mariátegui requiriera un primer rodeo a través de Italia, y un segundo a través del exilio en México, bien podría colocarse en la misma senda de la paradoja que el propio Mariátegui señalaba al decir “Y no me sentí americano, sino en Europa. Por los caminos de Europa, encontré el país de América, que yo había dejado, y en el que había vivido casi extraño y ausente”.²⁵ Testimonio de las geografías complejas del pensamiento, especialmente dramáticas en las itinerantes vidas latinoamericanas.

²⁴ El texto de Paris, titulado “Mariátegui y Gramsci: prolegómenos a un estudio contrastado de la difusión del marxismo”, fue publicado en la revista peruana *Socialismo y Participación*, en el número 23 de 1983. En esa misma revista se editaron varias de las ponencias. Robert Paris, “Mariátegui y Gramsci: prolegómenos a un estudio contrastado de la difusión del marxismo”, en *Socialismo y Participación*, núm. 23, 1983. Se espera que entre este año y el próximo se publiquen, en la editorial de la Universidad de Córdoba, las ponencias y discusiones reunidas en el Coloquio, a partir del hallazgo de éstas en la Biblioteca Aricó de la ciudad de Córdoba.

²⁵ José Carlos Mariátegui, “Waldo Frank”, en *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, p. 192.

Portantiero: sociología política gramsciana

El apartado sobre Portantiero bien podría sintetizarse con una hipótesis fuerte: se trata, en sentido estricto, del único gramsciano de *PyP*. Si Aricó era gramsciano sobre todo en el sentido de pensar al marxismo como una gran empresa político-cultural de transformación del mundo, es Portantiero quien acude sesudamente a los aportes teóricos de Gramsci para construir un enfoque sociológico crítico, capaz de analizar fenómenos políticos argentinos y latinoamericanos. Se trata de una actitud que no nace en el contexto del exilio, sino que reconoce una serie de antecedentes fundamentales en la trayectoria del autor. Quizá el más relevante sean los *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, que publicara junto con Miguel Murmis en 1971.²⁶ Allí, el aparato teórico gramsciano se asoma, no siempre de manera explícita, para discutir algunas tesis interpretativas del peronismo que habían tenido una circulación relevante: en especial, la distinción entre la vieja clase obrera, ideologizada, y la nueva masa “disponible”, que habría sido la base de constitución del peronismo. Esta tesis informaba la interpretación canónica de Gino Germani,²⁷ en torno de la “disponibilidad” de las masas recién llegadas a la gran ciudad y capturadas por el peronismo, pero también lecturas más afines políticamente al fenómeno, como la de Jorge Abelardo Ramos,²⁸ que colocaba en el peronismo el punto de partida de la organización sindical de los trabajadores argentinos. Murmis y Portantiero, por su parte, emprendían un fino análisis de la historia reciente y de la cultura de la clase obrera argentina, sosteniendo que las viejas organizaciones gremiales habían sido fundamentales en la constitución del peronismo como movimiento. En el ejercicio de indagación profunda de la forma efectiva de existencia de la clase (y no de un presunto interés abstracto que ésta tendría) y del modo en que sus luchas la constituían como sujeto político, había sin dudas una presencia del legado gramsciano.

La inclinación “disciplinaria” de Portantiero, en su calidad de sociólogo, al uso de los conceptos gramscianos como clave de lectura de la realidad argentina se profundizaría en lo sucesivo. En 1973, en la segunda época de la revista *PyP*, Portantiero vuelve a dar testimonio de este uso sociológico de Gramsci, esta vez de manera aún más explícita. El texto “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual” forma parte del pri-

²⁶ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*.

²⁷ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*.

²⁸ Jorge Abelardo Ramos, *De octubre a septiembre. Los ensayos políticos de Víctor Almagro*.

mer número de la segunda serie de la revista, y emprende un análisis de la crisis argentina, con especial apoyo en un tipo de trabajo teórico que encontraremos en más de una ocasión en sus años mexicanos: Portantiero parte de la pregunta en torno de “la relación específica que se plantea, en la Argentina actual, entre el desarrollo de las contradicciones en el nivel económico-social y en el nivel político-social”,²⁹ para sumergirse luego en la hipótesis de que se trata de “tiempos”, irreductibles entre sí y por ende no correspondientes. Esto supone niveles de análisis diferenciados, aun si están en estrecha relación entre sí, y con problemáticas específicas (las fuerzas sociales no son reductibles a las clases sociales, dice Portantiero un poco más abajo). Por todo esto, la relación entre economía y política es acaso uno de los terrenos clave donde se juega la potencia de un análisis de coyuntura, es decir, de un abordaje capaz de dar cuenta de esos “tiempos” que se entrecruzan. Portantiero se apega aquí al Gramsci de las relaciones de fuerza y sus distintos niveles, para pensar precisamente la distinción entre predominio económico y hegemonía política, y las distintas estrategias de investigación que se necesitan para abordar cada uno de esos niveles. Su interés está orientado al segundo, al de las alianzas de clase y las articulaciones políticas, pero sin dejar de mirar la “determinación en última instancia” del movimiento de lo económico, como él mismo dice en un lenguaje althusseriano. El gesto, por demás original, de poner a trabajar en común a Gramsci y a Althusser, volverá decidida y explícitamente unos años después, como enseguida veremos.

Pocos años después, ya en suelo mexicano, Portantiero publicará, sobre la base de ese texto anterior, uno de sus escritos clave en el periodo: “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”, en la *Revista Mexicana de Sociología*.³⁰ Aquí no hay un interés por reivindicar a Gramsci como caja de herramientas para la sociología política, sino algo mucho más importante: un verdadero ejercicio gramsciano de análisis, en este caso, de los dilemas políticos argentinos en el periodo señalado por el texto. La pregunta general que se hace Portantiero gira en torno de la recurrente dificultad argentina por producir un orden político, es decir, una forma estable de dominación legítima (se puede retener también cierta combinación entre Gramsci y Weber, que aparece más de una vez en la vocación sociológica de Portantiero). La causa de esa persistente inestabilidad está en el “empate

²⁹ Juan Carlos Portantiero, “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, en *Pasado y Presente*, núm. 1, 1973, p. 31.

³⁰ Juan Carlos Portantiero, “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, núm. 2, 1977.

hegemónico” entre alianzas sociales (una, vinculada a la burguesía agraria pampeana, proveedora de divisas y orientada al mercado externo, otra, hegemónizada por la burguesía industrial orientada al mercado interno, y por ello articulada con sectores de las clases trabajadoras) que, una vez debilitado el bloque populista con el derrocamiento de Perón, en 1955, se muestran incapaces de proyectar un orden sobre la sociedad. Prevalece más la capacidad mutua de veto que la de estabilización de la dominación. “Imposibilidad hegemónica”, dice gramscianamente Portantiero, mostrando las brucas y sucesivas crisis a las que la Argentina se expone con esta carencia.

Por debajo del detallado análisis de los vaivenes políticos del periodo analizado, queda la aproximación propiamente gramsciana que quisiéramos dejar destacada. A Portantiero le interesa analizar los distintos planos de constitución de la coyuntura que observa. Para abordar el problema general de la (imposibilidad de la) constitución de una ecuación política capaz de articular sociedad y Estado, es decir, capaz de establecer parámetros relativamente estables de dominación —“una legitimidad reproductora del sistema, basada en la fuerza y también en el consenso”—,³¹ entiende que debe atender los distintos niveles en que se juegan las relaciones de fuerza, el empate político y el empate social, y sus determinaciones recíprocas. Y si bien la indagación del artículo se maneja explícitamente al nivel de las relaciones de fuerza políticas, se preocupa por pensar y restituir una y otra vez la compleja relación entre éstas y los conflictos de clase. Como en el artículo de 1973, economía y política son tiempos complejos e irreductibles, cuya relación es siempre problemática antes que evidente.

Como sugeríamos, la inserción académica y universitaria de Portantiero es ciertamente más “clásica” que la de Aricó. Portantiero ya trabajaba en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Argentina, y con el exilio se transfiere a la sede mexicana de la misma institución. Allí, de acuerdo a los programas del año 1978 que están disponibles en la biblioteca, da un curso que se titula, precisamente, “Gramsci”, basado en la periodización de los escritos gramscianos que el propio Portantiero propone en su texto “Los usos de Gramsci” (1917-1921, 1921-1926, 1926-1935), publicado como introducción en la primera edición del Cuaderno 54, que compilaba “escritos políticos” del italiano. La segunda edición de este libro, de 1981, ya no incluye el texto de Portantiero, dado que entonces estaba en preparación la publicación del libro *Los usos de Gramsci* por la

³¹ *Ibid.*, p. 532.

ya mencionada editorial Folios (Aricó escribe en la nueva introducción que ambas editoriales mantienen “lazos estrechos y afinidad de propósitos”, lo cual es lógico, ya que tanto los Cuadernos como la colección *El Tiempo de la Política de Folios* lo tenían como principal animador).

Los usos de Gramsci, entonces, libro de 1981 y pieza ya clásica de las ciencias sociales latinoamericanas, es un título fundamental en lo que hace a las lecturas de Gramsci propuestas en aquellos años. Allí, las intuiciones sociológicas que Portantiero había desplegado en sus usos de Gramsci para el análisis, son elevadas a reflexiones teóricas e históricas que constituyen una auténtica contribución a los estudios gramscianos. El libro reúne cuatro artículos: el primero, de ese mismo 1981, “Estado y crisis en el debate de entreguerras”, el segundo es el ya aludido, que da título al libro. Luego aparece “Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica”, ponencia que Portantiero presentara en el Seminario de Morelia de 1980, “Hegemonía y alternativas políticas en América Latina” (y que constituye una de las más notorias reuniones “gramscianas” de la época) y, finalmente, el texto “Gramsci y el análisis de coyuntura”, publicado antes en 1979 en la *Revista Mexicana de Sociología*.

Sin intentar reseñar en detalle las contribuciones del libro, quisiéramos dejar planteados algunos elementos esbozados por Portantiero que constituyen claves de lectura de Gramsci que perduran o reaparecen por su originalidad y solidez, y que por ello podrían pensarse como uno de los más altos picos alcanzados por la potencia que *PyP* fue acumulando en sus largas lecturas del revolucionario sardo. El primero de los artículos, “Estado y crisis...” avanza un poco más en la articulación entre Gramsci y Weber que sugeríamos aparece en los análisis sociológicos de Portantiero. Pero lo hace de un modo muy original, ya que se trata de mucho más que de la indagación en torno de las afinidades y distancias entre hegemonía y legitimidad, para apuntar a la búsqueda, en ambas figuras, de claves teóricas de comprensión de las grandes transformaciones del rol del Estado –mejor aún, de las formas de articulación entre Estado y sociedad– luego de la crisis y ocaso del capitalismo liberal. En tiempos de la constitución de los Estados de masas, de la caducidad de cualquier tesis de relación de exterioridad entre lucha de clases y Estado, el realismo político de Weber y la agudeza analítica de Gramsci son señaladas por Portantiero como parte de las escasas miradas que dimensionaron en toda su complejidad las grandes transformaciones que se estaban suscitando en el periodo de entreguerras. Además, el artículo presta atención especialmente a las dimensiones técnicas (que también son políticas, claro está) de estas transformaciones. Aquí, además de apoyarse en las reflexiones al respecto de Weber, cabe destacar

especialmente la atención que Portantiero presta a las notas gramscianas sobre americanismo y fordismo, como indagaciones alrededor de las nuevas formas de dominación capitalista. Aquí, en una nueva muestra del diálogo permanente con los debates italianos, Portantiero se apoya en Franco De Felice, quien justamente propone en los años setenta una original lectura de los *Cuadernos de la cárcel* apoyada en la fuerza teórica de aquellas notas de Gramsci.³²

El segundo artículo, el que da título al libro, es el más extenso y el que todavía hoy resiste como “clásico”, por eso también es el más conocido. Allí Portantiero propone la periodización, ya mencionada, del pensamiento de Gramsci, y recorre exhaustivamente los distintos momentos de su producción. Los elementos destacados por el argentino, señalados como transversales a toda la obra del sardo, pero con un evidente mayor desarrollo en la etapa carcelaria, giran en torno de la potencia del concepto de relaciones de fuerza como concepto dinámico del poder, es decir, resistente a una reducción institucionalista. A partir de allí, a Portantiero le interesa pensar el problema del Estado en su concepción compleja, como contracara de una profunda y novedosa teoría de la crisis, alejada de todo catastrofismo y girando siempre en torno de la política como espacio de definición de la relación de fuerzas. Todo lo cual se articula con un énfasis en las preocupaciones de Gramsci por la relación entre socialismo e historia del pueblo-nación, es decir por los modos en que la alternativa socialista pueda pensarse como una continuación de las más hondas tradiciones de lucha de un pueblo. Este problema, que de algún modo remite a las primeras lecturas de Gramsci que, bajo la sombra de Héctor Agosti, realizaron Portantiero y Aricó, en los años cincuenta y todavía al interior del PCA, es el que explicaría la potencia y la fortuna de Gramsci en América Latina. De hecho, el último apartado del texto es dedicado a explorar esa afinidad de problemas.

³² Las intervenciones de Franco De Felice, primero con un artículo en la revista *Rinascita*, en 1972, y luego con una ponencia en el Coloquio realizado por el Instituto Gramsci en Florencia en 1977, constituyen textos clave para una reinterpretación de Gramsci, que se desplaza de su carácter de gran intérprete de la especificidad nacional italiana hacia su colocación como agudo lector de las grandes transformaciones que se estaban dando en el capitalismo internacional en los años treinta; véase Franco De Felice, “Una chiave di lettura in ‘Americanismo e fordismo’”, en *Rinascita (supplemento Il contemporaneo)*, núm. 42, 1972; “Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci”, en Franco Ferri (ed.), *Politica e storia in Gramsci. Atti del Convegno internazionale di studi gramsciani tenuto a Firenze, 9-11 dicembre 1977*. El libro de Portantiero sugiere en más de un pasaje un diálogo fuerte con estas tesis.

El tercer texto del libro, correspondiente al debate sobre la noción de hegemonía que se desarrolló en el Seminario de Morelia, busca indagar en la relación entre las clases populares y el Estado. Conectándose de algún modo con el libro escrito junto con Murmis –y con los esfuerzos que *PyP* hizo desde sus inicios por alejarse de toda mirada del peronismo como manipulación de las masas–, una buena parte del trabajo está destinado a pensar la crisis de los procesos populistas como una fase fundamental en la constitución de los sectores subalternos como sujeto político. La afirmación tiene un doble propósito crítico: por un lado, no concebir a las clases populares como meros objetos de políticas de dominación; por el otro, no entender al Estado sólo como espacio de expresión de los intereses dominantes. Así, el modelo de hegemonía para Portantiero se define por la relación entre Estado y masas, y los procesos nacional-populares supusieron precisamente un compromiso que incorporó las masas al Estado y que, como tal, es una marca de su constitución como sujeto político (de allí, además, que los procesos reaccionarios de la época se esfuercen precisamente por expulsar a las masas de las posiciones conquistadas en el Estado). Así, el modo en el cual una clase se produce a sí misma supone un complejo proceso histórico que no puede ser reducido a miradas simplistas, sino que entraña compromisos políticos y simbólicos, transformaciones institucionales sustantivas y escrituras y reescrituras de la historia. En América Latina, además, dada la estrecha ligazón entre masas y Estado, el proceso de constitución de los sectores subalternos requiere una atención especial que, insiste Portantiero, debe pensarse como la búsqueda por constituirse autónomamente al tiempo que los compromisos que en ese camino se producen no pueden reducirse a una lógica de la manipulación.

Finalmente, el último texto del libro es sumamente original. Como decíamos, allí Portantiero desarrolla la intuición que apareciera ya en 1973, aquella que lee la economía y la política como “tiempos” irreductibles entre sí, y que en su articulación componen una coyuntura, es decir, un objeto de análisis. En un recurso explícito a Althusser, Portantiero ensaya una pregunta en torno de la relación entre estructura y coyuntura, articulando la problemática de las temporalidades desarrollada por el francés con la noción gramsciana de bloque histórico (en una combinación no tan corriente para la época, y en cierto sentido pionera de muchos estudios que recién en los últimos años aproximan a ambas figuras). Así, éste es entendido no como una mera yuxtaposición de elementos, sino como la articulación de un “sistema hegemónico” que reúne tiempos más largos y tiempos más breves, y que constituye entonces no sólo el punto de partida para el análisis, sino también el espacio de intervención política. Continuando con la

preocupación por introducir complejidad en la pregunta por la relación entre economía y política, la coyuntura supone a la estructura como “límite”, es decir, como la temporalidad cuya variación es más lenta, mientras que es en la política donde se revela la síntesis, es decir, el momento de la articulación. Sin abandonar la preocupación singular por América Latina, hacia el final del texto aparece el territorio nacional como espacio definitorio del análisis. Esto es así no por razones esenciales o culturales, sino porque es precisamente allí donde, siguiendo a Gramsci, se da la combinación original de elementos que debe ser comprendida en su singularidad para poder ser dominada y dirigida.

El sentido de la reconstrucción de los diferentes argumentos de este libro está dado por el hecho de que consideramos que se trata de una de las más sustantivas contribuciones latinoamericanas a los estudios gramscianos. El uso de Gramsci para el análisis político y sociológico da lugar, en el libro, a la indagación teórica en torno de algunos tópicos fundamentales abiertos por la reflexión del sardo: la complejidad del Estado y la dominación, la potencia del concepto de relaciones de fuerza para comprender la sociedad sin reduccionismos, el problema de las instituciones políticas y su relación con la lucha de clases, los modos de concebir a los sectores subalternos y, fundamentalmente, la compleja relación entre economía y política en el marxismo.

Camino de retorno: la cuestión democrática y sus desplazamientos

Decíamos al inicio que los debates del exilio intelectual argentino no pueden reducirse a la problemática de la democracia, que sí ocuparía el centro efectivo del mapa de discusiones en los años ochenta. Como creemos haber mostrado hasta aquí, las exploraciones gramscianas de Portantiero y Aricó están bien lejos de agotarse en la pregunta por la democracia. Antes que eso, se trata de diversas vías de entrada a una reflexión en torno de una teoría marxista de la política. Por supuesto que esto no excluye a la democracia, pero la incluye de un modo muy particular, enlazada con una pregunta fuerte por el socialismo. En la lección de Aricó sobre Gramsci que evocábamos, la hegemonía proletaria es considerada una forma de ejercicio de la democracia, es decir, no solamente como forma de organización dirección de las masas, sino también como proceso de construcción de una alternativa política, como forma de, en palabras de Gramsci, “devenir Estado”: “Es esta dialéctica entre hegemonía y momento estatal, hegemonía como democracia y como ejercicio de la democracia y forma de Estado, lo que rompe la

separación entre democracia y socialismo como momentos interrumpidos y radicalmente diferenciados que existía en la tradición marxista anterior”.³³

En materia de teoría marxista de la política, Aricó considera que a partir de estos aportes de Gramsci puede remontarse el desventurado camino de la concepción instrumentalista del Estado en el marxismo. Porque allí se cifra la conceptualización de éste como un complejo sistema de dominación social, y no como una máquina o aparato de opresión. Y el socialismo se enlaza entonces, de manera orgánica, con la democracia, como momentos de un complejo proceso hegemónico.

Los trazos de la relación entre socialismo y democracia aparecerán, en las plumas de Aricó y Portantiero, en la revista *Controversia*, que reunió entre 1979 y 1981 a un número considerable de exiliados argentinos, para discutir los dilemas de la derrota política y las reconsideraciones teóricas que ésta invitaba a hacer. En el número doble 9-10 de la revista, de diciembre de 1980, se publica un suplemento intitulado “La democracia como problema”, en el que escriben ambos autores, entre muchos otros. En ambos casos, el esfuerzo está dado por pensar, bajo una inspiración gramsciana no del todo explicitada, una relación orgánica entre socialismo y democracia. En el caso de Aricó, enfatizando en la necesidad de prestar atención privilegiada a la democracia como momento político de la transición al socialismo, dado que, si se considera sólo una noción “productivista” de la transición, la democracia se “apaga” y el giro autoritario es inevitable. Dicho de otro modo, la forma política de la transición es un problema en sí mismo, que no puede derivarse del momento económico de socialización de los medios de producción.³⁴ Portantiero, por su parte, insiste en la democracia como producción política fundamental de las clases subalternas en su proceso de constitución como sujeto político. La democracia es necesaria para el socialismo porque es un elemento constitutivo en el momento de producción de una voluntad colectiva nacional-popular. La democracia es una forma de conocimiento y de autoconstitución de la clase, y desde allí se proyecta de manera conflictiva hacia la problemática de la socialización del poder.³⁵

Hasta aquí la democracia forma parte de una problemática general de la teoría política del socialismo. A su modo, lo seguirá siendo en los años ochenta, pero hay un elemento que comienza a funcionar de otro modo

³³ José Aricó, *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo*, pp. 272-273.

³⁴ José Aricó, “Ni cinismo ni utopía”, en *Controversia*, núms. 9-10, 1980.

³⁵ Juan Carlos Portantiero, “Los dilemas del socialismo”, en *Controversia*, núms. 9-10, 1980.

y que, consideramos, transforma las coordenadas generales de la discusión: se trata de la cuestión del Estado. El ya mencionado Norbert Lechner señala precisamente en 1981 un punto de quiebre en el pensamiento político latinoamericano, en el momento en que comienzan a debatirse los problemas ligados con la “transición a la democracia” que se vislumbraba en varios países de la región. Si desde unos cuantos años antes el Estado era el centro ineludible de los debates en la región, los estudios de teoría política se comienzan a articular después a partir de visiones menos “estatas” de la política.³⁶ No es éste el espacio para abundar al respecto, pero al menos podemos asomarnos a lo que sucede con las lecturas de Gramsci en ese marco.

Un texto clave, en este sentido, es publicado en el último número de *Controversia*: “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”, escrito por Portantiero y Emilio de Ípola. Allí, a diferencia de lo que aparecía sugerido en los textos revisados hasta aquí, la ruptura y discontinuidad entre populismo y socialismo es radical. No es que antes fueran elementos equivalentes ni mucho menos, pero uno de los grandes méritos de los trabajos de Portantiero estribaba precisamente en no postular un antagonismo entre ambos, sino incluso en comprender, en un horizonte socialista, al populismo como un momento fundamental de la constitución de los sectores subalternos como sujeto político. Este texto, por el contrario, parte de una tesis explícita: “*ideológica y políticamente* no hay continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo”.³⁷ (Cursivas del original). No se trata de reconstruir todo el argumento, sino de señalar el lugar que aquí ocupa la cuestión del Estado, como elemento saliente que será cada vez más importante en los debates en torno de la democracia: aquello que distingue populismo de socialismo está en que el primero implica un principio de fortalecimiento del Estado, mientras que el segundo rechaza ese mismo principio. Los autores despliegan este argumento postulando una contraposición tajante entre lo nacional-popular y lo nacional-estatal (su presencia no es del todo nueva, Portantiero ya la había mencionado, pero nunca desarrollándola como en este texto). No es una contraposición que aparezca de ese modo en Gramsci, a pesar de la evidente alusión a su terminología. En el texto, lo nacional-estatal se identifica con las clases dominantes y lo nacional-popular con las clases dominadas —aun si

³⁶ Norbert Lechner, “De la revolución a la democracia”, *op. cit.*

³⁷ Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ípola, “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”, en *Controversia*, núm. 14, 1981, p. 11.

se señalan heterogeneidades en ambos campos— y el populismo funciona fundamentalmente como un proceso de alienación que desarticula los elementos antagónicos de lo nacional-popular y tiende a estabilizarlos en lo nacional-estatal. Se trataría de una concepción “organicista” de la hegemonía que desvía “perversamente” (la palabra es de los autores) las energías populares hacia una solución estatal encarnada en un líder que organiza “desde arriba”. El socialismo, en cambio, implicaría una concepción pluralista de la hegemonía, es decir, democrática. Vale aclarar, una vez más, que ni la contraposición entre hegemonía organicista y hegemonía pluralista, ni la asociación exclusiva de esta última a la democracia, provienen de la letra de Gramsci. Lo que funciona, de fondo, es una disociación de principio entre ejercicio de la democracia y disputa estatal, en un gesto que, reiteramos, tiende a separarse de la problematización de la cuestión del Estado que había acompañado los años previos. Por eso, cabría preguntarse si, en este rechazo del Estado, la crítica al populismo no contendría más elementos de cuño liberal que estrictamente gramscianos.

Esta última afirmación podría apoyarse en la creciente importancia que la crítica del Estado tendría en el discurso de la transición democrática de los años ochenta. Incluso Aricó, que había mostrado una aguda comprensión de la singular problemática del Estado en América Latina en su *Marx y América Latina*, publicado en 1982, no deja de participar de este clima de “desestatización” de la discusión política. En 1983, afirma que

hay que concluir que América Latina es un continente “objetivamente leninista”, un continente soreliano y leninista. Porque a nivel continental se sigue creyendo que solamente una organización fuerte, con capacidad de fusión con las masas, puede organizar la conquista del Estado, sin la cual, no hay transformaciones posibles.³⁸

Las transformaciones “desde arriba” están de algún modo inscriptas en las formas políticas latinoamericanas. Pero esto ya no engrosa la cantidad de determinaciones a pensar a la hora de articular una propuesta transformadora, sino que constituye un obstáculo para la democracia, incluso en su dimensión más formal: “mientras no existan sistemas políticos estables, instituciones que funcionen, procesos de alternancia en el poder, control de

³⁸ José Aricó, Carlos Franco, Enrique Gomáriz y André Gunder Frank, “La crisis del marxismo y América Latina”, en *Leviatán*, núm. 11, 1983, pp. 75-76.

las instituciones militares, no existirán en América Latina las condiciones para reconducir esta ‘continentalidad leninista’”.³⁹

No deja de ser llamativo, a la vez, que sea Lenin la figura utilizada para manifestar este problema latinoamericano. Porque, como vimos, Lenin había sido una de las más celebradas figuras de las *Nueve lecciones*. Pero su destino se disociaría cada vez más del de Gramsci. En 1985, Aricó prologa la edición del Seminario de Morelia, donde reconoce en el contrapunto entre Lenin y Gramsci una de las principales polémicas del encuentro. Distribuyendo los argumentos que podían colocarse en favor de la continuidad o ruptura entre ambas figuras, Aricó termina por decidirse por la segunda lectura, en la medida en que el concepto de hegemonía supone una superación de la leninista “alianza de clases”, y esto es así porque elude la concepción de los sujetos sociales como “preconstituidos”. Se perfila así una atención más privilegiada al proceso “societal” de constitución de los sujetos políticos que a la “dirección” política que los organiza, la primera más próxima a Gramsci, la segunda a Lenin.⁴⁰

Escapa a la extensión de este trabajo, pero los años de la transición, con Portantiero y Aricó ya en Argentina, permitirán ver con cada vez más fuerza este tipo de procedimientos teóricos: la reconstrucción de una cultura democrática de izquierda es concebida fundamentalmente como una forma de crítica de su “estatismo” histórico, tal como sostienen los principios del Club de Cultura Socialista que ambos fundaran en 1984:

Y una nueva cultura socialista que conlleve una nueva concepción del cambio y de sus instrumentos, sólo puede elaborarse a partir de la crítica del espíritu y de las prácticas estatistas y autoritarias que dominaron las sociedades postcapitalistas de este siglo. Revisar ese legado estatista, patrimonio tanto del leninismo y sus variantes cuanto, de la socialdemocracia, que hace del Estado el instrumento privilegiado –por no decir único– de la transformación social y que concibe al socialismo como un orden que se construye de arriba hacia abajo, es una de las condiciones de innovación para no caer en los estereotipos del pasado y ser víctima de sus efectos totalitarios.⁴¹

En 1986, también con Aricó y Portantiero como animadores, comienza a editarse la revista *La Ciudad Futura*. Una nueva empresa: aguda en

³⁹ *Ibid.*, p. 76.

⁴⁰ José Aricó, “Prólogo”, en Julio Labastida (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*.

⁴¹ Club de Cultura Socialista, “Declaración de Principios”, en *Punto de Vista*, núm. 22, 1984, pp. 40-41.

sus análisis, con una enorme cantidad de problemas teóricos y culturales abordados, con sus ecos gramscianos en el propio título de la publicación y, como no podía ser de otro modo, con un diálogo permanente con los debates italianos. Sólo que en esta nueva publicación despunta muy claramente una figura ya preanunciada al inicio de este trabajo: Norberto Bobbio. Tanto es así que el número seis, que cuenta con un *dossier* que evoca a Gramsci a cincuenta años de su muerte, resalta su carácter de “clásico” a partir de una presentación que elige a Bobbio como *auctoritas* para defender tal afirmación. En 1990, en el número veintiuno, se le dedica a éste un entero suplemento, bajo el título “Liberalismo, socialismo, democracia”, donde se celebra su figura y sus contribuciones teóricas. Ya desde los años sesenta, Bobbio venía insistiendo en una interpretación antileninista de Gramsci, y especialmente contraria a la apropiación del sardo que había realizado el PCI, siempre considerado por el autor de *Ni con Marx ni contra Marx* como un partido autoritario y antidemocrático. La clave de la interpretación de Bobbio estaba en el concepto de “sociedad civil”,⁴² que tanto para Marx como para Gramsci serían los lados “activos” de la relación entre estructura y superestructura. Sin embargo, Bobbio sostenía que había una ruptura entre ambos en el momento en que Gramsci enfatizaba las relaciones ideológico-culturales antes que las económicas. De allí el énfasis en un Gramsci teórico de la superestructura y de la hegemonía cultural, lo cual al mismo tiempo lo terminaba de distinguir del Lenin teórico de la conquista violenta del poder.

De algún modo, este clima “bobbiano” es el que da lugar a las reconstrucciones del periodo mexicano de *PyP* como un periodo de discusión de la cuestión democrática. Hemos intentado mostrar que se trata de una visión parcial, que contiene efectos distorsivos para dar cuenta del riquísimo debate teórico del que Aricó y Portantiero, entre muchos otros, participan en México, siempre a través de la infinita figura de Gramsci. A la luz de la crisis actual y de los dilemas que las izquierdas latinoamericanas enfrentan en las últimas dos décadas, es claro que el problema de la hegemonía, la cuestión del Estado y la búsqueda por pensar de modo original y productivo la relación entre economía y política son todavía hoy dilemas urgentes. En virtud de ellos, bien podríamos afirmar que el exilio mexicano de *PyP*

⁴² Bobbio introduce estas tesis en el Coloquio del Instituto Gramsci realizado en 1967 en Cagliari, con la ponencia “Gramsci y la concepción de la sociedad civil”. Cuadernos de Pasado y Presente publica el texto en la segunda edición –y en las sucesivas reediciones– del Cuaderno 19, *Gramsci y las ciencias sociales*, de 1972.

fue el contexto de algunas de las más importantes contribuciones de sus figuras a una teoría política marxista.

Bibliografía

- Acha, Omar, “Releer *Pasado y Presente*: ¿por qué, desde dónde y para qué?”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 18, Universidad Nacional de Quilmes, junio de 2014, pp. 239-242, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKewiD_s2jr8vqAhVNF6wKHcuFCcQFjAAegQIAhAB&url=http%3A%2F%2Fwww.redalyc.org%2Fpdf%2F3870%2F387036833020.pdf&usg=AOvVaw1J4tmfKRArL834hbBCRp30>.
- Aricó, José, “Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano”, en *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1978, pp. XI-LVI.
- , “Ni cinismo ni utopía”, en *Controversia*, núms. 9-10, México, 1980, pp. 15-17.
- , *Marx y América Latina*, Alianza, México, 1982.
- , “Prólogo”, en Julio Labastida (comp.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 11-16.
- , *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo* [1977], El Colegio de México, México, 2011.
- Aricó, José, Carlos Franco, Enrique Gomáriz, y André Gunder Frank, “La crisis del marxismo y América Latina”, en *Leviatán*, núm. 11, Madrid, 1983, pp. 73-82.
- Bobbio, Norberto, “Esiste una dottrina marxista dello Stato?”, en *Mon-doperaio*, núms. 8-9, Roma, 1975, pp. 24-31.
- , “Quali alternative alla democrazia rappresentativa?”, en *Mon-doperaio*, núm. 10, Roma, 1975, pp. 40-48.
- Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.
- Casco, José María, “El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina 1974-1983”, en *Apuntes de Investigación del CECYP*, núm. 13, 2008, pp. 148-164, recuperado de <<http://www.apuntescecyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/273/241>>.
- Club de Cultura Socialista, “Declaración de Principios”, en *Punto de Vista*, núm. 22, Buenos Aires, 1984, pp. 40-41.
- Cortés, Martín, “Contactos y diferencias: la ‘crisis del marxismo’ en América Latina y en Europa”, en *Cuadernos Americanos*, núm.

- 148, 2014, pp. 139-163, recuperado de <<https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwi-Ym-23u8vqAhUFac0KHc-oCfUQFjAAegQIAhAB&url=http%3A%2F%2Fwww.cialc.unam.mx%2Fcuadamer%2Ftextos%2Fca148-139.pdf&usg=AOvVaw0RRUSvF-RyflQHOEPvb0y1>>.
- _____, *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2015.
- Crespo, Horacio, *José Aricó*, Agencia Córdoba Cultura, Córdoba, 2001.
- _____, (comp.), *José Aricó. Entrevistas 1974-1991*, Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, 1999.
- De Felice, Franco, “Una chiave di lettura in ‘Americanismo e fordismo’”, en *Rinascita (supplemento Il contemporaneo)*, núm. 42, 1972, pp. 33-34.
- _____, “Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci”, en Franco Ferri (ed.), *Politica e storia in Gramsci. Atti del Convegno internazionale di studi gramsciani tenuto a Firenze, 9-11 dicembre 1977*, Editori Riuniti / Istituto Gramsci, Roma, 1977, pp. 161-220.
- García, Diego, “Signos. Notas sobre un momento editorial”, en *Políticas de la Memoria. Anuario de Investigación del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI)*, núms. 10-12, 2012.
- Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Paidós, Buenos Aires, 1962.
- Giardinelli, Mempo, y Jorge Luis Bernetti, *México: el exilio que hemos vivido*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2003.
- Giller, Diego, “Crítica de la razón marxista: ‘crisis del marxismo’ en *Controversia* (1979-1981)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 79, núm. 3, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2016, pp. 487-513, recuperado de <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032017000300487>.
- Lechner, Norbert, “De la revolución a la democracia”, en *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Santiago de Chile, 1988.
- Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ‘80*, Homo Sapiens, Rosario, 2003.
- Mariátegui, José Carlos, “Waldo Frank”, en *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy* [1928], Amauta, Lima, 1981.
- Murmis, Miguel, y Juan Carlos Portantiero, *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
- Paris, Robert, “Mariátegui y Gramsci, prolegómenos a un estudio contrastado de la difusión del marxismo”, en *Socialismo y Participación*, núm. 23, 1983.

- Petra, Adriana, “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, Al Margen, La Plata, 2010, pp. 213-239.
- Portantiero, Juan Carlos, “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, en *Pasado y Presente*, núm. 1, 1973, pp. 31-64.
- , “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, núm. 2, UNAM, 1977, pp. 531-565.
- , “Los dilemas del socialismo”, en *Controversia*, núms. 9-10, 1980, pp. 23-24.
- , *Los usos de Gramsci*, Folios, México, 1981.
- Portantiero, Juan Carlos, y Emilio de Ípola, “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”, en *Controversia*, núm. 14, 1981, pp. 11-14.
- Ramos, Jorge Abelardo, *De octubre a septiembre. Los ensayos políticos de Víctor Almagro*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1959.
- Reano, Ariana, “*Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate*”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 74, núm. 3, UNAM, 2012, pp. 487-511, recuperado de <<http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/32223/29642>>.
- Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas*, Puntosur, Buenos Aires, 1991.
- Videla, Ricardo, “Gramsci y los gramscianos”, en *Izquierda Nacional*, núm. 4, 1963, pp. 22-23.
- Yankelevich, Pablo, *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010.
- Zarowsky, Mariano, “La Operación Aricó, o la invención de ‘Los Gramscianos Argentinos’”, en *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, núm. 19, 2015, pp. 208-229, recuperado de <<https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwj-2Zyvssv-qAhUKT6wKHSzXASMQFjAAegQIAxAB&url=https%3A%2F%2Frevista.anphlac.org.br%2Fanphlac%2Farticle%2Fdownload%2F2345%2F2190&usq=AOvVaw1p7q96atJoDf5DKjixEPnz>>.

LA CENTRALIDAD DE LA POLÍTICA: CARLOS PEREYRA, LECTOR DE GRAMSCI

Jaime Ortega

Carlos Pereyra es un nombre bien conocido en los círculos de la izquierda mexicana.¹ Su conexión con los principales grupos políticos y espacios de producción teórica, lo colocan en un momento fundamental del tránsito de la izquierda de los años setenta en su vertiente sindicalista a la adquisición del sentido democrático (y después electoral) de los años ochenta. El tránsito de la izquierda mexicana en esas dos décadas es también el recorrido personal de Pereyra y, por tanto, su obra es un testimonio de las mutaciones, adaptaciones y formas de imaginar el futuro.

Las rememoraciones personales no han faltado y en gran medida son el corpus central sobre el cual los estudiosos o interesados pueden abreviar, desde luego con un desbalance en la apreciación. Podemos hablar, sin tapujos, de una mayoritaria lectura socialdemócrata, que ha insistido en colocarlo como un eje de referencia de la superación del marxismo en favor de la democracia liberal. Por el contrario, otras zonas de la producción –minoritarias– han insistido en la importancia de su filiación marxista en relación con la unidad y problematicidad que implica la pareja democracia y socialismo.

¹ La bibliografía sobre Carlos Pereyra ha crecido en los últimos años. Aunque haremos referencia a algunos más, esto es lo principal: el número 54-55 de *Cuadernos Políticos* (correspondiente a mayo-diciembre de 1988) con textos de Carlos Monsiváis, Adolfo Sánchez Rebolledo y Ludolfo Paramio; después de ese número hay que destacar *En memoria de Carlos Pereyra*, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México (Colección Jornadas, 5); así como el primer estudio sistemático de la totalidad de su obra: Luis Ángel Ortiz Palacios, *Teoría y política en la obra de Carlos Pereyra*; entre las contribuciones más recientes se encuentran: José Woldenberg, “Pereyra y la democracia”, en *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, núm. 19, 2009; René Torres-Ruiz, “Carlos Pereyra: una breve mirada a su vida y obra”, en *Estudios políticos*, núm. 23, mayo-agosto, 2011. Asimismo, en la versión en línea de la revista *Nexos* aparecen contribuciones cotidianas sobre su figura de la pluma de Rolando Cordera, el ya citado Woldenberg, Sergio Ortiz, entre otros.

Toda obra se realiza en coordenadas teóricas y políticas que dan paso al trazado de líneas de demarcación, lo que Louis Althusser denominaba coyuntura. Así, la intervención que Pereyra realizó, trazando sus propias delimitaciones con las tradiciones existentes, lo colocó como uno de los principales teóricos marxistas. Y, dentro de este campo problemático, su aportación respecto al pensamiento de Antonio Gramsci resulta crucial.

No es lugar aquí para explayarse en sus múltiples facetas, sino apenas para mencionarlas como registro de la multiplicidad de posibilidades y entradas que su obra permite. Posteriormente, abrevaremos de los tres pilares de construcción de un discurso gramsciano: primero, su aporte al marxismo en general; después, la contribución a la construcción de un sentido radicalmente nuevo de la teoría política marxista y, finalmente, en el desarrollo de un proceso de intervención en la coyuntura.

Nacido en el año de 1940, su madurez transcurre en el mayor momento de politización de la vida cultural mexicana. Entre los textos que dan cuenta de su actividad política se menciona su filiación con la Liga Comunista Espartaco (organización que proviene de la Liga Leninista, fundada entre otros, por José Revueltas), así como su breve militancia y cercanía con el Partido Comunista Mexicano. Sin embargo, en el campo intelectual es donde destaca por su amplia producción –aún no disponible–, tanto en revistas como en periódicos. Participa con casi 30 colaboraciones en la revista *Solidaridad*, órgano del sindicato electricista, donde firma en algunas ocasiones con el seudónimo de Manuel Gálvez. En “La cultura en México”, suplemento cultural de la revista *Siempre!*, escribe 63 colaboraciones. Otras tantas columnas de opinión (137 en total) aparecen en el periódico *Novedades*. En el emblemático diario *Excélsior* escribe más de 50, hasta la salida de Julio Scherer de la dirección. De 1975 a 1981, publica 67 colaboraciones en *Proceso*, la revista fundada por el defenestrado director del *Excélsior*. Entre *Unomásuno* y después en *La Jornada*, Pereyra acumula casi 200 colaboraciones. En *Así Es*, órgano del Partido Socialista Unificado de México, se contabilizan más de 50 colaboraciones.²

Además de toda esta intervención cultural, Pereyra participó de algunos de los principales proyectos culturales en los que circuló la izquierda mexicana. Participó ocasionalmente en *Punto Crítico*, una experiencia de crónica de las luchas sociales después del año 1968. Fue parte medular de la revista

² Gilberto Magaña Hernández, “La opinión de Carlos Pereyra Boldrini en la prensa: presencia y sentido a partir de una muestra”, tesis de maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2006.

Nexos, la cual suele recordarlo como pieza clave en la sistematización de un pensamiento democrático de avanzada. Finalmente, y muy significativo, fue fundador de una de las revistas marxistas más importantes de América Latina: *Cuadernos Políticos*.³

La trayectoria de Pereyra, tanto cultural como política, se vio además acompañada del magisterio como forma de vida. No pocos lo recuerdan en su calidad de profesor, dejando tras de sí una estela que tocó a varias generaciones.

Los marxismos de Pereyra

La filiación “althusseriana” de Pereyra es bien conocida. Ha sido destacada por propios y ajenos como un extraño momento de lucidez en la construcción de nuevos dogmas y certezas inamovibles convocadas por el estructuralismo y la “cárcel cientificista” que éste impuso. Contrario a ese espíritu cosificador, el filósofo mexicano abrevó de aquella fuente sólo para ampliar el campo problemático. Con la premura de la simplificación, pensamos que existen rasgos definitorios o “señas de identidad” de la construcción del marxismo de Pereyra, que explicamos en términos de su diferenciación con otras vertientes.

Su crítica a las filosofías de la conciencia, que recargaban su explicación en el problema de la “intencionalidad”, trata, en el fondo, de llevar a su consecuencia lógica la crítica de Althusser a la teleología implícita en las filosofías de la historia (aun en versiones cuyos puntos de apoyo son opuestos). En el caso de Pereyra, la crítica tanto a las concepciones del individualismo metodológico como de algunas vertientes del marxismo se unifica a partir de este punto. Y es que, en el entramado de categorías que utiliza, el problema se constituía no a partir del *telos* o proyecto, ni de la decisión individual sobre la base de criterios racionales, sino desde la existencia de estructuras que conformaban el horizonte de sentido de las clases sociales.

La categoría de estructura servía a Pereyra como el relevo de sentido para estas explicaciones de la historia y su devenir. Frente al individualismo metodológico, se lanzaba señalando que el individuo no era previo a la sociedad y que ésta no era la suma de agregados de los primeros. Por el contrario, era la estructura de las relaciones sociales la que conformaba la noción de individualidad y la que permitía su existencia, así como su

³Alfonso Vázquez Salazar, “Carlos Pereyra: lo radical es la política”, en *Máquina. Revista Electrónica*, 25 de julio, 2018.

aparente autonomía. Aquí la estructura es entendida como el conjunto de relaciones que estructuran (aun con pleonasmos) el horizonte del individualismo moderno.

Frente a las versiones del marxismo que partían de Georg Lukács, continuaba en Adam Schaff y Jean-Paul Sartre, Pereyra argumentaba el privilegio de la estructura (de nuevo, del conjunto de relaciones sociales que permitían la estructuración de categorías) sobre las nociones comunes en el humanismo marxista, como la de “hombre” o “ser genérico”. Al igual que para Althusser, para Pereyra estas nociones, que aspiraban a restaurar un sujeto soberano capaz de proyectar con autonomía un *telos*, eran parte de una trama ideológica que eludía lo verdaderamente importante: la estructura de clases de la sociedad moderna. A riesgo de reducir, podríamos señalar que era éste el corazón del “althusserianismo” de Pereyra. Aquél con el que evaluaba los conceptos en boga del marxismo humanista, así como de otras corrientes del pensamiento social, mediante el cual criticaba cualquier regresión a un sentido de plenitud de la totalidad o de soberanía de un sujeto (independiente del tiempo y el espacio y de sus prácticas efectivas), fuese éste el individuo o “el ser genérico”.

No es de extrañar, entonces, que la conclusión de su primer libro, *El sujeto de la historia* fuera que la historia no la hacen los individuos, ni tampoco los “hombres”, ni siquiera “las masas”, sino algo muy distinto: el sujeto de la historia es la historia misma, si entendemos por ésta el despliegue de las relaciones sociales que estructuran a los agentes que entran en pugna en condiciones muy concretas y específicas.

Pereyra, hacia el final de su vida, también realizó la crítica de la vertiente de producción del marxismo que ganó sendos espacios después de 1968. Nos referimos a la línea que podríamos denominar como “crítica de la economía política”,⁴ fraguada en los espacios de lectura de *El capital* que brotaron por las universidades públicas después de 1968. Particularmente, sostuvo un sugerente debate con Bolívar Echeverría a propósito del sentido que guardaba la “vuelta a Marx” y sus posibles equívocos, a propósito de temáticas referentes a la cuestión nacional y la especificidad de lo político, mirador desde el cual evaluaba las producciones teóricas.

En dicha polémica, Pereyra argumentaba que la construcción categorial que abordaba problemas asociados a la politicidad de los agentes pertenecía a un registro propio, que no tenía su espacio de centralidad en la conformación de la lógica mercantil-capitalista. Lo explorado por la “críti-

⁴ Carlos Illades, *El marxismo en México. Una historia intelectual*.

ca de la economía política” refería al problema del mercado, lo que confiere a la politicidad su lugar con el Estado y la sociedad civil; así, trasladar las categorías de una región a otra devenía en un economicismo elaborado, pero economicismo al fin. En específico, rebatía la concepción de nación que la “crítica de la economía política” desplegaba, pues ella confinaba al problema nacional⁵ como un artificio de la forma del valor en su incesante despliegue y no permitía captar la dimensión nacional como espacio de disputa.

Existen otros registros, por fuera del marxismo, de las intervenciones de Pereyra. Por ejemplo, una polémica con Ulises Moulines sobre el problema del materialismo. Sin embargo, las antes mencionadas eran las que convocaban directamente a poner en la mesa de negociación las “señas de identidad” del marxismo. Ahora nos detendremos en específico en el problema de la recepción, apropiación y productividad generada a partir de Antonio Gramsci.

Gramsci en Pereyra

Hace ya tiempo que el tema del gramscianismo de Pereyra ha sido abordado con detenimiento.⁶ Los balances difieren y, en gran medida, pueden ser abordados desde los momentos de producción, cuando Gramsci pasó a ser visto como un elemento demasiado heterodoxo para algunas líneas de reflexión. Las posiciones son variadas e incluso encontradas, sólo para iniciar, valdría la pena sopesar algunas: Adrián Sotelo lo adscribe a un gramscianismo “de derecha”,⁷ entendiendo por esta acepción una especie de desviación de la línea marxista y revolucionaria; Enrique Rajchenberg, en cambio, considera que, con Gramsci, Pereyra desplazó el horizonte estatalista y puso el acento en las dinámicas de la sociedad civil; en tanto Alberto Híjar consideraba que el filósofo aludido sólo podía pensar en la formulación de un “Estado fuerte”.⁸ Si bien estos tres señalamientos sirven para ejemplificar la falta de consenso dentro del pensamiento de izquierda

⁵ Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*.

⁶ Enrique Rajchenberg, “Gramsci en México: el caso Pereyra”, en Ruy Mauro Marini y Mágara Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*; Luis Ángel Ortiz Palacios, *Teoría y política en la obra de Carlos Pereyra*.

⁷ Adrián Sotelo Valencia, *América Latina: de crisis y paradigmas. La teoría de la dependencia en el siglo XXI*.

⁸ Alberto Híjar, *Introducción al neoliberalismo*, p. 50.

a propósito de la obra de Pereyra, también hay que decir que se expresan de forma breve y, en algunos casos, con motivo de entablar polémica.

No es nuestro objetivo marcar una línea interpretativa que rivalice con otras, ni establecer, por supuesto, directrices inamovibles. Por el contrario, nos gustaría plantear que la recepción de Gramsci en Pereyra actúa como un revulsivo que le permite plantear temas tanto metodológicos como estrictamente políticos. En alguna medida es una contribución poderosa para formular una “teoría política marxista” que no partiera ni de las escuelas humanistas (con el concepto de enajenación como eje) ni de las que intentaron aplicar las categorías de *El capital* en lo político (con el concepto de fetichismo a la cabeza, o bien en las “derivaciones” del valor hacia el Estado).

En este sentido, Pereyra es, en el mejor y más radical de los sentidos, un “lector de Gramsci”, tal como él mismo lo describe: “Si toda lectura es una intervención en el texto y nunca la asimilación pasiva de significaciones ya dadas de manera inalterable, los escritos de Gramsci ofrecen aún más posibilidades de lecturas diferenciadas”.⁹ Bajo este reconocimiento de criterio, se zanja de entrada un conjunto de directrices. En lo que sigue realizaremos una aproximación cronológica de la apropiación que hace Pereyra del italiano, bajo el entendido de que un despliegue de este tipo permite mirar en conjunto los motivos, las reiteraciones y la forma de afinar algunos conceptos que circulaban entre los marxistas.

Si bien es cierto que con un seudónimo¹⁰ Pereyra ya había señalado el problema de la hegemonía durante su etapa de mayor vinculación con el sindicalismo democrático de los electricistas, es sólo hacia finales de los años setenta cuando comienzan a ser publicados los trabajos en cuyo eje se encuentran los temas convocados por los *Cuadernos de la cárcel*. Así, en el año 1978, aparece “El bloque histórico”, que apuntala, podríamos decir, una doble lectura: la metodológica y la teórica-política. En este texto aún es perceptible leer a Gramsci como un orientador, como el pensador que aporta una brújula para salir del laberinto del marxismo tradicional. Sostenemos esto, pues antes que la definición de conceptos, ahí se aportan directrices que reformulan todo el sentido de la crítica marxista.

Dice Pereyra, a propósito de esta perspectiva marxista, que moviliza otro sentido para pensar la crítica que nace de la pluma de Marx, con

⁹ Carlos Pereyra, *Filosofía, historia y política. Ensayos filosóficos (1974-1988)*, p. 431.

¹⁰ Manuel Gálvez (Carlos Pereyra), “Democracia y hegemonía”, en *Solidaridad*, núm. 13, 31 de enero, 1970, pp. 24-25.

respecto a la ausencia de reflexión sobre la relación entre la “estructura” (económica) y la “superestructura” (ideológica): “El concepto de ‘bloque histórico’ introducido por Antonio Gramsci tiende a subsanar ese vacío teórico”.¹¹ La división entre momentos, instancias o campos es precisa en términos de abstracción, útil para recordar que la sociedad es una totalidad diferenciada. La idea de “bloque”, para Pereyra, actúa como el emplazamiento que permite la distinción en unidad: “La noción de ‘bloque histórico’ permite, precisamente, el estudio de la conexión entre ambas. Más aún, la expresión utilizada por Gramsci (‘bloque’) vuelve explícito que el análisis separado de cada uno de los dos momentos del sistema social es sólo una abstracción”.¹²

De nuevo, la perspectiva metodológica que Gramsci le provee a Pereyra no opera en la captación de un proceso indiferenciado, sino precisamente lo contrario: el “bloque” no es nunca una unidad sin matices, niveles o diferencias. Por “bloque”, entiende el mexicano, la unidad entre instancias y momentos distintos, sobre los cuales hay que explicar sus vínculos e interacciones. Esto le sirve para plantear una diferenciación con toda formulación –vulgar o elaborada– de economicismo y, de paso, plantear la diferencia con la totalidad expresiva que se suele adjudicar a la vertiente hegeliano-marxismo:

Es tajante el rechazo de Gramsci a todo enfoque tendente a escindir la realidad pensada a través de la noción de “bloque histórico” y, particularmente, a todo intento economicista de convertir los acontecimientos superestructurales en meros fenómenos de una supuesta realidad esencial [...] El concepto de “bloque histórico” permite enfrentar, pues, la idea de causalidad lineal, que convierte todo hecho político e ideológico en simple “efecto” de quién sabe que “causas” económicas.¹³

El texto del 78 no es sólo el trazado de una línea de demarcación para con la “totalidad expresiva”,¹⁴ es también la primera ocasión en que Pereyra expresa su adhesión a la temática gramsciana de la ampliación del Estado:

¹¹ Carlos Pereyra, *Filosofía, historia y política. Ensayos filosóficos (1974-1988)*, p. 185.

¹² *Idem.*

¹³ *Ibid.*, p. 186.

¹⁴ Martin Jay, *Marxism and Totality. The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*, p. 107.

La formación del bloque histórico está formada por la unidad de estructura y superestructura y, en el interior de ésta, por la unidad entre sociedad civil (aparatos privados) y sociedad política (aparatos de Estado), resulta entonces que el sistema hegemónico aparece cuando la clase fundamental en las relaciones sociales de producción instauradas por la estructura económica es, a la vez, la clase dominante de la sociedad política y la clase dirigente en la sociedad civil.¹⁵

El giro metodológico comentado en la primera parte del texto muestra ya el efecto en lo teórico-político; aquel que marcará el resto de la producción de Pereyra y sobre el cual enfocará sus energías intelectuales: la búsqueda de superar el punto ciego del marxismo en lo referente a la dimensión política. Así, el argumento puede reconstruirse de la siguiente forma: la noción de bloque sirve para pensar la unidad de dos momentos diferenciados, las instancias que lo conforman tienen su propia autonomía y una no responde automáticamente a la otra; en esta autonomía se juegan mecanismos de operación y una necesidad de ampliación conceptual, la cual es otorgada por Gramsci en el caso de la nomenclatura de sociedad civil y sociedad política. Aquí las determinaciones son cada vez más precisas: una clase puede ser dominante en lo económico, pero ello no quiere decir que sea hegemónica. Para que esto último ocurra es preciso que pueda ocupar los espacios tanto en la sociedad civil como en la sociedad política: la hegemonía es una construcción que requiere la energía de las voluntades colocadas en distintos espacios y no sólo la preeminencia de un conjunto de relaciones. La política se juega siempre más allá de la economía.

Finalmente, Pereyra apuntala el lugar de la “lucha de clases”, concepto típicamente marxista: “Toda tentativa de crear un nuevo bloque histórico debe pasar por un prolongado enfrentamiento en el interior de la sociedad civil, en países donde ésta tiene un peso considerable”.¹⁶ Esto abre la puerta para uno de los elementos que será constante en la presencia de Gramsci dentro de la obra de Pereyra, a saber, su función como catalizadora del relevo de sentido para conceptos asociados en una sola dirección dentro del corpus marxista.

Un año después, apareció uno de los textos más célebres dentro de la producción de Pereyra: “Gramsci: Estado y sociedad civil”; éste expresa en su interior un conjunto de discursos, entre los que se encuentran tanto la lectura de Gramsci como la crítica de la obra de Perry Anderson, además

¹⁵ Carlos Pereyra, *Filosofía, historia y política. Ensayos filosóficos (1974-1988)*, p. 188.

¹⁶ *Ibid.*, p. 191.

de la formulación de las principales determinaciones de los conceptos aludidos en el título del ensayo.

Comencemos por exponer los criterios mediante los cuales Pereyra asume la empresa gramsciana, principalmente tres:

1) “no está tan preocupado por el examen de los mecanismos económicos de la sociedad capitalista (el aspecto más elaborado en la tradición marxista) como por el análisis de las instituciones habitualmente denominadas superestructurales”;

2) “plantear la cuestión del cambio revolucionario allí donde no sólo comienzan a generalizarse relaciones de producción de tipo capitalista, sino que, además, las formas burguesas son una realidad en todos los planos de la vida social”;

3) “Es un precursor de la tarea de pensar caminos al socialismo distintos al establecido por la revolución rusa”.¹⁷

Para Pereyra, estos tres elementos dan forma a la “empresa gramsciana”, en la medida en que su arsenal teórico expresa el interés por responder al conjunto de ellas. Bien podría pensarse que Pereyra está hablando de él mismo, pues el conjunto de su obra abreva sobre estas posibilidades. Salvo la segunda, que a la postre será reformulada, las otras siguieron actuando: la tercera como el gran proyecto intelectual de los marxistas “occidentales” y, la primera, como el gran aporte de Gramsci.

Así, Pereyra pretende ubicar la especificidad de los conceptos de lo “superestructural”: unidad entre sociedad civil y sociedad política. Da dos señas de identidad de la primera: “empleado para aludir a una diversidad de organismos a través de los cuales los miembros de la sociedad se integran en la actividad política y en el debate ideológico, el concepto de ‘sociedad civil’ ocupa un lugar definido con claridad en la ciencia social”,¹⁸ y la segunda:

La primera conclusión, pues, sobre la pareja Estado-sociedad civil es que de ninguna manera puede concebirse estas entidades como separadas, con un funcionamiento exterior de una respecto a la otra [...] No se ve cuál es la utilidad teórica de volver evanescente la distinción entre Estado y sociedad civil. Englobar el conjunto de actividades superestructurales en una unidad indife-

¹⁷ *Ibid.*, p. 431.

¹⁸ *Ibid.*, p. 433.

renciada sólo puede conducir a tergiversaciones analíticas y a posiciones políticas incorrectas.¹⁹

Así podemos ubicar mejor la primera seña de identidad de la sociedad civil: ni los individuos, ni las clases como conjuntos de relaciones pueden ser ubicados en el espacio abstracto de lo “económico”. Las relaciones sociales se expresan en espacios de confrontación determinados, como lo es la sociedad civil. Para Pereyra, la clase y la lucha de clases no son datos primordialmente económicos, sino centralmente políticos. Precisamente, el proceso de politicidad tiene lugar en los espacios “superestructurales” y no de forma *a priori* en la “estructura”. Sobre la segunda seña de identidad, clarifica que englobar en un todo “sociedad civil y Estado” no expresa ni la idea gramsciana ni tampoco resulta útil en términos analíticos, pues al darles un tratamiento equivalente quedaría borrada la dimensión relacional y la tensión inherente a la existencia de ambos espacios:

La formación del bloque histórico está formado por la unidad de estructura y superestructura y, en el interior de ésta, por la unidad entre sociedad civil (aparatos privados) y sociedad política (aparatos de Estado), resulta entonces que el sistema hegemónico aparece cuando la clase fundamental en las relaciones sociales de producción instauradas por la estructura económica es, a la vez, la clase dominante de la sociedad política y la clase dirigente en la sociedad civil.²⁰

A partir de este momento es que Pereyra encamina su crítica a la concepción entregada por Anderson. De principio señala que, si Gramsci es relevante para el pensamiento marxista, ello se debe a que permite detectar las formas diversas de denominaciones dentro de la sociedad moderna, y que en los *Cuadernos de la cárcel* es ocioso buscar “primeras soluciones” o “segundas versiones”, pues, para el comunista italiano, el problema no era de clarificación conceptual por sí misma, sino del apunte fragmentado de quien, encarcelado, se encuentra convencido de la necesidad de la lucha política.

El centro teórico de la crítica de Pereyra es que la sociedad civil es identificada exclusivamente con “instituciones privadas” y el “aparato estatal” con la coerción. Desde su punto de vista es preciso elaborar un mayor número de determinaciones de ambos conceptos, pues ellas podrán ver lo “público” de la sociedad civil, así como que el “aparato estatal” no es

¹⁹ *Ibid.*, p. 434.

²⁰ *Ibid.*, p. 188.

sólo coerción o fuerza. En otras palabras, que ambas instancias no pueden ser reducidas a una sola función, por más privilegiada que ésta sea en su despliegue. El denominado “aparato estatal” de hecho es una fuerza de consenso, como la sociedad civil lo es de coerción. Es pertinente mostrar la forma en que Pereyra extrae conclusiones de la crítica de Anderson: “El Estado es un aparato represivo y, a la vez, generador de consenso y fuente de hegemonía [...] Gramsci recurre, pues, a la expresión ‘hegemonía política’, justo porque no ubica la dirección hegemónica solamente en la sociedad civil, ya que también la ejerce el aparato estatal”.²¹ Contrario a lo que sostiene Rajchenberg, en la pionera aproximación que hemos citado antes, no aparece en Pereyra un desplazamiento tan radical del concepto de Estado (entendido como sociedad política o “aparato”). En Pereyra priva un sentido de refuncionalización de la dinámica estatal en función de la doble dimensión que se juega en los términos aludidos: “La hegemonía de la burguesía no sólo procede de la refuncionalización que impone del aparato estatal; deriva también de su control sobre el funcionamiento de la sociedad civil”.²²

Superada la crítica hacia Anderson y el proceso de aclaración que él mismo realiza con respecto a Gramsci y la forma de su instrumentalización en tanto corpus teórico, Pereyra desarrolla sugerentes proposiciones en “Partido y sociedad civil”, un texto de 1983. En el cual traza una línea de demarcación frente a las diversas concepciones que colocan en el centro a la “economía”, que derivan del mercado y el capital toda dimensión política.

Así, señala que en el marxismo existe de manera importante: “la tendencia economicista –muy arraigada en su interior– que impide pensar la politicidad de lo político en la medida en que disuelve este momento hasta reducirlo, a mera expresión fenoménica de la estructura económica”.²³ Lo que se juega en este texto es la derivación de las conclusiones gramscianas, aunque privilegiando el análisis de la relación entre clases sociales y partido.

Es a partir de Gramsci que Pereyra desbloquea el tema partidario de su trabazón “leninista”²⁴ y, en el mismo paso, logra realizar una crítica del sentido trascendental de clase (aquel que ubica el concepto *a priori*, más

²¹ *Ibid.*, p. 441.

²² *Ibid.*, p. 442.

²³ *Ibid.*, p. 419.

²⁴ Entiende por “leninismo” no la obra de Lenin, sino la pretensión ideológica de una forma única de pensar la teoría de la revolución.

allá de las prácticas específicas). La intención es mostrar que el espacio de politización de las clases encuentra su punto de concentración en la sociedad civil: “Es preciso reconocer, además, que el concepto género de clase no refiere a un conglomerado homogéneo de agentes sociales, sino a una abigarrada masa sumamente diferenciada económica, cultural e ideológicamente que nunca llega a integrarse plenamente como bloque unitario”.²⁵

A partir de estas demarcaciones, es que Pereyra insiste en dos formulaciones: si la política no es el “reflejo” ni el epifenómeno de la economía, entonces la definición de Estado de clase tiene que ser comprendida en una dimensión más amplia. Contrario al reduccionismo, define al Estado no como cosa o instrumento, sino como “un campo de relaciones objetivado en un complejo y diversificado aparato institucional”,²⁶ además de ello señala que “la lucha de clases atraviesa de arriba abajo el Estado como atraviesa, en general, a toda entidad social”.²⁷ Lo de la definición amplia de Estado era algo esperado y que de hecho circulaba entre los marxistas desde tiempo atrás, la novedad no es entonces su señalamiento como proceso relacional, sino que éste se encuentra colmado y constituido por la lucha de clases.

Es ahí donde se encuentra el segundo punto que Pereyra reformula: ¿qué significado aguarda el concepto de la lucha de clases para él en este periodo de su producción?, ¿cómo conciliar las formulaciones gramscianas de la sociedad civil con la insistencia de romper cualquier noción de reflejo y al mismo tiempo conservar una noción tan clásica como la de lucha de clases? Pereyra opera una reformulación en la que sociedad civil y procesos de politización pueden ser correspondidos con “lucha de clases”, pues plantea “concebir la lucha de clases como un combate por la hegemonía”²⁸ y, con mayor precisión, “Si se parte de la premisa de que la lucha de clases es un combate por la hegemonía y no el enfrentamiento directo de clase contra clase”.²⁹

Ello tiene consecuencias muy profundas, ahora sólo mencionaremos una, la que señala el sentido democrático de dichas definiciones, pues la hegemonía es “una política [...] alimentada por la pluralidad social y por el reconocimiento de que su finalidad no radica sólo en la conquista del poder

²⁵ *Ibid.*, p. 423.

²⁶ *Ibid.*, p. 427.

²⁷ *Ibid.*, p. 426.

²⁸ *Ibid.*, p. 428.

²⁹ *Ibid.*, p. 429.

del Estado (tarea del partido), sino también, en la transformación de las relaciones sociales”.³⁰

Éstos son, en orden cronológico, los textos donde Gramsci es un motivo productivo inmediato y claro. Sin embargo, queremos exponer algunos elementos de otros dos trabajos, en donde se sugieren líneas importantes. Podemos hablar que ambos expresan la “corrección gramsciana” sobre temáticas teóricas relevantes. Gramsci opera como el elemento que permite corregir los excesos y las limitaciones concebidas por otros autores o planteamientos.

La más evidente de esta corrección gramsciana funciona con respecto al concepto de “aparatos ideológicos de Estado” elaborado por Althusser. En el texto “Hegemonía y aparatos ideológicos de Estado”, Pereyra realiza un ajuste de cuentas con la propuesta althusseriana que imbrica Estado, ideología y reproducción. En el título se anuncia el concepto de hegemonía, éste en realidad sólo aparece hacia el final, como necesidad ante el vacío que produce la crítica de la noción de “aparato ideológico”.

Si bien Pereyra reconoce que Althusser ha realizado aportes significativos en la pugna en contra del economicismo, insiste en que la reducción del “poder = Estado” termina encerrando a la teoría marxista en un reduccionismo inaceptable. Las consecuencias de tal operación son mayúsculas, pues orillan a que se supongan como idénticos “a los agentes presentes en las relaciones políticas y a quienes participan en las relaciones de producción”.³¹ Junto a ello, ejerce otro reconocimiento crítico de la obra del francés, en donde éste aporta para pensar una teoría materialista de la ideología, al tiempo que se limita, adjudicando una pertenencia de clase de ellas, generando: “la reiterada subestimación en el discurso marxista de valores democráticos, populares y nacionales asimilados a la ideología burguesa como si el esfuerzo de ésta por articular tales valores cancelara toda posibilidad de su integración en la ideología proletaria”.³²

La corrección gramsciana que Pereyra aplica sobre las tesis de Althusser tiene una impronta que excede la discusión teórica. Ya en la última cita es palpable el efecto político que este proceso tiene: se trata, de nuevo, de un problema político. Pereyra realiza anotaciones cruciales. La primera es el concepto de revolución, el cual Pereyra aborda de la siguiente manera: “La revolución es, en efecto, un proceso social —no el resultado de la acti-

³⁰ *Idem.*

³¹ *Ibid.*, p. 451.

³² *Ibid.*, p. 454.

vidad de quienes actúan en nombre del marxismo y el socialismo”³³ y “La propia inclinación a concebir la revolución no como proceso social, sino como acontecimiento discreto que irrumpe desde afuera de la continuidad de la vida social y suscita la equívoca disyuntiva ‘reforma o revolución’”.³⁴ Para Pereyra no sólo no hay lugar para algún tipo de reduccionismo, sino que tampoco existen proyectos que se encaminen en la historia de manera automática. La revolución es un proceso acumulativo, con avances y retrocesos, y no un momento iluminista.

Este concepto de revolución es acompañado de la profundización del concepto de lucha de clases esbozado arriba. Para Pereyra “la lucha de clases no es enfrentamiento directo entre las dos clases fundamentales en ausencia de otros protagonistas, por el contrario, es un combate por la hegemonía, es decir, por la dirección política y cultural de los otros grupos sociales”.³⁵ Así, el filósofo va trazando un conjunto de directrices que permiten rearmar el rompecabezas conceptual de la teoría marxista de la política. Ello implica ubicar a la lucha de clases como lucha por la hegemonía y al lugar creado en ese proceso como el único en donde se ponen a prueba las energías de transformación. Por fuera de ese espacio concreto de politización, donde la clase se cruza con la nación, no hay politicidad posible:

Concebir a la lucha de clases desde la perspectiva analítica abierta por el concepto fundamental de “hegemonía” obliga a partir del supuesto contrario: no hay más sujeto revolucionario que el constituido progresivamente en el transcurso de la confrontación social ni más ideología revolucionaria que la formada en este mismo proceso de base, en efecto, en el aporte discursivo del marxismo e integrando los elementos ideológicos nacionales y populares de cada historia particular.³⁶

La posibilidad que le otorga Gramsci a Pereyra es amplia, trastoca los conceptos clásicos de Estado y su relación con la economía. Pero también permite una apertura hacia otras regiones del pensamiento marxista: es el caso de la revolución como concepto acumulativo y procesual; el de politización como ejercicio práctico de las clases y agentes y el de lucha de clases como pugna por la hegemonía. Como se puede notar, en este último segmento la “cuestión nacional” también aparece.

³³ *Ibid.*, p. 455.

³⁴ *Ibid.*, p. 458.

³⁵ *Ibid.*, p. 456.

³⁶ *Ibid.*, p. 458.

Así, la perspectiva “nacional-popular”, con la que se ha señalado insistentemente la apropiación de Gramsci por los latinoamericanos, aparece también en los planteamientos de Pereyra. Respecto a este segmento, el último texto que comentaremos es justamente el que se publicó en 1986 bajo el título “La dimensión nacional”. Ahí Pereyra apuntala la centralidad de la lucha nacional en tanto que “adquiere [...] un verdadero carácter popular”.³⁷ Siguiendo a Nicos Poulantzas, afirma que la nación moderna es el resultado de la relación de fuerzas existente entre las clases sociales y, por lo tanto, ella se encuentra en tensión y disputa. Insiste, con ello, en que las “reivindicaciones nacionales” no desplazan las reivindicaciones de clases; por el contrario: “Las clases subalternas no pueden desentenderse del problema nacional ni soslayar la necesidad de ubicar los objetivos nacionales dentro de su estrategia global”.³⁸ Esto es así, entre otras cosas, porque en la época del imperialismo la “gran burguesía” se desprende de la comunidad nacional y se inserta en flujos transnacionales que la colocan en oposición a ella. Abriendo la posibilidad para disputar el sentido de la nación. Para Pereyra, ésta guarda siempre un estatuto de relativa autonomía y, si bien comparte un horizonte dentro de la construcción del capitalismo, también trasciende esta dimensión. Finalmente, dejamos registro de la relación entre el concepto de lucha de clases que el mexicano fue construyendo en su relación con el problema nacional:

Si se piensa la lucha de clases como un enfrentamiento lineal entre dos clases fundamentales y no como un combate por la hegemonía que transcurre en una estructura social más abigarrada y compleja y se presupone, además, que la burguesía es el sujeto de la nación, entonces las reivindicaciones nacionales sólo pueden aparecer como un medio más para distraer al proletariado de sus objetivos de clase.³⁹

Hasta aquí, la profunda huella de la empresa gramsciana en la obra de Pereyra. Sin embargo, no es éste el único registro en el que puede anudarse la presencia del marxista italiano. A continuación, referiremos de forma más breve la manera en la que Gramsci fue movilizado para la intervención en la coyuntura.

³⁷ *Ibid.*, p. 410.

³⁸ *Ibid.*, p. 414.

³⁹ *Ibid.*, p. 418.

Intervenir en la coyuntura

El marxismo producido en México durante la segunda mitad del siglo XX tomó como uno de los temas más urgentes el de descifrar la forma de dominación del Estado. Aquel aparato construido tras el proceso revolucionario mostró su eficacia y su eficiencia, tanto para la cooptación como para la represión. Colocados los cimientos de la estatalidad mexicana sobre la base del control corporativo de la sociedad, la potencialidad política de las clases subalternas estuvo a prueba constantemente.

En el caso de Pereyra, nos encontramos frente a quien desarrolla una hipótesis interpretativa que abarca la comprensión de las formas de dominación gestionadas desde la posrevolución, así como un diagnóstico de su crisis. Específicamente, el filósofo hace parte de quienes compartieron la conjetura de que era una burocracia política la que ejercía el dominio de los aparatos del Estado, tanto en su dimensión institucional como en la ideológica.

En su obra, además de ser una potente hipótesis de trabajo, pronto deviene en el eje de análisis de la política en cuanto tal, operando un desplazamiento de cualquier forma reductiva que entienda el Estado mexicano como instrumento de una supuesta clase burguesa. La forma de intervención de Pereyra fue sumada a su activa participación política, que lo coloca como un importante analista en la coyuntura. Decimos en y no de, porque justamente lo que distingue su escritura es la intencionalidad de intervención. Sus análisis parten de la premisa de la necesidad de demarcar teóricamente los momentos de la política, los agentes, las relaciones y las fuerzas que se enfrentan en momentos específicos. Las intervenciones de Pereyra son recogidas en *Sobre la democracia*, una compilación de los análisis realizados durante los años setenta. Cabe mencionar que éstos apenas son un segmento minoritario frente al resto de su producción de intervención —particularmente en revistas militantes o columnas periodísticas— que aún no ha sido recopilada ni publicada.

Para Pereyra era necesario insistir en que la estatalidad mexicana provenía de una matriz nacional-popular. Lo nacional-popular es entendido como la alianza de los sectores subalternos con el conjunto del aparato estatal en un contexto de movilización política, particularmente en la época cardenista. Dicho núcleo nacional-popular, en las condiciones del periodo histórico que Pereyra analiza (los años setenta), ya no se expresa de la misma forma que en su momento de mayor vigorosidad. Ello le lleva a elaborar la tesis de que en el México del “desarrollo estabilizador” no existió una “hegemonía social”, es decir, el dominio económico, ideológico y cultural de

una clase. Ocurrió, en cambio, una “hegemonía política”, categoría que forma en su lectura de Gramsci. La “hegemonía política” sirve como concepto que le permite captar la forma de dominio de la burocracia política —partidaria y de otros órganos de gestión del control sobre la sociedad— por sobre la noción de una clase unificada. La “ideología de la Revolución mexicana” es entonces el producto del predominio de estructuras estatales.

Esta distinción entre la forma social y la forma política de la hegemonía es una muestra de la manera en que Pereyra se apropió de la obra de Gramsci (y con él, de otros tantos), que le permite aproximarse a la fisonomía y figura del aparato estatal (particularmente su expresión partidaria). Este asedio a la forma de dominio estatal le permite comprender cómo se logró contener a los principales núcleos de la movilización social de principios de siglo, es decir, cómo se reorganizó desde el poder a la sociedad que había realizado una revolución armada. Si la matriz nacional-popular procede de la vitalidad de fuerzas campesinas y después obreras, su desvanecimiento se da en el momento en que el aparato estatal las representa políticamente y logra contener cualquiera otra aspiración (por ejemplo, de autonomía) que sea expresada o representada por el partido del gobierno y sus correas de transmisión.

Así, la representación de aquella matriz nacional-popular quedó contenida en el aparato estatal hasta ser completamente desfigurada, siendo la represión y la corrupción los principales mecanismos para su contención. La proyección histórica le permite sentar las bases para ejercer la crítica de la coyuntura. En el duro reto que significó para los marxistas descifrar las cualidades del Estado posrevolucionario, Pereyra tomaba partido por esta figuración, donde la matriz nacional-popular producto de la movilización social había cristalizado en formas institucionales que pronto comenzaron a desgastarse. Aunque ellas seguían operando, se encontraban en un momento de crisis o al menos severamente cuestionadas.

Las fuerzas que habían sido controladas por décadas se encuentran entre la camisa de fuerza del Estado y sus ánimos de autodeterminación que no habrán sido totalmente confiscados. La generación a la cual perteneció Pereyra observó la emergencia de este último elemento con la potente insurgencia sindical de los años setenta, particularmente, aquella encabezada por los electricistas, cuyo eje era la democracia al interior de sus organizaciones. Socialmente no existía la hegemonía de la burguesía, pues la cristalización institucional de la matriz nacional-popular es la que ha logrado contener a las diversas fuerzas sociales, que tienen que pasar por su mediación para poder expresarse: no sólo obreros y campesinos, en su momento también empresarios y otros sectores.

Dice a este respecto Pereyra:

“La hegemonía del PRI consiste, precisamente, en su capacidad para articular en torno suyo la iniciativa social, al punto de que los vínculos de los diversos sectores de la sociedad con otros partidos son casi inexistentes. La crisis ha precipitado lo que era un deterioro paulatino de esta situación”.⁴⁰ Partiendo de la imposibilidad de la hegemonía burguesa y la existencia de una “hegemonía política” por parte del grupo gobernante surgido al calor de la Revolución mexicana, se denota la época enmarcada en el tránsito de dos hechos significativos: por un lado, la irrupción de amplios sectores de la sociedad civil que reclaman la posibilidad de hacer parte de las decisiones políticas, particularmente, los sindicatos que ya habían llevado a cabo una “insurgencia” democrática contra el corporativismo autoritario y, por el otro, la necesidad de la sociedad política de canalizar estas demandas más allá de los tradicionales canales de negociación y sometimiento a las reglas de mando y obediencia existentes desde los años treinta.

Es la “hegemonía política” del grupo gobernante la que se encuentra en cuestión cuando la sociedad civil irrumpe más allá de los mecanismos tradicionales de negociación. Por ello, más tarde que temprano, existe la necesidad de que la sociedad política se “liberalice” para poder recibir adecuadamente estos impulsos, ampliando canales de participación, relajando de a poco la rigidez del conjunto del sistema político y sus correas de transmisión. Si bien en términos de un seguimiento ortodoxo de las categorías elaborados por Gramsci, la distinción entre hegemonía política y social tiene poco respaldo, no deja de ser productiva para los intereses de Pereyra. La perspectiva de que no existió “hegemonía burguesa” lo aleja del instrumentalismo, pero también del reduccionismo que apela a expresiones no mediatizadas de las clases. Antes bien, lo que se coloca en el centro es cómo dichas mediaciones fueron el principal instrumento de dominación. Sólo la constitución de nuevas mediaciones por parte de la sociedad civil podría apuntalar la democratización del régimen político, pero ello no era posible sino a condición de echar abajo las principales formas de negociación y sometimiento establecidas décadas atrás.

La movilización de los años setenta le permitió replantear el problema teórico. Es decir, ir de lo político a lo teórico, mostrando la importancia del concepto de democracia para la construcción de hegemonía. En sintonía con las conclusiones y transformaciones conceptuales, ya antes señaladas, de conceptos como “lucha de clases” o revolución, Pereyra escribe:

⁴⁰ Carlos Pereyra, *Sobre la democracia*, p. 275.

De ahí que pueda afirmarse: la democratización del país constituye el signo de nuestros días. Si alguna cofradía devota de tal o cual culto tiene la ocurrencia de autodenominarse “vanguardia proletaria” o emplear cualquier otro membrete semejante, ello apenas indica la subjetiva e irrelevante voluntad de unos cuantos, pero si la expresión más madura del movimiento obrero mexicano se define como “tendencia democrática”, ello sí revela la dinámica profunda que emerge del suelo mismo de la sociedad.⁴¹

Signo inequívoco de su compromiso con la democracia. Pereyra entiende que la llave de la democratización del régimen es también la de liberar las potencialidades de los sujetos subalternos y de su forma de organización. Contrario a todo vanguardismo o “intencionalismo”, la práctica política concreta le demuestra que son los grandes contingentes sociales los que pueden realizar la tarea pendiente, al tiempo que es su acción la que permite reordenar el conjunto de las coordenadas teóricas.

Pensar la política

No menos de un año antes de su muerte, Pereyra publicó en el periódico *La Jornada* uno de los textos más brillantes sobre Gramsci. Apenas unas páginas que expresan el compromiso del intelectual y la comprensión del filósofo maduro que ha logrado captar el centro movilizador de la obra del italiano. La imaginación política ha podido renovarse gracias a Gramsci. El vínculo con la democracia no queda a la deriva ni es exclusividad del liberalismo. El socialismo puede decir algo sobre ella, pero para que sea posible esto es preciso realizar los ajustes críticos, sin miramientos. El sucinto texto aparecido en el suplemento *La Jornada Semanal* titulado “Pensar la política” puede ser leído como una declaratoria programática de un proyecto de investigación ya no realizado y también como una especie de puesta de cartas sobre la mesa. Ahí, Pereyra muestra su granado pensamiento, a partir de una reflexión profunda y sintética.

Pereyra señaló en estas pocas páginas la gran paradoja del pensamiento que siguió la línea abierta por Marx: por un lado, abrió las posibilidades para la intervención y movilización de las clases subalternas, pero al mismo tiempo bloqueó con su economicismo las posibilidades de pensar esa creación suya. El marxismo tiene su punto ciego en la teoría política y ésta debe ser construida. Pereyra señala “ver la política no como realidad que

⁴¹ *Ibid.*, p. 128.

se agota en sí misma, no de manera abstracta y desvinculada de la totalidad social sino como eje donde se condensan las iniciativas y tensiones de esa totalidad social”.⁴² No se trata de un “politicismo”, que haga omisión de las formas económicas ni de sus características y determinaciones, sino de señalar que el esfuerzo de libertad y de modificación de las relaciones sociales encuentra su mayor posibilidad en la política.

Esto le dio pie para realizar un balance crítico de Gramsci, de quien aplaude el liberarse de las tendencias economicistas que invadieron el corpus marxista, al tiempo que le critica el no poder desprenderse del todo de la visión en la que los actores políticos eran siempre las clases sociales, en su inmediatez. Las piezas estaban dispuestas y Pereyra realizó sus movimientos:

La idea economicista de que hay enlace causal directo entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la producción política y/o la idea sociologicista de que se da esa misma conexión causal directa entre la posición de clase en el sistema social y la posición política, han sido ideas nocivas para el desarrollo de la teoría política socialista y, lo que es tal vez más grave, nocivas también para la propia práctica política socialista. En Gramsci se da la aguda crítica de la primera idea, pero no con la misma intensidad de la segunda.⁴³

Era esta la crítica que había lanzado en el mismo diario a la tesis sostenida por Bolívar Echeverría sobre la pérdida del carácter revolucionario de la clase obrera: para Pereyra, dicha clase (o alguna otra) jamás había sido revolucionaria o encargada de un proyecto *a priori*. Sólo los espacios de mediación de la sociedad civil podían expresar los proyectos de politización y de acumulación de experiencias y formas de lucha. La adquisición de esa característica, como vimos arriba respecto de la movilización obrera en México, correspondía sobre todo a la perspectiva democrática.

Finalmente, en ese texto expresa la convicción política de que la revolución, el socialismo u otra forma no podía ser expresión ni proyecto de una sola clase

que se desentiende del carácter nacional-popular del proyecto socialista; entender que la reorganización socialista de la sociedad sólo puede ser producto de una previa nueva hegemonía y no acto jacobino de una vanguardia iluminada que conquista el poder; rechazar críticamente la concepción fatalista y

⁴² Carlos Pereyra, *Filosofía, historia y política. Ensayos filosóficos (1974-1988)*, p. 609.

⁴³ *Idem.*

teleológica de la historia que impregnó el desarrollo anterior del pensamiento socialista.⁴⁴

Bibliografía

- Echeverría, Bolívar, *El discurso crítico de Marx*, Fondo de Cultura Económica (FCE) / Itaca, México, 2017.
- Gálvez, Manuel (Carlos Pereyra), “Democracia y hegemonía”, en *Solidaridad*, núm. 13, 31 de enero de 1970.
- Híjar, Alberto, *Introducción al neoliberalismo*, Itaca, México, 2001.
- Illades, Carlos, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, Taurus, México, 2018.
- Jay, Martin, *Marxism and Totality. The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*, Universidad de California, Berkeley, 1987.
- Magaña Hernández, Gilberto, “La opinión de Carlos Pereyra Boldrini en la prensa: presencia y sentido a partir de una muestra”, tesis de maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Tlaquepaque, 2006, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwj0utetq9LqAhUNEawKHc_gAI-kQFjAAegQIBBAB&url=https%3A%2F%2Ffrei.iteso.mx%2F-bitstream%2Fhandle%2F11117%2F2381%2Fgilberto_magana.pdf%3Fsequence%3D2&usg=AOvVaw2IG8ozsORXsVhkFy1DE5BI>.
- Ortiz Palacios, Luis Ángel, *Teoría y política en la obra de Carlos Pereyra*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) / Plaza y Valdés, México, 2001.
- Pereyra, Carlos, *Sobre la democracia*, Cal y Arena, México, 1990.
- , *Filosofía, historia y política. Ensayos filosóficos (1974-1988)*, FCE, México, 2010.
- Rajchchenberg Enrique, “Gramsci en México: el caso Pereyra”, en Ruy Mauro Marini y Mágina Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*. Tomo III. *La centralidad del marxismo*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM / El Caballito, México, 1995.
- Sotelo Valencia, Adrián, *América Latina: de crisis y paradigmas. La teoría de la dependencia en el siglo XXI*, Plaza y Valdés, México, 2005.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 611.

- Torres-Ruiz, René, “Carlos Pereyra: una breve mirada a su vida y obra”, en *Estudios Políticos*, núm. 23, mayo-agosto de 2011, pp. 197-214, recuperado de <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/rep/article/view/25581/24095>>.
- Vázquez Salazar, Alfonso, “Carlos Pereyra: lo radical es la política”, en *Máquina. Revista Electrónica*, 25 de julio de 2018, recuperado de <<http://revistamaquina.net/pereyra-lo-radical-es-la-politica/>>.
- Woldenberg, José, “Pereyra y la democracia”, en *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, núm. 19, 2009, pp. 145-149, recuperado de <<http://www.revistas.filos.unam.mx/index.php/theoria/article/view/980/895>>.

UNA LLAVE DE LECTURA: LAS INTERVENCIONES GRAMSCIANAS DE DORA KANOUSI

Diana Méndez

Acercarse al estudio de la recepción del pensamiento de Antonio Gramsci en México requiere señalar el valor de los estudios gramscianos que, además de analizar a cabal profundidad la obra del italiano, han logrado desarrollar una apropiación original de sus ideas. En esta línea de trabajo, merece especial mención el aporte de la antropóloga de origen griego Dora Kanoussi,¹ quien se ha posicionado como una experta a nivel mundial del pensamiento gramsciano gracias a la agudeza de su reflexión teórica, la minuciosidad de su tratamiento filológico y su convicción por poner al día la discusión gramsciana, sobre la base de ampliar el acceso al corpus textual.

La trayectoria intelectual de Kanoussi es ejemplo de la adopción de un programa de investigación a largo plazo que, durante las últimas cuatro décadas, ha compartido sus cavilaciones en un medio marcado por el debate de las apropiaciones filosóficas y los usos políticos de la obra de Gramsci. A la vertiente filosófica, Kanoussi ha consagrado la mayor parte de sus escritos, mismos que se encuentran articulados desde su propuesta por integrar una clave interpretativa a la lectura de los *Cuadernos de la cárcel* –apoyada en un ordenamiento teórico-conceptual y la identificación de las categorías gnoseológicas que guiaron el pensamiento de Gramsci–. Junto a esta línea de trabajo y su militancia en el extinto Partido Comunista Mexicano, Kanoussi ha aplicado las nociones gramscianas a su deliberación sobre temáticas coyunturales de la situación mexicana contemporánea, las más destacadas son el pensamiento feminista² y el conservadurismo mexi-

¹ Actualmente, es investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

² Dora Kanoussi, “El espacio histórico del feminismo”, en Franca Basaglia, *Mujer, locura y sociedad*; Dora Kanoussi, “La crítica feminista de la cultura”, en *Memoria*, vol. 1, núm. 28, septiembre-octubre, 1989; Dora Kanoussi, “Feminismo: identidad y género”, en *Memoria*, núm. 89, 1996.

cano, tópico dentro del cual se hilvana el seguimiento al Ejército Zapatista de Liberación Nacional.³ De igual forma, Kanoussi ha realizado esfuerzos sostenidos por la construcción de una red de vinculación de los estudios gramscianos entre México e Italia a través de una serie de eventos académicos y publicaciones conjuntas que dan cuenta del intercambio teórico entre ambos países.

En la búsqueda de aprehender los puntos nodales de la labor teórica de Kanoussi, en las siguientes páginas se presentan sus escritos gramscianos, haciendo énfasis en su particular lectura de los *Cuadernos de la cárcel*. Así, el capítulo se divide en cuatro partes: la primera, aborda el desarrollo de su clave interpretativa desde el concepto de revolución pasiva; la segunda, incluye la revisión de la crítica filosófica que Gramsci realiza a Benedetto Croce y Nicolai Bujarin; la tercera, recupera sus planteamientos respecto del maquiavelismo contemporáneo; y la cuarta, reseña sus esfuerzos más destacados en la difusión del pensamiento de Gramsci, mediante la edición de publicaciones especializadas, el impulso a las traducciones del italiano al español y la organización de eventos académicos.

El propósito de este ordenamiento es mostrar que el trabajo de Kanoussi se mueve en los dos registros más importantes del abordaje de la obra de Gramsci: el teórico-filosófico y la traducción; esta última entendida como una intervención de tipo intelectual que ha modificado la manera en que se estudia el pensamiento de Gramsci en América Latina. Para el caso particular de México, la actividad de Kanoussi destaca por ser la primera en desarrollar un trabajo sistemático en la rama filosófica, convirtiéndose así en una referencia obligada. Lo anterior apunta a mostrar que los aportes de Kanoussi son sustanciales, pues sin su esfuerzo no contaríamos con sólidas proposiciones para el abordaje filosófico gramsciano.

³ Dora Kanoussi (comp.), *La crisis en el mundo de hoy*; Dora Kanoussi, *Ensayo sobre el conservadurismo*; “El EZLN modificó la situación política de México. Entrevista con Arnoldo Martínez Verdugo”, en *Memoria*, núm. 64, 1994; “Una identidad y dos nacionalismos”, en *Memoria*, núm. 92, 1996; “El concepto de ciudadanía y el estado keynesiano”, en *Memoria*, núm. 94, diciembre, 1996; “Los principios del neoliberalismo”, en *Memoria*, núm. 91, 1996; Dora Kanoussi (comp.), *El zapatismo y la política*; Dora Kanoussi, “La guerra contra Yugoslavia”, en *Memoria*, núm. 125, 1999.

Una clave interpretativa desde el concepto de revolución pasiva

El proyecto inicial de Dora Kanoussi fue resultado de su colaboración con Javier Mena,⁴ junto a quien elaboró el primer trabajo que explora con profundidad el concepto de revolución pasiva,⁵ en el marco de los preparativos para la conmemoración del 50 aniversario del fallecimiento de Gramsci en 1987.⁶ Tras la temprana muerte de Mena, la autora emprenderá en solitario la profundización de esta perspectiva, anudando discusiones tanto en el terreno de la teoría como de la historia. Es decir, manteniendo una perspectiva en la clave de la filosofía de la praxis, pero ampliando los horizontes hacia la comprensión de los fundamentos mismos de la modernidad.

Las primeras elaboraciones de Kanoussi y Mena buscaron dialogar intelectualmente en dos escalas. En el ámbito internacional, formaron parte de una renovación de los estudios gramscianos junto a los escritos de Leonardo Paggi, Nicola Badaloni, Christine Buci-Glucksmann, Franco De Felice, Biagio De Giovanni, Eric Hobsbawm y, por supuesto, Giuseppe Vacca.⁷ Mientras que, en México, el trabajo de Kanoussi y Mena significó una aproximación filosófica pionera que convivió con las apropiaciones po-

⁴ Existe poca información acerca de la presencia de Mena en el medio intelectual mexicano. Lo poco que se sabe, gracias a la "Advertencia" de Kanoussi y el "Prólogo" de Mariano Morales a la compilación *Gramsci y la revolución francesa*, aparecida en 1996, es que Mena fue un militante comunista y profesor en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, en donde contribuyó a la formación del núcleo de antropología. El libro, un conjunto de citas de los *Cuadernos de la cárcel* seleccionadas por Mena, fue publicado póstumamente.

⁵ Dora Kanoussi y Javier Mena, "Sobre el concepto de revolución pasiva", en *Dialéctica*, núm. 10, 1981; también escribieron *La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la cárcel*; "La subjetividad en la historia", en *Crítica*, núm. 36, 1988; y compilaron *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, 1988.

⁶ Dora Kanoussi señala que sus investigaciones conjuntas con Javier Mena hacen parte de los estudios de la tercera generación de la obra gramsciana propiciadas al aliento del 50 aniversario luctuoso de Gramsci, las cuales guardan especial relación con aquellos autores que ponen énfasis en el aspecto filosófico de los cuadernos 10 y 11, por ejemplo: "La 'oficina' gramsciana" (1984) de Gianni Francioni, y *El marxismo y los intelectuales* (1984) de Giuseppe Vacca, publicado simultáneamente en Italia y México, siendo responsable editorial en México la Universidad Autónoma de Sinaloa, véase Dora Kanoussi, "Introducción", en *Dialéctica*, núm. 26, 1994.

⁷ Giuseppe, en la presentación de *La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la cárcel*, señaló que las obras más destacadas de esta nueva corriente son "La teoría general del marxismo en Gramsci" (1975) de Leonardo Paggi, y las actas del Tercer Congreso de Estudios Gramscianos, organizado en 1977 por el Instituto Gramsci, en particular los ensayos de Nicola Badaloni, Christine Buci-Glucksmann, Franco De Felice, Biagio De Giovanni, Eric Hobsbawm y el del mismo Giuseppe Vacca.

líticas, entre ellas las de Carlos Pereyra y Juan Carlos Portantiero.⁸ En este sentido, es importante indicar que el abordaje filosófico internacional se vio favorecido por la publicación en 1975 de la edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel*, a cargo de Valentino Gerratana, que incentivó una lectura teórico-conceptual y no sólo cronológica, distinción crucial respecto de la edición preparada por Palmiro Togliatti en 1948.

Para Kanoussi y Mena, la perspectiva científica y original de los planteamientos de Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel* se afina en la centralidad del concepto de revolución pasiva. Esto es así, debido a que la diversidad de temáticas contenidas en los escritos carcelarios remite a esta categoría, no por ser un programa de acción sino un criterio de interpretación que unifica el análisis histórico y político de la modernidad.⁹ De esta forma, el concepto de revolución pasiva permite realizar la traductibilidad de los lenguajes científicos en tres niveles: el político, el histórico y el filosófico.¹⁰ Cumpliendo así su función como vehículo de comprensión del lugar y la función de la filosofía de la praxis, que en la obra de Gramsci constituye una innovación del marxismo al identificarla como resultado y crítica de la unidad histórica llamada Occidente y, por tanto, herramienta para la superación de la modernidad.¹¹

La perspectiva que otorga el concepto de revolución pasiva –retomado por Gramsci de Vincenzo Cuoco– remite a dos características centrales: una política y otra teórica. En la política, explicita los efectos de la ausencia de la iniciativa de los grupos subalternos con respecto al horizonte de sentido de la sociedad, permitiendo un amplio margen de acción de las clases dominantes. En este terreno, la revolución pasiva actúa como una “revolución político-económica” conducida desde arriba, con la finalidad de contener y cercenar, cualquier iniciativa popular.¹² Ello tiene implicaciones en la disposición ideológica y organizativa de las masas, transformando tanto el sentido común como las formas operantes de las mediaciones de la sociedad. En otras palabras, la revolución pasiva emplaza un conjunto de

⁸ Carlos Pereyra, “Gramsci: Estado y sociedad civil”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 21, 1979; Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci*.

⁹ Dora Kanoussi señala a este respecto que retoma el trabajo iniciado por Franco De Felice. En particular, su texto “Revolución pasiva, fascismo y americanismo en Gramsci” [1977], en Dora Kanoussi y Javier Mena (comps.), *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*.

¹⁰ Dora Kanoussi y Javier Mena, *La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la cárcel*, p. 105.

¹¹ Dora Kanoussi, *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*.

¹² *Idem*.

cambios que operan como contención de cualquier alternativa política que no sea la de las clases dirigentes.

En la esfera teórica es posible imbricar –según la autora– la discusión emplazada por Karl Marx en el “Prólogo” a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859,¹³ que alude al problema de la unidad entre base y superestructura. Esta cuestión para Gramsci, haciendo uso del concepto de revolución pasiva, apunta a la distinción y ruptura entre ambos componentes. Ello supone una diferencia frente a Marx, para quien la correspondencia entre uno y otro momento se presenta como la clave de la explicación del desarrollo de la sociedad. En cambio, en el italiano, se privilegia la ruptura y escisión entre estos dos momentos, permitiendo captar las distintas dimensiones de operación de cada una de ellos. Dicho de otra forma, en la modernidad los tiempos de la economía (crisis) no se corresponden inmediatamente con los tiempos de la política (esto es, las iniciativas de las clases y grupos).

Kanoussi agrega que, si bien el problema que plantea la revolución pasiva es desarrollado en el terreno de la teoría política, es en la producción teórica en donde se identifica con la perspectiva de la filosofía de la praxis, de ahí que condense su estudio en lo que caracteriza como los “cuadernos filosóficos”, es decir, los numerados por Gramsci como 10 y 11. A partir de esta consideración, la autora avanza en la reconstrucción vinculante de la escritura gramsciana. Esta perspectiva marca una diferencia con autores que conciben los *Cuadernos de la cárcel* como una constelación de temáticas inconexas, por consiguiente, Kanoussi se propone articular una llave de lectura de la totalidad. Lo anterior deja en claro que la relación revolución pasiva-filosofía de la praxis constituye el núcleo teórico y otorga el ritmo que relaciona a los 29 cuadernos, de ahí que Kanoussi se proponga la reconstrucción del programa científico y político, que dirigió la actividad de Gramsci asentada en los cuadernos 1 y 4.¹⁴ Si bien es cierto que reconoce el carácter incompleto de la obra del italiano, su pretensión es comprender el sentido de su trabajo a partir de él mismo; es decir, entender a Gramsci a partir de Gramsci.¹⁵

Esta propuesta de reconstrucción confirma la vigencia de los *Cuadernos* –como una orientación de análisis susceptible de ser aplicada a ámbitos

¹³ Dora Kanoussi y Javier Mena, “La subjetividad en la historia”, p. 18.

¹⁴ Dora Kanoussi, *Los cuadernos filosóficos de Antonio Gramsci. De Bujarin a Maquiavelo*, p. 17.

¹⁵ César Cansino Ortiz, “Kanoussi, Dora y Mena, Javier. *La revolución pasiva: una lectura a los Cuadernos de la cárcel*”, en *Crítica Jurídica. Revista Latinoamericana de Política, Filosofía y Derecho*, núm. 4, p. 241.

homólogos—, pues contempla un carácter universal. Gramsci es el teórico más adecuado para pensar histórica, filosófica y políticamente Occidente, gracias a la elaboración del concepto de revolución pasiva, desde cuya perspectiva opera. En palabras de Gramsci “el concepto de revolución pasiva me parece exacto no solamente para Italia sino también para otros países que modernizaron al Estado a través de una serie de reformas o guerras nacionales sin pasar por la revolución política de tipo radical-jacobino”.¹⁶ Esta circunstancia, confirmada en el curso de la historia global contemporánea, otorga flexibilidad en el espacio-tiempo al uso de esta noción.

En efecto, para Kanoussi se trama la relación entre filosofía de la praxis y modernidad a partir del desarrollo desigual de la historia política en Occidente. Haciendo uso de la periodización legada por el italiano,¹⁷ Kanoussi comprende que la modernidad es el resultado de una crisis civilizatoria que tiene su origen en la fragmentación de la “unidad medieval” y atraviesa por las profundas transformaciones culturales e ideológicas de la Reforma protestante y el Renacimiento italiano que tienen su paroxismo en el momento “jacobino” de la Revolución francesa. Este último acontecimiento expresa el inicio de una nueva época histórica que visibiliza la forma en que una clase logra convertirse en hegemónica antes de la conquista del poder político, mediante la formación de un bloque histórico que logra hacer converger la iniciativa de la burguesía con los intelectuales y las masas.¹⁸ Sin embargo, la configuración de esta nueva hegemonía requiere cancelar la emulación del momento jacobino y pasa a privilegiar el sendero de la revolución pasiva. Como resultado, la modernidad es, ante todo, el establecimiento de una hegemonía en donde la iniciativa y acción de las masas se encuentra sin autonomía, es decir, un ciclo de revolución pasiva que continuamente construye una hegemonía más profunda y estable. Así,

¹⁶ Citado en Dora Kanoussi, *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*, p. 69.

¹⁷ Ubicada por Kanoussi en el parágrafo 76 del cuaderno 1, titulada: “La crisis del ‘Occidente’” en la edición de Gerratana.

¹⁸ Dora Kanoussi y Mena señalan que para Gramsci el “bloque histórico” es el resultado de una subjetividad en la historia, en la que todo proceso histórico de apropiación y transformación de la naturaleza se da dentro de marcos culturales e ideológicos específicos, ligados a la idea de estructura y superestructura, economía y política, que para fines analíticos deben considerarse de forma conjunta para evitar romper la posibilidad de un canon verdaderamente interpretativo (Dora Kanoussi y Javier Mena, “La subjetividad en la historia”, en *op. cit.*). Este texto es valorado por Gabriel Vargas Lozano como una de las contribuciones más importantes publicadas en *Dialéctica* (“La revista *Dialéctica*, la UAP y la cultura de izquierda en México”, en *Crítica Jurídica. Revista Latinoamericana de Política, Filosofía y Derecho*, núm. 5, 1987).

Kanoussi identifica que el nacimiento y fin de la modernidad están inscritos en un proceso de revolución pasiva por las contradicciones que entraña la existencia misma de la modernidad,¹⁹ y la falta de consolidación de una hegemonía, que en el liberalismo culmina con la subordinación de la ciencia al capital y un desarrollo nunca antes visto de las fuerzas productivas a través del fordismo y el taylorismo.

La perspectiva enarbolada por Kanoussi permite entender que la filosofía de la praxis es un recurso por medio del cual Gramsci busca configurar de una manera alternativa la hegemonía. No se trata de revivir el momento “jacobino” –por lo demás cancelado históricamente–, en el cual una clase articula a la masa a partir de los intelectuales, sino de realizar la acción histórica de los grupos subalternos a partir de la fundación de una nueva estatalidad. Aspiración que no es posible sin la capacidad de dirección “ética-política” que los intelectuales pueden otorgar, en sintonía con los anhelos y programas populares.

La fundación de una nueva unidad estatal, incitación que Gramsci promueve, es posible a condición de una reforma intelectual, moral y política impulsada por las clases subalternas a través del desempeño de los intelectuales, tanto en un sentido individual como colectivo. Lo valioso de esta aspiración es que lleva a la concreción un proyecto filosófico nuevo, resultado de la aparición de la perspectiva nacional-popular. Ello quiere decir que la reforma intelectual no es posible si no ansía convertirse en el *leitmotiv* de la nación y, paralelamente, va recogiendo las múltiples historias de los grupos populares que la conforman.

Como es posible observar, la propuesta de Kanoussi para una lectura conectiva de los *Cuadernos de la cárcel* se encuentra en sintonía con la filosofía de la praxis, es decir, con la consideración de que filosofía, historia y política se encuentran en correspondencia. Desde el punto de vista de la autora, no es posible discutir en términos de política, sin remitirse a los programas filosóficos que habitan la historia. En este caso, el recorrido que se hace con Gramsci parte de una valoración del periodo histórico de la modernidad, pasando por una propuesta interpretativa del sentido de dicho ciclo, para poder lograr cristalizar un nuevo proyecto filosófico. Éste sólo es posible, según las condiciones de Gramsci, a partir de la perspectiva nacional-popular que las clases y grupos subalternos pueden desplegar con sus iniciativas, acciones y organizaciones. Con esto se quiere indicar que

¹⁹ Dora Kanoussi, *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*.

Kanoussi recupera la concepción gramsciana de que la filosofía es siempre política, es decir, situada en la historia.

*La crítica filosófica de Gramsci
a Benedetto Croce y Nicolai Bujarin*

En el proceso de elaboración de la categoría de revolución pasiva y la delimitación de la perspectiva de la filosofía de la praxis, Kanoussi revela que Gramsci parte de una tarea doble que le permite la traducción simultánea de los tres niveles (filosófico, histórico y político) en la escritura de los “cuadernos filosóficos” 10 y 11. Lo que remite a la identificación entre las dimensiones de lo real y la inmanencia, momento de síntesis unitaria entre la filosofía clásica alemana, la política francesa y la economía inglesa.²⁰ De este modo, Gramsci comenzó por elaborar una crítica al neoidealismo o neohegelianismo representado por Benedetto Croce y, al mismo tiempo, tachó las premisas del denominado marxismo-leninismo o materialismo ortodoxo que tiene su expresión más condensada en la obra del teórico bolchevique Nicolai Bujarin.²¹

En un ejercicio deíctico –haciendo justicia a los intereses lingüísticos de Gramsci–, Kanoussi se interesa por la reconstrucción de las instancias de enunciación del proceso heurístico de Croce y su lectura de Hegel.²² Asimismo, sitúa a Bujarin frente al debate del positivismo y empirismo lógico. De ello, Kanoussi señala que las críticas de Gramsci a Croce y Bujarin provienen de un debate científico de la tradición nacional alemana contra la filosofía de la razón francesa y la Ilustración, que utilizó el pensamiento matemático-abstracto en la política y en la cultura.

Para Kanoussi, la crítica que Gramsci hace al filósofo hegeliano Croce, en las anotaciones del cuaderno 10, permiten elevar a la filosofía de la praxis al lugar que ocupaba el idealismo hasta ese momento, considerado lo más elevado de la cultura.²³ Esto es, otorgar un relevo de sentido al discurso filosófico, en donde se reconoce que el idealismo se encuentra atrapado en coordenadas que no son las adecuadas para las tareas políticas del periodo. Se añade que la crítica de la cultura moderna no debe ser sólo

²⁰ *Ibid.*, pp. 85-86.

²¹ Dora Kanoussi, *Los cuadernos filosóficos de Antonio Gramsci. De Bujarin a Maquiavelo*.

²² Al respecto, Kanoussi se nutre de las aportaciones de Giuseppe Vacca “Gramsci en nuestro tiempo. Hegemonía e interdependencia”, en *Dialéctica*, núm. 26, 1994.

²³ Dora Kanoussi, *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*.

teórica o especulativa, sino que debe tomar la forma de proyecto político. Así, la única forma de comprender la modernidad y realizar su crítica es zanjarse la distancia entre la filosofía y la política, esta última entendida como acción de las masas. Aunque el idealismo identifica filosofía e historia, no apertura una perspectiva de tipo nacional-popular, ahí radica su principal limitante.²⁴

Por su parte, Kanoussi anota que la crítica de Gramsci a Bujarin en el *Cuaderno 11* es parte de una discusión dentro de los contornos de la Filosofía de la praxis. En la que, a diferencia de la predisposición expositiva del ruso, Gramsci alentó la tarea de elevar a las masas a un nivel de cultura superior, capaz de dotarlas de la autonomía necesaria para llevar adelante sus iniciativas. Éstas no pueden, sin embargo, realizarse de manera independiente a la reforma intelectual y moral, por lo tanto, la presencia y actividad de los intelectuales es fundamental. Visto así, las sinergias de estos procesos convergen en la configuración de un nuevo partido capaz de propiciar la formación de un bloque histórico.²⁵

El punto nodal de la evaluación de Gramsci a Croce, se afina en la observación de que, al discurrir su crítica a la Filosofía de la praxis, Croce desarrolla el tema de la ideología desde el idealismo, por lo que llega a hipostasiar la hegemonía al prescindir en su análisis del momento de la economía, la relación de fuerza y la “catarsis”.²⁶ De esta forma, se desvincula su análisis del tiempo presente en su dimensión histórica. Para Gramsci, la crítica de Croce al marxismo culmina en una traducción de las categorías de éste al idealismo moderno de la corriente neohegeliana. Siguiendo a Kanoussi, se genera así una oposición irreductible entre la “teoría de la historia ético-política de Croce” y la “teoría de las estructuras del marxismo”. Asimismo, Kanoussi reconoce que tanto Croce como Lenin enriquecen al marxismo, ya que complementan la crítica de la economía política y coinciden en la denuncia del economicismo.²⁷ Sobre este punto, Kanoussi

²⁴ *Idem.*

²⁵ *Idem.*

²⁶ Kanoussi señala que, aunque en algunos de sus análisis Gramsci retoma ideas de Sigmund Freud, desarrolla el concepto de catarsis con un significado distinto, el cual señala el momento en que en la lucha del sujeto colectivo se pasa de las demandas económicas inmediatas a la creación de un proyecto ético-político como síntesis del proceso dialéctico. El cual representa el paso de la conciencia de la necesidad a la libertad, de lo subjetivo a lo objetivo. El término se desarrolla en el cuaderno 10, “La filosofía de Benedetto Croce”, parte II, parágrafo 6, “Introducción al estudio de la filosofía”.

²⁷ Dora Kanoussi y Javier Mena, *La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la cárcel*, p. 55.

y Mena, señalaron desde sus primeros escritos que la crítica a Croce cobra sentido si se la concibe como el intento de Gramsci por desestructurar el énfasis economicista heredado por la II Internacional.

Por otra parte, la crítica de Gramsci a Bujarin —en particular a los planteamientos de su famoso manual publicado en la URSS y su intervención en el Congreso Internacional de Historia de la Ciencia y la Tecnología en Londres en 1931— apunta a que su argumentación provoca un acotamiento de la relación estructura-superestructura en el nivel de lo económico-corporativo que produce una interpretación fatalista y mecanicista de la historia, entiéndase: idealista.²⁸ De ello se deriva una concepción de la teoría como un complemento subordinado a la estructura, que en el plano práctico tiene como consecuencia la escisión de los intelectuales y las masas. Así, Bujarin se concentra en realizar una detracción de los filósofos y no se preocupa por desentrañar la crítica del sentido común como conjunto de ideologías y concepciones del mundo, ignorando así que para realizarse la filosofía de la praxis debe encarnar en las iniciativas, los programas y las organizaciones de las masas. Para Kanoussi también es relevante el señalamiento de Gramsci al respecto de que Bujarin no logra explicar el nacimiento de la filosofía de la praxis ni problematizar su función, pues busca extraer de ella una sociología que se traduce en un materialismo tosco, donde queda anulada la voluntad popular.

En definitiva, Kanoussi rescata de los “cuadernos filosóficos” aportaciones para el enriquecimiento de la propuesta de Gramsci sobre la renovación del marxismo, “la idea de Gramsci es el que el nacimiento del marxismo no fue un hecho acabado y definitivo, al contrario, constituye un continuo rehacerse según las condiciones históricas dadas en cada momento y según los principios que estas mismas imponen”.²⁹ Por lo cual, se confirma que la filosofía de la praxis fue un momento de la cultura moderna que incentivó la reflexión, aunque fuera ignorada por los marxistas “ortodoxos”,³⁰ resultado de la influencia del positivismo y el cientificismo, de ahí la pertinencia de la crítica a Croce y Bujarin.

²⁸ Dora Kanoussi, *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*.

²⁹ Dora Kanoussi, “La filosofía en los *Cuadernos de la cárcel*”, en Dora Kanoussi (comp.), *Los estudios gramscianos hoy*, p. 81.

³⁰ Gramsci utiliza el término de ortodoxo en una línea muy similar a la de Lukács, si bien es cierto que entre ellos no hubo un ejercicio de intercambio académico.

Maquiavelismo contemporáneo

Si bien es cierto que el principal interés de Kanoussi es mostrar la unidad de los *Cuadernos de la cárcel* —desde el canon de lectura de la revolución pasiva—, su obra también incluye una operación que permite trazar una diferencia en el contenido de los cuadernos. Desde esta consideración, los cuadernos 10 y 11 son el corazón de la reflexión que establece los lineamientos de la filosofía de la praxis, mientras que el cuaderno 13 —dedicado al estudio de los planteamientos de *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo— aborda, de manera sistemática, la formulación del posicionamiento político. Estas proposiciones son consistentes en el despliegue de la relación que el italiano observa en el florentino: el vínculo entre la historicidad y la universalidad expresado como motor de la práctica política en la época moderna.³¹

Aunque no se reitera su forma de operar ni sus directrices fundamentales, la filosofía de la praxis ocupa nuevamente un lugar central en el cuaderno 13, pues el objetivo de Gramsci —según Kanoussi— era buscar en la lectura de *El Príncipe* una justificación histórico-política y filosófica a la construcción de otra maquiavelística de la filosofía de la praxis, es decir, la cimentación de otra lectura de Maquiavelo por parte de la filosofía de la praxis. Lo que la autora griego-mexicana observa es una construcción alternativa de esa concepción política, adecuada para las coordenadas en las que piensa Gramsci, quien traduciría el maquiavelismo a los términos de la filosofía de la praxis.

¿En qué consiste esta nueva forma de pensar *El príncipe* en relación con la filosofía de la praxis? Para Kanoussi, la pregunta apunta al análisis de una obra que otorga los ejes fundamentales para el pensamiento político de la modernidad, susceptible de ser traducida adecuadamente a los requerimientos de la filosofía de la praxis.³² De alguna forma, parece intuirse en la propuesta de Kanoussi que Maquiavelo le otorga al marxismo de Gramsci una senda por explorar, en la cual historia y política encuentran su encuadre adecuado.

Siguiendo esta proposición, es posible apreciar la lectura de Gramsci como el intento más potente de traducción de *El príncipe*, entendiéndolo no como un individuo en el que se deposita la soberanía, sino como un

³¹ Dora Kanoussi, *Los cuadernos filosóficos de Antonio Gramsci. De Bujarin a Maquiavelo*, p. 109.

³² Dora Kanoussi, “Notas sobre el Cuaderno 13”, en Dora Kanoussi (coord.), *Poder y hegemonía hoy. Gramsci en la era global*, p. 110.

sujeto colectivo que se encuentra en condición y posibilidad de disputar el poder a partir de su devenir como partido político. Al igual que el individuo-príncipe, el príncipe de Gramsci es el instrumento y promotor de la construcción de un nuevo consenso que articula tanto la conciencia de clase como la voluntad colectiva nacional-popular. Kanoussi anota que *El Príncipe*, como metáfora de la organización política, se inscribe dentro de “la doble perspectiva maquiaveliana representada en la figura del Centauro”, “mitad animal, mitad humano; fuerza y consenso, violencia y civilización, lo individual y lo universal”³³ y, así, se otorga el sentido pleno de hegemonía, expresión ideal y práctica.³⁴

Es importante remarcar que la forma en que Kanoussi lee este segmento de Gramsci, tanto en el gesto de distinguir historicidad y universalidad en *El Príncipe* como en el lugar que adquiere el nuevo príncipe, es resultado de la conjunción entre estos dos momentos. Su despliegue no elude el momento de la particularidad, es decir, de lo económico-corporativo, entendido como lucha por la inmediatez, sino que lo articula al momento de la voluntad nacional-popular, asumida como momento de la universalidad. Es un esfuerzo por colocar términos de la lucha política –como estrategia y táctica, programa máximo y programa mínimo, conciencia economicista y conciencia socialista– en un plano que escape a las dicotomías. El ejercicio de derribar los posicionamientos binarios sólo es posible en la medida en que éstos se articulen en un conjunto de lenguajes: en este caso, el de la filosofía de la praxis, categoría que conjuga historia, política y filosofía. Este triple abordaje permite una aproximación consistente a la obra del florentino y, a su vez, actualiza la filosofía de la praxis.

Por otra parte, Kanoussi resalta la traducción de los lenguajes filosóficos en los tres niveles al atender el problema de la ciencia política, la filosofía y el historicismo; es pertinente detenerse en cada uno de ellos para entender su propuesta de lectura con respecto al autor de *El Príncipe*. En el campo de la traducción política, la aportación de Maquiavelo es crucial, pues abre la posibilidad de pensar dos aspectos, por un lado, la autonomía de lo político y, por el otro, la división de la política y la moral. El primero es un registro clave para la concepción de la relación entre Estado y sociedad civil que Gramsci desarrolla a lo largo de los *Cuadernos*, y fue motivo de amplias lecturas a lo largo del siglo XX. El segundo abre la brecha para

³³ *Ibid.*, p. 112.

³⁴ Dora Kanoussi, “Maquiavelo en los *Cuadernos de la cárcel*”, en Massimo Modonesi (coord.), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*, p. 146.

la diferenciación entre el ser y el deber ser; y con ello, la transformación de la realidad, al actuar desde sus relaciones de fuerza realmente existentes y no sólo desde las deseadas.³⁵

La traducción filosófica se centra en el aporte para reconocer la conceptualización y práctica de la filosofía de la praxis por parte de Vladimir Lenin como la unidad de la lucha teórico-práctica por la hegemonía. Aquí, sin duda, el ruso es asumido como el padre de la “hegemonía”, en tanto que superación de los programas que aspiran al momento inmediato o particular. Así, Lenin es el leído como el teórico de la hegemonía, tanto en un nivel práctico como en un nivel teórico.³⁶ Este argumento se proyecta como superación del método economicista ejemplificado por Gramsci con las figuras de Rosa Luxemburgo y León Trotski. Luxemburgo, la gran revolucionaria polaca, es considerada por Gramsci como la “teórica” del espontaneísmo, es decir, de la inmediatez; por su parte, se denuncia la limitación de Trotski por no haber entendido la dimensión hegemónica por completo, situación que quedó expresada en su propuesta de militarización de los sindicatos.

Finalmente, la traducción histórica pertenece al esbozo de análisis histórico que Gramsci propone en la cárcel, y que Kanoussi reconstruye detalladamente en la carta del italiano a Tania Schucht del 27 de diciembre de 1926, al igual que en algunas notas de 1934.³⁷ Estos documentos dan cuenta de que, para Gramsci, la bibliografía fascista buscaba en Maquiavelo el respaldo teórico del Estado-fuerza italiano. Esto quiere decir que Gramsci identifica que la operación de universalización de Maquiavelo puede provenir de distintos segmentos, de ahí su intención de realizar el ejercicio de traducción y no sólo como uso justificatorio.

Hasta aquí, es notoria la manera en que Kanoussi entiende el maquiavelismo, esto es, como elemento que moviliza la imaginación de Gramsci para formular un marxismo más allá del economicismo. Desde una perspectiva hegeliana, el italiano se percató de que una cierta concepción de la teoría de Marx puede limitarse a un estatuto puramente económico-corporativo, por lo que la proyección que él hace se enfoca en la reforma intelectual y moral, así como en la construcción de la voluntad nacional-popular. Distanciándose, de aquella otra propuesta, elabora un ejercicio de traducción de los lenguajes, dentro de los cuales Maquiavelo resulta el autor más adecuado para pensar una época y el revulsivo necesario para la filosofía

³⁵ Dora Kanoussi, “Notas sobre el Cuaderno 13”, *op. cit.*, p. 113.

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Idem.*

de la praxis. En Maquiavelo se conjuga la posibilidad de la autonomía de lo político, el elemento ético-universal y la trayectoria histórica de conformación del Estado sobre el eje de la construcción de la hegemonía.

La puesta al día del pensamiento de Gramsci

A lo largo de su trayectoria, Dora Kanoussi ha mostrado gran interés en difundir el pensamiento de Gramsci a través de la organización de encuentros enfocados a la discusión teórica, y junto a ellos la traducción y edición de diversos materiales, su interés responde a una inquietud por mantener vivas las aportaciones de Gramsci. En este ámbito es evidente la vinculación de Kanoussi con estudiosos italianos –precursores en el estudio del tema–, entre los que destacan Gianni Francioni, Michele Ciliberto, Leonardo Paggi, Chiara Daniele y Silvio Pons, miembros de la comisión científica para la edición nacional de los textos de Gramsci en Italia.³⁸

Por lo que refiere a la organización de encuentros académicos, es importante decir que fueron convocados con el objetivo de discutir teóricamente y, además, abordar la aplicación de los conceptos gramscianos al análisis de estudios de caso. En México, la principal sede de estos eventos ha sido la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) –antes Universidad Autónoma de Puebla–, resultado de su colaboración con la Fondazione Istituto Gramsci y la International Gramsci Society, relaciones cultivadas por Kanoussi. Estos vínculos internacionales encontraron resonancia en la BUAP, pues desde finales de la década de los sesenta y, particularmente, a principios de los setenta la universidad se caracterizó ser un espacio que permitió la discusión política y la expresión de propuestas de la izquierda mexicana, buscando preservar la función crítica de la universidad e insistiendo en transformar sus estructuras académicas y de gobierno interno.³⁹ En aquellos años fue, sin duda, uno de los espacios de mayor influencia del Partido Comunista Mexicano.

Las reuniones auspiciadas por la BUAP se han caracterizado por emplazar a especialistas de diversas latitudes, por el número de integrantes sobresale el grupo italiano, al que le siguen los representantes latinoamericanos, no obstante, es importante apuntar que la convocatoria no ha citado

³⁸ Giuseppe Vacca, “Prólogo”, en Dora Kanoussi, *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*, p. 14.

³⁹ Gabriel Vargas Lozano, “La revista *Dialéctica*, la UAP y la cultura de izquierda en México”, *op. cit.*, p. 159.

a tantos mexicanos como sería posible. Otro rasgo distintivo es que a estos congresos les ha seguido la edición de libros especializados que recogen una selección de las ponencias y que, por tanto, constituyen volúmenes en los que se debaten los temas filosóficos y políticos, entre ellos cuestiones de coyuntura internacional. Sería inadecuado intentar reseñar el desarrollo de cada uno de estos encuentros, en lugar de eso, se refieren los más significativos e ilustrativos sobre su desempeño general.

La II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos, organizada conjuntamente por la BUAP, el Instituto Gramsci de Roma y la International Gramsci Society, tuvo cita durante la primera semana de febrero del año 2000.⁴⁰ Este evento tuvo como objetivo analizar parte del cuerpo conceptual de la reflexión de Gramsci contenida en los *Cuadernos de la cárcel* y valorar su aplicación al análisis de las sociedades latinoamericanas, en particular los casos de Brasil, Ecuador, Argentina y Cuba. En las discusiones, el concepto de americanismo de Gramsci generó un importante debate que dividió posturas entre los investigadores con una visión más pragmática de la obra de Gramsci y quienes, como en el caso de Kanoussi, ponen énfasis en el aspecto filosófico.⁴¹

Durante la clausura del evento, las conclusiones estuvieron a cargo del filósofo Fernando Martínez Heredia –presidente de la Cátedra Gramsci del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello en La Habana–, quien mencionó que “el pensamiento del intelectual italiano puede ser uno de los instrumentos para que Latinoamérica, con su desarrollo cultural y sus enormes experiencias sociales y políticas del siglo xx, comience al menos por formularse sus problemas de manera profunda”.⁴² Es significativo que la intervención de Martínez Heredia se interese en subrayar el potencial del pensamiento del italiano, y en particular sus planteamientos políticos, pues el cubano siempre se cuidó de no caer en el dogmatismo de la lectura del marxismo ni en una simplificación de los problemas complejos de su tiempo, ello además es muestra de la valoración con que se leía a Gramsci. A ese respecto Kanoussi agregó que “el pensamiento político más avanzado en filosofía política en la actualidad es el del italiano Antonio Gramsci, pues permanece intacto después de las crisis del marxismo y el

⁴⁰ Las presentaciones de este evento se encuentran publicadas en Dora Kanoussi (comp.), *Gramsci en América. II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*.

⁴¹ Arturo Jiménez, “El legado de Gramsci, un medio para que AL se formule sus problemas: Fernando Martínez”, en *La Jornada*, 11 de febrero, 2000.

⁴² *Idem*.

socialismo”,⁴³ a lo que agregó que, si bien “no todo es vigente, sí lo es la interpretación que hizo en los años treinta con su concepto de americanismo, que hoy vivimos como globalización”.⁴⁴

El III Seminario Internacional de Estudios Gramscianos, llevado a cabo en la BUAP entre el 7 y el 10 de octubre de 2003,⁴⁵ contó con el apoyo de la Fondazione Istituto Gramsci de Italia y la International Gramsci Society. Este evento tuvo como meta central fomentar la discusión crítica de los avances de investigación del pensamiento de Gramsci en el plano teórico y su traducción a la era global, con la convergencia de estudios de caso a nivel nacional y las relaciones internacionales. Entre los participantes sobresalen los nombres de: Giuseppe Vacca, Derek Boothman, Benedetto Fontana, Peter Gran, Marcus E. Green, Peter Ives, Francesca Izzo, Rita Medici, David Morton, Ursula Apitzsch, Fernanda Beigel, Carlos Nelson Coutinho, Alastair Davidson, Donatella Di Benedetto, Fernando Martínez Heredia y Yannis Voulgaris.

La IV Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos, dedicada a la conmemoración de los 70 años de muerte de Antonio Gramsci, estuvo organizada por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM)-Plantel Centro Histórico, la Fondazione Istituto Gramsci y la International Gramsci Society. El evento fue inaugurado el jueves 29 de noviembre de 2007 por el entonces rector de la UACM e intelectual de izquierda, Manuel Pérez Rocha, y el presidente de la Fondazione Istituto Gramsci de Italia, Giuseppe Vacca. Es importante mencionar que éste fue uno de los eventos que contó con mayor número de ponencias, entre las que destacan las de Kanoussi, Giuseppe Vacca, Víctor Flores Olea, Benedetto Fontana, Enrique Semo, Rosana Renau, Gabriel Vargas Lozano, Mariano Morales, Arcadio Sabido Méndez, Rubén Reyes, Luis Arizmendi, Bolívar Echeverría y Octavio Rodríguez Araujo.⁴⁶

El evento más reciente, fue la V Conferencia de Estudios Gramscianos, durante diciembre del año 2014; de la cual se editó en 2017 una selección de las ponencias bajo la coordinación de Kanoussi y la impronta de ser

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ *Idem.*

⁴⁵ La memoria de este evento se encuentra en Dora Kanoussi (coord.), *Poder y hegemonía hoy. Gramsci en la era global.*

⁴⁶ El resto de los participantes fueron Raúl Burgos, Jaime Massardo, Alberto Filippi, Renate Holub, Ursula Apitzsch, Álvaro Bianchi, Rosemary Dove, Giancarlo Schirru, Francesco Giasi, Francesca Izzo, Angelo D’Orsi, Mario del Pero, Fabio Sdogati, Giorgio Baratta y Luis Hernández Navarro. Además de la conferencia magistral sobre “La izquierda en México y en el mundo”, dictada por Muñoz Ledo.

“una puesta al día de los estudios gramscianos”.⁴⁷ En aquella ocasión, la conferencia inaugural quedó a cargo de Giuseppe Vacca, quien presentó un trabajo titulado “Del materialismo histórico a la filosofía de la praxis”, el cual discute la manera en que para Gramsci la filosofía de la praxis no representa una actualización de la filosofía de la revolución, puesto que sintetiza una revolución en el sentido de un viraje al interior del planteamiento marxista de los *Cuadernos de la cárcel*.⁴⁸ A esta presentación siguieron las intervenciones de Francesca Izzo, Giancarlo Schirru, Giuseppe Cospito, María Luisa Righi, Eleonora Lattanzi, Leonardo Pompeo D’Alessandro, Alessandro Carlucci, Michele Fiorillo, Renate Holub, Peter Ives, Adam Morton, Alberto Aggio, Carlos Figueroa Ibarra, Giuseppe Lo Brutto, Octavio Moreno Velador, Héctor Sotomayor Castilla y Liza Aceves López.

Kanoussi no sólo ha impulsado el papel de la BUAP en la promoción del pensamiento gramsciano mediante la realización de eventos de intercambio académico, pues también ha promovido las labores editoriales. Entre estas iniciativas, una de las más visibles fue la revista *Dialéctica*,⁴⁹ constante emisora de artículos vinculados al pensamiento gramsciano. En particular durante su segunda época, iniciada en 1991,⁵⁰ con un consejo editorial conformado por Kanoussi, María Teresa Colchero, Carlos Figueroa, Lucio Oliver, Mario Salazar Valiente y Alfonso Vélez Pliego.⁵¹ Ejemplo de ello es el número 26, titulado “Antonio Gramsci: Clásico de la filosofía política”,⁵² coordinado por Kanoussi, quien en la presentación señala la

⁴⁷ Dora Kanoussi (coord.), *Estudios sobre Gramsci. Una pequeña puesta al día*.

⁴⁸ Giuseppe Vacca, “Del materialismo histórico a la filosofía de la praxis”, en *ibid.*

⁴⁹ *Dialéctica* se fundó en 1976 como órgano de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla, esta publicación cumplió cuarenta años en el año 2016, mismo en el que fue suprimida su edición. En su primer editorial, del año 1976, se indicó que la revista buscaba “constituir un instrumento abierto a todo aquel que quisiera utilizarlo a condición de cumplir las mínimas condiciones de calidad y asimismo se partía de una concepción revolucionaria que tenía como referencia los nombres de Marx, Engels y Gramsci”. La editorial estuvo a cargo de profesores de la Escuela de Filosofía y Letras, entre ellos: Alonso Vélez Pliego, Ángel Altieri, Roberto Hernández Oramas, Óscar Walker, Raúl Dorra, Juan Mora, Óscar Correas, Hugo Duarte, Rafael Peña, Víctor M. Fernández y Martín Pérez como el editor encargado. Posteriormente se integraron al Comité directivo Óscar del Barco, en las labores de edición Adrián Gimete y en el Consejo de Redacción Javier Mena (Gabriel Vargas Lozano, “La revista *Dialéctica*, la UAP y la cultura de izquierda en México”, *op. cit.*, p. 160).

⁵⁰ Gabriel Vargas Lozano y Roberto Hernández Oramas, “Veinticinco años de *Dialéctica*”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 6, núm. 14, Universidad de Zulia, septiembre, 2001, p. 132.

⁵¹ En honor a este último se dio su nombre a la cátedra del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP, convocante del último encuentro de gramscianos en la universidad.

⁵² Dora Kanoussi, “Introducción”, en *Dialéctica*, núm. 26.

pertinencia de retomar el pensamiento de Gramsci en México pensando en la coyuntura electoral que atravesaba el país.

La actividad de Kanoussi en la BUAP ha contribuido a la articulación de otros proyectos en la universidad poblana, como la publicación completa de los *Cuadernos de la cárcel* en seis tomos junto a la editorial Era en 1999;⁵³ así como la anteriormente mencionada correspondencia de Gramsci con Piero Sraffa y Tatiana Schucht, cuya edición estuvo a cargo de Kanoussi y fue traducida por su hija Cristina Ortega Kanoussi en 2003.⁵⁴ La circulación de este libro ha enriquecido la cultura académica en México, pues ha permitido el acceso a las comunicaciones personales y a un conjunto de apreciaciones sobre problemas teóricos o históricos que Gramsci comunicaba a dos de sus principales interlocutores.

También es importante destacar la actividad de Kanoussi en la compilación del libro *Los estudios gramscianos hoy*,⁵⁵ el cual contiene las ponencias presentadas en la Conferencia Internacional de la Fondazione Istituto Gramsci de Roma con motivo de la conmemoración de los sesenta años de la muerte de Antonio Gramsci (Cagliari, Italia, del 15 al 18 de abril de 1997). Así como las presentaciones del Seminario Internacional de Estudios Gramscianos (en el cual se presentó la Antonio Gramsci, A. C., sección mexicana de la International Gramsci Society) efectuado en México en la Universidad Autónoma de Puebla (del 12 al 15 de enero de 1998).

Por otra parte, destaca la labor de Kanoussi como compiladora de la publicación de los trabajos presentados durante el encuentro de la International Gramsci Society, efectuado entre el 19 y 22 de septiembre de 2001 en la Escuela de Servicio Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro, “Leer a Gramsci, entender la realidad”,⁵⁶ coordinado y organizado por Carlos Nelson Coutinho y Andrea de Paula Teixeira. Los principales temas de este intercambio fueron el análisis de la hegemonía y la contrahegemonía en el nuevo milenio, el americanismo y fordismo actual, y sociedad y Estado en la era global. En estos trabajos se combinaron las investigaciones teóricas conceptuales y el despliegue de proyectos políticos. Es pertinente señalar la importancia de este volumen, pues en él Kanoussi permite al público hispa-

⁵³ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, 6 tomos.

⁵⁴ Antonio Gramsci, *Cartas de la cárcel. 1926-1937*, edición a cargo de Dora Kanoussi, traducción de Cristina Ortega Kanoussi.

⁵⁵ Dora Kanoussi (comp.), *Los estudios gramscianos hoy*.

⁵⁶ Dora Kanoussi (comp.), *Gramsci en Río de Janeiro*.

nohablante acercarse a la obra de Coutinho, una figura clave para los estudios gramscianos en Brasil.

Reflexiones finales

La obra gramsciana de Dora Kanoussi cubre un extenso recorrido, tanto por la profundidad de sus cavilaciones teóricas como por lo fructífero de sus publicaciones. No cabe duda de que esta valiosa contribución es resultado de una pertinaz dedicación personal que además se ha volcado a la creación de canales de diálogo a nivel internacional. A partir de esta apretada síntesis sobre su trayectoria es posible delimitar con claridad las rutas en las que se moviliza su intención de lectura de Gramsci. Ello incluye tanto la forma específica de la operación que realiza sobre los *Cuadernos de la cárcel* como el distanciamiento frente a otras posibilidades de apropiación o de lectura.

Para Kanoussi, Gramsci no es un autor más que pueda ser leído en clave filosófica, se trata de un autor que permite leer filosóficamente a otros –incluidos Marx, Lenin y Maquiavelo– pues apuesta a la posibilidad de la traductibilidad de los distintos lenguajes. Este posicionamiento distancia a Kanoussi de autores que buscaron en Gramsci un arsenal conceptual para pensar la coyuntura –como Carlos Pereyra– y de aquellos para quienes el italiano fue un pensador más, entre otros, para la renovación marxiana, como puede ser el caso de Adolfo Sánchez Vázquez. De igual forma, el estudio de Kanoussi escapa a la tentación “metodologicista” y “gnoseológica” que ocupó gran parte de los esfuerzos y energías del “marxismo occidental” y que en la recepción gramsciana en México estuvo presente en el trabajo de Francisco Piñón. En efecto, el trabajo de Kanoussi, por su especificidad, tiene pocos puentes con otras lecturas igualmente sugerentes de la obra de Gramsci en México.

Es menester reiterar que Kanoussi contribuye al estudio del pensamiento gramsciano al incluir una clave interpretativa que permite la lectura en conjunto de los *Cuadernos de la cárcel* desde la revolución pasiva. Así, el ejercicio realizado por la teórica descifra una obra generalmente leída como inconexa y la presenta como constelación. Esta situación, si bien no es del todo problematizada, claramente está presente desde el momento en que la autora se niega a pensar a Gramsci como un autor fragmentario y emprende la tarea de pensar su legado como una totalidad. En ello es consecuente desde el primero de sus estudios hasta el último de éstos. Vista así, la revolución pasiva –mirador privilegiado por Kanoussi para el

recorrido de la obra de Gramsci— permite la traducción de los lenguajes históricos (la modernidad), filosóficos (la crítica a Croce y Bujarin) y políticos (la maquiavelista). Si bien la revolución pasiva adquiere una acepción particular, tal como se ha querido demostrar, su fuerza no consiste tanto en la definición puntual, sino en su capacidad de ser el eje de articulación de los distintos niveles del discurso gramsciano.

En la última parte del capítulo se reseñaron las iniciativas emprendidas por Kanoussi para propiciar un amplio diálogo en torno a los estudios gramscianos a nivel global. Ya sea por el esfuerzo de traducción de autores italianos o anglófonos, por los puentes construidos con tradiciones latinoamericanas o por insistir en que el pensamiento de Gramsci —sobreviviente de la crisis del marxismo y del socialismo— contribuye a interpretar lo que ocurre en el presente, aun si no todos sus postulados son vigentes. Lo anterior corrobora que una parte significativa de la presencia de Gramsci en México remite directamente a su esfuerzo y constancia en la celebración de encuentros y debates. Asimismo, es patente que sin la participación de Kanoussi, la traducción de la edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel* elaborada por Gerratana tampoco habría sido publicada en Puebla, pues fue su intervención la que propició que la BUAP iniciara el proceso editorial. En última instancia, este esfuerzo ha permitido que jóvenes estudiosos y especialistas de habla hispana cuenten con un recurso de amplio valor para avanzar en la puesta al día de Gramsci, uno de los teóricos marxistas más importantes del siglo veinte.

Bibliografía

- Cansino Ortiz, César, “Kanoussi, Dora y Mena, Javier. *La revolución pasiva: una lectura a los Cuadernos de la cárcel*”, en *Crítica Jurídica. Revista Latinoamericana de Política, Filosofía y Derecho*, núm. 4, mayo de 1986, pp. 239-241.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, 6 tomos, Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), México, 1999.
- , *Cartas de la cárcel. 1926-1937*, edición a cargo de Dora Kanoussi, traducción de Cristina Ortega Kanoussi, BUAP / Fondazione Istituto Gramsci / Era, México, 2003.
- Jiménez, Arturo, “El legado de Gramsci, un medio para que AL se formule sus problemas: Fernando Martínez”, en *La Jornada*, 11 de febrero de 2000.

- Kanoussi, Dora, "El espacio histórico del feminismo" (comentario), en Franca Basaglia, *Mujer, locura y sociedad*, Universidad Autónoma de Puebla (UAP), Puebla, 1985, pp. 77-94.
- _____, "La crítica feminista de la cultura", en *Memoria. Revista del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista*, vol. 1, núm. 28, 1989, pp. 9-23.
- _____, "El EZLN modificó la situación política de México. Entrevista con Arnoldo Martínez Verdugo", en *Memoria*, núm. 64, 1994, pp. 6-9.
- _____, *Ensayo sobre el conservadurismo*, Plaza y Valdés, México, 1994.
- _____, "Introducción", en *Dialéctica*, núm. 26, 1994, pp. 7-14.
- _____, "El concepto de ciudadanía y el estado keynesiano", en *Memoria*, núm. 94, 1996, pp. 32-35.
- _____, "Feminismo: identidad y género", en *Memoria*, núm. 89, 1996, pp. 54-57.
- _____, "Los principios del neoliberalismo", en *Memoria*, núm. 91, 1996, pp. 32-37.
- _____, "Una identidad y dos nacionalismos", en *Memoria*, núm. 92, 1996, pp. 37-45.
- _____, "La filosofía en los cuadernos de la cárcel", en Dora Kanoussi (comp.), *Los estudios gramscianos hoy*, BUAP / International Gramsci Society / Plaza y Valdés, México, 1998, p. 81.
- _____, "La guerra contra Yugoslavia", en *Memoria*, núm. 125, 1999, pp. 18-22.
- _____, *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*, BUAP / International Gramsci Society / Plaza y Valdés, México, 2000.
- _____, "La relevancia de Gramsci... un comentario", en *Memoria*, núm. 171, 2003, pp. 52-54.
- _____, *Los cuadernos filosóficos de Antonio Gramsci. De Bujarin a Maquiavelo*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México / BUAP / Plaza y Valdés, México, 2007.
- _____, *Notas sobre el maquiavelismo contemporáneo*, LunArena / Fondazione Istituto Gramsci Onlus / BUAP, México, 2012.
- _____, "Maquiavelo en los Cuadernos de la cárcel", en Massimo Modonesi (coord.), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2013, pp. 127-147.
- _____ (comp.), *La crisis en el mundo de hoy*, Plaza y Valdés, México, 1994.
- _____ (comp.), *El zapatismo y la política*, Plaza y Valdés, México, 1998.

- _____ (comp.), *Gramsci en América. II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*, BUAP / International Gramsci / Plaza y Valdés, México, 2000.
- _____ (comp.), *El pensamiento conservador en México*, Plaza y Valdés, México, 2002.
- _____ (comp.), *Gramsci en Río de Janeiro*, traducción de Cristina Ortega Kanoussi, BUAP / International Gramsci Society / Plaza y Valdés, México, 2004.
- _____ (coord.), *Poder y hegemonía hoy. Gramsci en la era global*, BUAP /, Fondazione Istituto Gramsci / International Gramsci Society / Plaza y Valdés, México, 2004.
- _____ (coord.), *Estudios sobre Gramsci. Una pequeña puesta al día*, BUAP / Fondazione Gramsci Onlus, México, 2017.
- Kanoussi, Dora, y Javier Mena, “Sobre el concepto de revolución pasiva”, en *Dialéctica*, núm. 10, 1981, pp. 97-129.
- _____, *La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la cárcel*, UAP, Puebla, 1985.
- _____, “La subjetividad en la historia”, en *Revista Crítica*, núm. 36, 1988, pp. 17-22.
- _____ (comps.), *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, Cultura Popular, México, 1988.
- Pereyra, Carlos, “Gramsci: Estado y sociedad civil”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 21, 1979, pp. 66-74.
- Portantiero, Juan Carlos, *Los usos de Gramsci*, Folios, México, 1983.
- Vargas Lozano, Gabriel, “La revista *Dialéctica*, la UAP y la cultura de izquierda en México”, en *Crítica Jurídica. Revista Latinoamericana de Política, Filosofía y Derecho*, núm. 5, 1987, pp. 149-155.
- Vargas Lozano, Gabriel, y Roberto Hernández Oramas, “Veinticinco años de *Dialéctica*”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, año 6, núm. 14, 2001, pp. 132-139.

GRAMSCI EN LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS DE ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

César de Rosas

I

De la pluralidad y riqueza de marxismos que existen, Adolfo Sánchez Vázquez (ASV) y Antonio Gramsci pueden ser ubicados en el conjunto de autores que otorgan a la praxis un lugar central como categoría de sus reflexiones; al núcleo de sus propuestas ambos le han llamado filosofía de la praxis. A pesar de lo dicho, sus relaciones e intercambios teóricos no fueron estrechos, por ejemplo, Sánchez Vázquez fue amigo y colaborador del yugoslavo Grupo Praxis, y de Karel Kosík, pero no así de Gramsci o Lukács. Gabriel Vargas Lozano¹ ha realizado ya estudios comparativos sobre las filosofías de ASV y Gramsci, señalando las circunstancias de sus vidas y obras, sus parecidos y diferencias, así como la necesidad de realizar una síntesis de sus propuestas teórico-prácticas para la búsqueda de la transformación social contemporánea. Por mi parte, en este trabajo señalaré algunos elementos sobre la recepción del pensamiento del líder revolucionario italiano por parte del filósofo hispano-mexicano, mostrando la presencia del primero en la obra del segundo a través de sus principales obras y de las menciones que me parecen más importantes.

La pertinencia de hacer este estudio radica en la muy conocida influencia del pensamiento de Gramsci, así como la relevancia que tiene Adolfo Sánchez Vázquez para la historia de la filosofía en Iberoamérica y su lugar central para el marxismo a nivel mundial: maestro reconocido en diversas latitudes, recibió doce distinciones como doctor *honoris causa* por varias de las universidades más importantes en México, España, Argentina y Cuba, fue condecorado con la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio

¹ Gabriel Vargas Lozano, “Las filosofías de la praxis en Adolfo Sánchez Vázquez y Antonio Gramsci”, en Gustavo Leyva Martínez *et al.* (comps.), *Raíces en otra tierra. El legado de Adolfo Sánchez Vázquez*. 2013; Gabriel Vargas Lozano, “Los sentidos de la filosofía de la praxis”, en Gabriel Vargas Lozano (comp.), *En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez*.

por el gobierno español, entre muchos otros premios y reconocimientos. A su valor como pensador e investigador debemos sumar su labor como profesor formador de nuevas generaciones de intelectuales críticos a través de medio siglo, dando cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y muchas otras instituciones. Su producción teórica abarca más de una veintena de libros e innumerables artículos en revistas y periódicos.

Adolfo Sánchez Vázquez forma parte de ese gran “río español de sangre roja, / de generosa sangre desbordada” que, en voz de Pedro Garfias, significó el exilio español de 1939 en México, cuyos intelectuales desarrollaron una labor fundamental para la cultura en nuestro país y Latinoamérica con la creación de instituciones culturales y educativas, revistas, editoriales, así como con su labor de traducción y formación de estudiantes. En el caso del maestro gaditano, su aporte a la cultura se da básicamente en el terreno de la filosofía (estética, ontología, ética, filosofía política, filosofía de la historia y epistemología) y también en la crítica literaria, la poesía y la traducción. Para el marxismo, su valor radica en que planteó una interpretación original, profunda y crítica de los clásicos del materialismo histórico, que lo llevó a alejarse de la versión dominante dogmática del marxismo (Diamat), sin que por ello dejara de criticar a la sociedad capitalista. De ahí que en la actualidad su pensamiento siga vivo, siendo una inspiración para los sujetos que buscan alternativas al capitalismo, al igual que el de otros marxistas no ortodoxos como Antonio Gramsci.

Pero su obra no sólo tiene una relevancia teórica, sino también práctica. La filosofía de la praxis no es una filosofía académica en el sentido tradicional, pues su imperativo es colaborar con la transformación del mundo al que se encuentra vinculada. Con su pensamiento y acción, ASV incidió en la vida pública de México, a través de textos que buscaron defender e impulsar el proyecto de transformación de la sociedad. Muestras de esta influencia son los testimonios de personas que, durante las dictaduras argentina, española y chilena —y ante la crisis del marxismo—, encontraron un oasis de inspiración y congruencia en la filosofía de la praxis, al igual que lo hicieron en Cuba los jóvenes que apuntalaban la transformación social, discutiendo su propuesta de estética marxista y la teoría de la revolución, contribuyendo así a la orientación de la política artística en la isla e incidiendo en su proceso revolucionario.

Por otro lado, Sánchez Vázquez se vinculó a diversos movimientos políticos de izquierda y mantuvo siempre en sintonía su reflexión teórica con la realidad social, tanto nacional como internacional. Constantemente calibraba pensamiento y realidad, por ejemplo, al reflexionar sobre el

“socialismo real” y su derrumbe, o en torno a la Revolución cubana, sobre movimientos sociales como el estudiantil de 1968, el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional o, en sus últimos años de vida, sobre el movimiento popular que impulsó como candidato presidencial a Andrés Manuel López Obrador. Uno de los grandes méritos de ASV consistió en ser de los primeros en sostener que el “socialismo real” no era realmente socialismo, por lo que –al no haber existido aún y frente a la hegemonía del capitalismo– no podía descartarse esa posibilidad, aunque los esbirros de la clase dominante anunciaran el fin de la historia y la imposibilidad de superar la sociedad basada en la explotación.

Así pues, por el valor teórico-práctico del legado del maestro hispano-mexicano para la filosofía, la cultura y la política en México e Iberoamérica, así como para el marxismo, resulta interesante aclarar el tipo de recepción que tuvo del pensamiento de Antonio Gramsci, dada la importancia de sobra conocida que tiene el revolucionario italiano a nivel mundial y en América Latina. Pero, principalmente porque Sánchez Vázquez y Gramsci son dos polos que en su interrelación potencian el pensamiento crítico y estimulan la actividad revolucionaria.

//

Gramsci aparece citado desde la primera obra publicada por ASV, *Las ideas estéticas de Marx* (1965), a través de la antología titulada *Literatura y vida nacional*² publicada por la editorial Lautaro. La referencia hecha es con respecto a las relaciones complejas entre arte e ideología, apoyando la idea de que no es posible determinar una obra de arte por su contenido ideológico –como pretendió el realismo socialista–, pero tampoco vaciarla completamente de la influencia ideológica como si el arte fuera puro o desinteresado.³ Sánchez Vázquez, retomando y suscribiendo las palabras de Gramsci y Engels, sostiene que todo gran arte es “arte popular” y característicamente “tendencioso”, o sea, que plantea cierta posición frente al mundo. Oponiéndose a la postura dominante actual, que pretende abstraerlo de la realidad y separarlo de toda relación social o política, ASV sostiene que

² Antonio Gramsci, *Literatura y vida nacional*.

³ Adolfo Sánchez Vázquez, *Las ideas estéticas de Marx*, pp. 38-39.

el arte popular es expresión profunda de las aspiraciones e intereses del pueblo,⁴ en una fase histórica dada, y como tal mantiene cierta relación con la política, pero esta relación, por un lado, no es exterior –algo que se impone desde fuera– y, por otro, no es directa e inmediata. Por esta relación, la obra de arte es tendenciosa [...] Los teóricos más representativos de la estética idealista y burguesa de nuestro tiempo convierten en uno de los principios cardinales del arte moderno la gratuidad e irresponsabilidad. Sin embargo, [...] en todos los tiempos el arte verdaderamente popular ha estado siempre en contacto con la vida humana, con el pueblo y, por tanto, revela un profundo contenido ideológico.⁵

Esta tendencia es inevitable, según ASV, toda vez que desde que el hombre crea de forma artística, la sociedad se encuentra dividida en clases, lo cual, por otra parte, ha sido penosamente necesario para el propio desarrollo del arte. Lo interesante para nosotros en este momento es que el planteamiento gramsciano de “lo popular” ayuda a ASV a aclarar la idea del arte popular, al respecto dice que

podemos, por ello, suscribir las [...] palabras del gran marxista italiano Antonio Gramsci cuando trata de fijar el concepto de literatura popular [...]. Gramsci sostiene que la “belleza” no basta cuando no se halla encendida por un profundo contenido ideológico y moral. [...]. Pero, al descartar esa belleza sustantivada, al menos en una literatura verdaderamente popular, Gramsci se guarda muy bien de sustantivar, a su vez, el contenido en el sentido de que éste por sí solo

⁴ ASV maneja aquí un concepto de pueblo que define de la siguiente manera: “Las masas y el pueblo se diferencian radicalmente como lo cuantitativo y lo cualitativo, lo deshumanizado y lo humano, lo inerte y lo vivo, lo pasivo y lo activo creador. Cuando decimos pueblo, nos referimos al elemento vivo, fecundo y fecundante de la historia; a la fuerza motriz y creadora del desenvolvimiento histórico; y, por ello, no podemos identificarlo en modo alguno –en las sociedades divididas en clases– con la sociedad entera o con el conjunto de la población, y menos aún con el sector más hueco e inerte de ella –las masas cosificadas y despersonalizadas–. El pueblo no es tampoco una categoría general abstracta; en cada época tiene un contenido concreto. Históricamente, lo constituyen las clases y capas sociales que crean, con su actividad, los principales valores materiales y espirituales, y que, con su lucha contra la opresión y la explotación, aseguran, frente a las clases dominantes, la continuidad del desenvolvimiento histórico progresivo. A lo largo de la historia, la fuerza fundamental del pueblo, la sustancia popular, hay que buscarla en las clases trabajadoras, a las que hay que añadir las capas intelectuales y, en determinado periodo histórico, mientras es una clase ascensional, la burguesía. El pueblo es a lo largo del devenir histórico el fermento creador. Visto en esa perspectiva universal, él es, en definitiva, quien asegura, a través de un duro y complejo proceso de luchas en las que alternan victorias y reveses, ascensos y caídas, una afirmación sucesiva de lo humano” (*ibid.*, pp. 268-269).

⁵ *Ibid.*, pp. 265-266.

podiera bastarse para asegurar el carácter artístico-popular. Gramsci en este punto anda con pies de plomo, consciente tal vez, de que en el tan discutido problema de las relaciones entre contenido y forma han naufragado, en nombre del marxismo, las mejores intenciones. [...]. El arte y la política tienen ritmos distintos, y de ahí la necesidad –como señala Gramsci– de no transformar el criterio político en artístico.⁶

Lo anteriormente dicho, por cierto, encontrará su aplicación en la filosofía de la praxis de Sánchez Vázquez, y será también válido en el nivel de las ciencias y de la filosofía en su relación con la ideología.

Para el maestro gaditano, es mediante los grandes artistas que un pueblo produce, encuentra voces para su expresión, y ésta es a su vez propia de su circunstancia, es decir, autóctona, nacional, y, al mismo tiempo, universal. Recordando el beneplácito de Antonio Machado ante una fuerte relación entre arte y pueblo, nos dice que

Gramsci y Machado coinciden así, desde situaciones vitales distintas. El primero, separado físicamente de su pueblo, desde la celda oscura de una prisión que iba labrando su muerte; el segundo, mano a mano con él, en la tierra tensa y en llamas de España en la que el pueblo defiende su destino. [...] Marx habría suscrito sin reparos las palabras antes citadas de Machado y Gramsci sobre un arte verdaderamente popular, sin cerrar, por ello, sus ojos a otros campos, pues, en definitiva, para Marx el arte era, en todas sus manifestaciones, una prueba siempre viva de la existencia creadora del hombre. Pero allí donde se requiere que el arte cale profundamente en su tiempo y sea expresión auténtica de un pueblo o una nación, el arte no puede dejar de ser verdaderamente popular.⁷

Siguiendo este tópico de las interrelaciones entre la producción artística e intelectual con la base social de la que surge, Vargas Lozano señala que

otro ejemplo en Gramsci, y que es aludido por Sánchez Vázquez, pero no en forma amplia, es el de la transformación de una teoría en opinión común del pueblo. La filosofía deja de ser concepción de especialistas y se transforma en ideología, se encarna en las masas. Y como se sabe, este es el punto de partida de *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*.⁸

⁶ *Ibid.*, pp. 264-265 y 267.

⁷ *Ibid.* 271.

⁸ Gabriel Vargas Lozano, “Los sentidos de la filosofía de la praxis”, *op. cit.*, p. 280.

Para el pensador hispano-mexicano son, pues, de mucha utilidad las reflexiones gramscianas porque apuntalan su deslinde con respecto a la camisa de fuerza del realismo socialista, pues, aunque a éste lo reconoce como una corriente estética fundamental, no la supone única, dado que pone la mayor relevancia en la actividad creativa transformadora del ser humano. Podemos observar que tiene una cierta fuerza, aunque ambigua, la lectura de Gramsci en su rompimiento con el realismo socialista y el materialismo dialéctico, que todavía estaban presentes en su tesis de maestría “Conciencia y realidad en la obra de arte” (1955).⁹ Es decir, Gramsci sí fue relevante para el paso de su tesis a *Las ideas estéticas de Marx*, además de la evidente y muy conocida influencia de la lectura de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* de Marx.

En la obra más importante de ASV, *Filosofía de la praxis* (1967, 1980 y 2003),¹⁰ se hace referencia a las ediciones de los textos gramscianos: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*,¹¹ *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*¹² y al artículo “La rivoluzione contro il ‘Capitale’”.¹³ Además, introduce un brevísimo apartado dedicado al revolucionario italiano en el que aclara sus relaciones con respecto a la idea de “filosofía de la praxis”, así como su relevancia para su proyecto y los objetivos que se plantea. Así, señala que

la praxis es para Gramsci la categoría central porque para él lo que existe, como resultado de la acción transformadora de los hombres, es praxis. Ella es para Gramsci la única realidad (de ahí su “inmanentismo absoluto”), realidad que asimismo se halla sujeta a un constante devenir, razón por la cual se identifica con la historia (de ahí también su “historicismo absoluto”). Finalmente, en cuanto que esa historia es la historia de la autoproducción del hombre, Gramsci califica su filosofía de *humanismo*. [...] Algunos han querido ver en esta denominación gramsciana una expresión ocasional impuesta por la necesidad de eludir

⁹ Tesis de maestría en Filosofía, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UNAM en 1955. Publicada, al parecer sin el consentimiento de ASV en *La Universidad. Órgano científico-sociocultural de la Universidad de El Salvador*, núm. 2, marzo-abril, 1965, año XC, San Salvador, Editorial Universitaria, recuperado de <<http://revistas.ues.edu.sv/index.php/launiversidad/issue/viewIssue/163/235>>.

¹⁰ Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*.

¹¹ Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*.

¹² Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, 1962.

¹³ Antonio Gramsci, “La rivoluzione contro il ‘Capitale’”, en *Rinascita*, vol. XIV, núm. 4, abril de 1957.

la censura en sus escritos de la cárcel. Pero aunque este motivo circunstancial haya existido es indudable que Gramsci sustituyó la palabra “marxismo” con la denominación que mejor correspondía a su modo de concebirlo. Con ella quería subrayar precisamente la oposición del marxismo tanto al materialismo mecanicista como a la filosofía especulativa en general, desligada de la historia real y de la actividad práctica humana, particularmente la política. En pocas palabras, pretendía acentuar el papel del factor subjetivo en la historia real, de la conciencia y la actividad revolucionaria de los proletarios y, al destacar ese papel de la subjetividad, reaccionaba contra un marxismo “perezoso” que transformaba el papel de los factores objetivos y, particularmente, el desarrollo de las fuerzas productivas, en la negación del papel de la actividad práctica revolucionaria, lo que se traducía en el más vulgar reformismo y oportunismo.¹⁴

Básicamente, Sánchez Vázquez está de acuerdo con Gramsci en señalar el gran valor de los aspectos subjetivos en el proceso de transformación social, pero manteniéndolos en equilibrio con los elementos objetivos, lo cual fue muy importante para el planteamiento que hizo sobre las relaciones entre ciencia, filosofía e ideología (motivo del famoso e interminable debate con Luis Villoro), y en su consideración del marxismo como una teoría condicionada históricamente, que presenta un alto contenido ideológico pero con pretensiones de verdad y conocimiento, es decir, fundamentada científicamente. Por ello, el maestro gaditano resume que

podemos, pues, mantener la caracterización del marxismo como *filosofía de la praxis* sin hacernos solidarios de los equívocos o limitaciones que pueda albergar esta expresión, si sólo se ve en ella el reverso de un marxismo cientificista y mecanicista. Pero de lo que se trata ahora es de rescatar el rico contenido que Marx vertió en la categoría de praxis, rescate al que contribuyen hoy investigadores marxistas de diferentes países, y al que aspira a contribuir la presente obra¹⁵ (cursivas del original).

Finalmente, también con respecto al tema del uso de la violencia, tanto la revolucionaria como la coercitiva por parte del Estado, ASV reconoce¹⁶ el aporte de “Nino” al rescatar la noción de la hegemonía, es decir, retoma la idea de la necesidad del consenso para el mantenimiento de control por parte del grupo dominante en una sociedad. Esto también tiene implicaciones importantes porque el filósofo exiliado propondrá que el uso de la

¹⁴ Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*, p. 66.

¹⁵ *Ibid.*, 67.

¹⁶ *Ibid.*, 469.

violencia revolucionaria debe ser reservado para casos extremos en que las vías de lucha estén completamente cerradas, privilegiando así aquellas que optan por la vía pacífica, en la medida de lo posible, pero con la clara consciencia de que la violencia es inevitable, pues los grupos dominantes no abandonarán sus privilegios de manera razonable sino que, en un momento dado, la confrontación no se podrá postergar.

En los últimos años de su vida, ASV hizo un balance sobre el desarrollo de su filosofía de la praxis y del contexto teórico y político en el que se gestó. En dicho análisis señala el lugar que tuvo el revolucionario italiano, al respecto recuerda que

en los años cincuentas y sesentas del siglo XX, aunque con las excepciones del Lukács de *Historia y conciencia de clase*, de Lenin en sus *Cuadernos filosóficos*, y de Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*, lo que domina como doctrina oficial, ortodoxa, es, en el terreno de la filosofía, el materialismo dialéctico o materialismo ontológico, o más bien metafísico. Instalada en el plano tradicional criticado por Marx en su famosa tesis XI, esta doctrina responde al problema fundamental planteado en el plano ontológico según el cual el principio o fundamento de todo lo existente es la materia en su devenir dialéctico. Ese materialismo dialéctico invierte así el idealismo absoluto dialéctico de Hegel. [...] Pero, aunque la importancia de la praxis [...] –como objeto teórico y como actividad práctica, particularmente la política revolucionaria en la que se integra la teoría– ya había sido señalada por marxistas como Lukács, Lenin y Gramsci, faltaba en el marxismo un estudio sistemático de la praxis, de su naturaleza, relaciones y formas fundamentales. Y esta falta es la que se trata de reparar en la segunda parte del libro [*Filosofía de la praxis*].¹⁷

Aunque, como reconocerá él mismo, en su obra fundamental hay un “huevo esencial”¹⁸ con respecto a Labriola y Antonio Gramsci, sí hay cierta influencia en el origen de su *Filosofía de la praxis* –además, obviamente, de Marx– del joven Lukács, Karl Korsch, Henri Lefebvre y del marxismo italiano, pero en mucho menor medida de Gramsci, pues, para el maestro gaditano, lo que habría más bien son desarrollos paralelos,

había, en verdad, una influencia un tanto general, un tanto vaga, dado que yo tenía cierta idea del pensamiento de Gramsci; pero en realidad cuando empecé a elaborar mi *Filosofía de la praxis* no tenía un contacto directo con su obra; así,

¹⁷ Adolfo Sánchez Vázquez, *Una trayectoria intelectual comprometida*, pp. 65 y 70.

¹⁸ Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*, p. 13.

pues, no pude beneficiarme de la aportación que ya representaba Gramsci, en la elaboración de mi obra, sobre todo en la primera edición.¹⁹

ASV afirma seguir una raíz filosófica iniciada por el joven Marx, de la que él es continuador, y que cuenta entre sus desarrollos el aporte del revolucionario italiano:

Ciertamente, la filosofía de la praxis se opone a la doctrina filosófica del *Dia-Mat* soviético que dominaba en los países del “socialismo real” y el eje de esta contraposición estaba en el rechazo de su materialismo ontológico o nueva metafísica materialista que elevaba al primer plano el problema de las relaciones entre el espíritu y la materia, y no el de la transformación práctica, efectiva, del mundo, como declaraba Marx en su *Tesis XI* sobre *Feuerbach*. En este sentido y, de acuerdo con esa Tesis, esa doctrina se convertía en una más de las filosofías que se limitan a interpretar el mundo. En oposición a ella, la filosofía de la praxis no sólo hace de ésta su objeto de reflexión, sino que a la vez –como teoría– aspira a insertarse en el proceso práctico de transformación. En este aspecto, arranca del joven Marx, explora un terreno ya roturado por Lukács (en *Historia y conciencia de clase*), Korsch y Gramsci. Sin dejar de expresar sus diferencias con ellos, la línea que esbozan es la que se sigue en el libro. Por lo que toca más especialmente a Gramsci, su aportación es importantísima y merecía, reconozco, una mayor atención que la que se le presta en mi libro, tanto por lo que se refiere a mis diferencias con él como a sus coincidencias mayores éstas que aquéllas. Esta intención puede explicarse por la tardía recepción de su obra en América Latina; sin embargo, en mi *Filosofía de la praxis*, se hace presente tanto en la primera como en su segunda edición. No obstante la brevedad e insuficiencia de las referencias a Gramsci, valoro en alto grado el significado teórico y práctico que para él tiene la praxis como categoría filosófica fundamental frente a la restauración del viejo materialismo que lleva a cabo Bujarin. Pero la aportación gramsciana va mucho más allá de esto, al introducir conceptos nuevos y fundamentales en el terreno de la filosofía política, que están ausentes en mi libro.²⁰

¹⁹ Diana Fuentes, “Entrevista con Adolfo Sánchez Vázquez”, en *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, núm. 26, 2014, p. 78. Entrevista concedida el 31 de marzo de 2004. Por otro lado, en otra entrevista del mismo año, acepta que “influyeron en cierto modo” sin más, varios autores, entre ellos, la lectura de Gramsci (Olga Fernández, “Adolfo Sánchez Vázquez. Filósofo hispanoamericano”, entrevista para *Videoteca Contracorriente* del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos).

²⁰ Gabriel Vargas Lozano, “La persistencia del marxismo (Entrevista con Adolfo Sánchez Vázquez)”, en *Revista Internacional de Filosofía Política*, núm. 7, 1996, p. 188.

Ejemplo de la valoración teórico-práctica de “Nino” Gramsci por ASV es el texto que elaboró en su madurez: “Para leer a Gramsci en el siglo XXI” (1997). En él, Sánchez Vázquez resalta las coincidencias más importantes con el revolucionario sardo. ASV y Gramsci entienden al núcleo de marxismo como “filosofía de la praxis” porque consideran a la actividad humana, especialmente a la política, como el elemento que transforma la realidad dada y no someten al ser humano a la determinación de las condiciones objetivas. Esto es relevante para el maestro gaditano, pues uno de los objetivos centrales que le preocuparon durante toda su vida fue la reivindicación de la práctica política –frente al desprestigio en el que se encuentra– como dimensión fundamental del ser humano transformador (ontocreador). En tanto Gramsci se opuso al marxismo ortodoxo cientificista de la Segunda Internacional, que difumina la subjetividad frente a la objetividad:

Puesto que para Gramsci la realidad sólo existe en su relación con el hombre como historia, esta relación entre hombre, realidad e historia le permite caracterizar a su filosofía como: *a) historicismo absoluto* (toda realidad es histórica), *b) humanismo* (el hombre produce esa realidad) y *c) inmanentismo absoluto* (no hay principio trascendente al hombre).

Gramsci llama a esta filosofía, no casualmente, filosofía de la praxis, pues es la praxis o la actividad del hombre lo que constituye la realidad. La realidad al margen de la praxis humana es una abstracción.²¹ (Cursivas del original).

Así también la actividad filosófica es vista por el marxista italiano como la revolución filosófica operada por Marx, en que dicha disciplina se ubica en una relación fuerte con la intención de transformar la realidad y no sólo pensarla. En todo lo anterior radica el valor del aporte de Gramsci a la filosofía, a decir de ASV.

Ahora, sobre la valía del pensamiento gramsciano para la política, se encuentra la consideración del Estado como una posición a disputar, no como el fin de la lucha revolucionaria, por tanto, ésta se caracteriza por ser un proceso gradual y constante, no como un triunfo de un solo golpe; sin caer, por otro lado, en el mero reformismo. Sánchez Vázquez considera la teoría de la hegemonía gramsciana –y su insistencia y profundización en la necesidad del combate en el terreno ideológico– y la búsqueda del con-

²¹ Adolfo Sánchez Vázquez, “Para leer a Gramsci en el siglo XXI”, en *De Marx al marxismo en América Latina*, pp. 100-101. Este texto data del año de 1997, cuando fue presentado como ponencia en un seminario sobre Antonio Gramsci organizado por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, de esta ponencia publicó una versión previa con ligeras variantes y título distinto: Adolfo Sánchez Vázquez, *Gramsci 1*.

senso como contribuciones de una importancia fundamental. Así, en otro texto de la misma época que su conferencia sobre Gramsci, sostiene que

a partir de las aportaciones de Marx, pero más allá de él, así como de las –tardíamente conocidas– de Gramsci, y tomando en cuenta la experiencia histórica de las sociedades seudo-socialistas de los países del Este europeo y del movimiento comunista fuera de ellos, el marxismo como filosofía de la praxis rescata la unidad de socialismo y democracia en los tres planos antes mencionados. Rescatarla significa admitir respectivamente: *a)* que no se trata de tomar el poder, sino de alcanzarlo como fruto de la hegemonía de las fuerzas políticas y sociales (o “bloque histórico”, según Gramsci) interesadas y comprometidas con el cambio; de la obtención del consenso social o, en términos gramscianos, de la lucha política y la “reforma intelectual y moral” que hay que librar ya antes de alcanzarlo; *b)* que el sujeto plural del cambio a una sociedad verdaderamente democrática como la socialista, sólo puede serlo si él mismo practica la democracia en sus relaciones externas e internas; y *c)* que el proyecto de sociedad socialista incluye necesariamente la democracia, pero una democracia que lejos de limitarse a su forma política, se extiende a todas las esferas de la vida social.

Finalmente, hay que insistir una vez más en que, aun dándose las condiciones y mediaciones necesarias para la realización del proyecto socialista, el socialismo no es inevitable, ya que su realidad no se halla garantizada por las “leyes” de la historia ni por la necesidad y posibilidad de que se alcance, ni tampoco por los valores de justicia, igualdad y libertad que lo hacen deseable. Pero si esto es así, frente al error, la incertidumbre o el fracaso posibles, hay que introducir la mayor racionalidad en la práctica, sometiendo para ello los resultados obtenidos a un examen y a una crítica constantes, sin que este examen y esta crítica sean privilegio de un individuo, un partido o una clase social.²²

No obstante, sus coincidencias, como ya se ve en lo anteriormente dicho, dentro de sus diferencias fundamentales, ASV señala su desacuerdo frente a la concepción gramsciana del partido como “Príncipe moderno” o “intelectual colectivo”. Sánchez Vázquez privilegia una participación más abierta y libre, consciente, reflexiva y (auto)crítica, así como democrática en forma amplia. Aunque Gramsci estaría de acuerdo en general con esto último, sostiene la centralidad del partido por la influencia de Lenin.

²² Adolfo Sánchez Vázquez, “La filosofía de la praxis”, en Fernando Quesada (ed.), *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*. Volumen 13. *Filosofía política 1. Ideas políticas y movimientos sociales*, pp. 27-28.

En cuanto que Gramsci no rebasa este aspecto fundamental del leninismo, no puede dejar de compartir con él su caducidad, dictada por dos elementos: 1) la exterioridad del partido con respecto a la clase y a las condiciones históricas, y 2) la consecuencia de la exterioridad, de su privilegio epistemológico, o sea, la transformación de esta dirección del partido en una dirección autoritaria (digamos antidemocrática).²³

Además, el maestro hispano-mexicano difiere de Gramsci en la consideración del “socialismo real” como verdadero socialismo. Mientras que el filósofo de la praxis italiano atribuiría los problemas que enfrentó dicha formación social a una mala estrategia de la dirigencia, en su lugar, ASV puso en duda su estatuto de “socialismo” pues, para él, la Unión Soviética fue una sociedad en tránsito al socialismo que sufrió una paulatina degradación, en la que la creciente falta de democracia y la imposición de los intereses de la burocracia dirigente por sobre los del grueso de la población, tuvieron un efecto altamente nocivo en su disolución, entre otros factores.

Finalmente, un punto en el que se separan es en la idea de Gramsci del “historicismo absoluto”, que en la lectura de ASV significa que toda realidad es histórica, que se encuentra atravesada por aspectos subjetivos (actividad concreta del ser humano), pero que, como consecuencia puede llevar a excesos que menguan la importancia de la relación dialéctica que, a decir de Sánchez Vázquez, tienen con los factores objetivos (condiciones sociales, políticas y, fundamentalmente, económicas).

Sin haber agotado aquí de ninguna manera las menciones explícitas a la vida revolucionaria y obra de Gramsci hechas por ASV, debo decir que existen de igual manera muchos señalamientos implícitos, de los que se vuelve muy complicada –y hasta ociosa– la especulación de su presencia. No obstante, sobre los temas relacionados con la generación del consenso en la sociedad, el papel del Estado y la función de los intelectuales, hay que indicar que en la *Ética* (1969)²⁴ de ASV existen diversos pasajes en los que es posible escuchar la voz de Gramsci con un eco que resuena hasta *Ética y política* (2007),²⁵ sobre todo en las consideraciones de Sánchez Vázquez en torno a la relevancia de la moral y sus relaciones con la política para el mantenimiento del control y dirección de la sociedad por la burguesía y, por ende, en su propuesta sobre la necesidad de construir

²³ Adolfo Sánchez Vázquez, “Para leer a Gramsci en el siglo XXI”, *op. cit.*, p. 106.

²⁴ Adolfo Sánchez Vázquez, *Ética*, pp. 83 y 188, por ejemplo.

²⁵ Adolfo Sánchez Vázquez, *Ética y política*, p. 122, por ejemplo, donde menciona a Gramsci como uno de los antecedentes de su interpretación del marxismo como filosofía de la praxis.

y oponer una moralidad distinta, propia de los grupos subalternos que se planteen la creación de una sociedad alternativa, es decir, una moralidad de raigambre marxiana, en cuyo sustento y combate frente a la visión del mundo hegemónica es central la participación y compromiso político de los intelectuales.

///

Sánchez Vázquez, como la mayoría de su generación, trabajó sobre los textos en las ediciones argentinas derivadas de las versiones italianas parciales y sólo pudo consultar los *Quaderni* en su edición crítica hasta que ya estaban publicadas sus obras fundamentales. También —como se desprende de la visita que hemos realizado un grupo de compañeros dirigidos por Diana Fuentes a su acervo bibliográfico donado al fondo reservado de la Biblioteca Samuel Ramos de la FFyL de la UNAM— tuvo acceso a materiales en italiano, castellano y francés elaborados en las décadas de los años cincuenta y sesenta. A diferencia de, por ejemplo, la *Dialéctica de lo concreto* del filósofo checoslovaco Karel Kosík —obra que fue traducida por ASV en 1967 a partir de la edición italiana²⁶—, los *Cuadernos de la cárcel* en su versión definitiva²⁷ no figuran en el acervo sino en la edición castellana de la editorial Era.²⁸ Ése es, pues, el material con el que recibió el pensamiento gramsciano.

Otra inclusión de Antonio Gramsci por parte de Sánchez Vázquez que no está de más recordar, es la selección de algunos fragmentos de textos en su antología de *Estética y marxismo*, publicada por Era en dos tomos en 1970.²⁹ Dichas menciones están relacionadas con los señalamientos puntuales sobre Gramsci que hace ASV en sus obras, en torno a temas como el contenido y la forma en la obra de arte, así como la diferencia entre los criterios político y artístico en la evaluación de una obra.³⁰

Así, podemos ver que existen una serie de coincidencias entre diversos planteamientos sobre muy variados temas, también una recepción importante de ideas sueltas. Sin embargo, ASV no profundiza en los aportes

²⁶ Karel Kosík, *Dialettica del concreto*.

²⁷ Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, editado por Valentino Gerratana.

²⁸ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*.

²⁹ Adolfo Sánchez Vázquez, *Estética y marxismo*, 2 t.

³⁰ La fuente de la que extrae los textos de Gramsci para su antología es Antonio Gramsci, *Cultura y literatura*, selección, prólogo y traducción de Jordi Solé Tura.

teóricos del revolucionario italiano ni hace un estudio sistemático de su fragmentaria obra, como sí lo hace con autores como Lenin, Althusser o el joven Marx. El filósofo gaditano caracteriza así su vínculo con el líder revolucionario italiano:

Quisiera decir algo sobre mi relación –yo diría, personal– con el pensamiento, con la filosofía de Gramsci. Por razones de todos conocidas, el conocimiento del pensamiento de Gramsci fue tardío, en general, para los marxistas de nuestro tiempo y, en particular, para los marxistas de América Latina. Incluso yo, que me considero que desde el punto de vista de la concepción del marxismo me sitúo en posiciones enmarcadas por las grandes líneas de pensamiento de Gramsci, en realidad, cuando yo escribí lo que fue la primera edición de mi libro *Filosofía de la praxis*, en realidad yo no pude beneficiarme plenamente por no disponer de este conocimiento del pensamiento de Gramsci. Y cuando empecé a leer a Gramsci, con detenimiento, fue para mí o tuvo para mí el carácter de un verdadero deslumbramiento, tomando en cuenta el tipo de marxismo en que nos movíamos en aquellos tiempos. No me considero, sin embargo –no obstante esta admiración y estas coincidencias fundamentales con el pensamiento de Gramsci– no me considero un especialista de Gramsci [...].³¹

IV

En este breve recorrido, podemos ver que la recepción de Gramsci por parte de ASV es ciertamente ambigua: por un lado, retoma ideas sueltas y comparte algunas temáticas que datan de la época de rompimiento de ASV con el Diamat, sin embargo, nunca profundiza en la obra gramsciana como sí lo hace con el joven Marx, y es hasta que las obras principales de Sánchez Vázquez ya están publicadas que tiene un conocimiento más amplio del revolucionario italiano.

Las filosofías de la praxis de ambos autores son desarrollos paralelos que, no obstante, construyen elementos complementarios de suma importancia para los individuos y grupos que buscan la transformación social hacia una alternativa al capitalismo. Es importante recordar algunas características comunes de ambos pensadores y militantes revolucionarios,

³¹ Adolfo Sánchez Vázquez, *Gramsci I*, video de la conferencia magistral dictada por ASV, que hemos citado antes y que después fue republicada con el título “Para leer a Gramsci en el siglo XXI”. Sin embargo, estas palabras no fueron recogidas en las dos versiones del texto porque se trata de un comentario previo a la lectura de la conferencia.

como su combate incansable contra el fascismo, su ejemplar compromiso intelectual y práctico no dogmático, marcado por su carga crítica y auto-crítica y, por consiguiente, su reivindicación de la participación consciente y cada vez más informada del proletariado en la transformación de la realidad, no como masa, sino como pueblo, como ese elemento fértil y creativo de la sociedad. Característica esta última que comparten nuestros filósofos de la praxis, reflejo de su congruencia teórico-práctica, que recuerda lo que al respecto decía Freire sobre este tipo de individuos excepcionales: “Un revolucionario se reconoce más por su creencia en el pueblo que lo compromete que por mil acciones llevadas a cabo sin él”.³²

Bibliografía

- Fernández, Olga, “Adolfo Sánchez Vázquez. Filósofo hispanoamericano”, en Entrevista para la Videoteca Contracorriente del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos, 2004.
- Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI, México, 2005.
- Fuentes, Diana, “Entrevista con Adolfo Sánchez Vázquez”, en *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, núm. 26, Facultad de Filosofía y Letras (FFyL)-Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2014, pp. 77-83.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 1981-2000.
- Kosík, Karel, *Dialéctica de lo concreto. (Estudio sobre los problemas del hombre y el mundo)*, Grijalbo, México, 1967.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, “Conciencia y realidad en la obra de arte”, tesis de maestría en Filosofía, FFyL-UNAM, 1955.
- _____, *Estética y marxismo*, tomo II, Era, México, 1970.
- _____, *Las ideas estéticas de Marx*, Era, México, 1976.
- _____, *Ética*, Grijalbo, México, 1981.
- _____, *Gramsci I*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM, México, 1999, extraído de Colección: Videoteca en Ciencias y Humanidades. Serie: Clásicos. Video: VHS, 53 min., color.
- _____, “Para leer a Gramsci en el siglo XXI”, en *De Marx al marxismo en América Latina*, Itaca, México, 2000, pp. 97-110.

³² Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, p. 63.

- _____, “La filosofía de la praxis”, en Fernando Quesada (ed.), *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*. Volumen 13. *Filosofía política I. Ideas políticas y movimientos sociales*, Trotta / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2002, pp. 17-35.
- _____, *Filosofía de la praxis*, Siglo XXI, México, 2003.
- _____, *Una trayectoria intelectual comprometida*, FFyL-UNAM, México, 2006.
- _____, *Ética y política*, Fondo de Cultura Económica / FFyL-UNAM, México, 2007.
- Vargas Lozano, Gabriel, “Los sentidos de la filosofía de la praxis”, en Gabriel Vargas Lozano (comp.), *En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez*, FFyL-UNAM, México, 1995, pp. 267-282.
- _____, “La persistencia del marxismo (Entrevista con Adolfo Sánchez Vázquez)”, en *Revista Internacional de Filosofía Política*, núm. 7, Universidad Nacional de Educación a Distancia / Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), 1996, pp. 185-194, recuperado de <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-1996-7-837F7D-DC-83D7-73FF-9FD4-D74CDB043C0F&dsID=persistencia_marxismo.pdf>.
- _____, “Las filosofías de la praxis en Adolfo Sánchez Vázquez y Antonio Gramsci”, en Gustavo Leyva Martínez, Sergio Pérez Cortés, Jorge Rendón Alarcón y Gabriel Vargas Lozano (comps.), *Raíces en otra tierra. El legado de Adolfo Sánchez Vázquez*, UAM / Era, México, 2013, pp. 120-131.

Algunas fuentes citadas por Adolfo Sánchez Vázquez sobre Antonio Gramsci

- Gramsci, Antonio, “La rivoluzione contro il ‘Capitale’”, en *Rinascita*, año XIV, núm. 4, 1957, pp. 146-147, recuperado de <<http://bibliotecaginobianco.it/flip/RIN/14/0400/#12>>.
- _____, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Lautaro, Buenos Aires, 1958.
- _____, *Literatura y vida nacional*, Lautaro, Buenos Aires, 1961.
- _____, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Lautaro, Buenos Aires, 1962.
- _____, *Cultura y literatura*, selección, prólogo y traducción de Jordi Solé Tura, Península, Barcelona, 1967.

DEMOCRACIA Y HEGEMONÍA

GRAMSCI EN LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA DE PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

Mario Arellano

Son pocas las ocasiones en que la obra de un autor define una época en el desarrollo de su disciplina; la profunda reflexión sobre la realidad mexicana y latinoamericana llevada a cabo por Pablo González Casanova (PGC) es una de éstas. En efecto, desde obras tempranas como *La democracia en México* (1965) o *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales* (1977) encontramos un esfuerzo por fundamentar un análisis sociológico de los problemas nacionales —contrario a la interpretación jurídica antes imperante—, abriendo una agenda de investigación que brindó soporte identitario a la naciente sociología en México.¹

Asumiendo al marxismo como horizonte de inteligibilidad, sus consideraciones sobre el Estado, los partidos políticos, los sindicatos, la explotación, el coloniaje, el imperialismo, la modernización, las luchas de liberación, entre otros, le permitieron establecer un diálogo con diversas corrientes de la teoría sociológica. A través de ello, las reflexiones de PGC sobre el poder y la política en el escenario mexicano de la segunda mitad del siglo XX constituyen una aguda reflexión coyuntural que, sin embargo, no deja de tener implicaciones de alcance teórico.

A lo largo de sus escritos encontramos transversalmente una relectura y una redefinición de problemas cardinales de la teoría política marxista, como las clases sociales, el partido y la vanguardia, la hegemonía, la autonomía o la “cuestión nacional”. Es en este tenor que el pensamiento de Antonio Gramsci marcará hondamente el desarrollo intelectual del sociólogo mexicano.

A mediados del siglo XX, el joven Pablo González Casanova recibe los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci de parte del destacado intelectual y político marxista Vicente Lombardo Toledano, obra que estudió en

¹ Fernando Castañeda, “*La democracia en México* de Pablo González Casanova”, en Verónica Camero y Alfredo Andrade (coords.), *Precursores de la sociología moderna en México*.

un contexto en que el marxismo llegaba a través de los escritos del existencialismo francés, el reformismo socialdemócrata y la ortodoxia del socialismo realmente existente.

El crítico texto del nacido en Cerdeña, publicado en italiano por la editorial Einaudi, produjo una combinación de ideas que marcó los intereses y la perspectiva analítica que PGC mantendrá a lo largo de su producción política y académica.

Después de estudiar historia en El Colegio de México con una planta docente de primer nivel (Agustín Yáñez, José Gaos, Alfonso Reyes, etcétera), PGC viajó a Francia donde, a pesar de cursar el doctorado en Sociología, incursionó en la filosofía y el marxismo, manteniendo una relación cercana con Fernand Braudel y accediendo a los círculos intelectuales más avanzados del país gallo. A su regreso a México, combinó el trabajo institucional como rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales y el Instituto de Investigaciones Sociales, con la investigación en diversas áreas de la sociología política y el apoyo a proyectos revolucionarios como el del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en los años setenta y ochenta, o bien el Ejército Zapatista de Liberación Nacional desde los años noventa.

De formación heterodoxa, PGC ha dedicado sus esfuerzos a desarrollar una sociología que abone a la “investigación histórica que explica las estructuras de la sociedad, los factores de poder de un sistema político, o los tipos de relaciones sociales entre naciones y clases”.²

Reivindicando la pertinencia y validez de los aportes teóricos y, sobre todo, metodológicos que ha dado el marxismo para la explicación histórica de los problemas antes mencionados, encontramos en su obra una influencia de las reflexiones de Gramsci cuya relevancia no ha sido ponderada suficientemente. Por lo tanto, el objetivo del presente texto es identificar aquellos derroteros de reflexión gramsciana que se encuentran de forma explícita o implícita en la obra del sociólogo PGC, tomando como ejes sus elaboraciones sobre los conceptos de democracia y hegemonía.

En el primer apartado exploramos el interesante análisis de PGC sobre el desarrollo de las luchas nacionales latinoamericanas en relación con la consigna democrática; en el segundo apartado nos enfocamos en sus consideraciones sobre el objetivo, el formato y la composición subjetiva de dichas luchas; y concluimos el ensayo apuntando una hipótesis de lectura

² Jaime Torres Guillén, “La imaginación sociológica de Pablo González Casanova”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 79, núm. 1, p. 181.

sobre la relevancia histórica del trabajo de recepción de Gramsci realizado por PGC en el contexto de la izquierda mexicana.

Democracia y socialismo en América Latina: sobre la cuestión nacional

El pensamiento de Gramsci fue fundamental para el desarrollo teórico y político del sociólogo mexicano, al punto de reconocer que “en el marxismo me interesé por Gramsci [...] fue él quien me acercó con su indiscutible liderazgo intelectual a un nuevo planteamiento de la democracia”.³ Y en efecto, la lectura de las notas de Gramsci en la cárcel lo estimuló a proponer un concepto de democracia distinto al que imperaba en las formulaciones marxistas ortodoxas, liberales y socialdemócratas.

Según PGC, el planteamiento liberal de la democracia ensayado en América Latina tenía como trasfondo intereses intervencionistas que permitieran procesos de expansión neocolonial en las periferias para beneficiar a los centros capitalistas, a la hegemonía estadounidense y a las instituciones transnacionales como el Fondo Monetario Internacional.

Ciertamente, para asegurar sus propios ciclos de acumulación de capital, el imperialismo practicaba, por un lado, políticas represivas de exterminio y censura, y por otro, políticas conciliadoras con reformas sociales y democracias controladas. La democracia se limitaba a dinámicas de representatividad que legitimaban las acciones subordinantes hacia el pueblo y la nación, ocultando las características propias de las sociedades latinoamericanas inmersas en dinámicas de dependencia y explotación:

Cada vez estamos más acostumbrados a hablar de la democracia olvidándonos de la dependencia, del imperio, del imperialismo que reprime a los pueblos, a las naciones. Cada vez estamos más acostumbrados a hablar de la democracia sin referirnos a la represión que ejercen los propietarios contra los no propietarios; de la democracia sin la represión al consumo.⁴

De ahí que en América Latina lo más importante no sea el proyecto en cuanto tal sino el sujeto que lo enuncia y sustenta prácticamente; si el

³ Pablo González Casanova, “Proceso de análisis e investigación: autopercepción intelectual de un proceso histórico”, en *De la sociología del poder a la sociología de la explotación. Pensar América Latina en el siglo XXI*, p. 66.

⁴ Pablo González Casanova, “Cuando hablamos de democracia, ¿de qué hablamos?”, en *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina*, p. 333.

programa democrático busca ser llevado a cabo por la oligarquía conservadora, no es realmente un programa democrático, la única democracia auténtica es aquella que afirman los grupos revolucionarios.

Ahora bien, entre las definiciones estratégicas de la democracia que plantean las fuerzas contestatarias, PGC identifica por lo menos dos vertientes: la primera considera a la contienda democrática como un proyecto necesariamente burgués y, por lo tanto, apuesta a un camino directo e inmediato a la revolución socialista para poder revertir las relaciones desiguales a nivel nacional y global; la segunda considera, por el contrario, que teniendo en cuenta la condición histórica de los países periféricos, la lucha por la democracia y la liberación nacional es una parte y un pasaje necesario para profundizar la participación popular en el proceso de construcción de un sistema socialista. Es en esta última postura en la que se enmarca el aporte central de PGC.

Es el propio Gramsci quien permite fundamentar esta posición sobre la mediación nacional del internacionalismo socialista; en la nota 68 del cuaderno 14 nos dice que

según la filosofía de la praxis (en su manifestación política) [...] la situación internacional debe ser considerada en su aspecto nacional. Realmente la relación “nacional” es el resultado de una combinación “original” única (en cierto sentido) que en esta originalidad y unicidad debe ser comprendida y concebida si se quiere dominarla y dirigirla. Ciertamente el desarrollo va hacia el internacionalismo, pero el punto de partida es “nacional” y de este punto de partida es que hay que iniciar el movimiento.⁵

Esta aseveración del marxista italiano sobre la cuestión nacional es recuperada por PGC en *La hegemonía del pueblo*,⁶ demostrando su vigencia para la situación de los países “no desarrollados” o periféricos en los que el “colonialismo global” —una categoría avanzada por el sociólogo mexicano—⁷

⁵ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, p. 156.

⁶ Pablo González Casanova, *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana*, pp. 21-22.

⁷ “En un breve perfil del colonialismo global lo que parece esencial es desentrañar con claridad que a las relaciones de dependencia de las clases dominantes (disciplinadas por bancos, Fondo y gobiernos centrales) se añaden esas inestables alianzas de clase que forman bloques de poder de los Estados dependientes y una sociedad extremadamente desigual, en que las divisiones de clase se combinan con las de naciones y etnias, y aparece ese ‘dualismo social’ resistente e invasor, con una inmensa capa de excluidos o marginados” (Pablo González Casanova, “El colonialismo global y la democracia”, en Samir Amin y Pablo González Casanova

no ha permitido ni un desarrollo cabal de las fuerzas productivas del capitalismo industrial, ni una burguesía consolidada, ni instituciones políticas del gobierno capitalista.

Consecuentemente, los efectos políticos del imperialismo han dado pie al desarrollo incipiente de una clase obrera sin clara expresión política ni conciencia de clase. Estas condiciones obligan a los subalternos a plantearse previamente otra tarea ligada directamente al objetivo último de la revolución proletaria: “frente al imperialismo hay una tarea nacional y una tarea democrática, que aplazan el momento de llegar a la unidad de clases. Esta tarea nacional históricamente ha derivado en el establecimiento de gobiernos socialistas, de democracias populares, de democracias burguesas de nuevo tipo”.⁸

Este argumento central de *La democracia en México* no debe ser tratado como una receta que establece paso a paso el instructivo a seguir para lograr unívocamente la transición al socialismo, más bien expone una posibilidad táctica ante la necesidad por resolver concretamente una relación de fuerzas específica, marcada por el neocolonialismo y el capitalismo, y que puede dar resultados distintos según cada caso.

Desde luego, “si es falso que las clases dominantes sólo tienen una política, también parece irreal pensar que la izquierda tenga sólo una táctica”.⁹ La lucha por la democracia abona dos factores de alta valía en la guerra de posiciones contra la hegemonía neocolonial-capitalista: primero, su consideración como un momento de acumulación de fuerzas dentro del movimiento revolucionario, y segundo, como revelador de la dirección de dicho movimiento: de la política al poder. Veamos estos dos puntos más de cerca.

La lucha democrática pensada como proyecto de acumulación de fuerzas refiere, según PGC, a la “estructuración y crecimiento de las organizaciones populares en varias regiones de un mismo país y en varios países”,¹⁰ que prefiguran desde una nueva praxis política el papel de las clases subalternas en la hechura de su propia historia.

La democracia popular implica entonces una forma distinta de hacer política, con fuerte base popular, ajustada en la toma colectiva y directa de decisiones, que construya una cultura crítica mediante la alfabetización,

(coords.) *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur. II. El Estado y la política en el Sur del Mundo*, p. 57).

⁸ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, p. 194.

⁹ Pablo González Casanova, “La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina”, en *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina*, p. 349.

¹⁰ *Ibid.*, p. 353.

que transforme la relación mando-obediencia y tenga a la verdad como elemento constitutivo del discurso político. Para PGC, la lucha por la democracia supone

una nueva forma de dar órdenes, una cultura crítica y práctica, política y de poder, una cultura del discurso consecuente, de la discusión y la polémica, con lógicas de unión y disentimiento fraternal que acaben con la secta y la tribu –propias de tiranías y colonias–, que desarrollen la energía y la autoridad colectiva.¹¹

La lucha por la democracia permite también aventajar distancia en la toma del poder invirtiendo la fórmula de las revueltas masivas en Europa –desde la toma de la Bastilla en la Revolución francesa de 1789 hasta el asalto al Palacio de Invierno en la Revolución rusa de octubre de 1917– en que existía un grupo multitudinario organizado y después se tomaba el poder; “la relación mayoría organizada-toma del poder es sustituida en la práctica por la relación inversa: toma del poder-organización mayoritaria de trabajadores industriales, agrícolas, de comunidades indígenas, y órganos de poder popular y defensa revolucionaria”,¹² esto es, primero se da una lucha por el poder y después una lucha desde el poder. Una vez que las clases subalternas se hagan con el poder del régimen político podrán iniciar un proceso organizativo amplio que conjunte la democracia popular con una economía mixta e impulse la transición del sistema capitalista al socialista.

Para la mayor parte de las organizaciones democráticas y revolucionarias la lucha popular por la democracia es necesaria, en sí misma y como camino para acumular nuevas fuerzas, acrecer conciencias y llevar el proceso a planteamientos más profundos y perdurables. Primero está la lucha por el poder y después la lucha desde el poder. Ya con éste, en una economía mixta, se buscará luchar por el predominio del sector social de la economía y la lógica de la producción social. Democracia popular y economía mixta parecen corresponder a una etapa ineludible dentro del complejísimo periodo que vive el hombre en la transición del sistema capitalista al socialista. Se sabe que no constituyen un avance irreversible en el terreno de las relaciones de producción y acumulación. No pueden

¹¹ Pablo González Casanova, *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana*, pp. 35-36.

¹² *Ibid.*, p. 37.

constituirlo en las relaciones de dominación. Desde el poder puede perderse la justicia social y el poder. Pero es mejor luchar desde el poder, que sin él.¹³

En resumen, PGC considera necesaria la existencia de una revolución democrática como antesala de la transición al socialismo en América Latina; pero no una democracia a la manera burguesa, al contrario, una democracia popular que coloque a las masas rebeldes en el poder y permita fundar una nueva hegemonía.

Hegemonía, autonomía de clase y poder popular

Antonio Gramsci construye y desarrolla el concepto de hegemonía ante la necesidad de describir la forma de hacer política emancipatoria en un contexto de reflujo del movimiento obrero, marcado por el ascenso del fascismo y particularmente con la derrota de la experiencia consejista en Alemania e Italia entre 1919-1920, en que los mecanismos de dominación de la clase dominante se complejizaban hasta abarcar terrenos económicos, culturales, ideológicos y estatales.

González Casanova actualiza el concepto gramsciano de hegemonía para dar cuenta de las formas heterogéneas en que se presenta la lucha de clases en América Latina, así como para indagar en las posibilidades efectivas de una política hegemónica de las clases subalternas en el contexto de las luchas de liberación nacional centroamericanas ocurridas en la segunda mitad del siglo XX. En efecto, el sociólogo mexicano retoma las experiencias revolucionarias de Cuba, Nicaragua, El Salvador y Guatemala para actualizar conceptos de la sociología política marxista desde la concreción histórica latinoamericana, apuntando rasgos estratégicos sobre el desarrollo del conflicto clasista y la transición al socialismo.

El autor de *Sociología de la explotación* destaca que el concepto de hegemonía indica “la articulación de grupos y facciones de clase bajo una dirección política y moral”,¹⁴ y que, en la lucha por ésta, la clase obrera logra dotar de una voluntad nacional-popular a los grupos subalternos para integrar una confrontación económica y política contra las clases dominantes y evitar un consenso pasivo.

Para PGC, los estudios sobre la hegemonía carecen de una perspectiva histórica en tanto que se limitan a identificar de qué manera los rasgos

¹³ *Ibid.*, p. 115.

¹⁴ *Ibid.*, p. 18.

señalados por Gramsci se presentan o no en un caso particular, cuando de lo que se trata realmente es de partir de lo concreto registrando los rasgos distintivos de una relación de fuerzas atravesada por otros factores, que no necesariamente se presentaron en las experiencias de la clase obrera estudiadas desde la cárcel por el comunista sardo:

En los estudios sobre la hegemonía que invocan a Gramsci suelen citarse sólo algunos rasgos, olvidando a menudo los principales. Es una forma de desdibujar el concepto y de estudiar un proceso irreal. Otra, consiste en limitarse a ver si se da o no, y cómo se dan, las características señaladas por Gramsci. Si en un caso se pierden elementos de la lucha de clases que Gramsci registra, y que son esenciales, en el otro no se registran las experiencias de la clase obrera latinoamericana en las luchas por la hegemonía, algunas necesariamente distintas a las del proletariado de los tiempos de Gramsci.¹⁵

Ante esto, PGC se dedica a la búsqueda de lo específico, señalando algunas características concretas de la hegemonía como forma de lo político en América Latina.

En primer lugar, la lucha por la hegemonía se presenta en países latinoamericanos que ocupan un papel subordinado respecto de los centros de la economía capitalista en la división internacional del trabajo, por lo que el movimiento revolucionario debe enfrentarse en distintos momentos de su desarrollo al dominio burgués no hegemónico dentro del Estado-dependiente y fuera, contra el Estado-metropolitano, en donde la voluntad colectiva se configura como una voluntad colectiva nacional frente al imperialismo.

La lucha por la hegemonía de la clase obrera latinoamericana ocurre en un Estado no hegemónico. No es sólo lucha por imponer el dominio de una clase que dirija a sus aliados y domine a sus opuestos en un Estado metropolitano, sino lucha que se plantea de nación a nación y de nación a Estado. En los inicios del movimiento, y conforme éste se profundiza hay enfrentamientos sucesivos contra el Estado-dependiente y contra el Estado-metropolitano, contra el Estado local, el Estado-sucursal, o el “Estado de Estados” [...]. En cualquier contienda por la hegemonía, la clase obrera latinoamericana se ve en la necesidad de enfrentar al imperialismo como capital monopólico y como Estado.¹⁶

¹⁵ *Ibid.*, pp. 18-19.

¹⁶ *Ibid.*, p. 19.

La intervención del Estado-dependiente y el Estado-metropolitano en el desarrollo histórico de América Latina ha configurado una visión de mundo en la que se combina el dominio colonial del peninsular y el criollo con el dominio clasista del capitalista nacional e internacional. Por lo tanto, tenemos como segunda característica que estas distintas formas de autoritarismo producen una población heterogénea desarticulada por el estatus diferenciado en criterios contradictorios de raza (blanco-no blanco) o clase (capital-trabajo).

El trabajador y el pueblo sometidos a una explotación diferencial, y divididos en las más distintas categorías sociales y políticas, en tribus y minorías, en ciudadanos de colores, en trabajadores asalariados y endeudados, en sindicalizados y no sindicalizados, en de planta, en eventuales, en temporaleros y cuijos, encuentran un punto de unión en la lucha contra el imperio y en la lucha contra el tirano.¹⁷

De ahí tenemos, en tercer lugar, que existe la posibilidad efectiva de encontrar en la cuestión nacional y en la democracia puntos unificadores de una población diversa, en tanto estos dos criterios se configuran como luchas intermedias necesarias que complementan consignas anticolonialistas (antirracistas o agraristas) y anticapitalistas (salarios dignos y condiciones laborales). Ahora bien, el mérito de las luchas democráticas y nacionalistas debe ponderarse en su correspondencia con la dirección de la lucha socialista:

La lucha nacional, la lucha democrática y popular, sin la lucha por el socialismo, son parte de un conjunto de importantes batallas intermedias, como las que se dan por los salarios y condiciones de trabajo (con demandas puramente económicas), o las de minorías étnicas superexplotadas y las de campesinos sin tierra, con demandas y formulaciones sólo anticolonialistas, antirracistas y agraristas. A los peligros de no dar esas luchas, se añaden sin embargo los de quedarse sólo en ellas y en las ideologías nacionalistas, populistas, agraristas y democrático-liberales que las hegemonizan.¹⁸

Como cuarta particularidad tenemos que, además de la dificultad estratégica de incorporar la lucha democrático-nacional y la lucha socialista, el proletariado latinoamericano encuentra que la multiforme composición subjetiva del actor político en América Latina produce una alta dificultad

¹⁷ *Ibid.*, p. 21.

¹⁸ *Ibid.*, p. 22.

de unidad hegemónica.¹⁹ “Lo diverso del nuevo coloniaje y lo diverso neocapitalista, hacen particularmente difícil hallar la unidad hegemónica de un frente de trabajadores, como alternativa a la ideología dominante que organiza relaciones de discriminación real, colonial, complementarias de la explotación capitalista”.²⁰ La existencia de luchas obreras dispares según el trabajador sea indio, negro, blanco o mestizo complica la dirección política del proletariado como clase, en la lucha por la hegemonía.

De ahí que la quinta característica sea la presencia de una división entre vanguardia y masas. El aislamiento y debilitamiento sistemático que ejercen las fuerzas conservadoras contra los obreros coloniales se complementa con el dominio cultural y las alianzas políticas que permean a partidos laboristas, socialistas y comunistas: “la cultura superior rebelde aparece con la jerarquía de una cultura oligárquica”.²¹ Los obreros latinoamericanos han sido encuadrados bajo partidos populistas de dirección caudillista y paternalista controlados por las fuerzas liberales ligadas al poder estatal, las cuales tienen por objetivo, sobre todo en momentos de puntos álgidos en el movimiento social, vaciar la composición de masas de las vanguardias revolucionarias mediante la captación de grupos relevantes en el sector industrial, tecnócratas y grupos campesinos. El dominio consensual se ve reforzado por políticas de exterminio, encarcelamiento y exilio que extienden el terror y garantizan la hegemonía de una clase.

El presente panorama muestra una diferencia muy relevante entre la situación de la clase obrera, el sindicato y la vanguardia latinoamericana respecto de la experiencia del capitalismo clásico en que la contradicción burguesía-proletariado brindaba claridad y estructuraba la lucha revolucionaria hegemonizando las fuerzas subalternas en soviets, consejos o partidos comunistas. En América Latina, esta clase obrera debe sumarse a movimientos populares nacional-democráticos que no necesariamente tienen un proyecto clasista y, desde ahí, apuntar a la

¹⁹ *Idem.* Esta consideración de PGC recuerda inmediatamente a los criterios metodológicos que Gramsci ofrece en el cuaderno 25 para captar la historia de las clases subalternas: “Las clases subalternas, por definición, no están unificadas y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en ‘Estado’: su historia, por lo tanto, está entrelazada con la de la sociedad civil, es una función ‘disgregada’ y discontinua de la sociedad civil y, por este medio, de la historia de los Estados o grupos de Estados” (Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, tomo 6, p. 182).

²⁰ Pablo González Casanova, *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana*, pp. 22-23.

²¹ *Ibid.*, p. 23.

formulación de una política hegemónica que parta desde la lucha por la autonomía de clase hasta una política de alianzas en que tal vez no ocupe al principio el carácter de vanguardia de los movimientos revolucionarios, pero que le permita preservar e incrementar su fuerza autónoma y su peso político y revolucionario para la profundización del proceso a partir de las experiencias alcanzadas.²²

El consenso o las negociaciones limitadas y unilaterales de las clases dominantes con los representantes carismáticos (jefes, caciques, caudillos o funcionarios) devienen en concesiones jerarquizadas; la represión cultural profundiza la dominación presentando falsas salidas providencialistas o mejoras azarosas por la buena voluntad del empresario; y la reproducción de formas ortodoxas y dogmáticas de los líderes abona a desmovilizar a los sectores populares. De ahí que en la lucha por la hegemonía sea necesario empezar por la autonomía moral e intelectual:

El problema sólo se resuelve con una autonomía moral de las organizaciones populares y proletarias, con una autonomía moral de las mismas y sus miembros, y con una autonomía intelectual y práctica que extienda la cultura política y la práctica política consciente entre las propias bases [...], se impone una nueva disciplina intelectual y política en que la autonomía de las organizaciones frente al Estado y la cultura dominante se fortalece con las relaciones internas —no sólo respetuosas sino democráticas— y con el trato de las organizaciones populares entre sí.²³

La autonomía de la clase implica una práctica política distinta que emprenda antes de la movilización contrahegemónica una concientización, una ruptura ideológica y un trabajo de cohesión interna. Las experiencias cubanas y salvadoreñas, particularmente, demuestran este punto visibilizando una dimensión horizontal de la hegemonía, es decir, la organización de las masas previa a la toma del poder, una hegemonía para adentro.

De forma parecida, el proceso interno de organización colectiva de las clases subalternas latinoamericanas pasa por una fusión de voluntades y valores sociales distintos sin una clara connotación clasista. Esto obliga al movimiento revolucionario a adoptar una política de frentes.

En consecuencia, con la táctica aditiva del frente político tenemos que en un primer momento el sujeto protagonista del movimiento revolucio-

²² *Ibid.*, p. 29.

²³ *Ibid.*, pp. 34-35.

nario no es la clase, sino que es el pueblo; la lucha en América Latina no se ha visto hegemonizada por la clase obrera, sino que lo popular aparece anticipadamente como elemento de agrupación.

Ahora bien, las masas que han tomado relevancia como protagonistas activas de la lucha social latinoamericana han configurado, desde la Revolución cubana hasta las experiencias del FSLN, un nuevo pueblo de carácter político y revolucionario, que transita tanto sincrónica como diacrónicamente entre la matriz nacional-popular y la matriz socialista-revolucionaria,²⁴ de manera que la distinción entre el pueblo tradicional y el pueblo actual sea su lejanía o cercanía con la composición de clase y la adopción de demandas, liderazgo y conciencia clasista.

En cuanto a la composición social, se dejó de incluir a la burguesía como aliado de trabajadores rurales, pobres urbanos y obreros industriales, quienes se configuraron como enemigo de clase del régimen estatal; las demandas de los movimientos populares actuales dejaron de obedecer a una lógica de presión con reivindicaciones económicas y paliativos electorales, recobrando un nuevo sentido de política de clase hacia la lucha por la democracia, por la economía social y por el socialismo; el liderazgo pasó del autoritarismo individual a la organización y fuerza popular; la ideología nacionalista que buscaba avenir la polarización de las clases transitó a una conciencia del carácter irreconciliable de la contradicción capital-trabajo y a una conciencia para sí del pueblo como pueblo explotado por el gran capital.

Lo relevante de estos cambios es la existencia de una nueva política de poder popular de contenido clasista, tal como nos dice PGC: “ese cambio se realiza con una categoría de la mayor importancia, la de un *poder popular* cuyas organizaciones y vanguardias dirigen el proceso, lo aceleran o frenan, lo profundizan a salvaguardan según la correlación de fuerzas interna e internacional”.²⁵

²⁴ Reconocemos en la izquierda latinoamericana cuatro matrices sociopolíticas que caracterizan posturas y acciones contestatarias: la matriz nacional-popular, la socialista revolucionaria, la autonomista y la campesindia. Véase Armando Bartra, *Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado*; Maristella Svampa, “Movimientos sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina”, Working Papers 01 / 2010, OneWorld Perspectives, Universität Kassel, 2010; Massimo Modonesi, “Los movimientos antagonistas en América Latina”, XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara, Asociación Latinoamericana de Sociología, 2007.

²⁵ Pablo González Casanova, *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana*, p. 78.

*González Casanova
y la recepción de Gramsci en México*

La obra del intelectual mexicano marcó hondamente la definición disciplinar de la sociología nacional dando un vuelco crítico que, desde la trincheira del marxismo, colocó en la agenda académica temas de investigación a contracorriente del discurso modernizador del desarrollismo cepalino, como “los procesos estructurales de la economía capitalista, las relaciones de producción, la ideología, las clases sociales y su lucha política –con especial atención a los obreros y campesinos como agentes revolucionarios– la revolución, la dictadura, el fascismo y la democracia”. Este último problema –que encuentra sus raíces en el pensamiento de Antonio Gramsci– tuvo consonancia directa con las preocupaciones militantes de la izquierda mexicana pos-68, quienes se nutrieron y retroalimentaron las reflexiones de PGC. Carlos Illades comenta que

fue la siguiente generación de marxistas, acuciada por el reclamo democrático (nacional y dentro del “socialismo real”), quien se haría cargo de aspectos de la problemática gramsciana [...]. En las filas del PCM, de la nueva izquierda y dentro de las corrientes nacionalistas emergieron voces y elaboraciones teóricas dispuestas a hacerse cargo de la nueva circunstancia.²⁶

Las lecturas de Gramsci que enfatizaban el matiz democrático no son azarosas, al contrario, responden a una preocupación de época dentro del panorama de la izquierda internacional, en que partidos comunistas de gran influencia como el italiano, encabezado por Palmiro Togliatti, dibujaban desde los años cincuenta un programa político que, con la apertura del informe secreto de Jrushchov en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), permitiera tomar distancia de las pautas oficialistas del bloque soviético para dirimir vías alternativas de arribo al socialismo que se adecuaran a las condiciones nacionales de cada país.

El conflicto chino-soviético –que alcanzó un punto álgido alrededor de 1960– jugó un papel importante en este proceso, generando un incremento en la tensión entre los partidos comunistas occidentales y el PCUS. Mientras que este último desdeñaba la ruta pacífica o reformista, defendiendo de manera ortodoxa a la lucha armada como camino único para encaminarse al socialismo, los primeros “trataban, muy débilmente, por cierto, de

²⁶ Carlos, Illades, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, p. 215.

demostrar que no todo estaba escrito sobre las vías de la revolución y que, en última instancia, sería el pueblo el que decidiera”.²⁷

Ya entrados los años setenta, la pregunta por las “vías nacionales” servía de título para importantes publicaciones o discursos dentro de la izquierda mundial.²⁸

Dentro del escenario partidista mexicano, el ala comunista no se mantuvo alejada del debate sobre la relación entre la especificidad histórica de la nación mexicana y las fórmulas posibles de construcción del socialismo. Es desde los inicios de los años setenta que el secretario general Arnoldo Martínez Verdugo anuncia un cambio político radical en el Partido Comunista Mexicano (PCM), que Jaime Ortega y Diana Méndez reconocen como una reforma política en clave democrática que alcanza la estructura organizativa e ideológica en busca de un socialismo democrático “en sentido profundo y no sólo formal”.²⁹

Fue entonces la “apertura democrática” y la cercanía a la propuesta eurocomunista del Partido Comunista Italiano y el Partido Comunista Francés que dio pie a la disolución del PCM en 1982 y permitió la conformación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), un partido de masas, de perspectiva democrática y estrategia aliancista. “El PSUM había nacido entre las expectativas que suscitaba su objetivo declarado: abrir un proceso de unificación de la izquierda socialista mexicana a partir de las formulaciones de un proyecto de socialismo democrático”.³⁰

Este giro en la perspectiva política que experimentó la izquierda mexicana de la generación 1968-1989 fue el que definió los debates en los que, en gran medida, se inserta la adopción de la teoría gramsciana en México. Siguiendo a Arnaldo Córdova, podemos decir que la necesidad de una profunda comprensión de la realidad nacional para fundamentar la actua-

²⁷ Arnaldo Córdova, “Gramsci y la izquierda mexicana”, en *Nueva Sociedad*, núm. 115, 1991, p. 161.

²⁸ “... en 1968, se publicaba en España el libro de Alexander Dubček *La vía checoslovaca al socialismo*; el 21 de mayo de 1971, Salvador Allende daba su célebre discurso conocido como ‘La vía chilena al socialismo’; la editorial Roca publicó en México el libro de Togliatti, *La vía italiana al socialismo* en 1972; Ignacio Delogu, *La vía europea al socialismo* en 1977; y un poco fuera de los límites de este trabajo, *Gramsci y la vía nacional al socialismo* de Cesáreo Rodríguez Aguilera, de 1984. Esto por mencionar sólo unos títulos que dan cuenta de que esta concepción permeaba en las discusiones de los sesenta y los setenta [...] inspiradas en las búsquedas de los procesos nacionales y democráticos” (Víctor Hugo Pacheco y Aldo Guevara, “Gramsci en la órbita del Partido Comunista Mexicano”, en esta obra).

²⁹ Jaime Ortega y Diana Méndez, “Recepciones de Gramsci en México: una mirada panorámica”, en *Demarcaciones*, núm. 6, 2018, p. 7.

³⁰ Massimo Modonesi, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, pp. 46-47.

lidad del impulso democrático fue la condición de posibilidad del afianzamiento del marxista italiano como moneda de uso obligado en el intercambio intelectual mexicano: “La necesidad de entender mejor al país y su historia, y de profundizar y ampliar los alcances de la lucha por la democracia en que se encuentra empeñada la izquierda sería un augurio de que Gramsci finalmente encontrara el interés pleno de los mexicanos en su obra y su pensamiento”.³¹

Ahora bien, la consigna democrática fue colocada en México también por la gran influencia de un grupo de intelectuales gramscianos que, a su llegada a México desde el exilio, desarrolló de forma particularmente intensa el problema del Estado, lo nacional-popular, la autonomía, el sujeto-masa, la democracia como autodeterminación, etcétera, nutriendo un ya de por sí rico panorama del pensamiento crítico nacional (Adolfo Sánchez Vázquez, Bolívar Echeverría, José Revueltas, etcétera). Nos referimos a una serie de marxistas latinoamericanos claves en el itinerario de la recepción de Gramsci en América Latina, como René Zavaleta Mercado, Juan Carlos Portantiero, Agustín Cueva o José Aricó, quienes, dado el contexto del Cono Sur, ubicaron las luchas democráticas de liberación nacional como una línea temática relevante en el escenario emancipatorio de una América Latina golpeada por las dictaduras y el intervencionismo del capitalismo imperialista.

Es así que abrimos la hipótesis de ubicar el problema de la democracia y la nación como uno de los ejes relevantes entre las líneas de interpretación histórica que abonen a identificar las lecturas de Gramsci en México, desde los usos conceptuales y las apropiaciones terminológicas.

Es desde el reconocimiento del debate de época sobre la democracia y la política de alianzas, descrito anteriormente, que podemos ubicar el ejercicio de traducción del aparato conceptual gramsciano llevado a cabo por PGC para responder a las grandes preguntas políticas que demandaban las problemáticas de la concreción latinoamericana: la democracia, la cuestión nacional, la política hegemónica y el poder popular. Al mismo tiempo, esto permite dar cuenta de la forma en que tales consideraciones asentaron un suelo común para el diálogo crítico y el debate con teóricos mexicanos que utilizaron las categorías analíticas de la filosofía de la praxis gramsciana para pensar la realidad sociopolítica regional, como Carlos Pereyra, Roger Bartra o Víctor Flores Olea.

³¹ Arnaldo, Córdova, “Gramsci y la izquierda mexicana”, *op. cit.*, p. 163.

El planteamiento de PGC sobre la democracia, como condición de posibilidad de una política hegemónica de las clases subalternas, cobra relevancia no sólo para la definición disciplinar de la sociología mexicana sino, particularmente, como una directriz temática en la recepción de Gramsci en México.

Podemos, en efecto, tejer hilos temáticos y reconocer conceptualizaciones dispares entre el tratamiento sobre la democracia y la lucha popular en PGC y la problematización marxista de Carlos Pereyra sobre la indeterminación burguesa del proyecto democrático y la política de masas como pormenorización de la acción política revolucionaria.³² Asimismo, en la dialéctica entre democracia y socialismo establecida por Roger Bartra en *Las redes imaginarias del poder político*, donde considera que “la democracia representativa –llamada formal o burguesa– ha constituido una poderosa arma de la clase obrera en su lucha por el socialismo”.³³ Y, por último, una línea de posible debate entre PGC y Víctor Flores Olea en la radical diferencia de la apuesta por la vinculación entre socialismo y democracia desde una lectura clasista y una lectura liberal.

En fin, a pesar de que PGC no realizó un trabajo sistemático sobre el pensamiento del comunista sardo, una difusa y espectral presencia de las ideas y conceptos gramscianos en los escritos e intervenciones públicas del influyente intelectual mexicano comenzó a posicionar a Nino Gramsci como un referente obligado en los estudios sobre crítica de la política en México, dejando entonces una marca importante en los caminos de la recepción de este marxista italiano en nuestro país.

La lectura crítica, recepción creativa y difusión parcial del pensamiento de Antonio Gramsci en la obra de PGC pasa por un arduo trabajo de reelaboración teórico-conceptual, a la luz de un criterio metodológico de corte histórico sobre la especificidad de la situación concreta de los movimientos emancipatorios en América Latina.

PGC reactualiza categorías conceptuales del léxico gramsciano desde un análisis concreto de la realidad sociopolítica latinoamericana de alcance teórico y estratégico que rompe con las divisiones tajantes entre clase, masa, vanguardia, pueblo, partido, democracia y/o socialismo.

Aporta también puntualizaciones sobre la facultad de las clases subalternas para definir una política hegemónica que permita resignificar en clave clasista la noción de pueblo, la cuestión nacional y la lucha por la

³² Carlos Pereyra, *Sobre la democracia*.

³³ Citado en Carlos Illades, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, p. 219.

democracia como poder distribuido entre trabajadores, campesinos, indígenas, etcétera, desde la autonomía de clase, como proyecto de transformación social alterno al modelo insurreccional bolchevique, complejizando los caminos para transitar a una sociedad más justa y equitativa.

Bibliografía

- Amin, Samir, y Pablo González Casanova (coords.), *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur. II. El Estado y la política en el Sur del Mundo*, Anthropos, Barcelona, 1996.
- Bartra, Armando, *Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado*, Centro de Investigación para el Desarrollo Sustentable / Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, 2010.
- Camero, Verónica, y Alfredo Andrade (coords.), *Precursores de la sociología moderna en México, Siglo XXI / Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 2008.*
- Castañeda, Fernando, “La democracia en México de Pablo González Casanova”, en Verónica Camero y Alfredo Andrade (coords.), *Precursores de la sociología moderna en México, Siglo XXI / UNAM, México, 2008*, pp. 153-156.
- Córdova, Arnaldo, “Gramsci y la izquierda mexicana”, en *Nueva Sociedad*, núm. 115, septiembre-octubre de 1991, pp. 160-163.
- González Casanova, Pablo, *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana*, Educa, Costa Rica, 1984.
- , *La democracia en México*, Era, México, 2013.
- , *De la sociología del poder a la sociología de la explotación. Pensar América Latina en el siglo XXI*, antología y presentación de Marcos Roitman Rosenmann, Siglo XXI / Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, México, 2015.
- , *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina*, Akal, Madrid, 2018.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, tomos 5 y 6, Era, México, 1999-2000.
- , *Antología*, Siglo XXI, México, 2017.
- Illades, Carlos, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, Taurus, México, 2018.
- Modonesi, Massimo, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, Casa Juan Pablos / Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2003.

_____, “Los movimientos antagonistas en América Latina”, en XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara, 2007, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwifsvO-7eHqAhVNbKwKHbDiCp0QFjAAegQIBRAB&url=http%3A%2F%2Fcdsa.academica.org%2F000-066%2F1700.pdf&usg=AOvVaw3apMAq_cRMiIfAAMr0cYAX>.

Ortega, Jaime, y Diana Méndez, “Recepciones de Gramsci en México: una mirada panorámica”, en *Demarcaciones*, núm. 6, mayo de 2018, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwiI17GQnuTqAhUFS60KHc_bC70QFjAAegQIARAB&url=http%3A%2F%2Frevistademarcaciones.cl%2Fwp-content%2Fuploads%2F2018%2F05%2F05.-Ortega-y-Mendez.pdf&usg=AOvVaw3Mi9xnEWPCxVo-d6O6SJnk>.

Pereyra, Carlos, *Sobre la democracia*, Cal y Arena, México, 1990.

Svampa, Maristella, “Movimientos sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina”, Working Paper 01 / 2010, OneWorld Perspectives, Universität Kassel, 2010, recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/73176/CONICET_Digital_Nro.25012206-e7ca-4221-9378-0b218829a262_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y>.

Torres Guillén, Jaime, “La recreación de un clásico en América Latina: Antonio Gramsci en el pensamiento de Pablo González Casanova”, en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 32, UNAM, julio-diciembre de 2013, pp. 19-39.

_____, “La imaginación sociológica de Pablo González Casanova”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 79, núm. 1, UNAM, enero-marzo de 2017, pp. 175-200, recuperado de <<http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/57657/51114>>.

GRAMSCI Y LOS ESTUDIOS CULTURALES EN MÉXICO

Dante Aragón¹

¿Por qué sería relevante explorar la relación entre Gramsci y los estudios culturales en México?

Existen al menos dos discusiones teórico-políticas contemporáneas que podrían encontrar una solución tentativa en la reapertura del poco explorado archivo de la recepción de Gramsci en los estudios de la cultura en México.

Con las dos discusiones o desafíos me refiero, por una parte, a la problemática recepción de Gramsci tanto en los estudios culturales como en la antropología, y, por otra parte, a los recientes desafíos de la perspectiva poshegemónica.²

Sin dar una respuesta a ambos desafíos, el objetivo del presente trabajo es dar cuenta de un espacio alternativo de análisis y discusión a partir de las lecturas que algunos antropólogos mexicanos han realizado acerca de determinados conceptos de Gramsci.

Es importante advertir que la mayoría de los acercamientos a la obra de Gramsci, por parte de los estudiosos de la cultura en México, no serán abiertamente explícitos o de corte filológico, a excepción de los acercamientos hechos por algunos pensadores, sobre todo en la década de los ochenta, en encuentros organizados en torno al pensamiento de Gramsci.³ Quizá tenía razón Juan Carlos Portantiero cuando sentenciaba que una relación política con Gramsci no tenía que implicar gramscianismo.⁴

¹ Si bien asumo la responsabilidad de lo escrito, agradezco los consejos del Dr. Fabio Frosini, del Dr. Massimo Modonesi, quien además me proporcionó material de reflexión, y de mis colegas la Dra. Gabriela Méndez Cota y el Dr. Ángel Álvarez Solís. También agradezco al Dr. Jaime Ortega y a la Dra. Diana Fuentes por sus acertados comentarios y correcciones.

² Jon Beasley-Murray, *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*.

³ Como comentaré más adelante, me estoy refiriendo a las intervenciones tanto de García Canclini como de Díaz Polanco en encuentros gramscianos de los años ochenta.

⁴ Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci*, p. 134.

Una reconstrucción histórica que dé cuenta de los espacios de diálogo que abrió Gramsci con diferentes corrientes, así como de la necesidad histórica desde la cual se le leyó y usó, de las traducciones que inspiró y de las críticas antidogmáticas que suscitó, nos permite recorrer un territorio *sui generis*, que no necesariamente pasa por la relación entre Gramsci y los así llamados estudios culturales,⁵ o bien los estudios subalternos. Pero menos aún por las discusiones que por momentos pareciera presuponer el diagnóstico poshegemónico.

Con esto no estoy emitiendo un juicio de menosprecio ni de los estudios culturales o subalternos, ni del diagnóstico poshegemónico. Nada más ajeno a una lectura tan sumaria. Por el contrario, reconociendo sus críticas, sus usos y aplicaciones gramscianas, considero que existe un Gramsci aún inexplorado por dichos desafíos, que puede abrir nuevas claves de lectura de los fenómenos políticos emancipatorios contemporáneos.

Se trata de un Gramsci no sólo leído política y emancipatoriamente hablando, sino de un Gramsci que, usado desde los procesos de resistencia, transformación y subordinación de las culturas populares mexicanas, permite visibilizar otros intersticios y matices que por momentos se pierden de ciertas lecturas contemporáneas que asumen una equivalencia –inmediata– entre Gramsci y Laclau; Gramsci y Foucault; Gramsci y Bourdieu; Gramsci y Althusser; o bien entre el Gramsci posestructuralizado (Ciavolella) de cierta lectura anglosajona, que como nos dice Riccardo Ciavolella, estaba muy influenciada por la “French Theory” y sus discusiones entre la estructura y la agencia,⁶ así como por cierto uso de determinados estudios culturales, que por momentos terminan presentando a Gramsci como un teórico de la dominación simbólica o partidario del Uno teológico-estatal.⁷

Quizá aquel Gramsci “post” se deba a lecturas descuidadas y poco atentas al texto mismo de los *Cuadernos de la cárcel*, y tenga que ver, además,

⁵ Armand Mattelart y Érik Neveu, *Introducción a los estudios culturales*. Con respecto a los estudios culturales, habría que reconocer el momento político, de izquierda y de alguna manera inspirado en Gramsci, que tendrá en Hall, Williams o Hoggart a dignos representantes, así como cierta pérdida de dicho proyecto, en una etapa más estadounidense, un momento que Mattelart ha denominado como *madonnización* de los estudios culturales. De igual manera, respecto del diagnóstico poshegemónico, también habría que reconocer el esfuerzo por poner en tensión ciertas categorías gramscianas o cierto paradigma inspirado en Gramsci.

⁶ Riccardo Ciavolella, “Egemonia e soggetto politico in antropologia”, presentado en el seminario “Egemonia prima e dopo Gramsci”, 20 y 21 de octubre de 2014, Università Urbino, recuperado de <<https://alterpol.hypotheses.org/486>>.

⁷ Como señala R. Ciavolella, ése es el caso de James C. Scott.

con la falta de reconocimiento del contexto teórico-práctico del comunista sardo, de su traducción italiana, de su momento maquiaveliano, articulado con Marx, en discusión con la interpretación mecanicista-positivista de cierto marxismo, como también, el difícil reconocimiento de un comunista que se entiende mejor insertándolo en sus discusiones con Croce, con Gentile, y en medio de la emergencia del fascismo en Italia.

Además, lo señalado anteriormente, desde una perspectiva gramsciana mucho más política, también posibilita una serie de desencuentros, y permite extrañar ciertos elementos que son muy gramscianos y que suscitan una serie de cuestionamientos a ciertos diagnósticos que prefieren negar el archivo gramsciano.

Estos cuestionamientos gramscianos podrían formularse como siguen: ¿Qué hay de la necesaria articulación, incluso, organizacional para pensar en la agencia colectiva?; ¿qué hay del pasaje o compromiso de construcción de un nuevo orden o de una nueva *Sittlichkeit*?; ¿en esta falta de compromiso, vinculación orgánica, o fase constructiva y organizacional, no se esconde un radicalismo de academia, un síntoma de impotencia política, o una serie de diagnósticos ya en proceso de pasivización?

A partir entonces de lo que se considera como un déficit político en determinados diagnósticos anti o posgramscianos, lo que pretendo, por el contrario, es justificar la importancia de explorar al Gramsci popular mexicano. Se trata de un Gramsci recibido, principalmente, a través de la demología italiana de Alberto M. Cirese, por parte de una antropología cultural con una agenda claramente emancipatoria desde los espacios “subalternos” campesinos, indígenas, así como urbanos, y con una aguda atención a sus procesos históricos de movilización, resistencia, transformación, negociación, interpretación y demás maneras de relacionarse con las diversas élites.

Dada la complejidad de la recepción en los estudios culturales mexicanos de Gramsci, dividiré el presente trabajo de la siguiente manera. En primer lugar, destacaré la importancia de Alberto Mario Cirese para la recepción de Gramsci, sin que esto signifique que dicha lectura se haya hecho en terreno baldío. En segundo lugar, me interesa mostrar a aquellos autores que, pensando la cultura popular mexicana desde una perspectiva política, hicieron hincapié en el tema de la autonomía. Me refiero al trabajo de Guillermo Bonfil Batalla y Héctor Díaz-Polanco. En tercer lugar, me interesará mostrar la importancia de los trabajos de Néstor García Canclini y de Gilberto Giménez, quienes reconocerán la importancia de Gramsci y de categorías como hegemonía, cultura popular o subalternidad, también leídas desde un punto de vista epistemológico. Finalmente, en cuarto

lugar, me interesará reflexionar acerca de los autores mencionados y del espacio que se pudiera abrir para las discusiones contemporáneas.

*¿Estudios culturales o estudios de la cultura popular?
El caso mexicano*

La recepción de Gramsci en los estudios de la cultura en México no pasa necesariamente por los estudios culturales ingleses, sino a través de la demología italiana, uno de cuyos principales exponentes fue Alberto M. Cirese. Quizá por ello, me atrevería a decir que más que hablar de estudios culturales en México, al menos en sus inicios, convendría matizar y hablar mejor de estudios de las culturas populares en México.⁸

De acuerdo con Gilberto Giménez,⁹ el inicio de los llamados estudios de las culturas populares en México comienza con el Seminario de Culturas Populares, en julio de 1979, en el Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), impartido por el antropólogo italiano y gramsciano Alberto Mario Cirese. La invitación de Cirese estuvo también promocionada por Guillermo Bonfil Batalla, entonces director del CIESAS y fundador del mismo. Dicho seminario se repetiría en agosto de 1981 en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.¹⁰

De acuerdo con Maya Lorena Pérez Ruiz, no habría que olvidar tampoco la mesa redonda sobre “Marxismo y Antropología” realizada en el Colmex el 28 de julio de 1978.¹¹ Como nos dice Maya, en dicha mesa

se discutieron: la crisis de la antropología (Marcela Lagarde), las perspectivas de una antropología marxista (Silvia Gómez Tagle), el marxismo como antropología (Andrés Fábregas), cómo era que se había llegado al “engendro” de la “antropología marxista” (Díaz-Polanco), así como las aportaciones de la antropología al marxismo y la crisis tanto del marxismo como de la antropología

⁸ El fortalecimiento de esta hipótesis y de este matiz se lo debo al Dr. Ángel Álvarez Solís y a la Dra. Gabriela Méndez Cota, ambos académicos del Departamento de Filosofía de la Universidad Iberoamericana (UIA)-Ciudad de México.

⁹ Gilberto Giménez Montiel, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, p. 462.

¹⁰ *Idem*. Ya Gilberto Giménez nos habla también de un encuentro sobre arte popular y arte culto en la ciudad de Zacatecas, organizado por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM en 1975 (véase la nota 7 del capítulo citado).

¹¹ Maya Lorena Pérez Ruiz, “Guillermo Bonfil Batalla. Aportaciones al pensamiento social contemporáneo”, en *Cuicuilco*, vol. 20, número 57, mayo-agosto de 2013, p. 120, recuperado de <<http://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/articulo:10158>>.

(Ángel Palerm); las discusiones se publicaron en *Nueva Antropología*, vol. 3, núm. 11 (1979).¹²

A decir de Maya Lorena Pérez Ruiz, en esta mesa, pensadores como Bonfil Batalla ya hablarían de marxismo y de culturas populares.¹³ Ciertamente, como el mismo Bonfil Batalla menciona en *México profundo*,¹⁴ ya había con anterioridad estudios interesados en ciertas culturas subalternas, aunque sólo identificándolas con las culturas indígenas, como con el indigenismo de Luis Villoro, o bien con las culturas campesinas. Sin embargo, según Gilberto Giménez, propiamente se puede empezar a hablar de estudios culturales en México a partir de los seminarios de Cirese.

Según Maya Lorena, el interés por el vínculo entre antropología, culturas populares y Gramsci se debió a una serie de políticas de modernización posteriores a los años cuarenta.¹⁵ Se trató de complejos procesos que desplegaron la aparición de nuevos escenarios, relaciones, sujetos y movilizaciones, que evidenciaban, una vez más, la transversalidad de lo popular entre lo indígena, lo campesino y lo urbano periférico.

El comunista sardo fue importante para la antropología cultural, gracias a su reflexión acerca de la importancia de las superestructuras, aunque sin reducirse a ello, como también gracias a la articulación de sus reflexiones con un proyecto político integral y emancipatorio desde las bases populares.

Por su parte, respecto del estudio de las culturas populares, la perspectiva sutilmente crítica de Gramsci fue importante para evitar el folclorismo esencialista, la tendencia microsociológica descriptivista,¹⁶ o la concepción teológica y sobredimensionada de la dominación; para reconocer, por el contrario, la agencia o la autonomía de las clases populares, así como para reflexionar —en términos muy gramscianos— en y desde terrenos múltiples y abigarrados.

Ahora bien, ¿quién es Alberto M. Cirese?

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

¹⁴ Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo. Una civilización negada*, p. 250. En esta última página del libro, Bonfil Batalla nos habla de una serie de autores y obras que comenzaron a interesarse por el indigenismo desde diversas perspectivas en los años sesenta y setenta. En este sentido, Bonfil nos habla de Manuel Gamio, Luis Villoro, Gonzalo Aguirre Beltrán, Rodolfo Stavenhagen, Arturo Warman, entre otros.

¹⁵ Maya Lorena Pérez Ruiz, "Guillermo Bonfil Batalla. Aportaciones al pensamiento social contemporáneo", *op. cit.*, p. 119.

¹⁶ *Ibid.*, p. 120.

Alberto Mario Cirese fue un importante estudioso de las culturas populares en Italia, cuya obra se inspiró en gran parte en las “Osservazioni sul folklore” de Antonio Gramsci,¹⁷ mismas que fueron publicadas en Italia en 1950. De hecho, a este importante antropólogo se le consideró como el propulsor de la llamada demología italiana.

En 1973, años antes de su visita a México, Cirese escribió uno de sus más importantes y representativos libros cuyo título es *Culturas hegemónicas y culturas subalternas*.

Ciertamente, ya en Italia existían discusiones en torno al estudio de lo popular o de lo folclórico.¹⁸ Después de la publicación de las “Osservazioni sul folklore” de Gramsci,¹⁹ se suscitarían una serie de estudios sobre la música, la danza, la literatura o el arte popular, aunque para Cirese era importante no estudiar a las culturas populares con un afán libresco²⁰ sino inmanente, o dicho gramscianamente, desde la terrenidad de las mismas culturas, es decir, desde sus “formas de vida”, desde el despliegue de su fe práctica o de sus normas de conducta.

De esta manera, ya para Cirese quedaba claro que cultura no era el antónimo de incultura,²¹ sino que desplazándose de este gesto aristocrático y reivindicando la igualdad cualitativa —que no cuantitativa— entre la filosofía sistematizada y crítica y el folklore como filosofía espontánea y disgregada, decía que la cultura es un “complejo de actividades y productos intelectuales”.²²

La cultura popular o del pueblo no significaba el complejo de actividades y productos de un sector determinado y homogéneo, sino de múltiples sectores que no eran los dominantes y que, respecto de estos últimos, se encontraban en condición de desventaja o de desnivel en función de los impedimentos internos y externos para acceder a ciertos bienes culturales. Sin que esto significara una total desconexión o bipolaridad entre hegemónicos y subalternos (como sí sucede en Satriani, a decir de García Canli-

¹⁷ Alberto Cirese, *Ensayo sobre las culturas subalternas*, p. 60.

¹⁸ Al respecto, me fue de gran ayuda el libro de Mario Alberto Cirese ya referido, *Ensayo sobre las culturas subalternas*. En el cual Cirese relata la existencia del primer “Convenio de Antropología Cultural en Remo Catania” en 1962; en la página 64, nos habla del nacimiento del Centro Nacional de Estudios de Música Popular en 1948.

¹⁹ *Ibid.*, 60. La publicación se hizo en 1950 y para Cirese fue determinante.

²⁰ *Ibid.*, p. 11.

²¹ *Ibid.*, p. 42.

²² *Idem.*

ni), sino que, entre éstos, a pesar de los “desniveles”²³ había cierta unión “tupida por una red de intercambios, préstamos y condicionamientos”.²⁴

De esta manera, lo que había entre lo subalterno y lo considerado hegemónico, más que un encuentro frontal, era un movimiento pendular o contrapuntístico para decirlo con Giorgio Baratta, que iba de la calidad a la cantidad, de la disgregación a la articulación, o bien del sentir al comprender y viceversa, como comparece justo en el parágrafo 67 del cuaderno 11 de Gramsci.

No cabe duda, entonces, que el trabajo de Cirese animó a toda una generación tanto de antropólogos italianos como mexicanos, que, sin pasar por ciertos paradigmas de la antropología estadounidense,²⁵ por ejemplo, se sustrajeron, justificadamente o no, de la trayectoria de los estudios culturales anglosajones, así como de cierto uso posestructuralizado (Ciavolella) de Gramsci.

De esta manera, los antropólogos mexicanos pudieron recibir a un Gramsci mucho más apegado al texto, situación que además les permitió articular sus reflexiones con todo un proyecto político emancipatorio desde la tupida red de múltiples intercambios y modos de ser y vivir de las culturas populares, para pensar, finalmente, en una voluntad colectiva nacional-popular desde el terreno abigarrado, fragmentario y múltiple de los subalternos.

Estudios de la cultura orientados al problema de la política y la autonomía

En este horizonte de recepción de Gramsci, quisiera colocar a Guillermo Bonfil Batalla y a Héctor Díaz-Polanco.

Bonfil Batalla fue un importante antropólogo mexicano, que como lo relata Maya Lorena, fue presidente y miembro fundador en 1990 de la Asociación Latinoamericana de Antropología. Tiempo antes, en los años setenta, fue presidente del 41 Congreso Internacional de Americanistas,²⁶ y también director del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH),

²³ *Ibid.*, p. 46.

²⁴ *Ibid.*, p. 54.

²⁵ Maya Lorena Pérez Ruiz, “Guillermo Bonfil Batalla. Aportaciones al pensamiento social contemporáneo”, *op. cit.*, p. 120.

²⁶ *Idem.*

así como del Centro de Investigaciones Superiores del mismo INAH, centro que se convirtió en lo que hoy conocemos como CIESAS.²⁷

Para Bonfil, Gramsci es importante para afrontar importantes polémicas en torno a los criterios de estudio de las culturas populares.²⁸ Para Bonfil, estas polémicas se reducen a dos extremos. Por una parte, la postura etnográfica, para la cual “todos los rasgos culturales presentes en la vida de una comunidad humana deben ser entendidos como parte integrante de su cultura”;²⁹ por otra parte, la posición denominada como “criterio histórico”, según la cual “la auténtica cultura propia de un pueblo sólo está formada por sus rasgos originales, tanto más auténticos cuanto más añejos”. Y como nos dice Bonfil, en ambos casos “la cultura aparece como una categoría descriptiva”.

Bonfil Batalla propone el concepto de “control cultural”³⁰ con una clara alusión a lo político, o para decirlo con Gramsci, a la política revolucionaria. Cito a Bonfil Batalla:

Por control cultural entiendo la capacidad social de decisión sobre los recursos culturales, es decir, sobre todos aquellos componentes de una cultura que deben ponerse en juego para identificar las necesidades, los problemas y las aspiraciones de la propia sociedad, e intentar satisfacerlas, resolverlas y cumplirlas. [...]. *Recursos* son todos los elementos de una cultura que resulta necesario poner en juego para formular y realizar un propósito social. Sin ánimo de hacer una clasificación definitiva, pueden identificarse al menos cuatro grandes grupos de recursos: *a) materiales*, que incluyen los naturales y los transformados; *b) de organización*, como capacidad para lograr la participación social y vencer las resistencias; *c) intelectuales*, que son los conocimientos –formalizados o no– y las experiencias; *d) simbólicos y emotivos*: la subjetividad como recurso indispensable. *Decisión* se entiende como autonomía, es decir, como la capacidad libre de un grupo social para optar entre diversas alternativas. Por supuesto, es necesario relativizar el concepto de libertad, que no debe entenderse en términos absolutos; pero esta cuestión merece discusión aparte.³¹ (Cursivas del original).

²⁷ *Ibid.*, p. 116.

²⁸ Guillermo Bonfil Batalla, “El etnodesarrollo: sus premisas jurídicas, políticas y de organización”, en Guillermo Bonfil *et al.*, *América Latina: etnodesarrollo y etnocidio*, p. 133.

²⁹ *Idem.*

³⁰ *Ibid.*, p. 134.

³¹ *Ibid.*, pp. 135-136.

De esta manera, en un horizonte que denomino como gramsciano, Bonfil recoloca la cuestión de las culturas populares en una dinámica, compleja, conflictiva y asimétrica red de relaciones de fuerza.

De esta manera, en una traducción de la autonomía integral de los grupos subalternos, Bonfil nos habla de una autonomía como proceso que, para lograr el “etnodesarrollo”, tendría que lograr una nueva combinatoria de fuerzas favorable “a los grupos sociales que pugnan por el desarrollo de su propia cultura (etnias, regiones, localidades)”.³²

Sin embargo, este proceso que logra una nueva combinatoria debe tener ciertas determinaciones que pasan por la intensidad o no, del control cultural, es decir, que pasan por consideraciones tanto cuantitativas como cualitativas referentes a la capacidad –autónoma– de los grupos subalternos para acceder, gestionar y usar sus recursos culturales para ponerlos al servicio de su comunidad.

Sin esta autonomía procesual que ha de contener las mencionadas determinaciones, difícilmente se puede hablar de un “Estado pluricultural”.³³

El uso antropológico y latinoamericano que Bonfil hace de Gramsci es claro en su definición de las culturas populares, las cuales son aquellas que “corresponden al mundo subalterno en una sociedad clasista y multiétnica de origen colonial”.³⁴

De acuerdo con Maya Lorena, Bonfil se aleja de posturas románticas³⁵ que ven en los pueblos una suerte de esencia revolucionaria. Desde mi punto de vista, esta consideración crítica de las culturas populares, es decir, ni su rechazo aristocrático típicamente croceano, ni su apología folclorista, supone un claro gesto gramsciano.

A decir de Maya Lorena, Bonfil matiza a Cirese respecto de su propuesta de los “desniveles culturales”, gracias a los conceptos de “enajenación, imposición” y, por otra parte, “apropiación e innovación”.³⁶ Para Bonfil Batalla, además, es importante hablar, más que de subalternidad, de diferencia de las culturas populares respecto de las hegemónicas.³⁷

De acuerdo con Maya Lorena Pérez, Bonfil Batalla diferencia entre sectores subalternos, que pertenecen a un mismo horizonte cultural que sus

³² *Ibid.*, p. 136.

³³ Maya Lorena Pérez Ruiz, “Guillermo Bonfil Batalla. Aportaciones al pensamiento social contemporáneo”, *op. cit.*, p. 118.

³⁴ Guillermo Bonfil Batalla, citado en Maya Lorena Pérez Ruiz (*ibid.*, p. 122).

³⁵ *Ibid.*, p. 125.

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Ibid.*, p. 129.

dominadores, y grupos colonizados que, si bien están en una “posición estructural” de desventaja y subordinación, no comparten necesariamente el mismo horizonte cultural.³⁸

El siguiente autor a comentar es Héctor Díaz-Polanco,³⁹ para quien la autonomía también es un tema de importancia, aunque a partir de determinados problemas.

Díaz-Polanco, en su escrito “Autonomía y cuestión territorial”,⁴⁰ señala que el problema a enfrentar por los movimientos autonómicos, es la cuestión del territorio. De hecho, Díaz-Polanco, citando a O’Gorman, nos recuerda que el problema de origen está “en la organización político-territorial adoptada por el Estado independiente”,⁴¹ pues ésta sólo calcó la “división antigua imperante en el mundo colonial”. De manera que, a diferencia de lo que pensaría cierto liberalismo político, o cierta ciencia política, cito a Díaz-Polanco, “los municipios no son estructuras adecuadas en las que los pueblos puedan desarrollar una auténtica vida autónoma”.⁴²

Así, Díaz-Polanco proporciona otra variable a considerar en todo proceso autonómico. Se trata de “la creación de una esfera especial en la organización sociopolítica del Estado nacional en la que cobren vida institucional y práctica las aspiraciones históricas de un sector de la población que, en cuanto tal, se ha mantenido subordinado social y culturalmente marginado de los asuntos esenciales de la *res pública*”.⁴³

De esta manera, Díaz-Polanco, respecto de la polémica contemporánea entre poder constituido y constituyente, respondería, gramscianamente, que es importante considerar tanto el momento constituyente como el momento organizacional. De hecho, en palabras de Díaz-Polanco, la autonomía, “se implanta en el contexto de vastas transformaciones sociopolíticas a escala nacional”.⁴⁴

³⁸ *Ibid.*, p. 132.

³⁹ Héctor Díaz-Polanco, “Autodeterminación, autonomía y liberalismo”, en *América Latina en Movimiento*, 1º de febrero, 1998, recuperado de <http://www.flacsoandes.edu.ec/web/imagesFTP/1265995904.SA_DiazPolanco_Art1.pdf>. En este escrito Díaz-Polanco nos habla de que la agenda pendiente del racionalismo liberal es su violencia contra la diversidad cultural.

⁴⁰ Héctor Díaz-Polanco, “Autonomía y cuestión territorial”, en *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 28, 1992, recuperado de <<https://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/926>>.

⁴¹ *Ibid.*, p. 79.

⁴² *Ibid.*, p. 94.

⁴³ *Ibid.*, p. 78.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 100.

En términos de la hegemonía gramsciana, Díaz-Polanco nos habla de la importancia de pensar en la articulación de los movimientos autonómicos con otros proyectos políticos afines a escala nacional, y de la importancia de fomentar un pasaje catártico desde la conciencia étnica hasta la conciencia política.

En palabras de Díaz-Polanco, lo anterior, depende de “la separación de la perspectiva indigenista tradicional [...] y del neoindigenismo etnicista”.⁴⁵ Dígase de paso que, ambos extremos, en mis palabras, se convierten en presas fáciles para cualquier despliegue de pasivización.

El uso de Gramsci en Díaz-Polanco se hace más explícito en una entrevista que le realizaron en 1987 a propósito del VIII Coloquio de Antropología e Historia Regional, organizado por El Colegio de Michoacán.⁴⁶

Para Díaz-Polanco, un elemento esencial en toda postura gramsciana tiene que ver con el compromiso responsable con el momento constructivo de la política y no sólo de destrucción de la realidad que se rechaza.

Para Díaz-Polanco, Gramsci es importante para salir del economicismo, gracias a sus reflexiones acerca de la importancia de lo subjetivo y gracias a su concepto de bloque histórico entendido como una correlación entre la estructura y la superestructura.⁴⁷

También para Díaz-Polanco, Gramsci es útil para no romantizar a los pueblos, y saber que no hay “vocación revolucionaria *per se*”, sino que se requieren pacientes esfuerzos de articulación para crear un sujeto político. Para ello, es importante reconsiderar el papel revolucionario del intelectual orgánico en tanto pedagogo, así como el de la filosofía de la praxis.

Las referencias al comunista sardo se harán todavía más patentes en la intervención de Díaz-Polanco en 1987, a propósito de un encuentro gramsciano. Su intervención se tituló “Cultura y política en el pensamiento de Gramsci”.⁴⁸

Para Díaz-Polanco, las reflexiones del comunista son importantes ante la crisis del marxismo en la década de los setenta. De hecho, para Díaz-Po-

⁴⁵ *Ibid.*, p. 101.

⁴⁶ Jorge Durand, “Etnia y nación (entrevista con Héctor Díaz-Polanco)”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 15, julio, 1987.

⁴⁷ Díaz-Polanco da cuenta, incluso, de la aversión de los economicistas para comprometerse políticamente, y yo agregaría, orgánica y colectivamente hablando.

⁴⁸ Héctor Díaz Polanco, “Cultura y política en el pensamiento de Gramsci”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 17, julio, 1988; versión revisada de la transcripción de la conferencia pronunciada durante el ciclo “Antonio Gramsci: a 50 años de su muerte”, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 25 de junio de 1987, recuperado de <https://www.jstor.org/stable/40977318?seq=1#page_scan_tab_contents>.

lanco, nos encontramos ante el último de los clásicos marxistas, ya que se trata de un estudioso cuyo valor radica en su pensamiento crítico, profundo y antirreduccionista.

Gramsci, a decir de Díaz-Polanco, también nos proporciona un método de análisis de las relaciones de fuerza para desplegar tácticas y estrategias, a partir de la diferenciación entre lo estructural y lo coyuntural.

Finalmente, en dicha intervención, Díaz-Polanco nos recuerda que “sin elaboración cultural no hay cambio social posible”. Esto requiere abandonar dogmas y esencialismos para adoptar una postura crítica, cuyo fin sea la crítica del sentido común, o bien “una modificación del pensamiento popular”, lo que requiere, a su vez, del establecimiento de relaciones pedagógicas y de traducción para articularse en un movimiento autonómico.

Vale la pena comentar que, respecto de la revolución pasiva, como revolución desde la élite, revolución-restauración, pasivización de la conflictividad o subalternización, Roger Bartra,⁴⁹ en “Campesinado y poder político en México”,⁵⁰ analiza la fisonomía de la hegemonía política en México; marcada principalmente por el partido oficial posrevolucionario, así como por el dispositivo presidencialista mexicano.

Estos fenómenos, para Bartra, nos permiten hablar de un “cesarismo democrático”,⁵¹ en el que el proceso de pasivización hace que los sectores populares o campesinos, “sean incapaces de hacer valer su interés en nombre de ellos mismos”,⁵² de manera que tienen que ser necesariamente “representados”, es decir, en palabras de Bartra, “su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor”. Así pues, según Bartra, “en esta contradicción vemos las raíces de la estructura política mexicana”,⁵³ en donde “lo que los políticos denominan la institucionalización de la revolución democrática es cesarismo democrático”.

Como puede observarse, Bartra agrega una serie de variables más en el complejo panorama político mexicano, y que esta vez tienen que ver con los procesos de subalternización y de fortalecimiento de la lógica oficial

⁴⁹ Aproveché para insertar a Roger Bartra en este apartado. Roger Bartra publicó en 1973, un *Breve diccionario de sociología marxista*, en la editorial Grijalbo, en donde Gramsci aparece sólo en cinco ocasiones, mientras que Lenin aparece en siete ocasiones.

⁵⁰ Roger Bartra, “Campesinado y poder político en México”, en Roger Bartra, Eckart Boege, Pilar Calvo, Jorge Gutiérrez, Víctor Raúl Martínez Vázquez y Luisa Paré, *Caciquismo y poder político en el México rural*, 1999.

⁵¹ *Ibid.*, p. 24.

⁵² *Ibid.*, p. 25.

⁵³ *Idem.*

de poder, o de la lógica de la representación política que se construye por encima de los sectores populares.⁵⁴

Consideraciones epistemológicas en torno a los estudios de las culturas en México

En este apartado, incluiré a dos importantes estudiosos de las culturas en México, que, sin descuidar otras lecturas, han puesto especial atención a las polémicas antropológicas contemporáneas, abonando así al terreno del estudio y reflexión de las culturas en México. Me refiero a Néstor García Canclini y a Gilberto Giménez.

Para García Canclini, además de la pertinencia de Gramsci para los estudios culturales por sus reflexiones críticas sobre cultura, poder y revolución, éstos le permitieron intervenir en importantes debates que emergían en la antropología cultural frente al asunto de lo popular.

Gracias a Gramsci, García Canclini pudo mediar diversas discusiones, despejando así dogmatismos, polarizaciones o ingenuos empirismos que, además de su deficiencia epistemológica, poco aportaban en la tarea de transformación.

Para García Canclini, era importante señalar la complejidad de las culturas populares y de los sectores hegemónicos, pero, sobre todo, la complejidad de la relación entre ellos, más que oponerlos polarmente. Se trataba,

⁵⁴ Respecto de la genial idea de negación del subalterno o del singular como política de subalternización, recomiendo leer el ensayo de Óscar Ariel Cabezas, “Exclusión en América Latina. Re(-)presentación, soberanía y residuos teológico-políticos”, en Jaime Osorio y Felipe Victoriano (eds.), *Exclusiones. Reflexiones críticas sobre subalternidad, hegemonía y biopolítica*. Por otra parte, es interesante la lectura que Ignacio M. Sánchez Prado realiza de Bartra. Pues nos dice que Bartra, criticando al Estado priista, realiza una serie de analogías entre el Estado mexicano y soviético gracias a Gramsci (hasta el punto de contraponer Estado y democracia). De hecho, una serie de conceptos fundamentales para Bartra como el de “redes imaginarias” y el de “estructuras de mediación” le vienen del comunista sardo. Ciertamente, a decir de Sánchez Prado, la potencia de categorías como la de redes imaginarias o la de estructuras de mediación también le vienen dadas a Bartra gracias a sus lecturas de Althusser y Foucault. Véase Ignacio Sánchez Prado, “La teoría de la democracia en el país de la hegemonía. Una lectura de *Las redes imaginarias del poder político*”, en Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado (coords.), *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica*. Agradezco a la Dra. Diana Fuentes por esta recomendación.

a decir de García Canclini, y gracias a Cirese, de una multiplicidad de intercambios, préstamos y condicionamientos conflictivos.⁵⁵

De esta manera, lo popular estaba definido por su posición diferencial y desigual respecto de los sectores hegemónicos no dominantes, sino condicionantes.

A partir de la identificación de una serie de elementos que permiten a García Canclini hablar con matices de la capacidad de resistencia y autonomía de las culturas populares, éstas son definidas como “resultado de la apropiación desigual de capital cultural”, por la “elaboración de sus condiciones de vida” y por su interacción conflictiva con los sectores hegemónicos –también ellos diferentes y en tensión–.⁵⁶

Se trataba, entonces, de caracterizar a lo popular de las culturas por su posición, relación conflictiva y por el uso de ciertos elementos de las culturas así llamadas hegemónicas.⁵⁷ Esto, a su vez, traería una serie de consecuencias políticas en el planteamiento de García Canclini gracias a Gramsci.

García Canclini, en su ensayo “Gramsci y las culturas populares en América Latina” presentado en el marco del seminario “Le trasformazioni politiche dell’America Latina: la presenza di Gramsci nella cultura latinoamericana”, en septiembre de 1985, intervenía en la polémica de los años sesenta y setenta entre posturas antropológicas deductivistas e inductivistas.

Para ello, García Canclini reconocía la importancia de las reflexiones de Gramsci para hablar de los “aparatos de hegemonía”, además de que sus reflexiones, sirvieron para escapar “de las simplificaciones economicistas”.⁵⁸

Gracias a Gramsci, a decir de García Canclini, es posible “situar las prácticas y políticas culturales de los diferentes grupos en un esquema de

⁵⁵ Néstor García Canclini, “Gramsci y las culturas populares en América Latina”, en *Dialéctica*, año XI, núm. 18, septiembre de 1986, pp. 16-17. Este ensayo, disponible en internet, es una ponencia presentada en el seminario “Le trasformazioni politiche dell’America Latina: la presenza di Gramsci nella cultura latinoamericana”, en el Instituto Gramsci, Ferrara, 11-13 de septiembre, 1985, recuperado de <<https://es.scribd.com/document/49228408/Gramsci-y-las-culturas-populares-en-A-L-Garcia-Canclini>>. Agradezco infinitamente al Dr. Massimo Modonesi por proporcionarme este texto.

⁵⁶ Néstor García Canclini, *Culturas populares en el capitalismo*, p. 91.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 95.

⁵⁸ Néstor García Canclini, “Gramsci y las culturas populares en América Latina”, *op. cit.*, p. 13.

clases”.⁵⁹ De manera que, como ya lo sugería con anterioridad, lo popular pasa a ser “caracterizado por su posición”.⁶⁰

Gracias a esa consideración crítica de las culturas, que se hacía posible con la lectura de Gramsci, los estudios de las culturas populares escapaban, así, de populismos etnicistas identitarios que tenderían (y tienden) a romantizar a las culturas populares, o bien de folclorismos que reducían la complejidad de los fenómenos populares, fetichizando ciertas prácticas u objetos deshistorizados. Los inductivistas, por su parte, eran muy sensibles para determinar la diferencia cultural, pero no la desigualdad conflictiva de los sectores populares.⁶¹ Para García Canclini, los dos ejemplos principales del inductivismo son el tradicionalismo antropológico y el populismo.

El inductivismo, además de fetichizar,⁶² limitaba lo popular “a las manifestaciones campesinas e indígenas”.⁶³ Según García Canclini, el problema con esta postura radica en que la “cultura popular” surge como “otra” cultura que, en contraste con el saber culto dominante, se presenta como “totalidad”, cuando en realidad es construida a través de la “yuxtaposición de elementos residuales y fragmentarios”.⁶⁴

El otro ejemplo de “inductivismo” es el populismo. Para García Canclini existen dos tipos de populismo, “el biológico-telúrico”, el cual “somete la cultura a la naturaleza”, sosteniendo que el pueblo es “una fuerza originaria”,⁶⁵ y el populismo “estatalista”, el cual es generado por fuera de las clases subalternas por parte del Estado, que condensa “los valores populares, revolucionarios o nacionales”, lo que, además, puede estar sostenido “por la figura mitologizada de un líder”.⁶⁶

Por otra parte, la tendencia contraria denominada “deductivista”,⁶⁷ tendía a sobredimensionar lo que caracterizaba como dominación, pues es a partir de ésta que se comienzan a desplegar una serie de consignas que manipulan —o determinan— a las culturas populares.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 16.

⁶⁰ *Idem.*

⁶¹ *Ibid.*, p. 22.

⁶² En la página 22 nos dice Canclini que éstos “Exhiben las vasijas y los tejidos despojándolos de toda referencia a las prácticas cotidianas para las que fueron hechos”.

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ *Ibid.*, p. 23.

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Ibid.*, p. 24.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 17.

Para García Canclini, esta otra unilateralidad, a la hora de estudiar a las culturas populares, esconde una concepción “teológica del poder”, “pues lo imagina omnipotente y omnipresente”.⁶⁸

García Canclini concluye advirtiendo que dar cuenta de los matices, intercambios, interacciones conflictivas y complicidades entre las culturas populares y las hegemónicas permite recolocar y repensar los procesos de resistencia y transformación, incluso de una manera mucho más efectiva.

Es así como me permito conectar ahora las reflexiones anteriores con el tratamiento que García Canclini da a la categoría de hegemonía en Gramsci.

García Canclini, en su escrito “¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?”, nos dice que

la *hegemonía* es entendida –a diferencia de la dominación, que se ejerce sobre adversarios y mediante la violencia– como un proceso de dirección política e ideológica en el que una clase o sector logra una apropiación preferencial de las instancias de poder en alianza con otras clases, admitiendo espacios donde los grupos subalternos desarrollan prácticas independientes y no siempre *funcionales* para la reproducción del sistema (cursivas del original).⁶⁹

La aparición en escena de las reflexiones sobre la hegemonía en Néstor Canclini es transversal a varios de sus escritos tanto de 2007 como de 2009, y apuntan a toda una manera de pensar la transformación, ya que ésta, como sabemos, implica trascender la lucha microgrupala, soldando, unificando o coordinando las luchas, a través de su articulación con otros sectores en condiciones de subordinación, repensando incluso la creación de federaciones nacionales e internacionales.⁷⁰

⁶⁸ *Ibid.*, p. 18.

⁶⁹ Néstor García Canclini, “¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?”, en *Diálogos en la acción. Primera etapa*, p. 158, recuperado de <https://hugoribeiro.com.br/biblioteca-digital/Canclini-de_que_estamos_hablando_cuando_hablamos_de_lo_popular.pdf>.

⁷⁰ Esto aparece explícitamente en Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, p. 251, donde se lee: “Pero su acción política y social suele ser de corto alcance, con dificultades para edificar opciones efectivamente alternativas, porque reinciden en los equívocos del folclorismo y del populismo”. Y, más adelante, García Canclini nos dice: “Imaginan que la multiplicación de acciones microgrupales engendrará algún día transformaciones del conjunto de la sociedad, sin considerar que los grandes constituyentes de las formas de pensamiento y sensibilidad populares –las industrias culturales, el Estado– sean espacios en los cuales haya que hacer presente los intereses populares o luchar por la hegemonía. Aíslan pequeños grupos, confiados en reconquistar la utopía de relaciones transparentes e igualitarias con el simple artificio de liberar a las clases populares de los

Por su parte, en el año 2009 en su libro *Culturas híbridas*, García Canclini nos habla de la importancia estratégica de no perder de vista la dimensión organizacional de la hegemonía; dimensión escenificada en los “grandes constituyentes de las formas de pensamiento y sensibilidad populares —las industrias culturales, el Estado—”, los cuales son “espacios en los cuales hay que hacer presente los intereses populares o luchar por la hegemonía”.⁷¹

Para terminar con García Canclini, advierto que, si bien Gramsci ha estado de alguna manera presente en gran parte de sus reflexiones, no es el mismo acercamiento el de 1985 que el de 2009 en *Culturas híbridas*,⁷² es decir, García Canclini transita de un acercamiento a Gramsci intensivo y explícito a uno mucho menos sistemático y más libre. Me atrevo a tal afirmación por su escrito de 1991 titulado “Cultura y nación: para qué no nos sirve ya Gramsci”.⁷³

En este escrito, García Canclini es crítico de Gramsci, pues lo sitúa en un escenario posmoderno, neoliberal, desterritorializado, virtualizado, multifocal e híbrido.⁷⁴ Es decir, donde muy difícilmente se puede hablar de unificación nacional-popular dada la creciente fragmentación y multiplicidad. Sin embargo, no se trata en García Canclini de una desactivación absoluta de Gramsci, sino de una renovación que intenta estar con él, pero más allá de él. Como se lee en la siguiente afirmación: “Esta reorganización transnacional de la cultura no extingue los interrogantes por lo nacional, ni las oposiciones entre hegemónicos y subalternos. Más bien los coloca en otro registro, multifocal e híbrido”.⁷⁵

Al final y como prueba de su resignificación de Gramsci, García Canclini nos dice que

sabemos también que la problemática de la hegemonía y la subalternidad sigue vigente, y que los procesos culturales generados por las últimas tecnologías y

agentes siempre externos (los medios, la política burocratizada) que los corrompen, y dejar entonces que emerja la bondad intrínseca de la naturaleza humana”. En este mismo sentido, pero haciendo hincapié en el asunto de las federaciones, véase Néstor García Canclini, *Culturas populares en el capitalismo*, p. 225.

⁷¹ Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, p. 251.

⁷² *Idem.*

⁷³ Néstor García Canclini, “Cultura y nación: para qué no nos sirve ya Gramsci”, en *Nueva Sociedad*, núm. 115, 1991.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 102.

⁷⁵ *Idem.*

los cambios económico-políticos del neoliberalismo llevan, en varios aspectos, a una concentración y monopolización mayor del poder. Mientras algunas tendencias del pensamiento y el arte actuales ayudan a descentrarlo, la tendencia predominante en la economía es centralizar y excluir. La reproducción acentuada de la hegemonía y la subalternidad sigue invitándonos a pensar a partir de Gramsci. Pero también a pensar sin él en lo que su obra fragmentaria y múltiple no pudo prever.⁷⁶

Gilberto Giménez, por su parte, es un importante conocedor de la tradición de los estudios de las culturas populares en México.

Para Giménez, Gramsci es importante para enfrentar el déficit cultural de la tradición marxista, para de esta manera pensar en “la relación entre poder, conflicto y cultura”, así como en “la importancia de la cultura en las luchas sociales”, y en que

la división de clases no es la única forma de división social. En las sociedades modernas fuertemente urbanizadas se le sobreimprimen, por ejemplo, la diferenciación entre generaciones y la división de género, como lo demuestran, por un lado, la emergencia de una cultura juvenil urbana centrada en la música, la valorización del cuerpo y la fascinación por la imagen y la emoción visual (Donnat; 1994, 359-362).⁷⁷

Giménez, en el volumen I de *Teoría y análisis de la cultura*, de 2005, agradece a Gramsci el mérito de relacionar cultura y estrategias de poder, sin descuidar los condicionamientos materiales, gracias al concepto gramsciano de “bloque histórico”.⁷⁸ Aunque, afirma Giménez, dicho esfuerzo gramsciano por superar la polaridad base-superestructura gracias al “bloque histórico” quedó trunco y sin desarrollo.⁷⁹

⁷⁶ *Ibid.*, p. 103.

⁷⁷ Gilberto Giménez, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, p. 44.

⁷⁸ Gilberto Giménez, *Teoría y análisis de la cultura*, vol. I, p. 65.

⁷⁹ *Idem.* Conviene precisar que gramscianos contemporáneos como Fabio Frosini o Giuseppe Cospito, entre otros (pienso en Prestipino), han llamado la atención acerca del paulatino abandono de la metáfora base-superestructura por parte de Gramsci en 1932, y de la adopción maquiaveliana cada vez más explícita de las “relaciones de fuerza”. Con esto no sólo se demuestra la importancia del estudio filológico de Gramsci, sino que la penetrante comprensión de Gramsci por parte de Giménez podría discutirse en este punto, e incluso, abrir toda una línea de investigación que vincule a las relaciones de fuerza con las culturas populares. Véase Giuseppe Cospito, *Introduzione a Gramsci*, y Fabio Frosini, *Da Gramsci a Marx. Ideologia, verità e politica*.

En 2007, Giménez publicó *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, en el cual nos habla de la importancia de la lectura de Cirese para la antropología, tanto por el reconocimiento de la existencia de “desniveles culturales” como por el concepto de “circulación cultural”, que nos ayuda a comprender cómo ciertas “formas simbólicas propias de la cultura elitista [...], son apropiadas por los grupos subalternos acomodándolas a sus propios códigos y viceversa”.⁸⁰

Se trata de señalar, como en García Canclini, que lo que hay es un condicionamiento conflictivo y recíproco entre culturas populares y las consideradas hegemónicas.

Para Giménez, existe una analogía entre cultura común y sentido común en Gramsci, de ahí la importancia gramsciana de la filosofía de la praxis. Cito a Giménez:

La *cultura común* sería el acervo de habilidades y saberes indiferenciados o pre-especializados, generados por lenta sedimentación histórica dentro de una determinada red de convivencia social, y comúnmente compartidos por todos los individuos conectados a dicha red. Abarca, por lo tanto, el vasto conjunto de las prácticas banales y de las representaciones usuales que dan contenido a la cotidianidad, y puede homologarse al “sentido común” de Gramsci (*Ibid.*, pp. 110; 287-288; 231; 508).⁸¹ (Cursivas del original).

Dada la necesidad estratégica de una política revolucionaria, de incidir en el sentido común, para Giménez no hay que perder de vista la incidencia aculturadora y permanente de los “aparatos especializados”⁸² sobre las culturas populares.

⁸⁰ Gilberto Giménez, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, p. 100. Transcribo completamente el párrafo: “A esta figura se refiere la teoría de la ‘circulación cultural’ de Cirese, por la que formas simbólicas propias de la cultura elitista, por ejemplo, son apropiadas por los grupos subalternos acomodándolas a sus propios códigos, y viceversa. Se trata de una idea original de Gramsci en sus ‘Observaciones sobre el folklore’ (*Obras de Antonio Gramsci*, 1976, vol. 4, 245). Tal es el caso, en materia de música popular mexicana, de las décimas jarochas, huastecas y arribeñas; y también el de los ‘carnavales’ populares o pueblerinos que, como sabemos, tienen un origen elitista”.

⁸¹ *Ibid.*, p. 112.

⁸² Giménez nos dice al respecto: “Ahora bien, por un lado los aparatos especializados inciden permanentemente sobre las redes de sociabilidad para desposeer a los grupos inscritos en ellas de su actividad ideológica y cultural propia, para modificar sus *habitus* y convertirlos en su propio ‘público’ mediante una permanente acción ‘aculturadora’; y por otro lado la cultura común enmarcada por las redes de sociabilidad opone a esta acción aculturadora la tenaz resistencia de su inercia histórica y de su propio sistema de *habitus*. Por lo tanto, el ‘mundo cultural existente’ (Gramsci) es un mundo permanentemente sometido a una doble presión

En su capítulo “La investigación cultural en México”,⁸³ Giménez además de su extraordinaria genealogía de los estudios culturales en México, donde Gramsci juega un papel de primer orden,⁸⁴ da fe también de la debilidad de dichos estudios, a través de un diagnóstico que indica las variables independientes de tal debilidad.

Se trata de un diagnóstico estratégico y pertinente, dada la importancia de anclar las reflexiones que, ya sea desde la teoría política o desde la filosofía política, se hacen respecto de las relaciones de dominación y las posibilidades de transformación de las mismas.

Para Giménez, existe una tendencia antropológica al descriptivismo⁸⁵ que nos lleva a una “paradoja de la densidad”,⁸⁶ que termina una vez más en una *ghetificación* metodológica y epistemológica, que termina siendo irrelevante desde el punto de vista académico e ineficaz, políticamente hablando.

Reflexiones finales

El marco gramsciano adoptado por cierta antropología cultural ha posibilitado detectar matices respecto de las culturas populares y respecto de los procesos de dominación y antagonismo.

Esta perspectiva ha sido capaz de complejizar la relación entre hegemonía y subalternidad en términos de condicionamiento y asedio recíprocos, deflacionando así posturas teológicas o deductivistas y evitando microsociologismos o romanticismos esencialistas. Se trata, en suma, de una perspectiva crítica, que metodológicamente busca hacer catarsis respecto de las miradas folcloristas, o bien que busca evitar cierto cesarismo metodológico.

Es un hecho que las lecturas de Gramsci han permitido, en primer lugar, relacionar el aspecto cultural con la conflictividad política en un esquema atravesado por la cuestión material, y, en segundo lugar, lograr articular filosofía y praxis, es decir, el estudio antropológico y una agenda emancipatoria que pasa tanto por la necesaria articulación hegemónica

contradictoria: la de los campos ideológicos especializados, por un lado, y la de la ‘resistencia de las representaciones populares conservadas en la red de los grupos sociales concretos’, por otro (*ibid.*, pp. 122; 124-125; 505) (*idem*).

⁸³ Se trata del último capítulo de *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 461.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 471.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 474.

como por la consideración de los aparatos de hegemonía y de la cuestión estatal.

Me atreví a afirmar que, más que de estudios culturales, vale la pena matizar y decir que en México hubo primero estudios de la cultura popular explícitamente inspirados en Gramsci.⁸⁷ Lo anterior lo afirmé, dando cuenta de cómo los estudios de la cultura se desarrollaron en México por fuera del marco anglosajón, posestructuralista y de los mismos estudios culturales, sea en su versión inglesa o en su versión norteamericana.

Afirmé también el carácter gramsciano de los estudios de la cultura en México. Para ello, señalé los seminarios de Alberto Mario Cirese en México, principal artífice de la llamada demología italiana, así como de otros encuentros que ya perfilaban antes de Cirese un estudio crítico de las culturas populares.

En Alberto Mario Cirese, se observó la importancia de no contraponer cultura a incultura para evitar posturas cesarísticas o aristocráticas. En ese sentido, vale la pena recordar que, para Gramsci, “todos son filósofos”, aunque no en el mismo sentido.

De hecho, gracias a Cirese, quedó claro que las culturas, sean las hegemónicas o las populares, mantienen una igualdad cualitativa, aunque no cuantitativa,⁸⁸ situación que depende del grado de disgregación o no de determinadas culturas, que tienen además la posibilidad de desplazarse contrapuntísticamente,⁸⁹ a partir de su inserción en una correlación asimétrica.

De esta manera, Cirese define a las culturas populares como un “complejo de actividades y productos de múltiples actores en desnivel”, y dado que están tan sólo en desnivel, no se trata de una totalidad cerrada contrapuesta a otra, sino que lo que hay en realidad es una “red tupida de préstamos, intercambios y préstamos”, o en términos gramscianos, de asedio recíproco.

En el caso de Bonfil, quien es uno de los principales responsables de la invitación de Cirese a México, a través de su reflexión acerca de lo que denomina como “control cultural” y el concepto de “decisión”, articula asuntos culturales, políticos, de antagonismo y de autonomía de los sectores

⁸⁷ Como lo decía en un principio, debo este matiz a las pláticas con mi colega el Dr. Ángel Álvarez Solís y la Dra. Gabriela Méndez Cota, ambos adscritos al Departamento de Filosofía de la UIA, Ciudad de México.

⁸⁸ Esta precisión la debo a la lectura que Giorgio Baratta hace de Cirese. Véase Giorgio Baratta, *Antonio Gramsci in contrappunto. Dialoghi col presente*.

⁸⁹ El término lo tomo de Baratta.

subalternos insertos en una correlación de fuerzas dada. Cabe resaltar que, para Bonfil, el proceso de autonomía o de “etnodesarrollo” es paralelo a la capacidad de control de recursos materiales, simbólicos, organizacionales e intelectuales por parte de los sectores subalternos.

Bonfil Batalla, además, realiza una sutil distinción entre sectores subalternos y colonizados. Estos últimos, no sólo están en una posición de desventaja o en desnivel, sino que se encuentran en otro horizonte cultural, situación que, desde mi perspectiva, radicaliza el posible antagonismo y revitaliza, por otra parte, las reflexiones acerca de la traducibilidad y traducción hechas por Gramsci.

Para Díaz-Polanco, no es posible desplegar procesos autonómicos sin transformaciones de los niveles cultural, político y material, muy en el sentido del bloque histórico gramsciano.

De esta manera, para Díaz-Polanco, el proceso autonómico tiene que pasar por la cuestión del territorio y por la crítica a la organización territorial actual, para pasar también por la cuestión política-hegemónica, es decir, por la necesidad de contemplar cambios a nivel estatal.

Dichos procesos autonómicos, que han de pasar por la cuestión del Estado en sentido restringido también, necesitan, sin duda, de la articulación política, para dar cuenta de la subjetividad política o de la voluntad colectiva nacional-popular, como, metodológicamente hablando, necesita evitar esencialismos metodológicos o folclorismos esencialistas.

Finalmente, para Díaz-Polanco, es importante no perder de vista que no hay transformación política sin elaboración cultural, o dicho en términos de la filosofía de la praxis, sin un trabajo de modificación del pensamiento popular.

Para Roger Bartra,⁹⁰ por su parte, si bien ya en su *Breve diccionario de sociología marxista* hablaba de Gramsci, es tiempo después cuando se interesa en ciertas categorías gramscianas para analizar el proceso de fortalecimiento del caciquismo mexicano a través de categorías como cesarismo.

Con este análisis, Bartra ofrece un excelente ejemplo de revolución pasiva y de los problemas de cierto tipo de representación que suplanta a los sectores subalternos, quienes quedan inermes y necesitados del “señor” que habla por todos ellos encarnándolos.

Para García Canclini, en un primer momento, recurrir a Gramsci fue de utilidad para intervenir en diversas polémicas, como las que se suscitaron entre deductivistas e inductivistas, así como para lograr una mirada críti-

⁹⁰ Autor que agregué al presente trabajo de manera marginal.

ca de las culturas populares, definiéndolas como aquellas que se encuentran en una posición de desventaja frente a las hegemónicas. Desventaja que hace que las primeras se apropien desigualmente del capital cultural, elaborando así sus propias condiciones de vida en el marco de una interacción conflictiva con las culturas hegemónicas.

Gracias a Cirese, García Canclini nos dice que el horizonte en el que se despliega esta confrontación mutua, es una red tupida de “intercambios, préstamos y condicionamientos”. De hecho, es gracias a estas matizadas consideraciones que es posible hablar de agencia virtual o efectiva de los sectores populares en sus procesos de recepción, apropiación y resignificación —o transformación— de los contenidos de las culturas hegemónicas.

Dada esta tupida y conflictiva red asimétrica, atravesada de múltiples factores, gramscianamente, para García Canclini es muy importante no perder de vista la importancia de los aparatos de hegemonía, así como de ciertas instituciones que hacen las veces de los “grandes constituyentes de la sensibilidad y pensamiento popular”.

De manera que la lucha de resistencia/transformación, ha de pasar tanto por la reapropiación de dichos aparatos como por espacios en donde es importante escenificar la lucha popular. Así pues, a pesar de que, para García Canclini, en un horizonte multifocal, trasnacional e híbrido, Gramsci tiene menos que decirnos, siguen vigentes sus reflexiones sobre articulación, hegemonía y subalternidad.

Por otra parte, para Gilberto Giménez es relevante dar cuenta de que, gracias a las reflexiones de Gramsci acerca de la importancia de lo simbólico y de lo material, su recepción en los estudios de la cultura en México fue crucial para evitar posturas discursivistas, o materialistas radicales.

Para Giménez, el concepto de cultura a secas es análogo a la noción de sentido común en Gramsci, el cual implica saberes y prácticas preespecializadas, que es necesario estudiar para buscar puntos de intervención estratégica con el fin de transformar el sentido común.

Para Giménez es importante dar cuenta de que, a pesar de los esfuerzos, muchos estudios de las culturas en México siguen atrapados en una suerte de descriptivismo microsociológico, situación que refleja la debilidad de los estudios de las culturas.

Como hipótesis propia, afirmarí­a que la debilidad de los estudios de las culturas en México podría ser proporcional al *impasse* en las discusiones sobre la transformación, proporcional asimismo tanto a cierta debilidad académica como a la debilidad de posibilidades efectivas de transformación.

Por último, es importante decir que el acercamiento a las reflexiones de Gramsci permite arrojar las condiciones de posibilidad de una lectura crí-

tica de los procesos emancipatorios y autonómicos de las clases populares, es decir, permite encarnar de alguna manera el proyecto gramsciano de la filosofía de la praxis

Considero que ha quedado claro que el arsenal teórico gramsciano posibilita intervenir en una serie de debates contemporáneos acerca de las movilizaciones, resistencias y demás procesos que muchas veces son leídos de forma academicista o desde cierto cesarismo universitario, sin consideración de las prácticas y saberes populares.

Dicha consideración de los matices, contradicciones y posibilidades de lo popular, permite también considerar en la estrategia autonómica tanto a los aparatos de hegemonía como la cuestión organizacional y estatal. Es decir, permite articular teórica y prácticamente una multiplicidad de perspectivas que están preocupadas por enfrentar relaciones de dominación y de explotación.

Afirmo que no hay política de emancipación sin consideración de lo popular. Popular aquí entendido no identitariamente, sino como una multiplicidad de saberes y prácticas en posición desigual y en relación de múltiple tensión. Así, muchas lecturas contemporáneas que buscan marcar tensiones en cierta lectura de Gramsci, o bien que lo confunden con otros autores o, en el peor de los casos, que lo declaran inservible, se matizan y se resignifican si pasan por la lectura antropológico-cultural y mexicana de Gramsci.

El problema del *impasse* teórico o de los debates sectarios, irreconciliables, que parten de esencialismos teóricos y prácticos, radica también en que terminan haciendo la tarea neoliberal de desarticular, dejándonos así sin la posibilidad gramsciana de articular para hacer frente a las relaciones de dominación, explotación y violento ataque a la diferencia indisciplinada respecto del Uno estatal.

Considero que se trata de repensar muy gramscianamente nuestra cuestión meridional, es decir, nuestra necesidad de analizarnos críticamente para traducirnos y fortalecer así a las hegemonías populares, evitando la salida cesarística o la pasivización.

De cualquier manera, aun en la salida cesarística (regresiva) se tendrían que identificar las notas de agencia rebelde de los sectores populares para reproducirlas, pues gracias a Gramsci sabemos bien acerca de la multiplicidad de colores –y posibilidades– que produce un mismo rayo pasando por un prisma.

Es un hecho que, frente a la múltiple pasivización de los poderes políticos de dominación y de los económicos, para evitar terminar esencialismos, es importante dar cuenta de que los estudios de las culturas populares es-

cenifican una serie de múltiples posibilidades de transformación, muchas de las cuales ya están en marcha.

Parafraseando a un contemporáneo no necesariamente gramsciano como Badiou, afirmaría que, si las pasivizaciones “finitizan”, la reflexión de los procesos, saberes y prácticas de las culturas populares ya interviene revolucionariamente, en tanto que “infinitiza” posibilidades. Posibilidades efectivas de transformación que son capaces de evitar la captura disciplinaria y policial, y que, en efecto, ya anuncian permanentemente lo porvenir.

Bibliografía

- Baratta, Giorgio, *Antonio Gramsci in contrappunto. Dialoghi col presente*, Carocci, Roma, 2008.
- Bartra, Roger, *Breve diccionario de sociología marxista*, Grijalbo, México, 1973.
- Bartra, Roger, *et al.*, *Caciquismo y poder político en el México rural*, Siglo XXI, México, 1999.
- Beasley Murray, Jon, *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 2010.
- Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, Grijalbo / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), México, 1989.
- Bonfil, Guillermo, *et al.*, *América Latina: etnodesarrollo y etnocidio*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José, 1982.
- Ciavolella, Riccardo, “Egemonia e soggetto politico in antropologia”, presentado en el seminario “Egemonia prima e dopo Gramsci”, 20 y 21 de octubre de 2014, Università Urbino, recuperado de <<https://alterpol.hypotheses.org/486>>.
- Cirese, Alberto Mario, *Ensayo sobre las culturas subalternas*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Cuadernos de la Casa Chata, 24), México, 1979.
- Cospito, Giuseppe, *Introduzione a Gramsci*, Il Melangolo, Génova, 2015.
- Dei, Fabio, “Gramsci, Cirese e la tradizione demologica italiana”, en *Lares*, vol. 77, núm. 3, 2011, pp. 501-518, recuperado de <https://www.jstor.org/stable/26231356?seq=1#page_scan_tab_contents>.
- Díaz-Polanco, Héctor, “Cultura y política en el pensamiento de Gramsci”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 17, 1988,

- pp. 63-84, recuperado de <https://www.jstor.org/stable/40977318?seq=1#page_scan_tab_contents>.
- , “Autonomía y cuestión territorial”, en *Estudios Sociológicos*, vol. 10, núm. 28, 1992, pp. 77-101, recuperado de <<https://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/926>>.
- , “Autodeterminación, autonomía y liberalismo”, en *América Latina en Movimiento*, 1° de febrero de 1998, recuperado de <http://www.flacsoandes.edu.ec/web/imagesFTP/1265995904.SA_DiazPolanco_Art1.pdf>.
- Durand, Jorge, “Etnia y nación (entrevista con Héctor Díaz-Polanco)”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 15, julio de 1987, pp. 133-153, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwiYZIbqyObqAhUEO60KHcC-CoEQFjAAegQIBBAB&url=http%3A%2F%2Fwww.catedrajorgedurand.udg.mx%2Fsites%2Fdefault%2Ffiles%2F1987_etnia_y_nacion_entrevista_con_hector_diaz-polanco.pdf&usg=AOvVaw3yXnyx6TcSHRYy_VOMZr6r>.
- Frosini, Fabio, *Da Gramsci a Marx. Ideologia, verità e politica*, DeriveApprodi, Roma, 2009.
- García Canclini, Néstor, “Gramsci y las culturas populares en América Latina”, en *Dialéctica*, año XI, núm. 18, septiembre de 1986, pp. 13-33, recuperado de <<https://es.scribd.com/document/49228408/Gramsci-y-las-culturas-populares-en-A-L-Garcia-Canclini>>.
- , “Cultura y nación: para qué no nos sirve ya Gramsci”, en *Nueva Sociedad*, núm. 15, septiembre-octubre de 1991, pp. 98-103, recuperado de <http://nuso.org/media/articles/downloads/2034_1.pdf>.
- , “¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?”, en *Diálogos en acción. Primera etapa*, México, 2004, recuperado de <https://hugoribeiro.com.br/biblioteca-digital/Canclini-de_que_estamos_hablando_cuando_hablamos_de_lo_popular.pdf>.
- , *Culturas populares en el capitalismo*, Grijalbo, México, 2007.
- , *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, DeBolsillo, México, 2009.
- Giménez Montiel, Gilberto, *Teoría y análisis de la cultura*, vol. I, Conaculta, México, 2005.
- , *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, Conaculta / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México, 2007.
- Mattelart, Armand, y Érik Neveu, *Introducción a los estudios culturales*, Paidós, Barcelona, 2004.

- Modonesi, Massimo (coord.), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2013.
- Moraña, Mabel, e Ignacio Sánchez Prado (coords.), *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 2015.
- Osorio, Jaime, y Felipe Victoriano (eds.), *Exclusiones. Reflexiones críticas sobre subalternidad, hegemonía y biopolítica*, Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, Barcelona, 2011.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena, “Guillermo Bonfil Batalla. Aportaciones al pensamiento social contemporáneo”, en *Cuicuilco*, vol. 20, núm. 57, mayo-agosto de 2013, recuperado de <<http://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/articulo:10158>>.
- Portantiero, Juan Carlos, *Los usos de Gramsci*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977.

UNA ETNOGRAFÍA EDUCATIVA GRAMSCIANA PARA DEVELAR LA TRAMA ESCOLAR

Sebastián Gómez

A modo de introducción

En los años setenta y ochenta, en el Departamento de Investigaciones Educativas (DIE) del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav) del Instituto Politécnico Nacional (IPN) se moduló un abordaje tan pionero como singular para investigar la trama escolar: la etnografía educativa. Existían antecedentes en esta línea de indagación, pero el marco teórico que estructuró la pesquisa resultó original. En esta creativa constelación teórica se apeló con particular centralidad al pensamiento gramsciano. Si bien la iniciativa estuvo jalonada por distintos actores del campo educativo, la mexicana Elsie Rockwell y la exiliada argentina Justa Ezpeleta dirigieron el proyecto.

Se asume que en el estudio de la recepción de un legado como el gramsciano no se trata de develar operaciones correctas e incorrectas en referencia a una interpretación válida, sino de comprender modalidades y condiciones de posibilidad socio históricas de determinados usos. La recepción guarda un carácter activo al operar sobre el texto y hasta implica una mutación: el/la lector/a pasa a ocupar el sitio de autor/a.¹ En definitiva, se trata de arrojar luz sobre las mediaciones o adaptaciones que determinados agentes realizan, atendiendo al campo de polémicas en el que están insertos; de dilucidar la porosa frontera entre las operaciones sobre las obras y sus contextos.

El capítulo consta de tres apartados. El primero apunta algunos trazos de los itinerarios de Justa Ezpeleta y Elsie Rockwell en los años sesenta y setenta. También se detiene en rasgos del clima político-intelectual mexicano de la época y los efectos de la reforma educativa durante el sexenio del presidente Luis Echeverría en la institucionalización de la investiga-

¹ Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina*.

ción sobre la escuela. A partir de esta reconstrucción, se busca establecer algunas de las condiciones que posibilitaron y animaron la conformación de una etnografía educativa gramsciana en el DIE entrados los años setenta y ochenta. El segundo apartado delinea ciertos rasgos de dicha etnografía, tratando de establecer su originalidad respecto a otros usos educativos de Gramsci en el ámbito académico mexicano. A modo de cierre, son sugeridos algunos ángulos que se podrían proseguir para ahondar la comprensión de la recepción de las notas carcelarias gramscianas efectuada por las autoras.

Derivas del 68: nuevos contornos para la crítica política, social y educativa

El año 1968 es un ícono en la renovación política y teórica de sectores de la izquierda en el plano europeo y, particularmente, en el latinoamericano. Alrededor de ese año, ya sea con inmediata anterioridad o posterioridad, se anudaron una significativa cantidad de movilizaciones estudiantiles que contribuyeron a modificar los contornos de la crítica marxista. Un proceso de renovación que es posible ubicar hacia fines de los años cincuenta, pero que encuentra en el 68 una considerable expansión y radicalización.

Para denominar a este heterogéneo y variopinto movimiento de los sesenta, se suele aludir al término nueva izquierda por su oposición o delimitación con la denominada izquierda tradicional.² Este mosaico heterogéneo de tendencias teóricas implicó de conjunto una sugestiva renovación del marxismo tanto en sus perspectivas y discusiones como tópicos tratados. Por aquellos años, los partidos comunistas perdieron paulatina y crecientemente el monopolio de la producción y divulgación de la crítica marxista. En las universidades europeas y latinoamericanas, que se encontraban en creciente proceso de masificación y expansión, penetraron en buena medida los influjos de un marxismo disímil a los códigos soviéticos.

Al calor de estos vertiginosos años, se dirime la formación académica tanto de la argentina Justa Ezpeleta como de la mexicana Elsie Rockwell. En el país sudamericano, hacia los años sesenta comenzaron a multiplicarse editoriales y revistas culturales que mostraron las tensiones al interior de la vieja izquierda, o bien se configuraron en plena animosidad con ésta.

² Kepa Artaraz, *Cuba y la nueva izquierda. Una relación que marcó los años 60*; Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*; Carlos Illades, *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*.

Entre esta amplia gama, destacan las iniciativas políticas y culturales de un grupo de jóvenes encabezados por José María Aricó en la ciudad donde Ezpeleta transcurría sus estudios universitarios: Córdoba. Ávido lector de las tradiciones heterodoxas del marxismo, el intelectual cordobés impulsó innumerables incursiones editoriales, algunas de las cuales tuvieron una explícita nominación gramsciana: la revista *Pasado y Presente* (primera época, 1963-1965, editada en Córdoba; segunda época, 1973, en Buenos Aires) y la colección Cuadernos de Pasado y Presente (1968-1983). Estos jóvenes cordobeses, que luego del primer número de la revista fueron expulsados del Partido Comunista, pretendieron modernizar los lindes de la crítica política y social a través de una lectura plural y abierta del linaje marxista. Tal operación encontró en la cultura italiana y, particularmente, en Gramsci un punto decisivo de apoyo.³

Durante los años sesenta y setenta, el grupo pasadopresentista tuvo una significativa influencia entre las nuevas camadas intelectuales de la ciudad cordobesa. Tal vez uno de sus principales espacios de ascendencia fue la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), particularmente su Centro de Estudiantes, activamente vinculado a las luchas obreras. En este Centro, donde convergieron estudiantes de distintas disciplinas, se tejieron espacios de formación y debate teórico animados en buena medida por el grupo pasadopresentista. Ezpeleta, junto a otras pedagogas y estudiantes de Historia y de Letras, participó del grupo de estudios coordinado por el gramsciano Aricó en torno al clásico texto metodológico de Karl Marx: *Introducción general a la crítica de la economía política*.⁴

Entre esta formación paralela y la currícula oficial, Ezpeleta recorrerá sus estudios e inserciones académicas en la carrera de Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC. Además de desempeñarse como docente en la asignatura Pedagogía desde 1964, se embarcó en estudios de posgrado en una disciplina que por entonces prometía conocer empíricamente la sociedad capitalista y sus instituciones, sorteando así el sesgo idealista o meramente normativo de la formación pedagógica: so-

³ Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*; Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerario, problemas y debates en la Argentina de posguerra*.

⁴ El texto, traducido por José Aricó y Jorge Tula, constituyó el primer número (marzo 1968 y sucesivamente reeditado) de la Colección Cuadernos de Pasado y Presente. Adela Coria, *Tejer un destino. La formación de pedagogos en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 1955-1976*.

ciología. Quizás por su previa formación como maestra normal, Ezpeleta observó con recelo al enciclopedismo universitario, por lo que permaneció atenta a las concretas alternativas pedagógicas como la emprendida por el italiano Lorenzo Milani en la humilde localidad italiana de Barbiana (provincia de Turín)⁵ o las que se abrieron al calor de la radicalización política de los años sesenta en la ciudad de Córdoba. Como corolario del levantamiento obrero-estudiantil denominado Cordobazo, a fines de mayo del 69, se extenderá la combatividad obrera y se multiplicarán espacios de resistencia e impugnación al orden social y universitario. Surgirá así el denominado Taller Total en la Facultad de Arquitectura de la UNC, que desató una profunda transformación de la carrera de Arquitectura desde un enfoque crítico e interdisciplinario entre 1970 y 1975.⁶ Coordinado por una de sus maestras, la pedagoga María Saleme de Burnichon, Ezpeleta participará activamente de la iniciativa disruptiva.

Estas y otras tantas experiencias configuradas a la luz de la radicalización política encontrarán en Córdoba un punto de inflexión en febrero del 74, cuando fueron depuestos en un movimiento reaccionario, encabezado por el jefe de la policía de la provincia Antonio Navarro, el gobernador Ricardo Obregón Cano y el vicegobernador Hipólito Atilio López (posteriormente asesinado). Era tan sólo el inicio de un oscuro ciclo signado por la persecución política y el disciplinamiento social de innumerables franjas críticas que encontrará su inaudita expansión con el advenimiento del golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976. México será el principal país elegido por millares de exiliadas y exiliados. A estas tierras partirá Ezpeleta a pocos días del golpe.

Hija de padre norteamericano y madre mexicana, Elsie Rockwell transcurrió su formación en los Estados Unidos en los años sesenta: en 1966 obtuvo el título de bachiller en Artes en el Pomona College de California y en 1968 realizó una maestría en Historia Antigua en la Universidad de Chicago. El ambiente de formación de la futura antropóloga mexicana estaba marcado por la presencia de un heterogéneo movimiento contracultural, que asaltó las jerarquías y valores autoritarios de la sociedad norteamericana. También por aquellos años aconteció el masivo movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y luego el rechazo, también

⁵ Justa Ezpeleta, Marta Teobaldo y Guillermo Villanueva, “Educación, ideología y control social [Sobre Carta a una profesora de Estudiantes de la Escuela de Barbiana]”, en *Los Libros*, núm. 13, noviembre de 1970.

⁶ Juan Sebastián Malecki, “Crisis, radicalización y política en el Taller Total de Córdoba, 1970-1975”, en *Prohistoria*, núm. 25, 2016.

masivo, a la aventura militar del gobierno estadounidense en Vietnam. Estas manifestaciones tuvieron particular resonancia y pregnancia en el movimiento estudiantil norteamericano a través del Comité Coordinador Estudiantil No Violento, fundado en 1960, y los Estudiantes por una Sociedad Democrática, forjada en 1962. Particularmente, California y Chicago presenciaron importantes protestas contra la segregación y la intervención imperialista. Estos movimientos, influenciados en algunos casos por la Revolución cubana, animaron la formación de una nueva izquierda intelectual en tierra norteamericana.

Como en el caso de Ezpeleta, la radicalización político-social en los años sesenta y, particularmente, alrededor del 68 influyó sensiblemente en la trayectoria de Rockwell que regresó a México precisamente ese año. Dentro de la estela de los movimientos estudiantiles a nivel mundial, el mexicano resultó emblemático: aglomeró y expresó una diversidad de nuevas tendencias políticas y teóricas que, además de exceder al control y patrocinio de la vieja izquierda, fue el principal desafío desde la insurgencia obrera de fines de los cincuenta para el gobierno del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Emergieron actores que impugnaron al esencialismo obrerista de la izquierda tradicional, iluminaron nuevos territorios del conflicto social y tejieron múltiples redes de sociabilidad política. El movimiento también dejó una enseñanza perdurable: el camino al socialismo ya no pasaba por la Revolución mexicana. Indudablemente, el rebelde movimiento tuvo como punto de inflexión la masacre en la Plaza de Tlatelolco en octubre de 1968. Pero, a pesar de la feroz represión, las pulsiones políticas de la izquierda universitaria prosiguieron por nuevas sendas.⁷

Las opciones abiertas a este segmento de la izquierda estuvieron también configuradas por la política del partido de Estado: ante el desprestigio que suscitó la masacre, el crecimiento exponencial de presos/as políticos/as y personas desaparecidas, el aumento de la abstención electoral, el proyecto político del gobierno de Echeverría (1970-1976) consistió en reconstruir la legitimidad política y social al tiempo que desactivaba la insurgencia obrera y los nuevos movimientos sociales. A través de combinar prácticas represivas y reformistas, pretendió reinstaurar las bases de la gobernabilidad. En efecto, la prosecución de la denominada guerra sucia contra los militantes reales e imaginarios de la guerrilla urbana y rural, se yuxtapuso con gestos de tolerancia política, la puesta en libertad a la mayor

⁷ Massimo Modonesi, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*.

parte de presos/as políticos/as, un discurso antimperialista y el aumento sustancial del gasto en materia de asistencia social, vivienda y educación.

Respecto al plano educativo, durante el sexenio de Echeverría se impulsó una pretenciosa reforma educativa que repercutió en las trayectorias de Ezpeleta y Rockwell. Entre otras aristas, la reforma pretendió una reformulación de los libros de texto gratuitos del nivel primario. La Secretaría de Educación Pública (SEP) auspició proyectos de investigación capaces de asesorar en tal política educativa. Seleccionó al Cinvestav del IPN como sede para la creación en 1971 del DIE y el Departamento de Matemática Educativa.⁸ Si bien existían antecedentes en la institucionalización de la investigación educativa, como la fundación en 1963 del Centro de Estudios Educativos, lo cierto es que la creación del DIE se enmarcó en un nuevo ciclo de instituciones.⁹ Algunas de éstas vieron la influencia de miembros del movimiento del 68. Fue el caso del DIE que estuvo comandado desde 1972 hasta 1980 por Juan Manuel Gutiérrez-Vázquez, quien, como otros/as jóvenes, durante los años sesenta se alejó del Partido Comunista Mexicano y animó las heterogéneas tendencias de la nueva izquierda. Sin militancia orgánica, acompañó activamente al movimiento del 68 desde la dirección de la Escuela de Ciencias Biológicas del IPN y a través de la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas.¹⁰

Para reformular los libros de texto, Gutiérrez-Vázquez conformó equipos de trabajo interdisciplinarios, por lo que acercó al Departamento de Investigaciones Educativas a jóvenes intelectuales de diversos campos. Una de ellas fue Elsie Rockwell, quien desde su regreso a México había permanecido vinculada a proyectos de la SEP: primero en la formación de promo-

⁸ Estos departamentos coordinaron el diseño de los libros de texto en las áreas de ciencias naturales y matemáticas, mientras que las áreas de español y ciencias sociales estuvieron en manos de El Colegio de México.

⁹ Por ejemplo, en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) surgieron la Comisión de Nuevos Métodos de Enseñanza en 1969, el Centro de Didáctica en 1970, el Centro de Investigaciones Pedagógicas en 1972 y la Fundación Javier Barros Sierra en la Facultad de Filosofía y Letras en 1975. Véase Norma Georgina Gutiérrez Serrano, "Orígenes de la institucionalización de la investigación educativa en México", en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 3, núm. 5, enero-julio de 1998; Claudio Suasnábar, *Intelectuales, exilios y educación. Producción intelectual e innovaciones teóricas en educación durante la última dictadura*; Magda Concepción Morales y Myriam Southwell, "La investigación educativa en México y Argentina. Trazos para pensar una relación", en *Perfiles Educativos*, vol. 36, núm. 144, abril-junio, 2014, pp. 12-30.

¹⁰ Juan Baltazar Tinoco, "Juan Manuel Gutiérrez-Vázquez: paisajes y semblanza de un constructor de la educación nacional", tesina de licenciatura en Sociología de la Educación, 2014.

tores indígenas en Oaxaca y luego en los inicios de la educación bilingüe.¹¹ Con inquietudes educativas desde sus años estudiantiles en Estados Unidos, donde colaboró en centros comunitarios con las tareas escolares de niñas/os mexicanas/os y afroamericanos/as, las experiencias educativas en México resultaron particularmente originales y comprometidas. En ellas, conoció a Jerry Morris, colaborador del reconocido pedagogo anarquista Iván Illich, quien se encargaba de dotar al acto educativo de una creatividad inusitada.¹² Imbuída en un ambiente político-intelectual reacio a la institucionalidad, la aceptación a formar parte de un centro académico como el DIE no resultó sencilla. Sin embargo, presumiblemente, la sensibilidad, compromiso y creatividad de quien fuera un importante militante del 68, como la conformación de interesantes equipos de trabajo interdisciplinarios, volvieron atractivo al ofrecimiento. De este modo, Rockwell se integró al DIE en 1973 y comenzó su labor en la elaboración y seguimiento de los libros de texto de Ciencias Naturales en escuelas públicas. Precisamente por las exigencias y preocupaciones que surgían del trabajo, la investigadora ingresó poco tiempo después al posgrado en Antropología de la UNAM para concentrarse en una tradición: la etnografía.

A través de la reforma educativa, el PRI buscó restablecer los perdidos vínculos entre la intelectualidad progresista y el Estado. Desplegó así una ambiciosa política de modernización universitaria centrada en la profesionalización académica, el impulso a la investigación y la expansión del posgrado. Pero las universidades públicas habían sido también un espacio de refugio de la izquierda pos-68. Su influencia era palpable en universidades de provincia como Puebla, Sinaloa, Guerrero y en la propia UNAM. Estos sectores, en el marco de una tendencia democratizadora presente en el movimiento sindical, particularmente entre trabajadores electricistas y ferroviarios, impulsaron agrupaciones que dotaron de vitalidad al sindicalismo universitario y cuestionaron al corporativismo estatal.¹³ La combatividad docente también se expresó en el magisterio: al interior del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación tuvieron lugar corrientes democráticas y antiburocráticas que parecían retomar la radicalidad del

¹¹ Elsie Rockwell, "Memoria biográfica", en Ismael Vidales y Rolando Maggi (comps.), *Educación. Presencia de mujer*.

¹² Nicolás Arata, Carlos Escalante y Ana Padawer, "Estudio preliminar", en Elsie Rockwell, *Vivir entre escuelas. Relatos y presencias. Antología esencial*.

¹³ En 1971 fue creado el Sindicato de Trabajadores y Empleados de la Universidad Nacional Autónoma de México y en 1974 el Sindicato de Personal Académico de la misma universidad.

Movimiento Revolucionario del Magisterio fundado en 1958. Tendencias con las que Rockwell estableció entrañables vínculos y solidaridades. Con todo, a partir de 1971 y hasta mediados de los setenta, se desarrolló en México un nuevo ciclo de insurgencia obrera que, a diferencia del periodo 1956-1959, contó con una articulación con otros grupos sociales, tales como los pobres urbanos marginados o colonos, campesinos o estudiantes.¹⁴

En el marco de estas contiendas, también las universidades mexicanas asistieron a una inaudita renovación y circulación del marxismo. Durante los años setenta, se multiplicó la presencia pública y los espacios de intervención de la intelectualidad crítica, particularmente en el Distrito Federal. Un nuevo mercado de lectores/as accedió a ensayos e investigaciones de corte marxista difundidos por editoriales como Nuestro Tiempo, Grijalbo, Juan Pablos, Fondo de Cultura, Era, Ediciones de Cultura Popular o Siglo XXI. Buena parte de esta literatura puso en juego categorías teóricas marxistas para estudiar un tema particularmente espinoso en la historia mexicana: el vínculo entre el Estado y la sociedad. Además, se multiplicaron los congresos o jornadas académicas como así también las revistas político-culturales de izquierda que actualizaron los contornos de la crítica. Emblemática en este último sentido resultó *Cuadernos Políticos* (1974-1990),¹⁵ la cual no sólo fue leída frecuentemente por Rockwell y Ezpeleta; también las autoras establecieron lazos de amistad con miembros de su Consejo Editorial.

El DIE fue uno de los principales espacios en México que cobijó a las franjas de pedagogas/os argentinas/os exiliadas/os.¹⁶ Presumiblemente, la figura de Gutiérrez-Vázquez resultó cautivante. A fines de los setenta, cuando se multiplicaron los proyectos de investigación y los alcances de la Maestría en Educación del DIE, comenzó una labor mancomunada entre Rockwell y Ezpeleta. Si bien la primera estaba incursionando en la etnografía educativa, mientras la segunda provenía de pedagogía, las perspectivas e intereses pronto convergen. Los años sesenta y setenta fueron el

¹⁴ Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*.

¹⁵ Mariana Bayle, "México como escenario latinoamericano. Dictadura, revolución y democracia en la revista *Cuadernos Políticos* (1974-1990)", tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos, 2016.

¹⁶ Malena Beatriz Alfonso, "Cuando el exilio deviene experiencia formativa. Una lectura del exilio argentino en México a través de las narrativas de un grupo de pedagogos cordobeses (1976-1983)", en VIII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, "Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales", 5 al 7 de diciembre de 2012, Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

suelo común de una formación que, acontecida en latitudes diversas, permaneció animada por la apropiación de una perspectiva marxista heterodoxa y un vínculo desacralizado con sus textos; el activo involucramiento en experiencias educativas innovadoras y disruptivas; los orgánicos lazos con las disputas populares e institucionales; y la confianza en el valor de las categorías teóricas para explicar la compleja realidad educativa y subvertirla. En ese sentido, no fue casual que rápidamente sus inquietudes hayan coincidido en la figura y pensamiento de Antonio Gramsci, de creciente circulación por entonces.

*La conformación de una pionera línea de investigación:
la etnografía educativa gramsciana*

Aunque la reflexión pedagógica en el medio italiano sobre la obra de Gramsci resultó más lenta que en otras áreas, existieron una serie de reflexiones que fueron rápidamente traducidas al castellano y circularon por Iberoamérica en los años setenta: en México, se editó el trabajo de Angelo Broccoli *Antonio Gramsci y la educación como hegemonía*, Nueva imagen, 1977 (original 1972); en España se tradujeron en 1973 las reflexiones de Lombardi, *Las ideas pedagógicas de Gramsci* (original, 1969), a través de la editorial Redondo, y del comunista italiano Mario Manacorda, *La alternativa pedagógica*, por la editorial Fontamara en 1981 (original 1973). Es posible ubicar estas contribuciones en el medio italiano como manifestación del denominado “momento de oro” de Gramsci,¹⁷ es decir, cuando a fines de los sesenta y principios de los setenta se operó una sensible expansión de los estudios sobre Gramsci en países europeos occidentales. En México, la paulatina aproximación del Partido Comunista a posiciones eurocomunistas, los progresivos acercamientos entre formaciones de izquierda (primero a través de la Coalición de Izquierda en 1979 y dos años más tarde con la fundación del Partido Socialista Unificado de México), el creciente debate en torno a la estrategia política socialista y la unificación de las luchas por el socialismo y la democracia, resultó una atmósfera favorable a la circulación del pensamiento gramsciano. Desde mediados de los setenta hasta fines de los ochenta, en articulación con la difusión de diversas corrientes marxistas, se desplegó en México una profusa edición, difusión y empleo de Gramsci

¹⁷ Guido Liguori, *Gramsci conteso. Interpretazioni, dibattiti e polemiche. 1922-2012*.

tanto en el ámbito político como académico.¹⁸ Entre otras manifestaciones del fenómeno, la editorial Juan Pablos comenzó en 1975 la publicación de la versión togliattiana de los *Cuadernos de la cárcel*.

En el plano académico, se registró una considerable expansión de los usos educativos de Gramsci. Sin resultar exhaustivo, sería posible distinguir al menos tres líneas de trabajo con las notas carcelarias en su versión temática. En primer lugar, tesis con un registro fundamentalmente filosófico o teórico que recorrieran al pensamiento gramsciano desde preocupaciones educativas. Entre otros trabajos, se encuentra la tesis del venezolano Eduardo Zuleta presentada en 1980 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM para obtener el grado de maestro en pedagogía: “Teoría socialista de la educación en las notas y apuntes de Antonio Gramsci”. Dirigida por la pedagoga argentina exiliada Adriana Puiggrós, la tesis de Zuleta pretendió sistematizar una serie de conceptos gramscianos. También la pedagoga Buenfil Burgos acudió al comunista italiano en su tesis de maestría en el DIE-Cinvestav titulada “El debate sobre el sujeto en el discurso marxista: notas críticas sobre el reduccionismo de clase y educación”,¹⁹ bajo la codirección de María de Ibarrola y Benjamín Ardití. La tesis reexaminó críticamente el derrotero esencialista del marxismo en torno al concepto del sujeto social. A tal fin, recurrió a las posturas posmarxistas de Ernesto Laclau y sus tratamientos de Gramsci, a fin de dirimir al sujeto educativo en sus múltiples posiciones y a la luz de discursos hegemónicos en permanente articulación.

En segundo lugar, se puede encontrar un cúmulo heterogéneo de escritos que pretendieron divulgar la obra gramsciana o evidenciar su propuesta educativa. Presumiblemente conformados con fines didácticos y para facilitar la tarea de enseñanza en el nivel superior, se trataba de textos breves, publicados mayormente en revistas universitarias. En buena parte de estos textos, los mencionados trabajos de los italianos Angelo Broccoli y Mario Manacorda resultaron referencias de primer orden. Fue el caso de Magdalena Salamón,²⁰ quien retomó las reflexiones de Manacorda sobre

¹⁸ Carlos Illades, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México. 1968-1989*; Carlos Illades, “La renovación del marxismo”, en Carlos Illades (coord.), *Camarradas. Nueva historia del comunismo en México*, 2017; Jaime Ortega Reyna, “Gramsci en México. Tres momentos para una nueva gramática de la política”, en Oscar Ariel Cabezas (comp.), *Gramsci en las orillas*.

¹⁹ Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*.

²⁰ Magdalena Salamón, “Gramsci: apuntes para una propuesta educativa”, en *Perfiles Educativos*, núm. 15, 1982.

el principio educativo para mostrar las tensiones en las opciones metodológicas (entre espontaneísmo y directividad) o en los contenidos (entre una educación humanística tradicional y una educación técnica cultural) que subyacían a la propuesta gramsciana por una escuela unitaria. Con un registro similar, María Inés Castro López²¹ y María Pilar Jiménez²² repararon en la propuesta pedagógica gramsciana. La última autora se centró, a su vez, en el papel de los intelectuales en el funcionamiento de la hegemonía burguesa, así como en la responsabilidad histórica de aquellos intelectuales orgánicos al proletariado por forjar la reforma intelectual y moral de las masas. Las reflexiones sobre los intelectuales en Gramsci animaron también las contribuciones de María de Lourdes Apodaca²³ y Graciela Hierro,²⁴ mientras la primera repasó la propuesta pedagógica gramsciana, puntualmente, el vínculo entre intelectuales subalternos y masas a fin de reflexionar sobre la tarea de los trabajadores sociales; la segunda se detuvo en el concepto de intelectual orgánico y el carácter pedagógico de la hegemonía gramsciana. Asimismo, exiliados argentinos establecieron mediaciones entre Gramsci y la educación. El cientista de la educación Juan Carlos Geneyro²⁵ mostró las divergencias teóricas entre dos autores que coincidían en la importancia de la educación para el desarrollo de uno u otro proyecto de sociedad: Talcott Parsons y Antonio Gramsci. Juan Carlos Portantiero,²⁶ de formación sociológica y referente en la dilucidación de los escritos de Gramsci, mostró las implicancias educativas de conceptos gramscianos como hegemonía, intelectuales, conformismo social o americanismo.

Esta constelación de reflexiones pedagógicas gramscianas frecuentemente se acompañaba con información biográfica sobre Gramsci, o bien se pasaba revista sobre algunos de sus nudos filosóficos. Quizás el hecho de resultar escritos destinados fundamentalmente a un público estudiantil,

²¹ Patricia Cabrera López, *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987*.

²² Pilar Jiménez, "Antonio Gramsci y la educación", en *Cero en Conducta*, núm. 5, mayo-junio de 1986.

²³ María de Lourdes Apodaca, "La formación de los intelectuales, propuesta educativa de Antonio Gramsci", en *Revista de Trabajo Social*, vol. 1, núm. 4, 1980.

²⁴ Graciela Hierro, "Gramsci y la educación", en *Revista de la Educación Superior*, núm. 38, 1981.

²⁵ Juan Carlos Geneyro, "Talcott Parsons y Antonio Gramsci: algunas reflexiones sobre sus concepciones educativas", en *Pedagogía*, enero-abril de 1984.

²⁶ Juan Carlos Portantiero, "Gramsci y la educación", en Guillermo González Rivera y Carlos Alberto Torres Novoa (coords.), *Sociología de la educación. Corrientes contemporáneas*.

que se acercaba por primera vez a la obra gramsciana, volvía necesaria una breve contextualización biográfica o teórica. Además, en algunas de estas reflexiones se puede vislumbrar la delimitación de Gramsci respecto al marxismo educativo de corte crítico-reproductivista.²⁷ Se mostraba así que el comunista italiano abría un nuevo campo de reflexión para la teoría educativa emancipatoria. Al respecto, en un breve artículo sobre las corrientes sociológicas de la educación, la socióloga mexicana María de Ibarrola (directora del DIE entre 1981 y 1986) aseguraba que los “peligros de caer en el mecanicismo de la reproducción se ven contrarrestados actualmente por el estudio intensivo que se empieza a hacer de las obras de Gramsci”.²⁸

En tercer lugar, una serie de producciones que articularon el rastro teórico por las notas gramscianas con la puesta en juego del legado gramsciano para analizar al sistema educativo. Entre ellas, la tesis doctoral de Adriana Puiggrós presentada en el doctorado en Pedagogía de la UNAM, dirigida por Rolando Cordera y Emilio de Ípola: “Proyecto político y educación en América Latina. Polémicas y tendencias en el origen de la Educación Popular”. En diálogo con los escritos arqueológicos de Foucault o los trabajos de Eliseo Verón sobre semiótica, Puiggrós recurrió al temprano tratamiento de la hegemonía gramsciana de su compañero de ruta Ernesto Laclau para dar cuenta de las resistencias y alternativas populares en la historia educativa latinoamericana.²⁹

²⁷ Esta nomenclatura refiere a una serie de reflexiones y estudios marxistas producidos en buena medida en el medio francés con posterioridad a los movimientos del 68, que mostraron el carácter reproductor del sistema educativo en la sociedad capitalista pero que dejaban escasos vestigios para pensar y ejercer la transformación socioeducativa: Louis Althusser, “Idéologie et appareils idéologiques d’État (Notes pour une recherche)”, en *La Pensée*, núm. 151, junio, 1970; Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, *La reproduction. Éléments d’une théorie du système d’enseignement*; Christian Baudelot y Roger Establet, *L’école capitaliste en France*; Samuel Bowles y Herbert Gintis, *Schooling in Capitalist America. Educational Reform and the Contradictions of Economic Life*; o la prolifera reflexión de Nicos Poulantzas sobre el Estado que contenía implicancias educativas.

²⁸ María Ibarrola, “Enfoques sociológicos para el estudio de la educación”, en Guillermo González Rivera et al., *Sociología de la educación. Corrientes contemporáneas*, 1981, pp. 27.

De todos modos, tal delimitación no resultó homogénea: en su número 44 (julio-diciembre de 1985), *Cuadernos Políticos* tradujo un artículo del influyente pedagogo neomarxista norteamericano Henry Giroux que colocó la teoría estatal gramsciana en los confines del crítico-reproductivismo. Henry Giroux, “Theories of Reproduction and Resistance in the New Sociology of Education: A Critical Analysis”, en *Harvard Educational Review*, vol. 53, núm. 3, agosto de 1983.

²⁹ Sandra Carli, “Adriana Puiggrós. Ensayo de una biografía incompleta: el exilio mexicano y la génesis del pensamiento crítico sobre la educación en América Latina (1974-1984)”, en *Historia de la Educación. Anuario*, vol. 17, núm. 2, 2016.

También se destacó el proyecto de investigación denominado “La práctica docente y su contexto institucional y social”, radicado en el DIE y coordinado por Ezpeleta y Rockwell. Como se anticipó, estas autoras realizaron una contribución pionera y original: la formulación de una etnografía educativa gramsciana. Entre 1980 y 1985, organizaron un trabajo de campo en dos zonas escolares de Tlaxcala. Alrededor del proyecto, emprendieron una serie de reflexiones sugestivas en torno a la investigación de la vida cotidiana escolar, ya sea de manera individual o conjunta.³⁰ También compartieron la dirección de tres tesis de maestría: “La educación primaria gratuita: una lucha popular cotidiana”, de Ruth Mercado; “Los maestros y su sindicato. Relaciones y procesos cotidianos”, de Etelvina Sandoval; “El trabajo de los maestros, una construcción cotidiana”, de Citlali Aguilar.³¹

Aunque en el mundo anglosajón se encontraban algunos antecedentes que daban cuenta de las potencialidades de la etnografía educativa crítica, a través de las reflexiones o estudios de Paul Willis, Michael Apple o Henry Giroux, lo cierto es que Gramsci había sido incorporado sólo parcialmente. Las autoras encontraron en el comunista italiano una referencia

³⁰ Justa Ezpeleta, “Modelos educativos: notas para un cuestionamiento”, ponencia presentada en el Seminario sobre Educación Superior, organizado por la Sección de Pedagogía del Departamento de Educación y Comunicación, realizado entre el 24 y el 28 de marzo de 1980; Justa Ezpeleta, “La escuela y los maestros: entre el supuesto y la deducción”, en *Cuadernos de Investigación Educativa*, núm. 20, 1980; Justa Ezpeleta, “Investigación participante y teoría: notas sobre una tensa relación”, en *Cuadernos de Investigación Educativa*, núm. 20, 1980; Elsie Rockwell, “De huellas, bardas y veredas, una historia cotidiana en la escuela”, en *Cuadernos de Investigaciones Educativas*, núm. 8, 1982; Elsie Rockwell, “Los usos escolares de la lengua escrita”, en Emilia Ferreiro y Margarita Gómez Palacio (coords.), *Nuevas perspectivas sobre los procesos de lectura y escritura*; Elsie Rockwell, “La relevancia de la etnografía para la transformación de la escuela”, en *Memoria del Tercer Seminario Nacional de Investigaciones en Educación*; Justa Ezpeleta y Elsie Rockwell, “La escuela: relato de un proceso de construcción inconcluso”, en *Revista Colombiana de Educación*, núm. 12, 1983; Justa Ezpeleta y Elsie Rockwell, “Escuela y clases subalternas”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 37, 1983; Justa Ezpeleta y Elsie Rockwell, *Pesquisa participante*; Elsie Rockwell, Grecia Gálvez, Ruth Paradise y Silvia Sobrecasas, “El uso del tiempo y de los libros de texto en primaria. La enseñanza de las ciencias naturales en cuatro grupos de primaria”, en *Cuadernos de Investigaciones Educativas*, núm. 1; Elsie Rockwell y Grecia Gálvez, “Formas de transmisión del conocimiento científico: un análisis cualitativo”, en *Revista del Consejo Nacional Técnico de la Educación*, núm. 42, 1982.

³¹ Ruth Mercado, *La educación primaria gratuita, una lucha popular cotidiana*; Etelvina Sandoval, *Los maestros y su sindicato. Relaciones y procesos cotidianos*; Citlali Aguilar, *El trabajo de los maestros. Una construcción cotidiana*. Ezpeleta también asumirá la perspectiva teórica elaborada en el DIE en su investigación sobre las condiciones del trabajo docente en el nivel primario en la Argentina, efectuada a fines de los años ochenta (publicada en formato libro en 1991).

sustantiva para fundamentar una línea de investigación crítica, ausente en América Latina:

Hemos ofrecido sólo un esbozo de los problemas teórico-metodológicos que encontramos y de las orientaciones que proponemos, en el intento de construir una fundamentación gramsciana de la etnografía. Este esfuerzo se ubica en la perspectiva de integrar la investigación etnográfica al desarrollo de una concepción alternativa relevante a la realidad educativa latinoamericana.³²

Entre las múltiples referencias teóricas introducidas por Rockwell y Ezpeleta para delinear la etnografía educativa, se encontraba el pensamiento gramsciano que fue empleado en cuatro niveles decisivos: *a)* fundamentar la perspectiva epistemológica; *b)* dilucidar la conflictividad cotidiana de la institución escolar; *c)* analizar las presencias de las clases subalternas en la escuela; *d)* cimentar un proyecto ético-político educativo basado en la autonomía y el protagonismo popular.

Respecto al primer nivel, Ezpeleta y Rockwell concordaban en el diagnóstico acerca del estado de la investigación educativa: la ausencia de los procesos históricos y, por tanto, una evidente dificultad para aprehender la rebelde realidad educativa. Argüían que, a pesar de sus divergencias, las versiones positivistas o funcionalistas, así como la corriente marxista crítico-reproductivista tan presente en el medio francés, terminaban por anular los procesos históricos en sus indagaciones. A contracorriente, asumieron al marxismo en términos gramscianos: como un historicismo absoluto. Acudieron, al mismo tiempo, a una heterodoxa tradición marxista que, aun con los matices de sus integrantes, coincidían en rechazar las versiones positivistas y mecanicistas del marxismo y enfatizar el momento histórico del materialismo. En ese sentido, no llama la atención que junto a Gramsci convivían citas a intelectuales referentes para franjas de la nueva izquierda como György Lukács (particularmente su libro *Historia y conciencia de clase*); las contribuciones sobre la vida cotidiana de la discípula de éste, Ágnes Heller, expulsada del Partido Comunista Húngaro en 1958 y crítica del régimen soviético; o bien *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E. P. Thompson, que rompió amarras con el comunismo luego de la invasión de Hungría por las tropas del Pacto de Varsovia en 1956.

³² Elsie Rockwell, "La relevancia de la etnografía para la transformación de la escuela", *op. cit.*, p. 4.

Es particularmente interesante que las reflexiones epistemológicas de Rockwell y Ezpeleta se desarrollaron en el marco de la denominada crisis del marxismo que acechó a la teoría crítica a fines de los setenta. Si bien tuvo su epicentro en España, Italia y Francia, México resultó el principal espacio latinoamericano de discusión de ésta.³³ Más allá de los contenidos de la crisis, interesa subrayar uno de sus principales efectos: luego de haber resultado el paradigma hegemónico que animaba a la intelectualidad progresista para pensar la teoría social durante buena parte de los sesenta y setenta, el marxismo entró en decadencia como ideología política y modelo teórico para gran parte de la izquierda, por lo que un sinnúmero de intelectuales se decidieron por alternativas teóricas definitivamente ajenas a éste y optaron por posiciones políticas liberales o incluso conservadoras. Aun en este contexto, Rockwell y Ezpeleta continuaron pensando al interior del marxismo, rastreando en sus heréticas tradiciones. En efecto, no resulta casual que entre las referencias teóricas de las autoras aparezca el gramsciano José Aricó, quien, exiliado en tierra mexicana desde 1976, continuó pensando al interior del paradigma en crisis. Su libro *Marx y América Latina* de 1980, reiteradamente citado por Rockwell y Ezpeleta, es una genuina manifestación: incluso iluminando las profundas limitaciones que tuvo Marx para pensar América Latina, Aricó dejaba entrever la potencialidad y fecundidad de su acervo para dirimir la realidad regional y su concreta historicidad. Lejos de un sistema cerrado y definitivo, el marxismo se presentaba, así, como un magma de conceptos y problemas que invitaba a su permanente descomposición y recomposición.

Prosiguiendo vetas sugeridas por aquel intelectual cordobés, al fundamentar epistemológicamente su investigación, Rockwell y Ezpeleta comprendieron los fenómenos educativos como la síntesis de múltiples determinaciones. Aquel texto metodológico de Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política*, que Ezpeleta estudió en la ciudad de Córdoba al amparo de Aricó durante los años sesenta, les permitió enarbolar una noción de totalidad rica en complejidad y sugerir que la aprehensión de la formación social no podía resultar abstracta, formal o evidentemente fragmentada. Es posible que el ejercicio de traducción que Aricó encontró en buena medida en Gramsci y que resultó una constante en su propósito

³³ Martín Cortés, *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*; Diego Giller, “La revista de la derrota. Exilio y democracia en *Controversia* (1979-1981)”, en *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. 63, 2016.

por mantener la vitalidad del marxismo para pensar América Latina,³⁴ se encuentre entre los fundamentos de las autoras por tejer un vínculo dialéctico entre las categorías teóricas marxistas y la particularidad empírica a fin de reconstruir una totalidad educativa rica en determinaciones. El marxismo aparecía así para las investigadoras como un horizonte ineludible.

Si Gramsci se encontraba entre las bases epistemológicas de la etnografía educativa, también iluminaba un segundo nivel descuidado por la reflexión socioeducativa de la época: la cotidianidad conflictiva de la institución escolar. Aunque en diversos manuscritos de la época las autoras aprehendieron a dicha institución desde una perspectiva gramsciana, Rockwell publicó en 1987 un sugerente escrito que circuló como documento de trabajo en el DIE: “Repensando la institución escolar. Una lectura de Gramsci”.³⁵ Aunque advertía que en las notas carcelarias el término institución estaba prácticamente ausente, los análisis concretos de la dinámica política por parte de Gramsci suministraban fecundos insumos para pensar de manera novedosa la condición escolar. El manuscrito contenía un anexo que pasaba revista por modos de conceptualizar la cuestión institucional, discutidos por la autora desde una mirada gramsciana. Además de objetar las clásicas posturas liberales de Max Weber o funcionalistas de Bronislaw Malinowski, Radcliffe Brown, Talcott Parsons, tomaba distancia del discípulo althusseriano Nicos Poulantzas. Si bien existían razones para presentar conjuntamente a estos autores, ya sea por tratar a la institución en términos tendencialmente racionalistas, ahistóricos o subordinados al Estado, el marxista grecofrancés resultaba particular: no sólo era un punto de referencia político-teórico para franjas díscolas de izquierda, sino que además había recurrido y polemizado con el pensamiento gramsciano al teorizar sobre el Estado y sus aparatos.³⁶

³⁴ Martín Cortés, *Un nuevo marxismo para América Latina: José Aricó: traductor, editor, intelectual*.

³⁵ Ezpeleta también coincidía en la fecundidad de las notas carcelarias para pensar la institución escolar. Corrientes teóricas surgidas con posterioridad a los movimientos estudiantiles del 68, como la pedagogía institucional y antiautoritaria, aseguraba que tan sólo ponían “en acto” de distintas maneras, lo que en Gramsci ya estaba planteado desde una perspectiva política más amplia: la concepción descosificadora de las instituciones, la vigencia de su historicidad; la incorporación consciente de las contradicciones y determinaciones presentes en las instituciones de la sociedad civil” (Justa Ezpeleta, “Modelos educativos: notas para un cuestionamiento”, *op. cit.*, p. 21).

³⁶ Una de las principales referencias para dirimir la cuestión estatal por parte de Rockwell y Ezpeleta fue el artículo “El Estado y la lucha cotidiana” de John Holloway publicado por

Rockwell se apoyó centralmente en el filósofo mexicano Carlos Pereyra, que había permanecido bajo los influjos del althusserianismo y tomado distancia de la filosofía de la praxis pero que, al mismo tiempo, acudió a Gramsci para realizar el tránsito de la teoría a la historia, analizar la coyuntura política mexicana, repensar la categoría de sociedad civil o impugnar el concepto de aparato ideológico de Estado.³⁷ Referente intelectual para las jóvenes generaciones críticas, Pereyra produjo un agudo artículo: “Gramsci: Estado y sociedad civil” que apareció en 1979 en *Cuadernos Políticos* (reeditado como capítulo de libro en 1984). Allí expuso una articulada crítica a la influyente intervención de Perry Anderson “Las antinomias de Gramsci” (publicado en el número 13, julio-septiembre de 1977, por la mencionada revista) que pretendía demostrar las incongruencias teóricas del comunista italiano en sus notas carcelarias al teorizar sobre el Estado y la sociedad civil. En contraposición, Pereyra recuperó la riqueza de los planteos gramscianos: del vínculo orgánico entre Estado y sociedad civil sugerida por el sardo, pero asumiendo que no se infería que esta última se desvanezca hasta confundirse con aquél (tal como sugería el tratamiento de las instituciones en clave de aparatos). El filósofo mexicano se apoyó en Gramsci para enfatizar la necesidad de aprehender la historicidad de las instituciones de la sociedad civil y, particularmente, la cotidianidad de sus conflictos como las correlaciones de fuerzas cambiantes que se anidaban en su seno. Esta asimilación de la teoría societal gramsciana abrió caminos suturados no sólo por Perry Anderson, sino también por las interpretaciones tendencialmente formales y abstractas que provenían del medio francés y de amplia circulación en México, ya sea a manos de Nicos Poulantzas, Christine Buci-Glucksmann o Hugues Portelli.

Con base en las teorizaciones de Pereyra, Rockwell estableció precisas mediaciones entre la institución escolar y el pensamiento de Gramsci. Alejada de la preocupación topológica por ubicar a la escuela en una teoría societal abstracta, fundamentaba de manera gramsciana los pliegues

Cuadernos Políticos en su número 24 (abril-junio de 1980) que polemizó abiertamente con la noción poulantziana de autonomía relativa.

³⁷ Luis Ortiz Palacios, *Teoría y política en la obra de Pereyra*; Florencia Acosta, “Carlos Pereyra. Sobre la democracia (1990)” en Carlos Illades y Rodolfo Suárez (coords.), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*; Ángel Álvarez Solís, “Gramsci en México. Formación y desaparición en un archivo crítico”, en Oscar Ariel Cabezas (comp.), *Gramsci en las orillas*; Jaime Ortega Reyna, “‘El cerebro de la pasión’: Althusser en tres revistas mexicanas”, en *Izquierdas*, núm. 25, octubre, 2015; Jaime Ortega Reyna, “Abriendo horizontes: sociedad civil, Estado y hegemonía en la obra de Carlos Pereyra”, en *Acta Sociológica*, núm. 66, 2015.

históricos y cotidianos que conforman a la institución escolar. En otras palabras, para la autora, el problema principal gramsciano no reposaba en clasificar a las instituciones según su pertenencia a la sociedad política (coerción/fuerza) o sociedad civil (consenso/hegemonía), más bien, se trataba de dar cuenta del carácter histórico, variable y concreto entre ambos planos. Lejos de dicotomizar la sociedad civil y la sociedad política, la antropóloga sugería que ambas instancias atravesaban, en diferentes grados o momentos, la cotidianidad de la institución escolar. De este modo, las categorías gramscianas de consenso o coerción no se volvían criterio para clasificar instituciones sino insumo para analizar los movimientos concretos de la vida cotidiana. A su vez, la autora se esforzaba en deslindar el concepto gramsciano de hegemonía del mero dominio. En contraposición de la pasiva adhesión al orden socioeducativo que se derivaba de la noción de consenso en las corrientes funcionalistas o de la ideología en la corriente althusseriana, la hegemonía gramsciana era un proceso tan histórico como activo y, por tanto, sometido a los embates de las clases subalternas.

Precisamente desde este ángulo se divisa el tercer nivel de la etnografía educativa pergeñada por Ezpeleta y Rockwell que encontró fundamentos en Gramsci: analizar las presencias de las clases subalternas en la escuela. En 1983 publicaron en la revista *Cuadernos Políticos* un artículo de evidente raigambre gramsciana: “Escuela y clases subalternas”.³⁸ Quizás haya sido la primera tentativa en la teoría crítica educativa de dirimir la escuela a la luz del concepto gramsciano de clases subalternas. En línea con las reflexiones de franjas de la nueva izquierda, el carácter plural del concepto en cuestión les permitía desmarcarse del sesgo esencialista del marxismo doctrinario y registrar la complejidad de la híbrida cultura popular mexicana; retenían la densidad de la categoría gramsciana que no operaba como mero sustituto de clase proletaria. Asimismo, la subalternidad en Gramsci divisaba la impronta activa de los sujetos populares y las tensiones en el proceso de su constitución respecto a/de la hegemonía de los sectores dominantes. Para el revolucionario sardo la historia de las clases subalternas era ininteligible por fuera de las iniciativas de los

³⁸ El trabajo se basó en una ponencia con un título similar, “Escuela y clases subalternas: otra historia cotidiana”, presentada en el Simposio sobre Educación Popular organizado por el DIE, en agosto de 1982, y luego publicado en *Memorias del Simposio sobre Educación Popular. Cuadernos de Investigación Educativa*, núm. 8. La ponencia fue integrada posteriormente a María Ibarrola y Elsie Rockwell (comps.), *Educación y clases populares en América Latina*.

grupos dominantes que las someten y disgregan permanentemente.³⁹ Precisamente, la etnografía educativa permitía registrar esta historia de las clases subalternas en el seno de la escuela que, parafraseando a Gramsci, además de frecuentemente olvidada o narrada por sectores dominantes, estaba signada por su carácter fragmentado, episódico o incoherente.

A lo largo del artículo, Ezpeleta y Rockwell colocaron al pensamiento gramsciano en diálogo con distintas contribuciones, pero sobresale la sugestiva articulación con el tratamiento de la vida cotidiana por parte de la marxista Ágnes Heller. Se centraron en dos conceptos de la autora que daban cuenta del carácter activo del vínculo entre historia y sujeto: control y apropiación. Mientras el primero remitía, básicamente, a las acciones que articulaban al poder estatal, el segundo aludía a las acciones de los sujetos involucrados en la vida escolar que terminaban por dotar de existencia real a la institución. Así, analizaron distintas dimensiones de la vida escolar: la construcción del edificio, el trabajo docente o la actividad estudiantil, entre otras. En el análisis de este pequeño mundo, la perspectiva gramsciana que invitaba a rebasar las previsiones o prescripciones de las normas para comprender la cultura popular, convergía con las sugerencias de Heller: “Como diría Gramsci, no es el hecho de comunicar en una u otra dirección sino aquello que se comunica lo que nos parece sustantivo”.⁴⁰ Las autoras recurrieron al herramental gramsciano para dilucidar la trama escolar: sentido común, buen sentido o folklore, eran algunas de las nociones que acompañaban la reflexión.

Por último, entre las razones ético-políticas de la etnografía educativa construida también subyacía Gramsci: se trataba de una pesquisa capaz de promover la autonomía y el protagonismo popular. Aquel bello pasaje carcelario en el que Gramsci instaba a las clases subalternas a realizar una elaboración crítica e histórica de las huellas recibidas “sin beneficio de inventario”, es posible divisarlo en epígrafes,⁴¹ en las conclusiones de las tesis dirigidas⁴² o en pasajes que fundamentaban la propuesta político-educativa de la investigación.⁴³ El aforismo griego “conócete a ti mis-

³⁹ Joseph Buttigieg, “Subalternos”, en G. Liguori y Pasquale Voza (orgs.), *Diccionario gramsciano*.

⁴⁰ Justa Ezpeleta, “La escuela y los maestros: entre el supuesto y la deducción”, *op. cit.*, p. 6.

⁴¹ Elsie Rockwell, “De huellas, bardas y veredas, una historia cotidiana en la escuela”, *op. cit.*

⁴² Ruth Mercado, *La educación primaria gratuita, una lucha popular cotidiana*.

⁴³ Justa Ezpeleta y Elsie Rockwell, “Escuela y clases subalternas”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 37, 1983, p. 74.

mo”, que se encontraba en aquel escrito gramsciano, aludía a la mayéutica socrática tan apreciada por el comunista italiano,⁴⁴ un método pedagógico basado en el diálogo entre maestro y estudiante donde el primero ayudaba al segundo, a través de preguntas, a conocer su verdad. En sintonía con las tendencias democráticas y antiburocráticas que animaron los levantamientos del 68, resultaba decisiva la autonomía popular ante un Estado, particularmente el mexicano, tan hábil en estrategias de apaciguamiento. Desde un ángulo evidentemente gramsciano, Rockwell y Ezpeleta mostraban la necesidad de que los actores educativos superaran su momento corporativo y se predispusieran a conformar alianzas con otros sectores sociales para lograr transformaciones en una escala significativa.

Posiblemente aquellos vínculos establecidos en los años sesenta-setenta por las autoras con las luchas populares y educativas tornaban evidente la necesaria articulación política entre sujetos sociales heterogéneos. Sin embargo, en los años ochenta la esperanza de cambios radicales estaba en franca crisis. Si bien pueden hallarse en el movimiento mexicano del 68 disputas por la democracia del Estado y la sociedad, hacia los años ochenta la cuestión de la vida democrática e institucional en la estrategia política adquirió una inaudita centralidad; si la revolución fue el eje articulador de los debates latinoamericanos en los sesenta, en los ochenta, con el trasfondo de las sangrientas dictaduras militares latinoamericanas, la crisis del propio concepto de socialismo y de sus certeros futuros, el tema decisivo será la democracia.⁴⁵ En la deriva política de la etnografía educativa delineada por Rockwell y Ezpeleta parece resonar la guerra de posiciones gramsciana: centrar la contienda en el seno las instituciones de la sociedad civil sin esperar la conquista del poder político. En cierta sintonía con propuestas que circulaban por la época en las revistas *Cuadernos Políticos*, *Controversia*, *El Machete* o en publicaciones del antropólogo Roger Bartra⁴⁶ y en las diversas intervenciones de Pereyra,⁴⁷ la lucha democrática resultaba decisiva y no implicaba una destrucción del Estado. En un contexto signado por la paulatina instalación del modelo neoliberal en el plano internacional y latinoamericano, las autoras, al igual que en los años sesenta-setenta, se alejaban de las propuestas desescolarizantes

⁴⁴ Giuseppe Fiori, *Vida de Antonio Gramsci*.

⁴⁵ Norbert Lechner, “De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur”, en *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*, núm. 2, 1986; Cecilia Lesgart, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*.

⁴⁶ Roger Bartra, *Las redes imaginarias del poder político*.

⁴⁷ Carlos Pereyra, *Sobre la democracia*.

vehiculizadas por sectores de izquierda: optaban por defender el derecho a la educación pública-estatal de las clases subalternas. Pero, al mismo tiempo, desde un registro gramsciano, la etnografía educativa construida hilvanaba esta defensa con una propuesta democratizadora de la vida escolar, ya que prometía localizar los gérmenes del buen sentido y, desde allí, vehicular los conflictos y la autonomía de las clases subalternas. Con aires gramscianos, aseguraban la necesidad de expandir y articular los “elementos del pasado y del presente”⁴⁸ de este buen sentido anidado en la trama escolar.

A modo de cierre

En el capítulo se ha intentado recorrer algunos de los nudos históricos y teóricos que cimentaron la formulación de una etnografía educativa, desde una perspectiva gramsciana, por parte de Rockwell y Ezpeleta en los años setenta y ochenta en el DIE. El escrito no es más que un primer acercamiento a las elaboraciones educativas con Gramsci por parte de las autoras. Serán necesarias próximas indagaciones que permitan, entre otras cuestiones, establecer matices entre sus trayectorias y producciones teóricas que fueron expuestas de una manera tendencialmente homogénea; indagar sus estrategias en el campo educativo atendiendo a la condición femenina y juvenil compartida; reponer de manera más precisa y extensa las redes políticas, culturales y afectivas que rodearon al proyecto de investigación; detenerse en el sutil tratamiento de conceptos como reproducción y resistencia; o bien colocar en diálogo la preocupación de las autoras por la vida cotidiana escolar con el campo literario y el *boom* de la novela negra en castellano hacia mediados de los setenta, que pretendió sortear el desencuentro entre la novela y la realidad social.⁴⁹

En cualquier caso, será preciso retener que, en sintonía con otros trabajos en torno a Gramsci durante estos años en Europa occidental y Latinoamérica, las instituciones académicas resultaron espacios decisivos. Tal vez precisamente por ese amparo institucional que dotó de continuidad a la investigación, la sugestiva perspectiva para analizar la trama escolar abierta por las autoras, paulatinamente, se volverá punto de referencia en la investigación educativa. Como se ha intentado mostrar, este modo

⁴⁸ Justa Ezpeleta y Elsie Rockwell, “Escuela y clases subalternas”, *op. cit.*

⁴⁹ Patricia Cabrera López, *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987*.

de acercarse al ámbito educativo anidaba en trayectorias anteriores, pero el trabajo mancomunado y continuado en el DIE permitió conceptualizar intuiciones previas en un programa de investigación. En esta tentativa renovadora, el legado gramsciano resultó decisivo.

Bibliografía

- Acosta, Florencia, “Carlos Pereyra. Sobre la democracia (1990)”, en Carlos Illades y Rodolfo Suárez (coords.), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, Siglo XXI, México, 2012.
- Aguilar, Citlali, *El trabajo de los maestros. Una construcción cotidiana*, Departamento de Investigaciones Educativas (DIE)-Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav) del Instituto Politécnico Nacional (IPN), México, 1986.
- Alfonso, Malena Beatriz, “Cuando el exilio deviene experiencia formativa. Una lectura del exilio argentino en México a través de las narrativas de un grupo de pedagogos cordobeses (1976-1983)”, en VIII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, “Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales”, del 5 al 7 de diciembre de 2012, Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2012, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwib6MfYxvDqAhUDca0KHQDWC8lQFJAegQlAxAB&url=http%3A%2F%2Fwww.memoria.fahce.unlp.edu.ar%2Ftrab_eventos%2Fev.1668%2Fev.1668.pdf&usg=AOvVaw1tOCItxeHTk95Lp10YRyLB>.
- , “El exilio como viaje de formación y conocimiento. El caso de Azucena Rodríguez Ousset en México (1976-1983)”, en *Historia de la Educación. Anuario*, vol. 17, núm. 2, Sociedad Argentina de Historia de la Educación, 2016, pp. 198-220, recuperado de <<http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/anuario/article/download/9528/pdf>>.
- Althusser, Louis, “Idéologie et appareils idéologiques d’État (Notes pour une recherche)”, en *La Pensée*, núm. 151, 1970, pp. 3-38.
- Álvarez Solís, “Ángel, “Gramsci en México. Formación y desaparición en un archivo crítico”, en Oscar Ariel Cabezas (comp.), *Gramsci en las orillas*, La Cebra, Buenos Aires, 2015.
- Apodaca, María de Lourdes, “La formación de los intelectuales, propuesta educativa de Antonio Gramsci”, en *Revista de Trabajo Social*, 1980, pp. 69-72.

- Arata, Nicolás, Carlos Escalante, y Ana Padawer, “Estudio preliminar”, en Elsie Rockwell, *Vivir entre escuelas. Relatos y presencias. Antología esencial*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 2018, pp. 15-55.
- Artaraz, Kepa, *Cuba y la nueva izquierda. Una relación que marcó los años 60*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2011.
- Baltazar Tinoco, Juan, “Juan Manuel Gutiérrez-Vázquez: paisajes y semblanza de un constructor de la educación nacional”, tesina de licenciatura en Sociología de la Educación, Universidad Pedagógica Nacional (UPN), México, 2014.
- Bartra, Roger, *Las redes imaginarias del poder político*, Era, México, 1981.
- Baudelot, Christian, y Roger Establet, *L'école capitaliste en France*, Maspéro, París, 1971.
- Bayle, Mariana, “México como escenario latinoamericano. Dictadura, revolución y democracia en la revista *Cuadernos Políticos* 1974-1990”, tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de San Martín, 2016, recuperado de <https://www.academia.edu/38896958/M%C3%89XICO_COMO_ESCENARIO_LATINOAMERICANO._DICTADURA_REVOLUCI%C3%93N_Y_DEMOCRACIA_EN_LA_REVISTA_CUADERNOS_POL%C3%8DTICOS_1974-1990>.
- Bourdieu, Pierre, y Jean-Claude Passeron, *La reproducción. Éléments d'une théorie du système d'enseignement*, Les Éditions de Minuit, París, 1970.
- Bowles, Samuel, y Herbert Gintis, *Schooling in Capitalist America. Educational Reform and the Contradictions of Economic Life*, Basic Books, Nueva York, 1976.
- Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2004.
- Buttigieg, Joseph, “Subalternos”, en G. Liguori y Pasquale Voza (orgs.), *Dicionário gramsciano*, Boitempo, San Pablo, 2017, pp. 746-749.
- Cabrera López, Patricia, *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987*, Plaza y Valdés, México, 2006.
- Carli, Sandra, “Adriana Puiggrós. Ensayo de una biografía incompleta: el exilio mexicano y la génesis del pensamiento crítico sobre la educación en América Latina (1974-1984)”, en *Historia de la Educación. Anuario*, vol. 17, núm. 2, 2016, pp. 240-260, recuperado de <<http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/anuario/article/download/9599/pdf>>.
- Carr, Barry, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Era, México, 1996.

- Castro López, María Inés, “Gramsci: la escuela unitaria”, en *Cero en Conducta*, núm. 6, 1986, pp. 27-32.
- Coria, Adela, *Tejer un destino. La formación de pedagogos en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 1955-1976*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2015.
- Cortés, Martín, “Contactos y diferencias: la ‘crisis del marxismo’ en América Latina y en Europa”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 148, 2014, pp. 139-163.
- , *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2015.
- Ezpeleta, Justa, “Modelos educativos: notas para un cuestionamiento”, ponencia presentada en el Seminario sobre Educación Superior, organizado por la Sección de Pedagogía del Departamento de Educación y Comunicación, realizado entre el 24 y el 28 de marzo de 1980.
- , “Investigación participante y teoría: notas sobre una tensa relación”, en *Cuadernos de Investigación Educativa*, núm. 20, DIE-Cinestav, 1980, pp. 39-64.
- , “La escuela y los maestros: entre el supuesto y la deducción”, en *Cuadernos de Investigación Educativa*, núm. 20, DIE-Cinestav, 1980, 47-57.
- Ezpeleta, Justa, y Elsie Rockwell, “Escuela y clases subalternas”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 37, 1983, pp. 70-80.
- , “La escuela: relato de un proceso de construcción inconcluso”, en *Revista Colombiana de Educación*, núm. 12, 1983, pp. 35-50.
- , *Pesquisa participante*, Cortez, San Pablo, 1986.
- Ezpeleta, Justa, Marta Teobaldo, y Guillermo Villanueva, “Educación, ideología y control social [Sobre Carta a una profesora de Estudiantes de la Escuela de Barbiana]”, en *Los Libros*, núm. 13, Buenos Aires, noviembre de 1970, pp. 18-22.
- Fiori, Giuseppe, *Vida de Antonio Gramsci*, Peón Negro, Buenos Aires, 2009.
- Geneyro, Juan Carlos, “Talcott Parsons y Antonio Gramsci: algunas reflexiones sobre sus concepciones educativas”, en *Pedagogía*, núm. 1, enero-abril, UPN, México, 1984, pp. 7-12.
- Giller, Diego, “La revista de la derrota. Exilio y democracia en *Controversia* (1979-1981)”, en *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. 63, 2016, pp. 37-64, recuperado de <<http://www.scielo.org.mx/pdf/latinoam/n63/2448-6914-latinoam-63-00037.pdf>>.

- Giroux, Henry, "Theories of Reproduction and Resistance in the New Sociology of Education: A Critical Analysis", en *Harvard Educational Review*, vol. 53, núm. 3, 1983, pp. 257-293.
- Gómez, Albino, *Exilios (Por qué volvieron)*, Homo Sapiens, Rosario, 1999.
- Gutiérrez Serrano, Norma Georgina, "Orígenes de la institucionalización de la investigación educativa en México", en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 3, núm. 5, enero-julio de 1998, pp. 13-38, recuperado de <<https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjT8dm48evqAhUBaq0KHRiEAWIQFjAAegQIARAB&url=https%3A%2F%2Fwww.redalyc.org%2Fpdf%2F140%2F14000502.pdf&usg=AOvVaw1iRYq8JbNMZ3H0GFPMKNU5>>.
- Hierro, Graciela, "Gramsci y la educación", en *Revista de la Educación Superior*, núm. 38, 1981, pp. 33-55, recuperado de <http://publicaciones.anuies.mx/pdfs/revista/Revista38_S1A2ES.pdf>.
- Hobsbawm, Eric, *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Crítica, Buenos Aires, 2013.
- Ibarrola, María, "Enfoques sociológicos para el estudio de la educación", en Guillermo González Rivera *et al.*, *Sociología de la educación. Corrientes contemporáneas*, Centro de Estudios Educativos, México, 1981, pp. 22-31.
- Ibarrola, María, y Elsie Rockwell (comps.), *Educación y clases populares en América Latina*, Cinvestav-IPN, México, 1985.
- Illades, Carlos, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México. 1968-1989*, Océano, México, 2012.
- , "La renovación del marxismo", en Carlos Illades (coord.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México, 2017.
- , *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*, Océano, México, 2018.
- Jiménez, Pilar, "Antonio Gramsci y la educación", en *Cero en Conducta*, núm. 5, mayo-junio de 1986, pp. 28-33, recuperado de <<https://www.ceroenconducta.org/revistas/Revista5/AntonioGramsciYLaEducacion.pdf>>.
- Lechner, Norbert, "De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur", en *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*, núm. 2, 1986, pp. 33-35.
- Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Homo Sapiens, Rosario, 2003.
- Liguori, Guido, *Gramsci conteso. Interpretazioni, dibattiti e polemiche, 1922-2012*, Editori Riuniti, Roma, 2012.

- Malecki, Juan Sebastián, “Crisis, radicalización y política en el Taller Total de Córdoba, 1970-1975”, en *Prohistoria*, núm. 25, 2016, pp. 79-103, recuperado de <<https://www.redalyc.org/pdf/3801/380149191004.pdf>>.
- Mercado, Ruth, *La educación primaria gratuita, una lucha popular cotidiana*, DIE-Cinvestav-IPN, México, 1985.
- Modonesi, Massimo, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, Juan Pablos, México, 2003.
- Morales, Magda Concepción, y Myriam Southwell, “La investigación educativa en México y Argentina: trazos para pensar una relación”, en *Perfiles Educativos*, vol. 36, núm. 144, abril-junio de 2014, pp. 12-30, recuperado de <http://perfileseducativos.unam.mx/iisue_pe/index.php/perfiles/article/view/45918/41185>.
- Ortega Reyna, Jaime, “Abriendo horizontes: sociedad civil, Estado y hegemonía en la obra de Carlos Pereyra”, en *Acta Sociológica*, núm. 66, 2015, pp. 101-127, recuperado de <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/46729/42148>>.
- , “‘El cerebro de la pasión’: Althusser en tres revistas mexicanas”, en *Izquierdas*, núm. 25, 2015, pp. 143-164, recuperado de <<https://scielo.conicyt.cl/pdf/izquierdas/n25/art6.pdf>>.
- , “Gramsci en México. Tres momentos para una nueva gramática de la política”, en Oscar Ariel Cabezas (comp.), *Gramsci en las orillas*, La Cebra, Buenos Aires, 2015, pp. 237-257.
- Ortiz Palacios, Luis, *Teoría y política en la obra de Pereyra*, Plaza y Valdés, México, 2001.
- Pereyra, Carlos, *El sujeto de la historia*, Alianza, Madrid, 1984.
- , *Sobre la democracia*, Cal y Arena, México, 1990.
- Petra, Adriana, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerario, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, FCE, 2017.
- Portantiero, Juan Carlos, “Gramsci y la educación”, en Guillermo González Rivera y Carlos Alberto Torres Novoa (coords.), *Sociología de la educación. Corrientes contemporáneas*, México, Centro de Estudios Educativos, 1981, pp. 191-196.
- Rockwell, Elsie, “De huellas, bardas y veredas, una historia cotidiana en la escuela”, en *Cuadernos de Investigaciones Educativas*, DIE-Cinvestav, núm. 8, 1982, pp. 10-33.
- , “Los usos escolares de la lengua escrita”, en Emilia Ferreiro y Margarita Gómez Palacio (coords.), *Nuevas perspectivas sobre los procesos de lectura y escritura*, Siglo XXI, México, 1982.
- , “La relevancia de la etnografía para la transformación de la escuela”, en *Memoria del Tercer Seminario Nacional de In-*

- investigaciones en Educación*, Centro de Investigaciones de la UPN / Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (Serie Memorias de Encuentros Científicos Colombianos), Bogotá, 1986, pp. 15-29, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwienID-CI-zqAhXKmq0KHeZRBfsQFjAAegQIAxAB&url=http%3A%2F%2Fwww.fediap.com.ar%2Fadministracion%2Fpdfs%2FLa%2520relevancia%2520de%2520la%2520Etnograf%25C3%25ADA%2520para%2520la%2520transformaci%25C3%25B3n%2520de%2520la%2520Escuela%2520-%2520Rockwell.pdf&usg=AOvVaw1fhQ5ULRzac_aofZ6wlxqK>.
- _____, “Memoria biográfica”, en Ismael Vidales y Rolando Maggi (comps.), *Educación. Presencia de mujer*, Centro de Altos Estudios e Investigación Pedagógica, México, 2006.
- Rockwell, Elsie, y Grecia Gálvez, “Formas de transmisión del conocimiento científico: un análisis cualitativo”, en *Revista del Consejo Nacional Técnico de la Educación*, núm. 42, 1982, pp. 97-140.
- Rockwell, Elsie, Grecia Gálvez, Ruth Paradise, y Silvia Sobrecasas, “El uso del tiempo y de los libros de texto en primaria. La enseñanza de las ciencias naturales en cuatro grupos de primaria”, en *Cuadernos de Investigaciones Educativas*, núm. 1, DIE-Cinvestav, 1981, recuperado de <<https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjo5pDcmOzqAhVQCKwKHWWpDtoQFjAAegQIBBAB&url=http%3A%2F%2Fdepartamentos.cinvestav.mx%2FPortals%2Fdie%2FSiteDocs%2FInvestigadores%2FRParadise%2FPublicaciones%2FGalvezParadiseRockwellSobrecasasElusodeltiempoyloslibrosdetexto.pdf&usg=AOvVaw3RpeYYcpwaZ2UNGmm3pdpn>>.
- Salamón, Magdalena, “Gramsci: apuntes para una propuesta educativa”, en *Perfiles Educativos*, núm. 15, 1982, pp. 3-15.
- Sandoval, Etelvina, *Los maestros y su sindicato. Relaciones y procesos cotidianos*, DIE-Cinvestav-IPN, México, 1985.
- Suasnábar, Claudio, *Intelectuales, exilios y educación. Producción intelectual e innovaciones teóricas en educación durante la última dictadura*, Prohistoria, Rosario, 2013.
- Tarcus, Horacio, *Marx en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

ESTUDIOS GRAMSCIANOS SOBRE HEGEMONÍA, ESTADO Y SUBALTERNIDAD (2000-2018)

Joel Ortega

Introducción

En las primeras décadas del siglo XXI en México se han vivido importantes transformaciones en la configuración del Estado y de la sociedad civil. En ese contexto, los conceptos y las categorías de Antonio Gramsci han dado pie a discusiones y análisis en muchos campos. Aquí presento una mirada general de las principales discusiones que se han dado en México a partir de esas ideas. Con un criterio puramente cronológico y sin desconocer los debates que se dieron antes aquí hago una síntesis de las principales discusiones gramscianas entre el año 2000 y el 2018.

En ese periodo el pensamiento de Antonio Gramsci fue retomado por distintos intelectuales que examinaron un campo muy amplio de procesos de la realidad mexicana. Conceptos como el de hegemonía, revolución pasiva, Estado ampliado, subalternidad y el Príncipe moderno han demostrado valor heurístico para estudiar las relaciones sociopolíticas de nuestro país. Los estudios se han dirigido a repensar los procesos históricos en la formación del Estado mexicano y en la configuración de sus relaciones sociales, así como también han estado dirigidos a pensar el presente, la forma en que las relaciones hegemónicas se están modificando.

Ubico cuatro grandes ejes en la discusión de los estudios gramscianos en México de los últimos años. El primero es un debate historiográfico en torno a la genealogía del Estado y la caracterización de los grandes procesos históricos a partir del concepto de revolución pasiva. El segundo eje ha girado en torno a la comprensión del Estado posrevolucionario del siglo XX con unas relaciones de mando y obediencia específicas, que dieron cuenta de las relaciones de fuerza entre los grupos dominantes y las clases subalternas. El tercer eje ha sido pensar al neoliberalismo como un gran proceso de transformación que trastocó los consensos sociales que le daban sustento al Estado. Finalmente, un cuarto eje se ha dirigido a pensar los procesos de resistencia y de movilización de las clases subalternas, desarrollando a

partir de categorías gramscianas una metodología propia para entender los procesos de subjetivación política.

En este texto expongo una síntesis de estas discusiones. No pretendo agotar un debate que es profundo y complejo, sino simplemente señalar sus principales coordenadas.

En el primer apartado examino las discusiones históricas a partir del concepto de revolución pasiva. En el segundo, exploro los grandes debates que se han dado en los últimos años para repensar al Estado mexicano que se construyó en el siglo XX, cómo fueron las relaciones hegemónicas y bajo qué códigos se construyeron las relaciones de mando-obediencia. En el tercero, examino los debates para caracterizar las transformaciones que el neoliberalismo y los procesos de democratización le imprimieron al Estado en las últimas décadas. Finalmente, en el último apartado analizo las discusiones y conceptualizaciones que, a partir de los conceptos gramscianos, se han dado para repensar los movimientos sociopolíticos.

Las revoluciones pasivas en México

El primer uso que se le ha dado a Gramsci se presenta a partir del concepto de revolución pasiva. En México, el concepto se ha utilizado para explicar procesos históricos que van de las reformas borbónicas en el siglo XVIII al neoliberalismo en la actualidad. También para explicar relaciones hegemónicas en largos periodos, como el de los gobiernos posrevolucionarios. El uso del concepto es tan rico, pero tan diverso, que corre el riesgo de diluirse y perder significado. Aquí recupero los análisis que se han hecho desde la historia e intento exponer algunos debates implícitos al momento de aplicar el concepto.

En el debate historiográfico el concepto se ha usado de manera predominante para explicar procesos de modernización. El énfasis ha estado puesto más en el proceso de cambios impulsados desde el Estado y sólo en menor medida se ha fijado la mirada en las dinámicas de subalternización y “pasivización”¹ de las clases populares.

¹ Una excepción son los estudios de Roger Bartra que ubicó las relaciones hegemónicas en México en el marco de la revolución pasiva, en especial en las relaciones caciquiles del campo y encontró mecanismos de pasivización como las “mediaciones no democráticas” y el “cesarismo democrático” (Roger Bartra, *et al.*, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, 1999). El tema es desarrollado ampliamente en el capítulo de Dante Aragón de este mismo libro.

Una mirada central en el debate es la del historiador Enrique Semo, para él la revolución pasiva es un “Concepto sociológico que se usa para designar el intento de una élite a través del uso del Estado, del Gobierno, para introducir reformas de gran envergadura, profundas, en la economía y en la estructura social de un país, sin recurrir para ello ni a la opinión ni a la participación de los gobernados”.² En ese sentido, para él, en México se han dado tres grandes momentos de revolución pasiva: las reformas borbónicas a finales del siglo XVIII, el porfiriato (1876-1910) y el neoliberalismo a partir de 1982. En contraparte, las revoluciones de independencia y la de 1910 serían una respuesta de los sectores afectados por esos procesos de modernización.

Así, la revolución pasiva es un proceso que se ha repetido varias veces en la historia de México cuando las élites han implementado procesos de modernización y han trastocado equilibrios y pactos sociales. La pasividad de las clases subalternas que han tenido que sufrir estos procesos de cambio, más que encabezarlos o promoverlos, sería en esta visión un elemento clave para entender la forma particular en que el capitalismo y la modernización se han instaurado en México. Sin embargo, es significativo que el centro del análisis esté puesto en los procesos de modernización, pero la manera en que se genera la subalternidad no se estudia con la misma profundidad.

Por su parte, para Adam Morton, la revolución pasiva es un modo específico de dominación de clase en la que “el desarrollo capitalista se constituye o amplía” al mismo tiempo con una ruptura revolucionaria y una “restauración” de las relaciones sociales.³ La diferencia con Semo es que, para él, en México ese proceso se dio fundamentalmente con la construcción del Estado posrevolucionario. En ese periodo se habría generado un nuevo modelo de acumulación con el Estado al centro, que logró la integración de las clases populares y la absorción de su potencial revolucionario en un nuevo orden político conservador.⁴ A partir de entonces se habría vivido un pro-

² Enrique Semo, “Revoluciones pasivas en México”, en Carlos Morales *et al.*, *Antología de cultura y sociedad mexicana*, p. 171.

³ Adam David Morton, *Revolución y Estado en el México moderno*, p. 18.

⁴ Sobre este mismo periodo existen varias lecturas con una mirada similar. En 1985, Enrique Montalvo caracterizó el proceso de “institucionalización” posrevolucionario como una revolución pasiva (Enrique Montalvo, *El nacionalismo contra la nación*). Ya en este siglo, Ernesto Soto Reyes Garmendia observó que la revolución popular fue derrotada por las fuerzas constitucionalistas que en las décadas de 1920 a 1940 desarrollaron un proyecto de revolución pasiva, “logrando durante el periodo cardenista, subsumir las contradicciones capitalistas al interior del partido oficial, como campo regulador del conflicto entre las clases”

ceso de “revolución pasiva permanente”, un concepto muy sugerente con el que Morton estudia un amplio proceso histórico desde mediados del siglo XX hasta el presente. Tanto el neoliberalismo como el Estado posrevolucionario tendrían en común la característica de un control desde arriba de las clases subalternas y el impulso de reformas modernizadoras.

En la misma dirección, para Chris Hesketh, durante el siglo XX en México se vivieron dos momentos de revolución pasiva. El primero con la construcción del Estado posrevolucionario y el segundo con la reconfiguración estatal del neoliberalismo. El Estado posrevolucionario implicó un proceso de revolución pasiva no por la ausencia de participación de los sectores populares sino porque éstos no fueron capaces de construir una hegemonía propia y acabaron integrados y mediatizados por el nuevo Estado que impulsó un proyecto de desarrollo capitalista.⁵ Se construyó así una hegemonía estatal caracterizada por el papel preponderante del Estado y la aceptación de las clases populares de sus mecanismos de mediación. Por su parte, el neoliberalismo es concebido por Hesketh como una “segunda instancia de revolución pasiva” en la que los mecanismos hegemónicos fueron utilizados para darle un giro al Estado mexicano, modificando los ejes del desarrollo económico y las correlaciones de fuerzas entre las clases sociales.

Así, el concepto de revolución pasiva es usado de manera muy amplia para caracterizar periodos en la historia de México que van de las reformas borbónicas a finales del siglo XVIII al neoliberalismo en la actualidad. Se utiliza para designar procesos de modernización en los que el capital impone nuevos modelos de acumulación. El papel de las clases subalternas es “pasivo” y se entiende dentro de un modelo de dominación de clases.

(Ernesto Soto Reyes Garmendia, “La revolución pasiva: motor del Estado Mexicano (1920-1940)”, en *Polis. Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, vol. 12, núm. 2, julio-diciembre, 2016, p. 35). También para Ordóñez y Montiel el proceso de “institucionalización” de la Revolución en el periodo de Lázaro Cárdenas puede ser concebido como una revolución pasiva (Sergio Ordóñez y Paty Montiel, “La Revolución Mexicana como revolución pasiva y el intento de conformación de un nuevo bloque histórico en México. Una lectura desde Gramsci”, en *Cuadriovio*, núm. 2, noviembre, 2010).

⁵ Hesketh lo explica de la siguiente manera: “The labelling of the Revolution as a ‘passive revolution’, it should be made clear, does not imply that subaltern classes were not engaged in struggle (to deny such a fact would be absurd). Rather the key aspect in defining the Revolution as a passive revolution was the acceptance of the state as being ‘above the classes’, and thus as a neutral arbiter of conflict, capable of implementing the Revolution’s goals” (Chris Hesketh, *Spaces of Capital/Spaces of Resistance. Mexico and the Global Political Economy*, p. 79).

También el concepto es usado para pensar la hegemonía en periodos más largos, como el que se dio con el Estado posrevolucionario en el siglo XX.

Habría que estudiar, con mayor profundidad, qué tipo de hegemonía se construyó en cada uno de los periodos, qué tipo de transformaciones implicaron esos procesos de revolución pasiva, si fueron más progresistas o regresivos, y sobre todo cómo fue el comportamiento y las relaciones entre las clases en cada uno de estos momentos. En especial, un elemento poco estudiado es el aspecto “pasivo” de estos procesos, los mecanismos por los cuales las clases hegemónicas logran la pasividad de los subalternos. En este sentido, Massimo Modonesi ha insistido en la necesidad de estudiar los procesos de desmovilización y de subalternización que implican las revoluciones pasivas.⁶ Una veta de análisis en la que hace falta seguir investigando y profundizando.

Como se observa, el concepto de revolución pasiva ha tenido un papel heurístico muy importante. Sin embargo, se aplica para caracterizar tantos periodos y de manera tan amplia que a veces el concepto pierde precisión. Hace falta un mayor diálogo entre los estudiosos de estos periodos para enriquecer el debate.

Ligado a estas discusiones está el problema de la construcción hegemónica que se ha dado en distintos periodos. En los siguientes apartados examino cómo se concibe, desde los estudios gramscianos, el Estado y sus relaciones de hegemonía, primero en el siglo XX y después con el neoliberalismo.

El Príncipe y su hegemonía

El segundo uso de Gramsci en los últimos años tiene que ver con el debate sobre el Estado mexicano surgido de la revolución de 1910. Durante el siglo XX, se construyeron relaciones hegemónicas muy sólidas en México, que le dieron una estabilidad al Estado inusual en América Latina. Desde entonces las discusiones para caracterizar al Estado mexicano fueron polémicas. El Estado expresaba al mismo tiempo una serie de conquistas y derechos por parte de los grupos subalternos, como la reforma agraria o el derecho a la educación, y un proceso de autoritarismo y control estatal de las masas populares a través del corporativismo. En ese marco, entre el reconocimiento de las conquistas sociales y el control estatista de los sectores subalter-

⁶ Massimo Modonesi, *Revoluciones pasivas en América Latina*.

nos, se han dado fuertes debates desde el pensamiento gramsciano para comprender estas relaciones.

A partir de conceptos gramscianos como el de Estado ampliado, el Príncipe y la subalternidad se han escrito reflexiones que revalúan las relaciones políticas en México. A la luz de las transformaciones neoliberales se han impulsado nuevas miradas para pensar al Príncipe mexicano del siglo XX y caracterizar su hegemonía.

En este sentido, ubico dos grandes concepciones sobre este problema, la que se centra en el Estado mexicano como una relación impulsada y conquistada por las clases subalternas que le habrían impuesto una serie de reglas a los grupos dominantes, y la que centra su visión en esas mismas relaciones como parte de un sistema hegemónico que logró controlar y subordinar a las clases populares.

Respecto a la primera concepción, una mirada muy sugerente es la desarrollada por Rhina Roux, que para entender al “Príncipe mexicano” parte del papel que los subalternos juegan en la conformación de esas relaciones. A partir del papel que han desempeñado los subalternos, Roux analiza cómo se ha conformado el Príncipe como una comunidad estatal con relaciones de mando-obediencia en las que se recrean relaciones recíprocas de protección y lealtad. La hegemonía no es entendida como la imposición de ideas de las clases dominantes sino como una “aceptación activa por los gobernados del mando estatal resultado de un proceso también atravesado por los intentos de las clases subalternas ‘por imponer reivindicaciones propias’”.⁷ Es decir, para entender la hegemonía y la comunidad estatal que se instauró en México durante el siglo XX, hay que empezar por observar a los subalternos que con sus modos, sus esperanzas y sus resistencias le dieron forma a un pacto muy particular.

Con la Constitución de 1917 se sentaron las bases de un nuevo pacto social que le dio legitimidad al Estado mexicano a través del reconocimiento de una serie de derechos colectivos de las clases subalternas. La comunidad estatal no pudo asumir una forma enteramente republicana, formada por ciudadanos abstractos, sino que tuvo que reconocer una politicidad corporativa; de acuerdo con Roux,

el pacto estatal mexicano había implicado la cesión de los *derechos políticos ciudadanos* (sufragio, elección de los gobernantes, libertad de asociación, organización en partidos políticos, disidencia partidaria) a cambio de cumplimiento

⁷ Rhina Roux, *El Príncipe mexicano. Subalternidad, historia y Estado*, p. 175.

de *derechos sociales corporativos*. En ese acuerdo no escrito los ciudadanos no *elegirían* a quienes los gobernarían: *vigilarían* que éstos cumplieran lo pactado⁸ (cursivas del original).

En esa forma de vinculación todos los grupos hicieron concesiones y establecieron las reglas básicas con las que se relacionarían durante muchos años. Las clases subalternas perdieron autonomía e independencia porque solamente podían buscar la satisfacción de sus demandas si su organización quedaba integrada y subordinada a la relación estatal. Únicamente a través de las organizaciones corporativas, mediatizadas y controladas por el Estado los subalternos podían organizarse y plantear sus demandas.

Pero el Estado y las clases dominantes también estaban, para Roux, limitados por el mismo pacto. Tenían que reconocer los intereses y los logros que las clases subalternas les habían impuesto en el proceso revolucionario. Por eso, el pacto corporativo incorporaba al Estado los intereses de las clases subalternas, que con sus luchas habían orillado a las élites a reconocerlos. Incluso en el propio discurso y la mitología de la “Revolución mexicana”:

Bajo la sombra de la revolución mexicana, a cuyo mito no pudo renunciar, la élite gobernante debió recurrir una y otra vez al viejo pacto constitucional. Cierto, en ese proceso, la revolución mexicana se volvió discurso de Estado, retórica oficial. Pero en la necesidad de ese uso retórico estaba también la confesión revelada del aprisionamiento de la élite gobernante en un orden simbólico común a gobernantes y gobernados que no podía cambiar.⁹

En contraste, Lucio Oliver reconoce este pacto, pero enfatiza el problema del control de las clases subalternas y de la construcción de una sociedad civil estatizada. Las clases dirigentes lograron, en su concepción, construir una hegemonía muy fuerte al integrar a las clases populares de manera subordinada en el Estado ampliado, con

la integración corporativa, clientelista, paternalista subordinada de sus masas populares —y de las élites— al poder político, lo que creó tanto derechos civiles universales variados como el discrecionalismo del Estado para reconocerlo. Eso

⁸ *Ibid.*, p. 168

⁹ *Ibid.*, p. 219.

generó un fenómeno que es un componente en la construcción de hegemonía: la constitución relativamente subalternizada de la gran masa popular.¹⁰

La ideología de la Revolución mexicana consiguió presentar al Estado como el representante de todas las clases, con lo que excluyó cualquier tipo de oposición política. Con esto se creó un Estado ampliado moderno en el que se incluía la sumatoria de la sociedad civil y de la sociedad política. Pero una sociedad civil que se mantenía “pasiva, sometida y subordinada al poder político nacional”.¹¹ Se conquistaron derechos para las clases populares, pero a cambio de una participación política signada por el autoritarismo bajo formas corporativas y clientelares.

Se trataba esencialmente de un Estado ampliado que consiguió subordinar y mantener en condición subalterna a las clases populares. La “ecuación social mexicana”¹² se caracterizó desde entonces por la subordinación de las clases populares y el predominio asfixiante del Estado en las formas de organización de la sociedad civil.

Así, aunque el objeto de estudio es el mismo y se ubican elementos similares, los énfasis de Rhina Roux y de Lucio Oliver son diferentes e incluso antitéticos. Para Oliver, el Estado mexicano del siglo XX logró integrar a los sectores populares en una condición subalterna a través de un Estado ampliado estatizado y autoritario. En cambio, reconociendo esos mismos elementos, Roux pone énfasis en el papel que jugaron las clases subalternas para “aprimonar” a los grupos dominantes en un pacto estatal en el que se tenían que reconocer sus derechos y obligaciones. Lo que ambos reconocen es la solidez de una hegemonía que caracterizó al Estado mexicano durante buena parte de siglo XX.

Son debates que continúan una polémica de mucho tiempo en las izquierdas mexicanas para caracterizar al Estado. Ya en la década de 1960 José Revueltas criticó duramente el discurso nacionalista revolucionario del Estado mexicano y denunció las formas de dominación que se ocultaban detrás del discurso conciliador y aparentemente revolucionario de los

¹⁰ Lucio Oliver, *El Estado ampliado en Brasil y México. Radiografía del poder, las luchas ciudadanas y los movimientos sociales*, p. 52.

¹¹ *Ibid.*, p. 77.

¹² El concepto de ecuación social fue acuñado por el sociólogo boliviano René Zavaleta que, con una mirada gramsciana de América Latina, estudió las relaciones entre el Estado y la sociedad civil. Para él, cada formación política tiene una “ecuación” particular a la que definió como “el modo de entrecruzamiento entre la sociedad civil, las mediaciones y el momento político estatal” (René Zavaleta, *El Estado en América Latina*, pp. 177-178). Retomando esa categoría, Lucio Oliver examina al Estado mexicano.

gobiernos priistas.¹³ Pero también, desde otro sector de la izquierda, se reivindicaron los avances sociales que se expresaban en la Constitución de 1917 y la necesidad de recuperar en las luchas populares la memoria y los mitos de la revolución iniciada en 1910.¹⁴

Sin embargo, estos debates se han dado con nuevos conceptos y respondiendo a corrientes intelectuales contemporáneas. Así, en el caso de Rhina Roux su lectura del Príncipe mexicano se ha visto enriquecida por los estudios sobre la subalternidad.¹⁵ La comunidad estatal es vista a partir del papel que juegan los actores subalternos y cómo con sus anhelos, costumbres y formas de resistencia van delineando relaciones de mando-obediencia en las que los dominantes tienen que respetar ciertos acuerdos. Por su parte, Lucio Oliver recupera la categoría de Estado ampliado con un análisis profundo sobre el papel de la sociedad civil en la constitución del Estado. Además, su análisis se apoya en el concepto de “ecuación social” que retoma del sociólogo boliviano René Zavaleta.¹⁶

Partiendo de esas miradas teóricas, en los dos casos se identifica al régimen mexicano con una hegemonía muy sólida que logró el consenso por parte de los dominados. En contraste, para Adam Morton, en el contexto de la revolución pasiva se trataba más bien de una hegemonía mínima en la que la coerción desempeñó un papel preponderante: “En México sería un error suponer una hegemonía integral, caracterizada por la combinación equilibrada de fuerza y consenso. En vez de ello, el espacio estatal fue configurado por una hegemonía mínima, indicativa de la experiencia de revolución pasiva, donde el elemento coercitivo del Estado supervisa la lucha por la hegemonía”.¹⁷

Es significativo que, partiendo de los conceptos gramscianos, la lectura pueda ser tan diferente en los tres casos. Es un reflejo de lo complejo y contradictorio que fue el Estado mexicano durante el siglo XX, al mismo tiempo surgido de una revolución popular y expresión de su derrota, que incorporaba derechos de las clases subalternas, pero que también constru-

¹³ José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*.

¹⁴ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*.

¹⁵ En particular, por la corriente de los estudios subalternos de la India con intelectuales como Ranajit Guha, que fueron muy importantes para rescatar la importancia de estudiar a los subalternos. En México, el historiador Adolfo Gilly desarrolló su propia interpretación sobre una “civilización subalterna”, que marca nuestra forma de relacionarnos desde la Conquista hasta la actualidad con una “distinción racial, siempre negada y siempre presente” (Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo. Una constelación*, p. 117).

¹⁶ René Zavaleta, *El Estado en América Latina*.

¹⁷ Adam Morton, *Revolución y Estado en el México moderno*, p. 252.

yó un sistema autoritario que dificultaba su organización independiente en la sociedad civil. Y un Estado ante el que la izquierda siempre tuvo dificultad para definirse; algunas veces intentando profundizar su carácter popular y otras enfrentada frontalmente a sus rasgos autoritarios. Aún hoy los mitos e ideologías que derivan de este Estado siguen marcando los debates y las confrontaciones de las izquierdas contemporáneas.

El diagnóstico sobre las relaciones hegemónicas que se establecieron en ese periodo es la base para las posteriores reflexiones sobre el neoliberalismo y las transformaciones que ha implicado. En el siguiente apartado examinamos esas caracterizaciones.

La reconfiguración neoliberal

El tercer uso que se ha dado de los conceptos gramscianos ha sido para explicar el cambio de época que implicó el neoliberalismo. En efecto, las grandes transformaciones que se impulsaron desde 1982 trastocaron muchas de las bases de legitimidad del Estado mexicano. Los derechos y obligaciones que se habían establecido entre los grupos subalternos y el Príncipe se vieron modificados y acabaron con los pactos que les daban legitimidad a las relaciones de mando y obediencia. En ese marco, las discusiones a partir de categorías gramscianas han sido muy extensas.

Como mencioné antes, para Enrique Semo, el neoliberalismo es un nuevo proceso de revolución pasiva en el que una élite impulsa una modernización desde arriba y sin contar con la participación popular. En este caso con la apertura de mercados y las privatizaciones para volver al país competitivo en la globalización.¹⁸

Pues bien, en esa “revolución pasiva” muchos de los elementos constitutivos del Estado mexicano se vieron trastocados o modificados. Para Francisco Piñón, esos cambios han llevado al Estado mexicano a una grave crisis porque las reservas que le dieron legitimidad después de la Revolución mexicana están agotadas.¹⁹ En el mismo sentido, las reflexiones de Rhina Roux van dirigidas a pensar cómo “el Príncipe” se ha fragmentado. La modernización capitalista quebró la politicidad corporativa y ha intentado dotarse de un nuevo tipo de legitimidad a través de los procesos electorales. Es decir, sustituir a los actores colectivos y corporativos a través de los cuales los sectores subalternos defendían sus intereses por

¹⁸ Enrique Semo, *México: del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y Revolución*.

¹⁹ Francisco Piñón Gaytán, *México. Los rostros de un Leviatán. Poder, libertad, democracia*.

una politicidad republicana basada en los intereses privados y en los individuos abstractos. Ahora, el capital intenta tomar el mando directamente acabando con todas las conquistas que antes los sectores subalternos habían conseguido imponer en la comunidad estatal. Por eso el Príncipe se fragmenta y da paso a una relación de mando directa del gran capital: “El Príncipe, fragmentado, parece retirarse de la escena. El nuevo poder del gran capital no tiene interés en recomponer ese Estado en fragmentos. Se propone más bien asumir directamente el mando nacional, sin intermediarios ni mediaciones”.²⁰

Por su parte, Lucio Oliver examina cómo el Estado ampliado se ha modificado por dos procesos que han coincidido en el tiempo. Por una parte, la modernización conservadora impulsada por el neoliberalismo para cambiar el modelo de acumulación y, por el otro, un ascenso en las luchas ciudadanas por los derechos y las libertades. Las reformas económicas trastocaron la correlación de fuerzas al interior del Estado, que ya no representa más a las fuerzas nacional-desarrollistas. Sin embargo, el régimen político sigue operando a través de formas autoritarias en su relación con la sociedad. Las luchas ciudadanas “no tuvieron resultados positivos en una transformación del Estado ampliado que abriera paso a una nueva relación Estado-sociedad civil no caracterizada por lazos tutelares y corporativos”.²¹

Tanto Roux como Oliver acertaron en señalar la fragilidad de la legitimidad del Estado neoliberal. Frente a un pacto muy claro y hegemónico nacional-desarrollista durante el siglo XX, en el que se aceptaban condiciones de obediencia a cambio de conquistas de las clases subalternas, en el neoliberalismo el dominio directo del capital acabó por minar las bases de legitimidad de la comunidad estatal. En la misma perspectiva, para Fernando Munguía, con el neoliberalismo se desmontó una forma de Estado, pero se estableció una nueva sin mediaciones ni canales para los grupos subalternos.²²

²⁰ Rhina Roux y Adolfo Gilly, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre un cambio de época*, p. 126.

²¹ Lucio Oliver, *El Estado ampliado en Brasil y México. Radiografía del poder, las luchas ciudadanas y los movimientos sociales*, p. 78.

²² Fernando Munguía explica cómo fue este cambio en las relaciones hegemónicas: “una forma de Estado, relacionada con la herencia o resabios de lo nacional-revolucionario, ha querido ser desmontada sin que en su lugar se levante alguna otra estructura estatal que concilie los intereses de las clases subalternas sino que, por el contrario, lo que se ha venido reproduciendo es una lógica precarizante de las condiciones de vida de [la] mayoría de la población y profundamente excluyente de todo espacio de decisión política” (Fernando

Por eso, el surgimiento de movimientos sociales y la presencia de varias crisis en el sistema político. La candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 expresó una fractura en el seno mismo de la comunidad estatal. En el mito del cardenismo se expresaba el anhelo por respetar los pactos que durante medio siglo habían marcado las relaciones de mando y obediencia. Al romper ese pacto con las reformas neoliberales, las élites dieron pie a un desencanto y a una nueva rebeldía por parte de las clases subalternas. En el mismo sentido, el levantamiento zapatista de 1994 expresó el malestar de los indígenas y de los campesinos ante la reforma del artículo 27 de la Constitución en 1992. Los subalternos desplegaron así un proceso de movilizaciones y emergencia de nuevas subjetividades. La hegemonía construida por el Estado posrevolucionario se estaba erosionando.

Ante la crisis de la hegemonía priista, basada en una politicidad corporativa, la apertura democrática fue un intento de buscar nuevas bases de legitimidad para el Estado. Las luchas populares y el desarrollo de la oposición política presionaban en ese sentido. Por eso, el largo proceso de apertura política que se inició con la reforma de 1977 y la legalización del Partido Comunista Mexicano, y que continuó por varias décadas hasta la derrota del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en el año 2000. La llamada “transición democrática” se ubica en este proceso de cambio en las coordenadas de la comunidad estatal.

El problema fue que, mientras las reformas neoliberales acababan con muchas conquistas de las clases subalternas, las reformas democráticas no terminaron por consolidarse y construir un nuevo régimen. Las formas de control corporativo han seguido operando en los sindicatos, las organizaciones campesinas y en la sociedad civil en general.²³ En este largo ocaso del régimen priista, no acabó nunca por consolidarse una nueva base de relaciones democráticas.²⁴

Munguía, “Apuntes sobre las transformaciones del Estado mexicano”, en *Debates Urgentes. Investigación desde y para los movimientos sociales*, año 2, núm. 3, p. 123).

²³ Para Munguía y Muñoz Canto: “las modificaciones sufridas en la estructura política se pueden valorar como una suerte de arreglo que no trastocó los intereses de los grupos cercanos al poder, sino que se limitó a refuncionalizar, hasta donde fue necesario, viejas prácticas de incorporación de sectores populares y de la sociedad civil” (Fernando Munguía y Carolina Muñoz Canto, “La alternancia sin fin. Las muchas caras de la crisis estatal en México”, en Adrián Velázquez, Agostina Costantino y Francisco Cantamutto [coords.], *De la democracia liberal a la soberanía popular*. Vol. 2. *Gobiernos latinoamericanos: los desafíos del Estado, la acumulación y la seguridad*, p. 73).

²⁴ Arturo Anguiano, *El ocaso interminable. Política y sociedad en el México de los cambios rotos*.

Por eso, en algunos análisis gramscianos se ha enfatizado el aspecto pasivo y regresivo de las reformas del último cuarto de siglo. Tanto Semo como Adam Morton ubican el neoliberalismo como parte de una revolución pasiva. Para Morton, la “transición democrática” está articulada a este proceso:

La “transición” democrática en México, como una estrategia restauradora de revolución pasiva, constituye un aspecto mediante el cual las relaciones coercitivas de clase del capitalismo están siendo reorganizadas sobre una nueva base dentro de las condiciones del desarrollo desigual que conforman el espacio estatal.²⁵

Así, el neoliberalismo con sus reformas acabó por fragmentar las bases de legitimidad del Estado mexicano, el Príncipe que durante décadas había constituido una hegemonía muy sólida comenzó a fragmentarse. En cambio, el proceso de apertura democrática tuvo avances innegables, pero no terminó por construir un nuevo régimen. Por eso, el Estado comenzó a dar muestras de fragilidad.

La represión y el avance de los aparatos coercitivos del Estado fueron, para Lucio Oliver, una muestra de la debilidad de un Estado ampliado que ya no contaba con una hegemonía integral en la sociedad. Los movimientos sociales de la última década serían, en esta lectura, una muestra de la crisis del Estado mexicano ante la pérdida de su hegemonía. Por su parte, los sectores populares no han logrado constituirse como un sujeto autónomo con un proyecto hegemónico propio, sino que hay todavía en sus anhelos y proyectos una presencia muy importante de la ideología de la Revolución mexicana.

Este movimiento popular –dice Lucio Oliver–, de resistencia al neoliberalismo y de lucha por la democracia, no ha superado la subalternidad histórica en la medida en que sigue asumiendo que el destino nacional depende de las fuerzas políticas institucionales que dirigen el Estado, basa su crítica en la búsqueda de un nacionalismo desarrollista y no se ha planteado, como en Brasil, la construcción de una fuerza propia de los trabajadores.²⁶

Aunque no existen estudios muy recientes que analicen, desde una perspectiva gramsciana, la irrupción de Morena y su triunfo electoral en

²⁵ Adam Morton, *Revolución y Estado en el México moderno*, p. 265.

²⁶ Lucio Oliver, *El Estado ampliado en México y Brasil. Radiografía del poder, las luchas ciudadanas y los movimientos sociales*, p. 139.

2018, ya se vislumbraba en estos análisis la crisis de legitimidad de la clase política encarnada en el PRI y en el Partido Acción Nacional. Hoy, ante el triunfo de Morena, se abren muchas interrogantes a la luz de los estudios gramscianos. En qué medida implica el retorno del Príncipe y el anhelo por regresar a las reglas que antes habían marcado las relaciones de mando y obediencia. También hay que preguntarnos cuáles son las características del sujeto político expresado en Morena y si éste reproduce muchos de los mitos y formas que dieron sustento al Estado ampliado nacional desarrollista, o si, por el contrario, hay elementos nuevos de transformación en un sentido más democrático.

Los procesos de subjetivación

Finalmente, frente a los retrocesos sociales que ha implicado el neoliberalismo, un elemento novedoso ha sido la irrupción de los movimientos sociopolíticos. A partir de los conceptos de Gramsci, se han impulsado varias investigaciones para estudiar los procesos de movilización. Así, más allá del Estado, desde los estudios gramscianos se ha pensado en la conformación de los sujetos sociales.

Los estudios de Massimo Modonesi han desarrollado una mirada original, desde el marxismo gramsciano, para estudiar a los movimientos sociales más allá de las escuelas dominantes en este campo de la sociología (Tilly, Tarrow, Melucci, etcétera). La tríada subalternidad-antagonismo-autonomía fue desarrollada para encontrar elementos constitutivos en el proceso de subjetivación política.²⁷ A diferencia de las escuelas dominantes, Massimo Modonesi parte del principio del antagonismo y de la lucha de clases, para sostener que a partir de ahí se van desarrollando procesos de subjetivación en los que la subalternidad, el antagonismo y la autonomía están en una tensión permanente que desemboca en combinaciones desiguales.

Aquí hay que destacar que para Modonesi no se trata nunca de procesos acabados ni de sujetos preconstituidos, la subalternidad está siempre presente y en tensión tanto con la tendencia al antagonismo como con la de la autonomía de los sujetos. Entendida dentro de un proceso y de manera relacional, la subalternidad es un elemento central, de partida, para estudiar los procesos de movilización. Como parte de esta visión, hay una crítica a las concepciones de la subalternidad que acaban por esencializar-

²⁷ Massimo Modonesi, *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*.

la y reivindicarla. Como si los subalternos, por el hecho de serlo, fueran ya autónomos y antagonistas. En particular, Modonesi hace una crítica a la escuela de estudios subalternos de la India por tener “una aproximación esencialista de una subjetividad recluida en la subalternidad y en la exaltación del subalterno autónomo, activo, consciente y rebelde; es decir, un subalterno no subalterno”.²⁸

Con estas ideas, Massimo Modonesi ha desarrollado varios proyectos para estudiar los movimientos sociopolíticos de México y de América Latina en los últimos años,²⁹ haciendo dialogar el planteamiento teórico con el estudio de los procesos concretos.

Siguiendo esta mirada, Modonesi ha problematizado el concepto de revolución pasiva para pensar los procesos de desmovilización y de subalternización de los sujetos políticos. Es decir, no sólo existen procesos de subjetivación en los que se despliega el antagonismo y se construyen autonomías, sino que también se generan procesos inversos de subalternización. Por eso sostiene una lectura “subjetivista del concepto de revolución pasiva, en donde la pasividad –entendida como elemento y factor de subalternidad– adquiere peso y centralidad”.³⁰

En conjunto, esta mirada sobre la revolución pasiva y el enfoque triádico sobre los procesos de subjetivación constituyen una propuesta integral para pensar los ciclos de movilización y desmovilización de las clases subalternas.

Por otra parte, los movimientos sociales de las últimas décadas también han sido estudiados a partir de la mirada del Estado ampliado. En la visión de Lucio Oliver, los movimientos sociales han formado parte de un proceso por ampliar derechos y modificar las coordenadas de la sociedad civil, transformando las coordenadas del Estado ampliado. Siguiendo la misma línea, para Jaime Ortega y Stefan Pimmer, los movimientos sociales pueden estudiarse como parte de la lucha por el Estado ampliado,³¹ ya que se trata de procesos políticos que forman parte de la sociedad civil y del Estado amplio en su conjunto, y que cuestionan y modifican las rela-

²⁸ Massimo Modonesi, “Consideraciones sobre el concepto gramsciano de clases subalternas” en *Memoria. Revista de Crítica Militante*, núm. 265, 2018, p. 61.

²⁹ Massimo Modonesi (coord.), *Movimientos subalternos, antagonistas y autónomos en México y América Latina*; Massimo Modonesi (coord.), *Militancia, antagonismo y politización juvenil en México*.

³⁰ Massimo Modonesi, *El principio antagonista. Marxismo y acción política*, p. 105.

³¹ Jaime Ortega Reyna y Stefan Pimmer, “Movimientos sociales en el Estado ampliado. Una lectura desde Gramsci”, *Sociológica*, vol. 25, núm. 72, 2010.

ciones entre gobernados y gobernantes. Así, su llamado es a pensarlos en el marco de un proceso integral, sin caer en las distinciones liberales que pretenden una autonomía y separación, que no es real, entre el campo de la sociedad civil y el de la sociedad política.

También algunos movimientos sociales mexicanos han sido estudiados, desde una perspectiva gramsciana, en el marco de procesos más amplios. Por ejemplo, se han analizado las resistencias de los zapatistas y de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca como parte de un proceso en que los subalternos se oponen a la revolución pasiva del neoliberalismo.³² También se ha considerado al movimiento popular oaxaqueño como parte de una crisis de hegemonía.³³

Así, el estudio de los movimientos sociales a partir de Gramsci es un campo nuevo que comienza a desarrollarse. Sorprende que antes no existieran estudios para analizar los procesos de subjetivación sociopolítica tomando como referencia a un autor que precisamente pensó cómo se organizan los subalternos. Estudiar los movimientos sociopolíticos desde Gramsci nos permite entenderlos en el marco de las disputas hegemónicas, en particular analizando, con la propuesta de Modonesi, el proceso contradictorio en el que los sujetos están atravesados por relaciones de subalternidad, pero también por el antagonismo y la construcción de autonomía. Este campo de análisis enriquece el horizonte de los estudios gramscianos que antes se habían centrado más en el Estado y en la lucha por la hegemonía, dejando de lado la emergencia de nuevos sujetos y sus procesos de movilización.

Conclusiones

Después de esta revisión sobre los estudios gramscianos en México, a partir del año 2000, podemos señalar algunas consideraciones y señalar pendientes en la investigación.

Lo primero es constatar que los conceptos de Antonio Gramsci siguen dando pie a reflexiones importantes sobre el Estado, la sociedad civil y los grupos subalternos. Las categorías gramscianas han permitido a diversos académicos repensar los procesos políticos. Conceptos como el de revolu-

³² Chris Hesketh, *Spaces of Capital/Spaces of Resistance. Mexico and the Global Political Economy*.

³³ Joel Ortega Erreguerena, "La crisis de la hegemonía en Oaxaca: el conflicto político de 2006", en Víctor Raúl Martínez Vásquez (coord.), *La APPO: ¿rebelión o movimiento social?*

ción pasiva, el Estado ampliado y la subalternidad han dado pie a reflexiones sobre procesos sociopolíticos de nuestro país.

Lo segundo es apreciar una continuidad en los temas y en los debates de la investigación.

La revolución pasiva es un concepto que ha permitido comprender procesos históricos muy diversos. En especial, procesos de modernización impulsados desde las élites con un rol pasivo de los sectores populares. Las reformas borbónicas, el porfiriato y el neoliberalismo se entienden como revoluciones pasivas en las que se trastocaron los pactos sociales previos y se impulsaron nuevos modelos de acumulación de capital. El concepto de revolución pasiva se ha utilizado también para explicar relaciones hegemónicas de periodos más largos, como el del régimen priista en el siglo XX. Si bien el concepto es muy potente en su capacidad explicativa, ha faltado mayor precisión en su uso y se corre el riesgo de tener significados variados sin diálogo entre los autores. Es significativo que la mayoría de estos análisis presta poca atención al aspecto “pasivo” del fenómeno, a los procesos de desmovilización mediante los cuales las élites han logrado la pasividad de los subalternos.

El segundo gran tema a partir de los estudios gramscianos es la caracterización del Estado posrevolucionario. La comprensión de las relaciones de mando y obediencia que lo constituyeron es objeto de fuertes polémicas, así como determinar en qué medida se reconocieron conquistas y derechos para las clases populares, a cambio de su control y subordinación por parte de un Estado autoritario. Lo nuevo en este debate es que se ha hecho a partir de enfoques que retoman el problema de la subalternidad y también de la construcción del Estado ampliado.

En la misma ruta, una discusión contemporánea ha girado sobre las transformaciones del neoliberalismo: cómo las reformas neoliberales implicaron un cambio en los acuerdos políticos que le habían dado estabilidad al Estado y de qué manera se minaron las bases de su legitimidad.

Finalmente, un tema novedoso es el del estudio de los movimientos sociales a partir de las categorías gramscianas. El análisis ya no sólo está centrado en el Estado sino también en los procesos de subjetivación de los actores sociales. Ahí el problema de la tensión permanente entre la subalternidad, el antagonismo y la autonomía ha servido para pensar los procesos de movilización y de organización.

Así, podemos concluir que durante los primeros años de este siglo las categorías de Gramsci han seguido siendo utilizadas para pensar a México.

Sin embargo, hay problemas y nuevos retos que es importante señalar.

La riqueza de los conceptos permite un uso muy variado y a veces contradictorio, como pudimos registrar. Por otra parte, una limitación en este sentido es la falta de diálogo entre los autores, ya que hay poca retroalimentación al momento de aplicarlos a diferentes temas, y en lugar de ganar precisión y profundidad en los conceptos se siguen caminos cada vez más divergentes. Sería útil fortalecer espacios de discusión y profundizar en clarificaciones conceptuales para avanzar en la comprensión de muchos fenómenos.

Los estudios gramscianos sobre el Estado, la sociedad civil, los grupos subalternos y las relaciones de mando-obediencia pueden aportar una mirada crítica frente a las transformaciones políticas que se viven en México. Sobre los cambios en el gobierno y las reconfiguraciones del escenario político, pero también sobre las continuidades de una comunidad estatal que sintetiza largos procesos históricos.

Bibliografía

- Anguiano, Arturo, *El ocaso interminable. Política y sociedad en el México de los cambios rotos*, Era, México, 2010.
- Bartra, Roger *et al.*, *Caciquismo y poder político en el México rural, Siglo XXI*, México, 1999.
- Gilly, Adolfo, *La revolución interrumpida*, Era, México, 1994.
- _____, *Historia a contrapelo. Una constelación*, Era, México, 2006.
- Hesketh, Chris, *Spaces of Capital/Spaces of Resistance. Mexico and the Global Political Economy*, Universidad de Georgia, Atenas, 2017.
- Modonesi, Massimo, *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*, Clacso (colección Perspectivas), Buenos Aires, 2010.
- _____, (coord.), *Movimientos subalternos, antagonistas y autónomos en México y América Latina*, Clacso / Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPYS)-Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 2015.
- _____, *El principio antagonista. Marxismo y acción política*, UNAM / Itaca, México, 2016.
- _____, (coord.), *Militancia, antagonismo y politización juvenil en México*, UNAM / Itaca, México, 2017.
- _____, *Revoluciones pasivas en América Latina*, Universidad Autónoma Metropolitana / Itaca / Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 2017.

- _____, “Consideraciones sobre el concepto gramsciano de clases subalternas”, en *Memoria, Revista de Crítica Militante*, núm. 265, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, 2018, recuperado de <<https://revistamemoria.mx/?p=1952>>.
- Montalvo, Enrique, *El nacionalismo contra la nación*, Grijalbo, México, 1985.
- Morton, Adam David, “Structural Change and Neoliberalism in Mexico: ‘Passive Revolution’ in the Global Political Economy”, en *Third World Quarterly*, vol. 24, núm. 4, 2003, pp. 631-653.
- _____, *Revolución y Estado en el México moderno*, Siglo XXI, México, 2017.
- _____, “The Architecture of ‘Passive Revolution’: Society, State and Space in Modern Mexico”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 50, núm. 1, 2017, pp. 117-152.
- Munguía, Fernando, “Apuntes sobre las transformaciones del Estado mexicano”, en *Debates Urgentes. Investigación desde y para los Movimientos Sociales*, año 2, núm. 3, Centro de Estudios para el Cambio Social, 2013, pp. 109-128, recuperado de <<https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEWjo16uNqvPqAhVQ4qwKHcApBJwQFjAAegQIBRAB&url=https%3A%2F%2Fdebatesurgentes.files.wordpress.com%2F2013%2F08%2Fapuntes-sobre-las-transformaciones-del-estado-mexicano.pdf&usg=AOvVaw2v70XcdcWBcrTZr-JUFFa2>>.
- _____, “Crisis y transformaciones políticas del Estado en México”, tesis de doctorado en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México, 2017, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEWjiqMT14fXqAhVHRKwKHcWcAooQFjAAegQIBRAB&url=https%3A%2F%2Fflacso.repositorioinstitucional.mx%2Fjspui%2Fbitstream%2F1026%2F130%2F1%2FMunguia_F.pdf&usg=AOvVaw0V2jj189UQ2ygApEI7H59>.
- Munguía, Fernando, y Carolina Muñoz Canto, “La alternancia sin fin. Las muchas caras de la crisis estatal en México”, en Francisco Cantamutto, Adrián Velázquez y Agostina Costantino (coords.), *De la democracia liberal a la soberanía popular*. Vol. 2. *Gobiernos latinoamericanos: los desafíos del Estado, la acumulación y la seguridad*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), 2015, pp. 59-87, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEWjljvySr_PqAhU_B50JHfoKB1YQFjABegQIARAB&url=http%3A%2F%2Fbiblio-

- teca.clacso.edu.ar%2Fclacso%2Fgt%2F20150924125105%2Fvol2.pdf&usg=AOvVaw2GgoZ0XHY6QtQLXeINrY->.
- Oliver, Lucio, *El Estado ampliado en Brasil y México. Radiografía del poder, las luchas ciudadanas y los movimientos sociales*, UNAM, México, 2009, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rc=t=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjB7uv15_XqAh-VcHTQIHcCaDfoQFjAAegQIAhAB&url=http%3A%2F%2Fbiblioteca.clacso.edu.ar%2Far%2Flibros%2Fmexico%2Funam%2Fppel%2Foliver.pdf&usg=AOvVaw27jySqw5-JFGoW2aPKArEV>.
- (coord.), *Transformaciones recientes del Estado integral en América Latina. Críticas y aproximaciones desde la sociología política de Antonio Gramsci*, FCPyS-UNAM / La Biblioteca, México, 2016.
- , *La ecuación Estado/sociedad civil en América Latina*, UNAM / La Biblioteca, México, 2016.
- Ordóñez, Sergio, y Paty Montiel, “La Revolución Mexicana como revolución pasiva y el intento de conformación de un nuevo bloque histórico en México. Una lectura desde Gramsci”, en *Cuadrivio*, núm. 2, noviembre de 2010, recuperado de <http://ru.iiec.unam.mx/166/1/Revoluci%C3%B3n_mexicana-revoluci%C3%B3n_pasiva.pdf>.
- Ortega Erreguerena, Joel, “La crisis de hegemonía en Oaxaca: el conflicto político de 2006”, en Víctor Raúl Martínez Vásquez (coord.), *La APPO: ¿rebelión o movimiento social?*, Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, Oaxaca, 2009, pp. 11-44.
- Ortega Reyna, Jaime, y Stefan Pimmer, “Movimientos sociales en el Estado ampliado. Una lectura desde Gramsci”, en *Sociológica*, vol. 25, núm. 72, enero-abril de 2010, pp. 185-199, recuperado de <<https://www.google.com/url?sa=t&rc=t=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwiw5NDqzvxqAhWIB80KHZHidHAQFjAAegQIAxAB&url=https%3A%2F%2Fwww.redalyc.org%2Fpdf%2F3050%2F305026713008.pdf&usg=AOvVaw1zOFj1gsgiDgM03kK-5G6L8>>.
- Piñón Gaytán, Francisco, *México. Los rostros de un Leviatán. Poder, libertad, democracia*, Centro de Estudios Sociales Antonio Gramsci / Plaza y Valdés, México, 2012.
- Revueltas, José, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Era, México, 1962.
- Roux, Rhina, *El Príncipe mexicano. Subalternidad, historia y Estado*, Era, México, 2005.

- _____. “El mito, la tierra, el Príncipe”, en *Argumentos*, vol. 24, núm. 65, enero-abril de 2011, pp. 11-35, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwiJ1KDP6_XqAhXJPn0KHZANaOMQFjAAegQIBhAB&url=https%3A%2F%2Fwww.redalyc.org%2Fpdf%2F595%2F59519896001.pdf&usg=AOvVaw3YwEw0c5lMRjnVrwU5alzU>.
- Roux, Rhina, y Adolfo Gilly, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre un cambio de época*, Itaca, México, 2015.
- Semo, Enrique, “Revoluciones pasivas en México”, en Carlos Morales *et al.*, *Antología de cultura y sociedad mexicana*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), México, 2003, pp. 171-181.
- _____, *México: del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y Revolución*, UNAM / UACJ, México, 2012.
- Soto Reyes Garmendia, Ernesto, “La revolución pasiva: motor del Estado Mexicano (1920-1940)”, en *Polis. Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, vol. 12, núm. 2, julio-diciembre de 2016, pp. 13-37, recuperado de <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjT_rb-2fDqAhULOs0KHcTDC3MQFjAAegQIBBAB&url=https%3A%2F%2Fwww.redalyc.org%2Fpdf%2F726%2F72651117002.pdf&usg=AOvVaw18U1bp6sqTE1sOUUnI3fwNo>.
- Zavaleta, René, *El Estado en América Latina*, Los Amigos del Libro, Cochabamba, 1989.

GRAMSCI Y NOSOTROS

Massimo Modonesi

Este libro buscó trazar los contornos de nuestro Gramsci y del nosotros que le corresponde, el de los gramscianos mexicanos de ayer y hoy. Como resulta evidente, de una fuente común de inspiración se ramifican afluentes, apropiaciones particulares, con intensidades variables, formas y temáticas diferentes, así como interpretaciones convergentes o divergentes.

Más que cualquier otro marxista, después de medio siglo de difusión del canon leninista y de una década de “althusserización”, Gramsci circuló y circula ampliamente por los espacios y los tiempos nacionales y regionales. Ocupó –desde los años sesenta hasta la actualidad– un lugar político, intelectual y académico difícil de mapear a detalle, ya que atraviesa fronteras políticas y disciplinarias, pero que puede entenderse a partir de algunas líneas de debate en torno a la interpretación de dilemas típicamente gramscianos sobre la hegemonía, la guerra de posición, la revolución pasiva, la subalternidad, lo nacional-popular, así como del lugar y el papel de la cultura, los intelectuales y la educación en la disputa política.

A modo de cierre personal de este esfuerzo colectivo que intenta ofrecer, por primera vez, una panorámica de la presencia e influencia de Gramsci en México, me permito incursionar breve y libremente en algunas selectas coordenadas espaciales, temporales y temáticas que, a mi parecer, resaltan algunos nodos fundamentales de un itinerario sumamente complejo y rico.

Mexicanos y latinoamericanos

En primer lugar, hay que reiterar que la circulación de Gramsci en México conforma un capítulo de su presencia en América Latina, pues, a pesar de ser una perogrullada, a menudo esto se pierde de vista, entre los puntos ciegos de un nacionalismo epistemológico que obstruye la visibilidad de las dinámicas políticas transversales que constituyen a la región, a la par de las plataformas estructurales de la cultura, la lengua, la geografía o la subordinación productiva y comercial al mercado mundial y a la lógica imperialista.

En lo que se refiere a la recepción de nuestro autor, este vínculo resulta estrecho e indisoluble, ya que por Nuestra América circularon profusamente las letras gramscianas –en las cuales, a contrapelo tanto del idealismo como del economicismo, se teorizaba la hegemonía como autonomía relativa de lo político y como cemento del bloque histórico entre estructura y superestructura–. Los libros, las revistas y sus autores –intelectuales militantes de vocación nacional-internacionalista, como sugería el revolucionario italiano– transitaron por países atravesados por luchas de clases particularmente intensas en el tercer cuarto del siglo XX; veinticinco años marcados a fuego por el impulso revolucionario y el contragolpe reaccionario. El gramscianismo méxico-latinoamericano se retroalimentó de esta época de militancia revolucionaria, de desarrollo y difusión del marxismo, de muchas derrotas, algunas victorias y un sinnúmero de vívidas experiencias políticas. Y, más allá de la serie de conexiones concretas que se visualizan en los capítulos del libro, en particular de los exilios y la circulación de revolucionarios e intelectuales militantes, México y América Latina iban de la mano en el plano abstracto del conocimiento, ya que era y sigue siendo axiomático para los gramscianos –como para los marxistas en general– que uno no se entiende sin la otra y viceversa; que es necesario pensar a México como América Latina y pensar a América Latina con y desde México.

Una conexión que no era concebida en clave poscolonial pero que, *ante litteram*, abrevaba de la gramsciana cuestión meridional, de una mirada desde el sur y desde las clases subalternas. Se nutría no de un esencialismo latinoamericanista, sino de la necesidad de pensar los altibajos de una revolución latinoamericana que despertaba esperanza en Europa y en Italia, así como, en sentido inverso, desde acá, se buscaban inspiraciones en los puntos de mayor intensidad revolucionaria, comunista y marxista, en el llamado primer mundo, como en Francia e Italia. Buscando algo más que conocer la belleza de sus ciudades, los secretos de su gastronomía o la eficacia de su fútbol, diversos intelectuales marxistas mexicanos y latinoamericanos hicieron estancias más o menos prolongadas en Italia entre los años sesenta y setenta, así se familiarizaron con el idioma y tuvieron contacto con los núcleos gramscianos y el extenso microcosmos comunista; conocieron el Instituto Gramsci en Roma; leyeron el cotidiano *L'Unità* –fundado por Gramsci en 1924– y revistas como *Rinascita* o *Critica Marxista*. Algunos de ellos, como Pepe Aricó, el Negro Portantiero y Carlito Coutinho, participaron en importantes seminarios y eventos.

Intelectuales, militantes y académicos

Respecto de la particularidad de México y los mexicanos nativos y adoptivos en este panorama, varios capítulos han aportado luces que no volveré a encender salvo para plantear que, así como la edición de Gerratana de los *Cuadernos de la cárcel* publicada en castellano por Era abría las puertas a lecturas filológicas y en general más eruditas, el gramscianismo en México rápida y tempranamente se atrincheró en la academia.

Si bien existió un gramscianismo militante en el Partido Comunista Mexicano –que se prolongó en el Partido Socialista Unificado de México y después se diluyó en el Partido de la Revolución Democrática– y hubo algunos primeros lectores mexicanos de Gramsci que no desdeñaban la intervención política, el pensamiento gramsciano arraigó y se desarrolló fundamentalmente en las universidades. Esto puede explicarse no por una tendencia intrínseca, sino por circunstancias históricas que hacían de la academia mexicana pos-68 un lugar de concentración y congregación del izquierdismo nacional y del exilio latinoamericano –expresión del auge, pero también del reflujo, del repliegue y reclusión en la ciudad universitaria–. Esto debido a un pasaje de época a nivel mundial y latinoamericano a mediados de los años setenta, pero también a la eficacia de la operación de desmovilización impulsada por el presidente priista Luis Echeverría, quien, mientras reprimía selectivamente a través de la “guerra sucia”, intentó recuperar la hegemonía perdida cubriendo a su izquierda a través de una serie de políticas de expansión de infraestructura, matrícula y salarios universitarios, así como una retórica tercermundista, antifascista y antiempresarial. Un intento de revolución pasiva que no “hizo época”, pero que marcó una coyuntura de la historia nacional y de la microhistoria de las universidades públicas.

La ciudad universitaria y la influencia de los intelectuales específicos –como diría Foucault– se convirtió en la medida del alcance y el límite de irradiación del pensamiento gramsciano. Allí se fueron diluyendo las vocaciones militantes mientras que, en los años ochenta, daban los últimos coletazos de su influencia política.

Intramuros, el gramscianismo cumplió un doble papel, habilitó una apertura y enriquecimiento del marxismo hacia cuestiones fundamentales como la cultura, la democracia y el pluralismo y, por la otra, abrió la puerta a la “desmarxistización” posmoderna. Le debemos, por lo tanto, buena parte de la persistencia del marxismo, así como del nacimiento del posmarxismo.

Al mismo tiempo, un saldo del “momento gramsciano” de los años setenta y ochenta es el irreversible encumbramiento de un autor que ocupa un lugar junto a los clásicos; un autor que será leído de manera constante e inclusive creciente en las décadas posteriores, al punto de convertirse en uno de los marxistas más citado en las humanidades y las ciencias sociales –si no el más citado, considerando que Marx no era marxista y que el “momento Althusser” concluyó mientras el de Gramsci sigue transcurriendo–. En México y América Latina esta expansión de interés académico habilitó también una recuperación en clave más militante, o de militancia intelectual, por la presencia de nichos preestablecidos, animados por gramscianos irredentos, o bien por la creación de nuevos ámbitos en coincidencia con coyunturas de lucha y movilización en los años noventa y dos mil, que retroalimentaron la persistencia de núcleos de pensamiento crítico, al interior de los cuales la figura de Gramsci seguía destacando en la medida en que su pensamiento y sus conceptos, frente al anquilosamiento de los campos disciplinarios consolidados durante el auge neoliberal, ofrecían claves de lectura que permitían lecturas de procesos de crisis orgánica inexplicables por parte del pensamiento sistémico.

Así, nosotros, los gramscianos mexicanos, fuimos, desde los inicios, universitarios de mayor o menor, explícita o velada, militancia. Con todo, habitando las ciudades universitarias, estuvimos y estaremos entre los que buscan abrir puertas y ventanas y, cuando se pueda, derribar muros.

Marxistas y posmarxistas

Otra identidad en disputa remite al fantasma del marxismo, al lugar del pensamiento gramsciano entre el florecimiento de los mil marxismos y la tentación posmarxista.

La elección de Gramsci, el devenir gramsciano, suele darse por un impulso hacia la heterodoxia, la búsqueda de renovación de la perspectiva marxista con mayor o menor grado de continuidad, hasta alcanzar el punto de inflexión del posmarxismo. Como vimos en varios capítulos del libro, en las décadas de los sesenta y setenta, lecturas leninistas o althusserianas de Gramsci convivieron con acercamientos de corte humanista e historicista. A partir de finales de los años ochenta, afloró la más simple pero no menos problemática tensión entre defensores de la vigencia –más o menos actualizada– del marxismo y los posmarxistas y/o antimarxistas. Unos y otros armados de argumentos y citas empréstatas de los *Cuadernos de la cárcel*.

Por otra parte, en otro nivel de debate, al Gramsci marxista que circulaba en México gracias a vientos cálidos que venían de Italia y desde el sur latinoamericano, se agregó el frío Gramsci global de corte anglosajón de los *cultural studies* y sus alrededores que, en México y América Latina, se cruzaron con los *postcolonial* y *subaltern studies*. Un Gramsci teñido de culturalismo, “desmarxistizado” y despolitizado respecto del original; aun cuando, paradójicamente, en el contexto de la academia anglosajona, revitalizaba corrientes de pensamiento crítico.¹

Esta tensión entre politización y despolitización de Gramsci iba de la mano de los itinerarios de lectura e interpretación de su obra, así como de la selección de conceptos.

El debate en los años ochenta sobre la cuestión democrática y del pluralismo tuvo claros acentos gramscianos y giró en torno a la relación Estado y sociedad civil, mostrando la existencia también en México de una lectura liberal de Gramsci, al estilo de la de Bobbio.

En términos generales, la noción de hegemonía es una clave de lectura y una espía de dinámicas que tienden a desplazar el eje del andamiaje teórico gramsciano bajo el pretexto de actualizarlo. En efecto, observamos sintomáticas tendencias a mutilar la idea gramsciana de hegemonía. En primer lugar, se trunca su doble acepción, quedando sólo como concepto que indica y permite analizar la forma del ejercicio de la dominación desde arriba, pero ya no apunta a la capacidad/posibilidad de un proceso de subjetivación política, de una alternativa desde abajo que se despliega como guerra de posiciones. En segundo lugar, la contraposición entre arriba y abajo ya no es concebida en términos de lucha de clases, aunque fuera a través de la conceptualización plural propuesta por Gramsci de clases dominantes y clases subalternas. Por último, bajo una óptica culturalista, se difumina su carácter concreto –los aparatos hegemónicos y su anclaje en las condiciones materiales de existencia– al convertirse en estrategia discursiva, en difuminado sentido común entendido como opinión pública.

Estas tres tendencias, en conjunto o por separado, descarrilan el programa de investigación marxista trazado por Gramsci y abren otros caminos con connotaciones que, aunque resulten fecundas desde su propia lógica, obturan dimensiones cruciales del análisis de los procesos políticos.

A esta tendencia a asumir la irreversibilidad de la derrota del proyecto comunista revolucionario y un horizonte de época cerrado corresponde el

¹ Apenas en los últimos tiempos, se percibe la influencia de las lecturas académicas anglosajonas de Gramsci en terrenos de la sociología histórica, la geopolítica, la economía política.

interés creciente hacia los conceptos de subalternidad y revolución pasiva. Estas categorías fueron tardíamente “descubiertas” por los estudios gramscianos, son herramientas críticas poderosas para dar cuenta de condiciones subjetivas desde abajo, el correlato subalterno frente a la hegemonía como dominación, y de cómo se generan iniciativas desde arriba que buscan mantenerla, incorporando y neutralizando las demandas desde abajo: la revolución pasiva –acompañada generalmente de transformismo y cesarismo– como reformismo conservador, pasivizante, subalternizante.

Pasado y presente

Más allá de estos tópicos de la agenda gramsciana de ayer y de hoy, es un hecho que la obra de Gramsci está siendo objeto, desde el ámbito más estrictamente académico, de un siempre más cuidadoso y erudito estudio que seguramente dará sus frutos, que podremos considerar más o menos satisfactorios en términos de cantidad o calidad.

Actualmente, después de la generación de los gramscianos pioneros de los sesenta y de los que profundizaron el estudio de los *Cuadernos de la cárcel* en los setenta y ochenta, germinó lo que fue sembrado y existe una constelación de gramscianismo difuso, de mayor o menor densidad en su referencia y uso de conceptos y categorías. En correspondencia con el decantamiento de compartimientos disciplinarios, en las humanidades y las ciencias sociales, se cuentan siempre más gramscianos filósofos, filólogos, historiadores, sociólogos, antropólogos, pedagogos y politólogos.

En relación con estos nichos disciplinarios, pero también más allá de ellos, nuestro Gramsci se trenza y bifurca en relación con el sentido profundo de su obra y los campos temáticos que contiene. También en México se perciben las dos direcciones que los estudios gramscianos en el mundo han ido tomando en las últimas décadas: profundización filológica e incorporación de nuevas temáticas.

Entre estas últimas, hay que señalar que constituyen puntos de interés en el plano de los estudios culturales y socioantropológicos la cuestión de lo nacional-popular, ligada al papel y lugar de la intelectualidad y, en particular, la educación, una temática emergente en los estudios gramscianos en ambos lados del Atlántico.

En estos y otros campos de estudio que hemos mencionado anteriormente, radica la posibilidad de impulso e irradiación de un pensamiento gramsciano actual, de su alcance crítico y del potencial subversivo que le corresponde. Así que el gramscianismo está atado al destino del mun-

do universitario mexicano, a la posibilidad de sostener perspectivas críticas, de defender el estudio y la investigación en campos disciplinarios humanísticos.

Al mismo tiempo, a pesar de todo lo dicho, queda algo irreductible del Gramsci político, que no deja de estar anidado en la formación de intelectuales en el sentido ampliado, es decir, operadores de la cultura, maestros, periodistas, opinionistas, divulgadores en general. Aquellos que tuvieron algún contacto con Gramsci en sus estudios universitarios o, casos raros, por interés autodidacta o porque categorías y concepciones gramscianas se filtraron, como núcleos de buen sentido, en el sentido común. Gramsci está presente, sea más o menos citado, en el debate político mexicano.

Lo seguirá estando porque en la coyuntura política actual, la historia del tiempo presente mexicano invita a ejercicios de interpretación gramsciana. No sólo en relación con la permanente pregunta sobre la hegemonía, sino también, para poner una cuestión de debate político, sobre si se puede o no entender a la Cuarta Transformación impulsada por el actual presidente Andrés Manuel López Obrador como un proyecto o proceso de revolución pasiva con aspiraciones nacional-populares; así como sobre cuál es el papel de los intelectuales en su seno; cuáles son las formas de persistencia y reconfiguración de las clases subalternas y qué dinámicas de subjetivación política se activan y desactivan.

Nosotros, los gramscianos mexicanos, por abigarrada que resulte nuestra composición identitaria, para hacer honor a una tradición y una perspectiva radicalmente crítica, estamos una vez más llamados a pensar nuestro presente para intentar transformarlo.

SEMBLANZAS

DANTE ARAGÓN es doctor en filosofía por la Universidad Iberoamericana en la Ciudad de México (UIA-CDMX) y es politólogo. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad de Bologna, en el Instituto Gramsci de Roma, en la Universidad de Urbino y en la Universidad de Granada. Su línea de investigación es la filosofía política contemporánea. Es autor del libro *Efecto Gramsci: fuerza, tendencia y límite* (UIA, 2020). Actualmente es profesor-investigador en el Departamento de Filosofía en la UIA-CDMX. Miembro de la Asociación Gramsci México.

MARIO ARELLANO es licenciado en sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPys) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Miembro de la Asociación Gramsci México.

MARTÍN CORTÉS es doctor en ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y es doctor en filosofía por la Universidad Paris 8. Profesor en la UBA, e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) Argentina. Miembro de la Asociación Gramsci Argentina e integrante del comité de coordinación de la International Gramsci Society. Ha publicado libros y artículos sobre marxismo latinoamericano, historia intelectual y teoría política.

DIANA FUENTES es filósofa por la UNAM. Es profesora-investigadora de tiempo completo por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), unidad Xochimilco, en el Departamento de Política y Cultura. Ha realizado dos estancias de investigación en París, bajo la coautoría de Michael Löwy (École des Hautes Études en Sciences Sociales). Es profesora de asignatura de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UNAM. Forma parte del comité directivo de la Asociación Gramsci México y es integrante del comité editorial de la *Revista Común*. Es autora de diversos artículos y ensayos académicos sobre pensamiento crítico y marxismo.

SEBASTIÁN GÓMEZ es investigador del Conicet, Argentina. Docente de grado en la UBA y de posgrado en diferentes universidades nacionales. Autor de diversos artículos y capítulos de libro sobre el pensamiento gramsciano y la historia intelectual. Miembro de la Asociación Gramsci Argentina.

ALDO GUEVARA estudió sociología en la UNAM. Miembro del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS A.C.) y del Instituto Nacional de Formación Política de Movimiento Regeneración Nacional; forma parte del comité editorial de Memoria. Revista de crítica militante. Actualmente desarrolla un trabajo de investigación sobre la sociedad mexicana en las décadas de los 40 y 50.

DIANA MÉNDEZ es doctorante en el programa de Historia Moderna y Contemporánea en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Instituto Mora). Es licenciada en estudios latinoamericanos por la UNAM y maestra en historia moderna y contemporánea por el Instituto Mora.

MASSIMO MODONESI es profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM desde el año 2000. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel II. Ha sido director de las revistas OSAL del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Memoria del CEMOS A.C. y Acta Sociológica de la UNAM. Actualmente es coordinador de la Asociación Gramsci México, integrante del Comité directivo de la International Gramsci Society, miembro del Consejo Asesor de la revista Jacobin América Latina y colaborador regular de la revista Nueva Sociedad. Ha publicado quince libros sobre teoría política y sobre procesos políticos y movimientos sociales en América Latina.

JAIME ORTEGA es politólogo y latinoamericanista, adscrito al Departamento de Política y Cultura de la UAM, unidad Xochimilco. Autor de *La incorregible imaginación: itinerarios de Althusser en América Latina* (Santiago de Chile, 2019) y *Leer El Capital, teorizar la política* (México, 2018). En 2019 realizó una estancia de investigación en la Universidad de Columbia en Nueva York.

JOEL ORTEGA es sociólogo. Doctor en ciencias políticas y sociales por la UNAM. Ha investigado sobre movimientos sociales y participación política. También sobre el pensamiento de Gramsci y el Estado en el caso mexicano. Profesor de la UNAM en la FCPYS y en la FFYL. Miembro de la Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales y de la Asociación Gramsci México. Actualmente realiza una estancia posdoctoral en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM.

VICTOR PACHECO es candidato a doctor y maestro en estudios latinoamericanos de la UNAM. Actualmente es Secretary of Critical Theory and Social thought de la Caribbean Philosophical Association; miembro de la Cátedra José Carlos Mariátegui y miembro de la Asociación Gramsci México. Ganador del Concurso de Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño de CLACSO en 2014. Ganador del Premio Ana Julia Copper que otorga la Caribbean Philosophical Association en 2017.

CÉSAR DE ROSAS colabora en el Centro de documentación en filosofía latinoamericana e ibérica de la UAM, unidad Iztapalapa y en su *Enciclopedia Electrónica de la Filosofía Mexicana*. En la UNAM es ayudante de profesor (Filosofía de la Ciencia y Filosofía en México), estudiante asociado del Instituto de Investigaciones Filosóficas y alumno del Posgrado en Filosofía de la Ciencia.

Gramsci en México de Diana Fuentes y Massimo Modonesi (coordinadores), se terminó de imprimir en diciembre de 2020. Se tiraron 1 000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de David Moreno Soto y Caricia Izaguirre Aldana. Formación de originales:
Nancy Blancas Balderrama.

NOVEDADES EDITORIALES

*El capital rumbo al mar.
Una nueva era minera: minería marina*
Violeta Núñez Rodríguez

*Paisajes multiversos.
Reflexiones en torno a la construcción del espacio social*
Araceli Mondragón y Gabriela Contreras (coords.)

Coyuntura. Cuestiones teóricas y políticas
Jaime Osorio

*Sujeto capital, sujeto revolucionario.
Análisis del sistema capitalista y sus contradicciones*
Roberto Escorcia Romo y Gastón Caligaris (coords.)

La izquierda mexicana y el régimen político
Godofredo Vidal (coord.)

*Tejido rural urbano. Actores sociales emergentes
y nuevas formas de resistencia*
Beatriz Canabal, Cecilia Muñoz, Dalila Cortés,
Martha Olivares y Cristóbal Santos (coords.)

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

*Argumentos.
Estudios críticos de la sociedad*
Núm. 92
Actores y política frente al cambio climático
Núm. 93
El agua de la nación: entre los derechos humanos
y el mercado

DCSH PUBLICACIONES

www.facebook.com/DcshPublicaciones

ENLACES

Librería Dr. Luis Felipe Bojallí Jaber
Tel. 55 5483 7328
<http://libreria.xoc.uam.mx/index.php>

Biblioteca Dr. Ramón Villarreal Pérez
Tel. 55 5483 7361
<http://biblioteca.xoc.uam.mx/>

Esta obra traza los contornos de la recepción y la influencia en México de la obra de Antonio Gramsci, cuyo pensamiento está siendo objeto de un intenso, cuidadoso y erudito estudio que se hace visible en la circulación de conceptos y enfoques en distintos ámbitos de las humanidades y las ciencias sociales.

Más que cualquier otro marxista, después de la difusión del canon leninista y de una década de althusserización, Gramsci circuló y circula ampliamente en distintos ámbitos intelectuales mexicanos. Desde los años sesenta y hasta la actualidad ha ocupado un lugar político y académico que remite a cuestiones y conceptos fundamentales del debate marxista, de la filosofía y de la teoría política.

Con absoluta originalidad, creó conceptos que hoy son de amplia circulación –hegemonía, guerra de posición, revolución pasiva, subalternidad, nacional popular– y desarrolló una profusa reflexión sobre el lugar y el papel de la cultura, los intelectuales y la educación en la disputa política.

En este libro se recorren los pasajes más relevantes de la presencia en México de este autor fundamental del pensamiento marxista que es, al mismo tiempo, un clásico universalmente reconocido.

